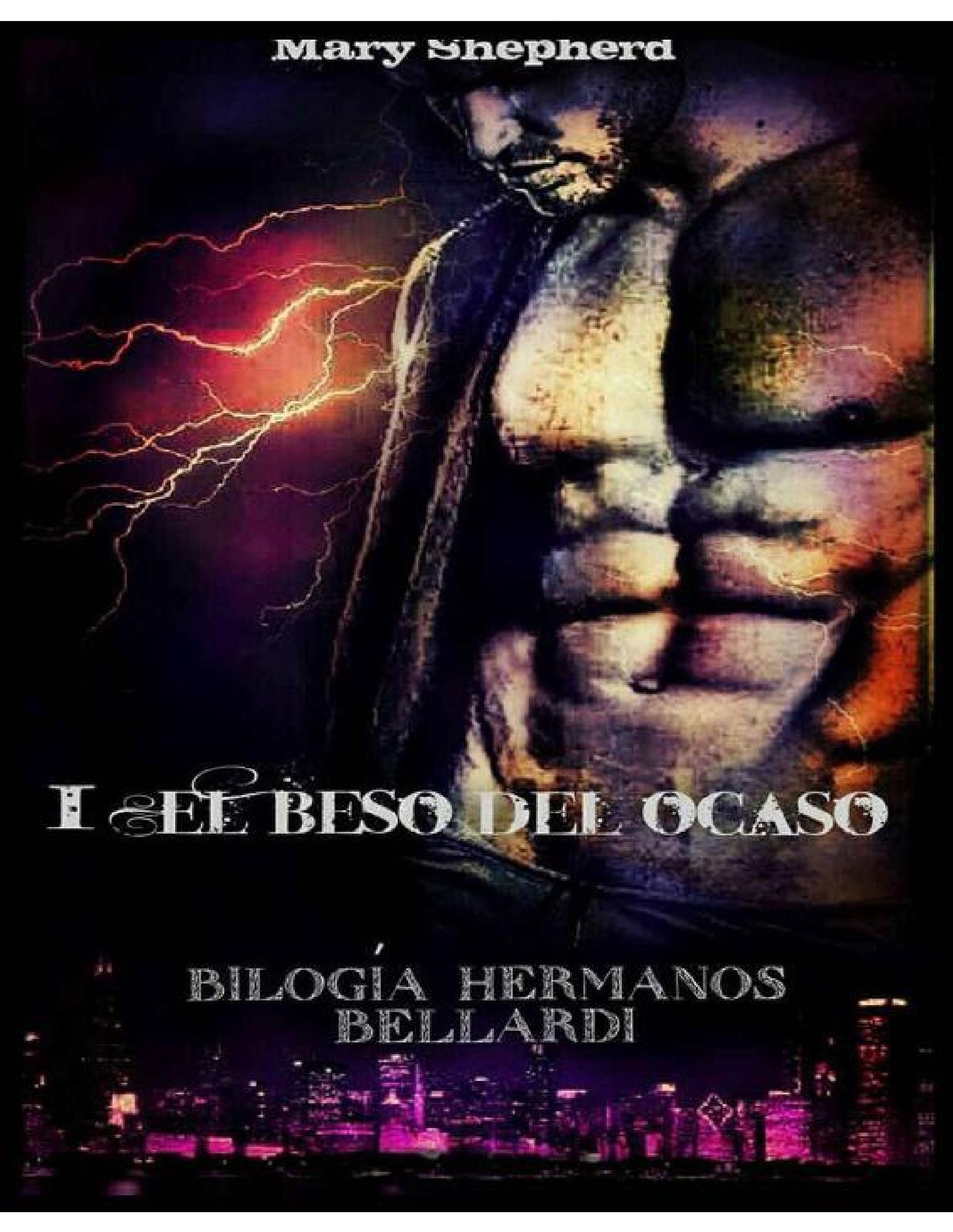


Mary Shepherd

I E IL BESO DEL OCASO

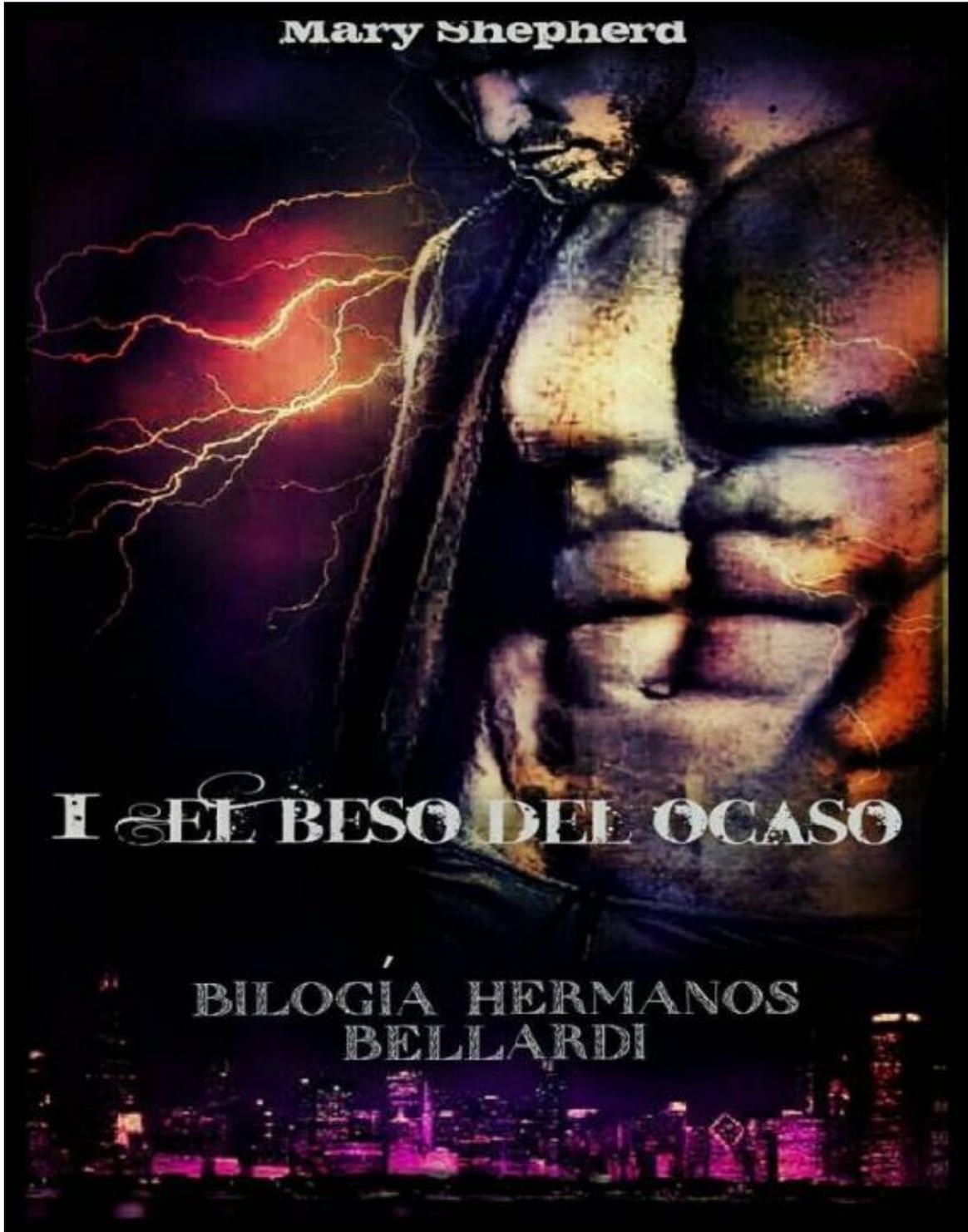
BILOGIA HERMANOS
BELLARDI



Mary Shepherd

I EL BESO DEL OCASO

BILOGIA HERMANOS
BELLARDI



«El beso del ocaso»

1º biología

Hermanos Bellardi

Mary Shepherd



Sinopsis

Donnan Bellardi es, junto a su hermano Lenard, el líder de su clan. Todos confían en él, le respetan y obedecen... salvo un par de excepciones, Aretha y Aryana, sus tías... brujas, literalmente y no es que les tema, no, él es un vampiro, pero es que ellas le machacan, día sí y día también, con una profecía en la que no cree, sin embargo se mantiene fuerte y nada ni nadie lo desestabiliza... hasta que una noche salva a una mujer, Dairine MacMahon, una preciosidad con ojos de gata que no para de hablar, dulce y ¿tímida? Y que le contradice, le planta cara y lo vuelve loco, en especial su boca y no precisamente cuando habla.

A partir de ese momento toda su vida se vuelve patas arriba. Los Alvise, otro clan de vampiros y a los que odia a muerte, están decididos a que no se cumpla la profecía. Tendrá que luchar contra ellos, mantener a salvo a Dairine, evitar que, ella misma, se meta en líos, controlar a sus «descontroladas» tías, mantenerse firme en su venganza y demostrar que el amor no es necesario en una relación... ¿demasiado para un vampiro «incrédulo»?



Dedicatorias y agradecimientos

A mi marido, mis dos hijos y mi hija política, por compartir este sueño y darme ideas, pero en especial por su amor y comprensión y ayudarme a creer en mí y hacer realidad este sueño. Sois mi vida.

A mi familia, porque a pesar de que todavía no se lo creen, me acompañan en cada pasito y se emocionan conmigo. Os quiero mucho.

A Berta y Lucía por darme mi primera oportunidad y por seguir creyendo en mí, libro tras libro, por su apoyo, su generosidad y su amistad. Gracias, mis niñas, os quiero.

A Raquel, Lucía y Rita, gracias por vuestros consejos, por el apoyo y llevarme de la mano hasta que pudiera volar sola, siempre seréis mis brujis. Mis queridas amigas ya sabéis que os quiero mucho y os estaré eternamente agradecida.

A Ari, gracias por tu amistad y cariño, por esta hermosa portada que es la puerta a este sueño, por ser paciente conmigo y extender la mano de la forma que lo has hecho. Te quiero, guapetona.

A Eva Sanz y Alazne, sois maravillosas, gracias por vuestras palabras, consejos, los «retoques», el pelo lila, por las fotos, las risas y los buenos momentos compartidos y, en especial, Eva, por esas palabras que llegaron justo cuando más las necesitaba, eso, mi cielo, no lo podré olvidar nunca. Sois la leche y os quiero, reinas.

A todos mis amigos de Facebook, en especial a todas esas personas maravillosas con las que hablo, casi a diario, y que son cómplices de esta locura, me acompañáis, soñáis conmigo, os ilusionáis y siempre estáis ahí esperando cada libro con emoción. Por regalarme vuestro tiempo, risas y momentos inolvidables.

Y a todos mis lectores por todo el cariño, la confianza y el apoyo que me dais.

¡¡¡Gracias!!!



Profecía de los Bellardi

«Llegarán de los helados vientos del norte, de las tierras escarpadas, de los verdes campos y del gélido mar.

Cuando norte y sur se unan, cuando se fundan pasado y futuro, cuando el ocaso bese a la llama y el alba acaricie al viento, todo tendrá sentido.

El final dependerá de la fuerza del amor.

El amor dependerá de la impetuosidad de la pasión.

La pasión solo germinará en el momento ideal.

Para que broten las sonrisas habrá que regarlas con lágrimas.

Para crear una nueva vida la sangre deberá ser vertida.

El odio no será vencido ni por el filo de una espada, ni por la magia de un sortilegio.

La maldición solo será derrotada con amor y el círculo quedará cerrado por toda la eternidad»



Capítulo 1

Había sido una noche más, una noche de tantas, una noche calcada a casi todas las que llevaba viviendo ya unos... cuatrocientos años.

Estaba tirado en el sofá, con las persianas bajadas y con los ojos mirando al techo. ¿Cuándo su vida se había vuelto tan monótona, aburrida y vacía? Estaba cansado, se sentía cansado.

Tenía un brazo bajo su cabeza y el otro reposaba sobre su estómago, la pierna izquierda apoyada en el suelo y la derecha subida al respaldo del sofá, cualquiera que lo viera en ese momento diría que se acaba de caer de un quinto piso y estaba ahí todo desparramado.

Cerró los ojos, ya ni el sexo le... ¡un momento! ¿Cuánto tiempo hacía que su pene no se enfundaba en una buena vagina? Ni buena, ni mala, ni mierdas, ¿seis meses?, exactamente, todos esos meses con el marcador a cero, ¡joder! bueno, lo de joder era un taco porque él no jodía en seis meses...

—¡Buenos días, hermanito!

¡La madre que lo parió! Pegó un salto al escuchar la voz de su hermano.

—¡Mierda, Lenard! ¿No sabes tocar el puto timbre?

Su hermano se dejó caer en el sillón frente a él. A pesar de que vivían en el mismo edificio cada uno tenía su propio apartamento.

—Sí, de hecho se dónde está y todo. Pero es una pérdida de tiempo, yo toco, tú te levantas, abres la puerta y yo entro... para que perder minutos muy, muy valiosos cuando puedo dejarme *caer* y ahorrarnos un tiempo que, recalco, es inestimable.

Hizo una mueca irónica con la boca.

—No creo que ni tú ni yo tengamos ningún problemilla con lo del tiempo, de eso, por desgracia, tenemos en abundancia.

—¿Ya vuelves a tener otro maldito ataque de melancolía?

Miró a Lenard de arriba abajo, iba vestido con unos pantalones que parecía que los habían arrastrado por todo Chicago y después pisoteado, una camiseta negra que, allá por los ochenta, debería haber sido nueva, unas zapatillas de deporte destrozadas, de hecho, por un agujero se le salía el dedo meñique, su pelo rubio estaba desgreñado y tenía los ojos azules casi sin brillo, cómo si los acabara de abrir después de un par de horas de sueño. Colgado de su pecho llevaba el maldito colgante dorado que se negaba a quitarse, un crucifijo, de ancho como la palma de la mano y un diente de ajo, también dorado y grande, muy grande, ¡por favor! ¿Cómo podía ser tan imbécil? Y a pesar de que sabía que hablar con él de ese tema no lo haría cambiar de idea, no pudo resistirse.

—¿Tienes que llevar *eso* colgado del pecho?

—¿Vamos a volver a lo mismo, Donnan? Me gusta, es una puta ironía, lo sé, pero tú, el maldito señor de todas las reglas, diplomacia y sosería, no puede captarla.

—¿Y se puede saber qué quieres, Lenard? Nos hemos visto hace apenas tres horas.

Su hermano se echó a reír y eso le dio mala espina, cierto que su hermano tenía siempre una sonrisa en los labios, la gran mayoría del tiempo irónica, pero esa sonrisita le crispó los nervios.

—He venido a avisarte.

Lo miró alzando una ceja.

—¿A avisarme?

En ese momento sonó el timbre, clavó los ojos en su hermano que extendió la sonrisa y después volvió la vista hacia la puerta, estaba claro que la persona o personas que había tras ella tenía la intención de que la abriera porque el timbre sonó varias veces. Se levantó con parsimonia y se fue a abrir, no sin antes oír hablar, entre murmullos, a su hermano y escuchó, con bastante claridad, lo que dijo.

—Demasiado tarde.

¿Tarde? ¿Tarde para qué?

Una voz interior quiso advertirlo y algo le dijo que su vida estaba a punto de cambiar, ¿sería mejor dejar la puerta cerrada? No, porque el que estaba tras ella era perseverante.

En cuánto la abrió dos estallidos de color pasaron ante él.

—¿Estabas haciéndote la manicura? ¡Joder, sobrino! Eres más lento que una tortuga patas arriba.

Miró a sus tías de arriba abajo, ¿qué hacían aquellas dos allí? Hum, aquello empezó a sonarle y olerle muy mal.

Las dos mujeres eran hermanas de su fallecida madre. Habían sido trillizas y eran idénticas, las tres. Solo podías diferenciarlas por el color del pelo. Alecia, su madre, había sido la del pelo castaño, Aretha, moreno, bueno ese había sido su tono natural hasta que, hacía unos cien años, se volvió loca, no había otra explicación (o tal vez sí, ¿entró en la crisis de los cuatro siglos? Lo suyo era el humor... negro, que chispa tenía) porque, de repente, empezó a echarse toda clase y colores de tintes y algunas veces hasta dos y tres a la vez, pero gracias a Dios, o a algún peluquero con buen gusto y mejor criterio, o a una maldita neurona coherente hacía unos dos años se había decantado por el lila, que sí, que era raro, pero a ella le quedaba bien y al fin podía mirarla a la cara sin tener que llevar puestas sus gafas de sol. Y luego estaba Aryana, pelirroja y gracias a Dios y al santoral al completo, algo más sensata que su hermana, menos loca y con un toque clásico y elegante. Las dos, al igual que lo fue su madre, eran altas, delgadas y de ojos azules.

Sus tías se quedaron mirando a su hermano con fijeza.

—¿Qué coño haces aquí, Lenard?

—¿Visitar a mi hermano?

Sus dos tías resoplaron con fuerza.

—¿Nos has escuchado, verdad?

No paraba de mirar a sus tías y a su hermano, ¿qué mierda pasaba allí?

—¿Me podéis explicar que pasa o lo tengo que adivinar?

Sus tías le sonrieron, malo.

Dieron unas palmaditas, muy malo.

Un par de saltitos, esto era para salir corriendo y que no le echaran el lazo, pero descubrió que no podía, casi, moverse, dar dos pasos le costó casi un minuto y miró ceñudo a las dos mujeres.

—¿Me habéis echado algún hechizo de esos vuestros?

Ellas se limitaron a mirarlo con una dulce sonrisa ¡Y una mierda como una tapa de alcantarilla se tragaba él aquellas expresiones inocentes!

—¡Tías!

Aretha lo miró muy altanera.

—Siéntate y escúchanos.

¡No! Lo que quería era salir corriendo y no parar hasta estar en otro estado. No, mejor en otro país y, a ser posible, en otro hemisferio.

A penas su culo tocó el sillón dónde, muy *amablemente*, su tía lo empujó, las dos mujeres le soltaron, de carrerilla y totalmente entusiasmadas, las palabras que sabía que le iban a cambiar la vida.

—¡La hemos encontrado!

No, no y no. Pero aun así quiso confirmar lo que ya sospechaba.

—¿A quién?

Las miradas de sus dos tías fueron de total cabreo.

—¡A la princesa de las Nieves, no te jode! ¡A tu compañera!

Aretha sonaba feliz, contenta, tanto como él se sintió a punto de explotar de pura furia.

—Ya os dije que no creo en la maldita profecía, por tanto...

Aryana se acercó a él, tanto que su cara se volvió borrosa.

— Terminas la maldita frase, Donnan, y te juro por tus padres que vas a estar haciendo pipí sentadito el resto de tus días, ¿entendido?

Su frente se perló de sudor, no era buena idea cabrear a las *tiitas*, no, para

nada, tenían un humor de perros cuando se cabreaban y actuaban como lo que eran, un par de brujas.

—Cómo te íbamos diciendo antes de que tú nos cortaras, hemos encontrado a tu compañera. Es el momento, Donnan.

Bufó, tuvo la santísima insolencia de bufar y los cojones de mirarla con fijeza, sin apartar la mirada de ella, ahí, en plan chulito, ¡anda que no se estaba jugando el físico con semejante osadía!

—Yo no creo en la puta profecía.

Y ese fue su primer error y, encima, de los gordos, de esos que sabes que no tendrías que cometer ni aunque te estuvieran mordiendo los dedos una decena de pirañas.

—Y a mí me importa una mierda, ¡ya ves tú! Es hora de que cumplas tu parte en esto.

Lo intentó de nuevo.

—Sabes, tía Aryana, que no creo en la...

Segundo error y de mayor tamaño que el primero.

—No, cielito, no lo digas si no quieres verme realmente cabreada, cierra esa entrada de metro que tienes por boca y escúchanos.

Su tía se apartó un poco y él tomó aire y miró a su hermano pidiéndole, con la mirada, que le echara una mano, pero el muy capullo lo ignoró totalmente.

Aretha se sentó en el sofá en el que antes, él mismo, estaba acostado y lamentándose de su vida vacía. De cabezazos se daría, ahora mismo, contra la pared, ¿maldecir su vida? Con lo ricamente que él estaba hacía apenas diez minutos.

—En fin, como iba diciendo, cuando el cerdo de Keegan y la perra de Nydia mataron a nuestra hermana y a su marido, y os hirieron, a vosotros y a nosotras, tuvimos que ocultarnos, lo recordáis, ¿no?

¿Cómo cojones iba a olvidar eso? Ese fue el día en que todo cambió.

—Durante años tuvimos que huir de un lado a otro y, al mismo tiempo, buscamos, sin mucho resultado durante los veinte primeros años, a Adara, ella era la bruja más antigua, ¿y sabes para qué la buscábamos, Donnan?

¡Y dale!, otra vez a repetir la historia, desde luego que no la buscaron para que les diera la receta de las magdalenas de chocolate, pero como estaba el

tema mejor asentir y dejar que su tía siguiera contando lo que ya se sabía de memoria, ¡como si pudiera olvidarlo!.

—Para saber que hacer ¿y recuerdas lo que, la muy hija de su madre, nos dijo? Una profecía, sin más explicación. ¡Años tardamos en descifrarla! y cuando lo logramos, ¿te acuerdas de tu respuesta?

Como si hubiese sido hace cinco minutos, total, era lo mismo que venía repitiendo todos esos años.

—Que no la creías, pero aun así, Aryana y yo nos dejamos los ojos y el cerebro buscando a esas mujeres, estudiamos los astros, los libros y te recuerdo que hay cientos de ellos y hasta hicimos rituales y encantamientos para aburrirnos por toda la eternidad. Tú no creerás, sobrino, pero nosotras sí.

¡Y bien que se lo habían dejado claro por los siglos de los siglos!.

—Y ni te imaginas la sorpresa y la ilusión que sentimos cuando, hace unos meses, la descubrimos. Después de tanto buscarla la hemos encontrado para ti.

Pues él, ahora mismo, por lo único que sentía ilusión era porque todos desaparecieran de su salón, ¡ya ves tú que cosita más simple!. Pero se armó de valor, que con ellas era más necesario que respirar, y mirándolas les espetó una frase que, estaba más que seguro, cabrearía, de nuevo, a sus dos adorables *tiitas*.

—Yo no os pedí que lo hicierais.

Aretha se volvió y miró a su hermana respirando con fuerza y cuando volvió a mirarlo a él sus ojos se habían vuelto negros.

—No hacía falta, idiota. Quiero descuartizar a esos dos, achicharrarlos, fundirlos y mandarlos al puto infierno y para eso, Donnan, tanto tú como tu hermano tenéis que tener a vuestras compañeras y me importa una mierda que te creas la profecía o no, la vas a cumplir y punto.

—¿Y si no quiero?

Eso, más que tentar a la suerte, era suicidarse y su tía estalló como un cohete.

—¿Y si te arranco las uñas de los pies, una a una, con unos alicates?

Vampiro o no, que es lo que él era, aquello dolería, estaba seguro.

—Te va a encantar, es preciosa, tan dulce, tierna y simpática, algo tímida al principio, pero en cuánto toma confianza es... especial.

¿Le estaban vendiendo una compañera para toda la eternidad o un animalito doméstico? ¿Dulce, tierna? Él era un vampiro y, para más inri, uno duro, con mal carácter, dominante y lo dulce y tierno había desaparecido de su vida hacía ya varios siglos. Ahora la amargura, el odio y la venganza eran sus mejores compañeros de viaje.

—Mañana irás a conocerla.

Sí, claro y pasado hincaría la rodilla y le pediría matrimonio y ya puestos los burros podrían balar.

—Tías, os quiero mucho y os agradezco...

—Es preciosa, pero eso no es lo importante.

¡Hombre, lo más importante, no! Pero emparejarse, por toda la eternidad, con un cardo borriquero y con dientes de conejo no era su ideal, la verdad.

—¿Y que se supone que es lo importante?

Sus tías lo miraron como si fuese idiota y la verdad, en aquel momento, se sentía así.

—Que tiene tu esencia y tu marca.

Lo de la esencia lo iba a poner, por ahora, en cuarentena, pero ¿su marca?

—¿Qué marca?

Ni corta ni perezosa Aryana se acercó hasta él y le abrió la camisa negra que llevaba a medio abrochar, puso su dedo índice sobre una mancha de nacimiento que tenía debajo de su pezón izquierdo.

—¡Esta marca, imbécil!

¿Qué? Se había perdido, ¿Qué cojones tenía que ver su mancha de nacimiento con su *compañera*?

—Tanto Lenard como tú tenéis una marca y esa es una de las pocas pistas que nos dio la maldita Adara para encontrar a vuestras mujeres. La de tu hermano es un ala y la tuya una llama.

Y era irónico, la verdad, sobre todo porque tenía, parcialmente, el lado derecho de su cuerpo con cicatrices, regalo de Keegan. Aún tenía en la nariz, a pesar de los cuatro siglos pasados, el olor de su propia carne quemada.

—¿Y cómo habéis dado con la marca? No me diréis que vais por ahí desnudando a las mujeres, ¿verdad?

—No, chato, primero las olisqueamos y luego las desnudamos. ¿Cómo

puedes ser tan imbécil? Cuando descubrimos que ella tenía tu esencia intentamos averiguar todo de ella, poco a poco la hemos ido conociendo y, al final, ella misma nos lo confirmó y nos la enseñó, teníamos que asegurarnos.

—Todavía estoy flipando con lo de la esencia—y era verdad, ¿cómo podían ellas distinguir su esencia en la mujer si él no la había tocado siquiera?— así que no puedo asimilar lo de hacerse amiguitas y conseguir que os enseñara la jodida *marca*, tía.

—¡Se acabó! No vamos a discutir, es tu compañera y punto. No importa como la encontramos y lo que hemos tenido que hacer para asegurarnos de que era ella. Lo que nos atañe aquí es que, durante meses, la hemos conocido y, muy sutilmente, hemos descubierto que tiene una mente abierta y con unas pocas... *clases de preparación* estará lista.

—¿Clases de preparación de qué? ¿al parto sin dolor?

Su hermano soltó una carcajada y él, por chistoso, se llevó dos collejas, al unísono, muy bien coordinadas por cierto, de sus tías.

—Tienes que ir a verla, acércate a ella y preséntate, tienes que conquistarla, el tiempo se agota, Donnan.

Y, ya puestos, mover la muralla China.

—Tías...

—¿Mañana?. Te acompañaremos y te la presentaremos.

—¿Me podéis escuchar?

—¡Hasta mañana, sobrinos!

—¡No!

¡La madre que las parió! Se acababan de ir, tan panchas, las puñeteras.

Cuando sus tías salieron por la puerta se quedó mirando a su hermano.

—¿No piensas decir nada? ¿Tú crees algo de lo que dicen ese par de brujas?

Lenard se levantó del sillón en el que había estado sentado y empezó a pasearse, nervioso, por el salón.

—No sé, Donnan, desde que Adara les dijo lo de la profecía han estado estudiando y buscando. Y la verdad, en todos estos siglos no hemos podido, por nosotros mismos, avanzar nada. Así que todo esto me hace pensar...

Soltó un resoplido.

—Cuándo tú piensas la mitad de la humanidad debería salir, por patas, a por pañales. Tus malditas ideas suelen causar más estragos que una bomba nuclear.

Su hermano lo miró muy serio.

—¿Y si es cierto, Donnan? ¿Y si, para derrotar a ese par de monstruos, necesitamos estar vinculados a la sangre y esencia de nuestras compañeras? En cuatrocientos años solo hemos podido encontrarlos un par de veces y, en ambas, ellos escaparon y nos dejaron hechos trizas, ¿vas a renunciar a esos dos por tu maldito orgullo y testarudez? Sabes que, no solo mataron a nuestros padres, siguen matando a inocentes, maltratándolos, aprovechándose de ellos, mandando sus almas al infierno, ¿vas a seguir ignorándolo todo solo porque no quieres unirte a ella?

¡Maldita sea! No, no podía creer toda esa bazofia.

—Luchamos contra ellos, Lenard, tenemos un ejército para combatirlos.

—Y ellos otro que, en vez de menguar, crece. Yo de ti me lo pensaría; esto es una guerra que dura ya demasiado tiempo y, tal vez, la solución está en nuestras manos. Descansa, Donnan.

¿Descansar? Después de todo lo que habían soltado sus tías y de las palabras de su hermano, descansar era lo último que tenía en mente y una pregunta se repetía, sin *descanso*, en su mente ¿y si la maldita profecía era verdad?



Capítulo 2

Dairine era una mujer optimista, muy optimista, pero tal vez era hora de que se quitara las gafas rosas con las que insistía en mirar al mundo, porque su vida, en esos momentos, era de todo menos rosa, ni siquiera lila, tenía un color oscuro, muy oscuro.

Todo a su alrededor parecía confabularse para ir mal. Sus desgracias habían empezado hacía ya unos diez años y no tenían visos de parar.

Miró a su alrededor, de nuevo, muy inquieta. No le gustaba andar sola por la calle a estas horas, pero había tenido que doblar turno en el trabajo y el último autobús se le había escapado.

Suspiró resignada, ¿por qué todo le salía mal?. Primero fue la muerte de sus padres en aquel accidente de tráfico. Luego las interminables facturas que la dejaron en bancarrota, sin un dólar y sin casa. Cuando, desahuciada, fue a visitar a su novio al trabajo para pedirle asilo se lo encontró con los pantalones en los tobillos y tirándose a su secretaria, todo un tópico y nada que le asombrara, la verdad. Tom era su segundo novio y, valga la redundancia, al segundo que pillaba con el pene dentro de una vagina que no

era la suya.

Un ruido detrás de ella la hizo aligerar sus pasos por aquella calle en penumbra, escuchó un maullido y respiró más tranquila.

Siguió andando más deprisa y pensando en su maravillosa vida. Después de lo de Tom decidió darse una pausa en el amor y centrarse en el trabajo y en una nueva vivienda. Lo segundo fue fácil... al principio, pero después se convirtió en un verdadero suplicio. Alguien de por allá arriba debía de haberle otorgado el don (menuda ironía) de ser la ayudante perfecta de Cupido, era meterse a vivir con una nueva compañera y, como máximo, a los seis meses la mujer terminaba prometida, casada o viviendo en pareja.

Cuando ya estaba a punto de irse a vivir a algún convento (allí sería imposible que sus compañeras encontraran novio, ¿no?) apareció Lewis, el bendito, dulce... y cabrón Lewis, el mismo al que pilló en su cama tirándose a una rubia que tenía que ser prima de la Barbie a tamaño natural. ¿Qué narices estaba mal con ella? Tenía que haber desarrollado algún extraño imán de cornamentas porque lo suyo no era muy normal, tres novios, tres coronaciones, un pleno y premio para ella.

Y un año antes todo se terminó de ir a la porra. La empresa de pinturas en la que trabajaba hizo reducción de plantilla y a ella, ¡cómo no!, le tocó salir de las primeras. Entonces decidió irse de Fargo, la ciudad dónde siempre había vivido, empezar una nueva vida en otra y, a ser posible, en otro estado. Y llegó a Chicago. Dada su gran capacidad (esto dicho muy, pero que muy irónicamente) de poder llevar dos bandejas a la vez, la contrataron en un restaurante de esos que abrían a las seis de la mañana y cerraban cuando ya no quedaba un alma en la calle. No ganaba mucho pero le daba para pagar su parte del apartamento, comer y ahorrar unos poco dólares.

Volvió a tener que buscar compañera de piso al llegar allí y esta vez, gracias a Cupido que pareció darle la baja laboral, llevaba viviendo con ella doce meses y sin señales de novio, pareja ni marido a la vista.

Pero ese día era uno de los que, si por ella fuera, borraría del calendario. El despertador no sonó a su hora, así que cuando abrió los ojos vio que tenía el tiempo justo para ir al trabajo. Se tomó el café, lo que le costó perder parte de su paladar cuando se abrasó con él, bebiendo y poniéndose las medias al mismo tiempo y, cuando abrió el armario se dio cuenta de que su, ya de por sí escaso, vestuario estaba bajo mínimos, ¡qué mínimos! un chándal, una falda negra descolorida y un jersey cuyas mangas parecían crecer cada noche y

ahora le llegaban a la altura de las rodillas, ¡qué asco! A John Galliano se le caerían unas lágrimas como puños al ver semejante fondo de armario.

La lavadora se les había roto hacía tres semanas y el técnico no había aparecido, así que lavaban la ropa en la bañera y como reducían todo lo posible las horas de calefacción no había manera de que se secara nada. Por eso no le quedó más remedio que pedirle a Janice, su compañera de piso, que le prestara algo, ella tenía un armario más surtido, estaba segura que con este se le cortarían, de golpe, los lagrimones a cualquier diseñador.

Cuando llegó al restaurante, jadeando como un perro porque se le escapó el autobús, se dio cuenta del pequeño error que había cometido. Janice debía usar una talla o dos menos que ella (bueno, eran al menos tres, pero a la mujer le gustaba vestir con ropas holgadas) y cuando se quitó el abrigo todas sus dudas quedaron despejadas. La camisa que llevaba estaba tirante, muy tirante, los botones parecían listos para salir disparados y, todo el día, tuvo miedo de que estos saltaran y volaran como estrellas de esas ninjas y pudiera cometer homicidio involuntario por botonadura. Pero eso no era todo, las costuras de la falda empezaron a crujir a media mañana y, dos horas después, la que se hartó de vivir en tensión fue la cremallera y terminó haciendo un extraño ruidito y reventó, tal cual, ¿podían ponerse las cosas aún peor?

Un ruido la hizo pararse en seco y mirar a ambos lados de la calle, estaba volviéndose paranoica, allí no había nadie y cuando empezó a andar se dio, de bruces, contra ¿un muro? Pues no, era evidente que no era un muro, era un hombre... no, dos, espera, eran tres, ¡coño, cuatro! tragó saliva con fuerza y alzó la mirada al cielo soltando un grito: «No era un reto, ¿sabes? No era necesario que te lo tomaras al pie de la letra, ¡joder!»

Los hombres empezaron a reír.

—¿Con quién hablas, nena?

Dio dos pasos atrás pero los hombres siguieron acercándose a ella, tomó aire y decidió echar a correr y gritar como una loca, pero los imbéciles aquellos actuaron antes de que diera un solo paso. Uno de ellos la tomó de la cintura con fuerza y le tapó la boca con una manaza enorme y que apestaba. La arrastraron hasta un callejón mientras que ella pataleaba, escuchó un gruñido del tipo que la sujetaba, ¡te jodes!- pensó-.

—¡Estate quieta, asquerosa humana!

¿Eh? ¿Asquerosa humana? Y él ¿qué era? Por el hedor, un cerdo, pero la

apariencia era la de un hombre, ¿eran chiflados de esos que pretendían ser seres de otros planetas?

La tumbaron en el suelo y uno de ellos le sujetó las piernas, otro las muñecas y un tercero le abrió la camisa, ¡adiós a los botones shuriken!

En cuanto vio libre su boca empezó a gritar, pero solo consiguió que le propinaran un puñetazo en la mandíbula que le hizo ver las estrellas y no, no fueron las ninjas esas; todo empezó a volverse negro a su alrededor pero, antes de perder la consciencia, vio unos ojos rojos y una boca llena de dientes en la que destacaban dos colmillos enormes, colosales, ¿vampiros en Chicago? ¡Mierda! El golpe debía de haberle afectado más de lo que suponía.



Capítulo 3

La noche era fría en Chicago, se subió el cuello del abrigo y levantó la cara al viento, se sentía intranquilo desde que habían empezado a vagar por las calles a última hora de la tarde. Su hermano y Bento, uno de sus mejores amigos y soldado, iban bromeando. Siempre salían en grupos, mínimo tres, los Alvise, como eran conocidos los vampiros del ejército de Keegan, nunca salían solos, siempre iban en *manadas*, cuatro o cinco y, en contadas excepciones, alguno más, por eso no podían estar en desventaja.

Al principio, cuando Keegan empezó a reclutarlos, eran gente de la más alta alcurnia, nobles, personas con poder, políticos, pero ahora tenía un ejército de la peor calaña, maleantes, drogadictos, matones, violadores y, si como personas *normales* no tenían una pizca de decencia, cómo vampiros y con sus fuerzas multiplicadas, eran escoria, bestias capaces de atacar a seres indefensos, beber de ellos hasta dejarlos secos y después, destrozarlos.

—Y a este, ¿qué le pasa esta noche?

Escuchó las palabras de Bento y vio a su hermano sonreír con ironía.

—Ya sabes que no es que sea el alma de la fiesta, ni le cuelgan serpentinas de las orejas ni estornuda confetis, pero creo que está algo... diríamos,

acojonado.

Soltó un gruñido ante las palabras de su hermano, pero ambos lo ignoraron.

—Cierto, pero por lo menos suele hablar y hoy parece que tiene la lengua pegada al paladar. ¿Qué es lo que lo tiene acojonado?

—Las tías han encontrado a la mujer.

Bento se quedó parado y abrió los ojos como platos, él siguió andando, ¡que les dieran por el culo! Sus tías se habían encargado de hacer *pública* la maldita profecía; la habían contado, año tras año, a todo el que se dignaran a darles un minuto de conversación. Lo raro es que no lo hubieran pregonado, televisado o que hubieran hecho un jodido casting para encontrar a las mujeres.

—¿En serio? ¿Y ya la has conocido, Donnan? ¿Cómo es? ¿La has reclamado?

Se paró en seco, se giró y sacó su dedo corazón.

—No. Creo. En. La. Jodida. Profecía—remarcó cada palabra— Y ni conozco ni quiero conocer a la maldita mujer y vosotros vais a cerrar la boca.

—Pero...

Un grito de mujer interrumpió lo que iba a decir su amigo y hasta ellos llegó el olor áspero, picante e irritante de los Alvis. Echaron a correr hasta el callejón, ya no se escuchaba a la mujer y eso, tratándose de aquellos bastardos, no era buena señal.

Esa noche vigilaban la zona oeste de Garfield Park y, a aquellas horas de la noche, era un maldito peligro ir por esas calles.

Cuando llegaron al estrecho callejón todo su cuerpo entró en tensión, sentía repugnancia por aquellas bestias, por culpa de seres como ellos tenían que vivir en las sombras, sabiéndose repudiados y odiados.

Los vampiros, cuatro de ellos, tenían a la mujer sujeta de piernas y manos, le habían rasgado la camisa y uno de ellos, situado a horcajadas sobre la cintura de ella, estrujaba sus senos con fuerza mientras le lamía el cuello. Se movieron como una sola persona y llegaron a ellos en décimas de segundo, tomó del cuello al que estaba sobre la muchacha y antes de que el ser inmundo aquel parpadeara le había cortado la cabeza, un humo negro y un puñado de cenizas fue lo único que quedó de *aquello*, se giró y vio a Bento

luchando con dos de los vampiros y a su hermano inclinado sobre la mujer.

—¿Está viva?

Lenard asintió.

—Llévala a la casa, haz que la revise Umeko y luego encárgate de borrar de su memoria todo lo que ha pasado aquí. Nos vemos allí.

Se volvió antes de que su hermano pudiese contestar y fue a por el cuarto de aquellos seres.

Media hora después se habían encargado de los vampiros y limpiado la escena, cuando se volvía para irse su pie tropezó con algo en el suelo, se agachó y vio que era un bolso, seguro que era de la mujer, lo recogió y mirando a Bento le dijo que era hora de volver, por aquella noche habían terminado de vigilar.

Cuando llegó a la casa la encontró en silencio, era raro, siempre, a esas horas, había alguien pululando por el pasillo o charlando en la sala común. Se dirigió hacia esta última y solo encontró allí a su hermano.

—¿Te has encargado de todo?

Una sonrisa irónica se instaló en la boca de Lenard.

—Lo intenté, pero tenemos... bueno, mejor dicho, *tienes* un pequeño problema.

¿Él tenía un problema? Miró extrañado a su hermano qué, como era habitual en él, estaba medio tumbado, medio levantado, en el largo sofá de color burdeos.

—Tienes que subir al piso de las tías, tienen que hablar contigo.

Bufó.

—¿Van a seguir con el maldito rollo?

La sonrisa de su hermano se ensanchó.

—Sube, te están esperando y ni tienes derecho a réplica ni a negarte, soy, según ellas, el encargado de llevarte con o sin tu consentimiento. Oye, a mí no mires así, esto es cosa de ellas y te juro que, después de su amenaza, o subes, o te llevo aunque sea atado de pies y manos.

Subió las escaleras refunfuñando como si fuese un chiquillo malhumorado. No era normal que sus tías lo mandaran llamar a su vivienda, lo normal es que estuvieran en la gran sala y esperaran allí para ver venir a todos los que

habían estado patrullando. Por eso y por el maldito tema de la profecía, aquello empezó a olerle mal. Se acarició la nuca, la sentía tensa, una tensión que pronto se instaló en el resto de su cuerpo.

Antes siquiera de tocar a la puerta esta se abrió y apareció Aretha.

—¿Estás bien, Donnan? ¿Y Bento?

Asintió confirmando que los dos estaban bien y su tía lo cogió de la mano y lo metió dentro, llevándolo hacia un sillón, cuando llegó allí, y sin miramiento ninguno, lo empujó obligándolo a sentarse. Una enorme sonrisa apareció en su boca y a él le dieron ganas de saltar por la ventana más cercana. No, aquello no pintaba bien.

—Aryana está con la muchacha.

¿Qué? ¿Qué cojones hacia ella allí? Normalmente, Umeko, el médico de su gente, curaba las heridas y se encargaba de borrar la memoria del herido, luego los llevaban al sitio donde todo había ocurrido y trabajo completado.

—¿Qué hace ella aquí?

Escuchó el sonido que hizo su hermano y lo miró con fijeza, el muy idiota estaba riéndose.

Su tía no contestó, echó a andar hasta las habitaciones y unos segundos después aparecieron ella, su otra tía y la mujer.

Algo le golpeó en el centro del pecho. Ella no era un bellezón, cierto, pero algo lo desestabilizó. Mediría sobre el metro setenta, tenía una larga melena castaña con hebras cobrizas, sus mejillas y nariz estaban salpicadas de pecas, sus ojos eran azules y tenía más curvas que el circuito belga de Spa y él lo sabía con conocimiento de causa, lo había recorrido más de una decena de veces. Tenía un par de tetas impresionantes, muy, muy impresionantes y el vestuario, que indudablemente le debían haber proporcionado sus tías, hacía muy poco por ocultarlas, todo lo contrario, una camiseta que se adaptaba a ella como una segunda piel, con el logo de Chanel y sus dos *ces* entrelazadas y que estaban estiradas al máximo, desde luego los publicistas pagarían un pastón porque ella fuese por ahí con semejante prenda, no pasaría inadvertida de eso estaba bien seguro. Sintió su pene alzarse. «*Abajo, bicho, ¿me oyes? Ni un puto movimiento*» Fue inútil, aquel imbécil sin sesera se pasó por las pelotas lo dicho y se irguió un poco más.

—Donnan, cariño, esta es Dairine, la muchacha a la cuál has salvado.

La mujer lo miró como si fuese un héroe, ¡y una mierda! se levantó, de

golpe, del sillón.

—¡Alto ahí, tías! No fui yo solo el que la...

La mujer se acercó hasta él toda sonrojada y oliendo como... ¡como un maldito campo de flores!

—¡Gracias!

Ella dio un paso y él pegó dos atrás, pero estaba visto que ella quería alcanzarlo, tocarlo.

—¡De nada! Pero no es necesario...

Ella lo abrazó, sí, por todo el morro lo rodeó con sus brazos, apretó las dos malditas *ces* hinchadas y estiradas contra su pecho y le dio un beso en la mejilla. ¿Podría pasar esos segundos sin respirar? ¡Maldita sea! Su olor se le infiltró, cual espía bien aleccionado, por la nariz y fue como si lo hubieran tirado en medio de un jardín y muy bien calentado por el sol.

—Eres mi salvador, una especie de ángel bajado del cielo y dispuesto a auxiliarme, no sé cómo agradecértelo, si no fuese por ti ahora mismo estaría violada, despachurrada y descuartizada.

¡Sin una puta gota de sangre en tu cuerpo y muerta!— pensó—*¿Y un ángel? Algunos pensarían que sí, pero uno de los caídos.*

Quería que lo soltara, que se apartara de él, pero ella seguía aplastando aquellos *dos globos anunciantes* contra su pecho, sus brazos parecían haberse soldado a su cintura y su cara estaba enterrada en su cuello, sintió las primeras lágrimas de ella y miró fijamente a su hermano.

«—*Quítamela de encima, busca una maldita espátula, una bomba o un cubo con agua caliente, pero apártala de mi*»

Leonard pasó de él.

—Espero que les hayas dado una buena paliza, que les arrancarás todos los dientes, los dejarás calvos y les patearas sus pelotas. ¿Les has reventado los morros? ¿Los has llevado a la policía? ¿Tengo que ir a declarar?

Era sanguinaria.

—Está todo solucionado, no tienes que preocuparte de nada.

Ella lo abrazó con más fuerza y soltó un sonoro suspiro.

—No sé cómo darte las gracias.

¿Apartando tus dos boyas de mi pecho? ¿Alejando tus caderas de las

mías?

—No tienes que darme las gracias, era mi deber ayudarte.

—Eres tan dulce, tan tierno.

Escuchó la carcajada de su hermano. ¿Dulce? ¿Tierno? ¡Por todos los infiernos! Era un vampiro, no un maldito osito de peluche. Él era un ser de la oscuridad, el tipo malo al que todos temían.

—¿Dairine, no?

Ella asintió y él intentó separarle los brazos de su cuerpo pero ella se apretó con más fuerza, ¡joder! su maldita erección creció más, a este paso sería capaz de traspasar sus vaqueros, los pantalones de yoga de ella y ¡por Dios que llevase bragas! Porque si no, terminaría follándosela allí mismo y sin moverse siquiera. Su polla parecía una maldita broca dispuesta a taladrarla por entero.

—Quiero que me abracés, necesito sentir tu calor y olvidar todo lo que ha pasado.

¡Y él quería dejar de notar su pene intentado reventar el maldito pantalón!

Pero cuando ella se estremeció y volvió a llorar no pudo evitar que sus brazos se levantaran y la rodearan con fuerza.

¡Mieeeeeerda!



Capítulo 4

Dairine había despertado en una gran habitación, muy blanca y muy aséptica y junto a ella estaba un hombre, llevaba una bata blanca por lo que dedujo que sería un médico, era muy alto, rubio, con los ojos de un tono verde oscuro y unas enormes orejas.

Parpadeó un par de veces, tragó con fuerza la saliva que se había acumulado en su boca y todo, de golpe, volvió a ella; los cuatro hombres, el oscuro callejón, sus ropas desgarradas, sus risas roncadas y el golpe que la sumió en la oscuridad. Intentó hablar y cuando iba a hacerlo se escuchó un tumulto en la puerta. Vio entrar a otro hombre muy alto, ¿había despertado en el país de los gigantes? Era guapísimo, tenía el pelo rubio, ojos azules y varias marcas en la cara, como si alguien lo hubiera salpicado con algo y quemado y, junto a él, estaban... ¡Aretha y Aryana! ¿Qué hacían allí? Las había conocido hacía unos meses en el restaurante donde trabajaba. Eran altas, de ojos azules, idénticas salvo por el color de su pelo y, aunque

afirmaban que superaban los cincuenta años con creces, no lo parecían. Las dos mujeres se acercaron a ella y miraron con intensidad al doctor.

—Umeko, ¿cómo está la muchacha? ¿Le han hecho algo? ¿Está... herida?

Miró al médico para ver que contestaba, estaba muy interesada en saber que le habían hecho aquellos imbéciles.

—Está bien, aparte de unos arañazos en el pecho, el moratón de la cara y otros, más pequeños, en las muñecas y las piernas, no tiene nada.

Todos, ella inclusive, respiraron aliviados. Aretha la miró y luego se giró hacia el hombre alto y rubio.

—¿Donnan se ha encargado de ellos?

¿Donnan? ¿Quién porras era Donnan?

—Sí, él y Bento se están encargando de esos mons... bastardos.

—¿Quién es Donnan?

Aryana le acarició la mejilla.

—Es nuestro sobrino y el hermano de Lenard.

Y señaló al guaperas rubiales.

—Y el hombre que te ha salvado.

El rubito soltó un bufido.

—Tías, yo también ayudé.

—No, tú trajiste a Dairine a casa porque Donnan te lo pidió, quería mantenerla a salvo mientras él luchaba contra esos animales. Él la ha salvado y se ha quedado allí, peleando por ella, como todo un héroe. ¿A que sí, Dairine?

¿Qué podía decir? No conocía al tal Donnan, pero si la había defendido de las garras de aquellas bestias, se había quedado haciéndose cargo de ellos, ella estaba sana y salva y sus tías estaban tan orgullosas de él, pues sí, era todo un héroe el hombre.

Aretha y Aryana la llevaron a su piso, qué, casualidades de la vida, estaba en el mismo edificio dónde estaba el ¿consultorio médico? y las viviendas de sus sobrinos. Le habían dicho que se diera un baño, la mimaron y cuidaron, le dieron, bueno, lo de la ropa era un poco vergonzoso, las mujeres tenían cuerpo de modelo y ella lo tenía de modelo... reloj de arena. La camiseta que le dieron era larga pero le ceñía por los cuatro costados, se sentía como una

mortadela, embutida dentro de la dichosa prenda, y unos pantalones de yoga que se pegaron a su piel como papel film.

Y, cuando se estaba tomando un té, entró Aretha para informar que su héroe estaba allí. Ni pensó en la ropa que llevaba, sólo quería verlo, agradecerle lo que había hecho y... ¡oh, por todos los dioses! Él era un pedazo de regalo, tendría, aproximadamente, su edad, era alto (¿Con qué alimentaban a aquellos hombres?) pelo castaño oscuro, ojos azules, casi grises, ancho de espalda, estrecho de cintura, piernas largas, barbita de días, besos labiales... ¡Dios, se le había ido la olla! Eran labios besables, mordisqueables y hasta chupables y le importaba una mierda que esas palabras existieran o no, sus labios eran así y punto. Tenía unos pómulos muy marcados y un lado de su cara estaba, parcialmente, quemado, pero eso no deslucía su belleza, el hombre estaba para practicar surf por todo su cuerpo y navegar por él.

Se acercó hasta él para darle las gracias y cuando estuvo a centímetros de su cuerpo el aroma de él la hizo salivar, ¡mmm, qué rico! Huele como un prado después de la lluvia, dan ganas de lanzarse encima y rodar por todo él. Sus manos cobraron vida, querían tocarlo y eso hicieron, lo abrazó, al principio con algo de timidez pero luego lo achuchó con fuerza, agarrándose a él como Rose, la del Titanic, a la jodida tabla.

Se sentía tan nerviosa, después de una tensa conversación dónde Aretha y Aryana insistían en que se quedara con ellas, y Donnan en que se fuera a su casa, llegó otra, la de ¿quién la lleva? Lenard salió por patas del piso y las tías «insistieron», no, eso no era correcto, obligaron a Donnan a llevarla.

Y allí estaba, a solas con él, vestida con la camiseta-mortadela, el pantalón film, en un coche que, nada más que una rueda, debía costar más que su apartamento y muy, muy nerviosa y ella, en ese estado, aparcaba su timidez y salía, de visita inoportuna, su lado charlatán y empezaba a soltar palabras casi a destajo.

—No sabes lo que agradezco que llegaras a tiempo de salvarme. No suelo andar a esas horas por la calle, pero resulta que Sally, que es compañera mía en el restaurante, se ha puesto enferma, algo que no debería extrañarme; hace dos semanas que enfermaron sus hijos, gripe, es por el frío este, la verdad es que cala hasta los huesos y claro, como mi amiga cuidó de los niños al final se le pegó, por eso hoy he tenido que doblar turno y encima, Jeff, mi jefe, se ha empeñado en que ayudara a limpiar y ya se me ha hecho muy tarde y no

he podido coger el autobús.

Él no dijo nada, seguía conduciendo y mirando la carretera.

—Iba un poco despistada, lo reconozco, pensando en mis cosas cuando, de repente ¡zas! me he dado de bruces, de forma literal, con esos hombres y los muy idiotas han empezado a hablar y lo más extraño, ¿sabes que me han dicho? ¡Asquerosa humana!

Él la miró un instante pero volvió, de nuevo, la vista a la carretera.

—No sé lo que se pensarían que eran ellos, ¿aliens? Creo que estaban drogados y... vas a pensar que estoy loca, pero antes de que me desmayara por el golpe vi algo raro, muy raro.

Los ojos de Donnan se clavaron de nuevo en ella y esta vez sí que habló.

—¿Raro? ¿Raro como qué?

—Pues raro como que al hombre que tenía encima de mí y se le pusieron los ojos rojos y tenía unos colmillos de palmo, bueno, me he pasado, lo sé, pero que tenía colmillos, tenía. Ya sé que vas a decir que fue un efecto óptico o que ha sido a consecuencia del rechazo que me soltó el imbécil ese, pero te juro que sé lo que vi y ese hombre o lo que sea...

—¿No te callas ni un minuto?

Él acababa de aparcar frente al edificio en el que vivía y ella se volvió y lo miró fijamente.

—¿Acabas de insinuar que hablo mucho? Que sepas que estoy bajo presión, he vivido una experiencia horrible...

—¡Cierra. La. Puta. Boca!

—¡Serás grosero! Que seas mi héroe, el hombre que me ha salvado de algo peor que la muerte, no te da derecho a hablarme así, idiota.

Donnan se acercó a ella, la tomó de la nuca y acercó la cara a la suya, le miró la boca mientras se lamía los labios.

—¡Abre la boca!

—¿Qué? Cierra la boca, abre la boca, ¿te piensas aclarar o llamo a un guardia?

¡Joder! La pilló con la boca en pleno parloteo y le metió la lengua hasta la campanilla. ¡Menudo enjuague bucal le estaba haciendo! Su cuerpo empezó a reaccionar, sus pezones se endurecieron y su vagina empezó a rezumar, se

frotó muslo contra muslo y se le escapó un gemido, ¡Dios santo bendito! ¡Cómo besaba! Estaba a punto de arrancarle la ropa y decirle que la tomara allí mismo y le importaba una mierda que la vieran sus vecinos o el borracho de la esquina.

Con la mano que le quedaba libre él le cogió un pecho y deslizó su dedo pulgar por su pezón, friccionándolo y apretándolo hacia dentro.

La soltó igual de brusco que como la había cogido, se giró y empezó a golpear el volante.

—¡Maldita sea! ¡Me cago en todos mis putos ancestros y en la jodida profecía!

¡Uy, uy, uy! El tipo sería muy majo pero estaba claro que tenía un par de moscas revoloteando en la cabeza. Con lentitud, y sin apartar la vista de él, empezó a buscar el tirador de la puerta, tenía que salir de allí ¡pero ya!, antes de que el loco aquel decidiera usarla a ella como saco de boxeo. ¡Qué lástima de hombre! Tan majo y tan zumbado.

—¡No te muevas! Tengo que hablar contigo.

¡Y yo salir de aquí, pero rapidito!

—¿Qué te han contado mis tías?

Aquello mejoraba por momentos.

—¿Sobre qué?

La miró con la cara desencajada de furia.

—¿De qué cojones va a ser? ¡De la maldita profecía!

Se le había ido la pinza totalmente. Pero como no apartaba los ojos de ella decidió seguirle la corriente.

—¿La de Nostradamus?

Él cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

—¿No te han dicho nada?

Ella negó con mucha lentitud mientras agarraba el tirador de la puerta.

—Entonces, ¿de qué habláis cuando estáis juntas?

«Respira despacio, Dairine—pensó— y contesta con tranquilidad y lentamente, este pirado es capaz de ponerse a recitar las profecías o la biblia en verso, es muy raro».

—Pues de todo un poco. Sobre todo hablo yo.

Lo escuchó murmurar algo así como «¿No me digas?»

—Se han interesado por saber de mi vida. Son muy divertidas, de verdad.

—Un par de brujas, eso es lo que son.

Se volvió a acercarse a ella.

—No quiero desearle y no quiero tener tu sabor en mi boca, pero sé que voy a querer más y eso es un jodido problema y ¿sabes por qué?

Pues ni idea, pero si era la pregunta del millón no la iba a acertar ni de coña.

—Porque no creo y ¡maldita sea, me estás volviendo loco con tu aroma!

¡Uf, que delicado! Vale que llevaba trabajando todo el día en el bar, que el pelo y la piel podían olerle a fritanga, pero ella era muy limpia y se había duchado y perfumado hacía menos de una hora, ¡anda y que le dieran aquí al nariz escrupulosa!

—Mira, te agradezco el que me hayas salvado, pero, de verdad, tengo prisa, es muy tarde y estoy cansada.

¡Hala, otra revisión odontológica! La boca de él cayó sobre la suya como un halcón sobre su presa, la besó con ganas, con deseo y con mucha saliva. ¿Pues no atufaba? Entonces, ¿aquello a qué venía?

Se apartó de ella jadeando.

—¡Maldita sea!

Abrió la puerta y salió corriendo.



Capítulo 5

Durante tres días intentó evitar todo lo relacionado con aquella mujer, *su* compañera.

Evitar a sus tías... intento fallido.

Evitar a su hermano... intento muy fallido.

Evitar verla... intento intentado y con resultado nulo.

Todas las noches salía a vigilar por Chicago, a ser posible lejos del barrio de ella y todas las mañanas, aún no se explicaba cómo, terminaba frente a su portal. La veía salir, aspiraba su aroma, era un vampiro y ella su mujer así que podía *olerla* a varios metros, muchos metros.

La seguía, como si fuese un maldito acosador, hasta el trabajo y cuando el sol estaba en lo alto, se iba. Vale, sí, todo el mundo creía que ellos no podían estar a la luz del día, cierto... a medias. No es que tuviesen que salir cagando leches en cuanto amanecía, no, aunque con luz diurna se volvieron más ciegos que un gato de escayola y tuvieron que ir con gafas de sol como si fuesen los intérpretes de *men in black* en persona y que algunas, bueno, varias ampollas salieran en su piel, ellos podían darse un paseíto bajo el sol, eso sí,

con protección solar del factor más alto y con más capas que una cebolla. Y después de verificar que estaba bien, que olía para comérsela, que su piel se incendiaba al saberla suya y deseando rozarse con ella, se largaba. Era un cobarde, cierto, tenía que reconocer que odiaba sentirse así de atraído por una mujer y le repateaba el hígado y parte del bazo el que sus tías tuviesen razón, ¿o no?

Llegó a su apartamento murmurando para sí, maldiciendo su suerte, intentando resistirse a la atracción que ella suponía.

—¡Buenos días, sobrino!

Venga, dale, otra ronda de machacamiento cerebral. Allí estaban las dos brujas de sus tías, que sí, que aquello no era peyorativo, que las dos eran brujas de nacimiento, de las de aquelarre y porque lo de la escoba ya se había quedado «obsoleto», pero en «sus tiempos» eran su «vehículo utilitario».

—¡Tías!

Iba a entrar más rápido que el viento y cerrarles la puerta en las narices pero, a pesar de su edad, era un inocentón, Aretha y Aryana lo conocían demasiado y, antes siquiera de sacar la llave de la cerradura, ya estaban dentro.

—Cariño, tienes que comer más sopas si piensas que puedes engañarnos.

Bufó, era lo único que podía hacer. Se fue a la cocina y puso la cafetera, ni por todo el oro del mundo iba a tragarse, de nuevo, todo aquel rollo sin una buena dosis extra de cafeína.

—Ayer estuvimos con nuestra sobrina.

Puso los ojos en blanco.

—Nos dijo que fuiste muy grosero con ella.

Otra ronda de ojos, a este paso se le acabarían saliendo de las cuencas y empezarían a rodar por el suelo.

—¡Tenemos un problema, Donnan!

¿Tenemos? No, él tenía un problema y no se cortó para dejarlo claro.

—Yo tengo un maldito problema, mejor dicho, dos y tienen vuestros nombres.

Las mujeres lo miraron muy serias, ni una sonrisita irónica, aquello le dio mala espina.

—Has marcado a tu compañera con tu esencia.

¿Qué? ¡Él no había hecho tal cosa! Ni loco, además ¿cómo que impregnarla con su aroma? ¡Solo habían sido dos malditos besos! Ni se había frotado ni la había poseído y no por falta de ganas, la verdad. Pero toda esa conversación estaba empezando a darle vértigo, un vampiro sólo podía impregnar con su aroma a su compañera, su com-pa-ñe-ra. ¡Se estaba poniendo enfermo! ¡Si hasta tenía ganas de vomitar!.

—¡La besaste!

¡Por todos los infiernos! ¿Es que aquella mujer no podía mantener la boquita cerrada? ¿Por qué narices les había contado a sus tías que la había besado?

—No te calientes tanto el cabezón, sobrino. No nos dijo nada, no hizo falta, pudimos oler tu aroma en ella a metros y lo mismo que lo hicimos nosotras pueden hacerlo los *lameculos* de Keegan y querrán saber por qué, cómo y cuándo. Y, ¿adivinas lo que hará ese mulo cuando se entere? Ir a por ella, voy facilitándote las cosas para que las asimiles que te veo lentito, Donnan.

Fue a la cocina a por otro café, aquello no podía digerirlo a palo seco y volvió a la sala con la taza en la mano. Tenía que pensar, si sus tías habían detectado su olor en ella... ¡es que era su compañera! (sí, lo sabía, pero había intentado negárselo, era así de capullo) Empezó a entrar en pánico.

—Solo fueron un par de besos, ¡maldita sea!

Aretha se levantó del sillón dónde estaba sentada y se acercó hasta él.

—Suficiente para impregnarla de ti y eso, junto con su aroma, que te recuerdo que es el tuyo, desencadenará todas las hordas del infierno. Keegan no va a desaprovechar la ocasión, hará lo imposible por conseguir a la mujer.

—Por eso podéis estar tranquilas, estoy más que seguro que, a la hora, la habrá devuelto y se acercará a la farmacia más cercana a por aspirinas, ella es un dolor de cabeza andante, habla hasta aburrir.

—Lo que te viene bien, sobrino, porque tú hablas menos que Pinocho con la boca llena de serrín.

Aryana se levantó y lo tomó de la mano.

—Escúchanos, Donnan, sé que, durante siglos, has dicho que no crees en la profecía, pero es cierta y si tú no cumples tu parte todo estará perdido. No

puedes dejar que Dairine caiga en manos de ese par de asesinos, si lo haces, nunca podremos vencerlos.

Tragó con fuerza. ¿Crear? No lo había hecho jamás, pero ahora, algo en la mirada de sus tías, lo hizo dudar. ¿Y si fuese cierto? ¡Madre mía, que mareo, se estaba poniendo malísimo!

—No puedo acercarme a ella y decirle... ¿qué? ¿Qué puedo decirle? «Eres mi compañera y eres imprescindible para una venganza y ya puestos a confesar... ¡hola, soy un vampiro!» Va a salir corriendo y no va a parar hasta que se le desgasten las suelas de los zapatos.

—No es necesario que vayas con capa, colmillos fuera y chorreando sangre, Donnan, puedes ser un *poquito* más sutil. Habla con ella, dile que te ha impactado, que te gusta. Tampoco querrás que te lo demos todo mascado, ¿no? Además... hay que traerla aquí.

Pues lo que le faltaba, ¡ella allí! Terminaría loco en dos minutos, si no era por su charla, sería por el deseo que esa mujer despertaba en él.

—¡No pienso cometer semejante disparate.

—¿No? Te voy a explicar algo, sobrino y espero que me entiendas porque nos tienes más mareadas que a una gallina coja.

Aryana apretó el brazo de su hermana.

—Déjame a mí, Aretha. Donnan, tu esencia está en ella, los Alvis lo han detectado pero, como ya sabemos todos, tienen la inteligencia justa para pasar el día y a veces, ¡gracias a Dios!, ni eso. Creen que eres tú el que anda por esa zona, todavía no han descubierto que el aroma está en ella, pero cuando se den cuenta, que lo harán, se lo dirán a su jefe y irá a por Dairine, ¿crees que es justo?

¡Uh, uh! Aquello empezaba a sonar muy serio y sentía la cabeza como si lo hubiesen puesto a dar vueltas, boca abajo, en una noria.

—Tienes que mantenerla a salvo, sobrino.

Ir a por ella, traerla aquí, todo eso ya le estaba dando dolor de cabeza. Tendría que atiborrarse de aspirinas y darse duchas frías cada cinco minutos. Y, a todo esto, ¿qué cojones se suponía que le tenía que decir para traerla?

Después de que sus tías se fueran dedicó unas horas a su otro *trabajo*, su hermano y él, aparte de ser los líderes del clan, eran los presidentes de la Bellardi Company, una empresa dedicada a la investigación y desarrollo de

nuevos fármacos y, al mismo tiempo, el mayor banco de sangre sintética. Después se fue a descansar. Pero no pudo conciliar el sueño, no se quitaba de la cabeza la conversación con sus tías.

Había quedado, como siempre, con su hermano y Bento en la sala de la casa, una habitación enorme, con una gran lámpara, sillones en color burdeos haciendo juego con el tapizado de las sillas y cortinas, una enorme mesa, una pequeña barra de bar y un televisor de última generación y que parecía una pantalla de cine.

Nada más verlo entrar los dos hombres se levantaron al unísono y se acercaron hasta él, juntos salieron de la casa y se dirigieron a su coche, su juguete, su Bentley Continental V8, estaba por darle besos, lo volvía loco y era capaz de cortarle la cabeza a cualquiera si le hacía un solo arañazo.

—¿Dónde vamos primero esta noche?

Le contestó a su hermano sin atreverse a mirarlo, sabía lo que iba a pasar en el momento que diera su respuesta.

—A cenar.

—Vale, a... ¿Has dicho a cenar?

Abrió la puerta de su preciosa criaturita y se montó, cerrando con muchísimo cuidado la puerta y se giró para ver a Lenard y Bento parados en medio de la acera y mirándolo como si se hubiese vuelto loco.

—¿Pensáis subir al coche o esperáis que os meta yo en brazos?

Su hermano y su amigo se subieron al coche pero no dejaron de mirarlo asombrados.

—¿Y por qué vamos a ir a cenar?

Resopló con fuerza y le echó un vistazo a su hermano.

—Tengo que... las tías me han dicho... el caso es que...

Los dos hombres se echaron a reír.

—Lo entendemos, Donnan, quieres echarle un vistazo a tu compañera, ¿no? Tus tías ya te han comentado lo que está pasando, ¿verdad?

¿Es que ese par de arpías no podían mantener el piquito cerrado? Estaba seguro que se habían encargado de darles toda la información sobre Dairine y él. Miró a Bento por el retrovisor y vio su sonrisa, la misma que le gustaría borrar de un solo puñetazo.

—Solo quiero asegurarme de que está bien y ver si es cierto que los Alvis merodean por allí.

—Es cierto.

Clavó la mirada en su hermano.

—¡Habla!

Lenard chasqueó la lengua.

—Siempre tan fino y sutil. Los chicos que han estado estos días por la zona dicen que han visto más movimiento de los *malos* por allí. Anoche hasta entraron en el restaurante.

—¿Y me lo dices ahora? ¡Maldita sea! ¿Tiene, al menos, protección?

La respuesta no tardó en llegarle.

—Claro que tiene protección. Que tú seas un jodido imbécil y que te niegues a reconocer la verdad cuando la tienes delante de tus narices no quiere decir que todos seamos iguales. Hay tres hombres siguiéndola. ¿No te has dado cuenta cuando la espiabas, hermanito?

¿Y eres tan idiota que creías que no se iban a enterar?— Seguro que lo habían estado vigilando y también estaba muy seguro de dónde había partido la orden. ¡La madre que parió a sus tías!

Cuando llegaron al restaurante rastreó toda la zona, era un pequeño local, limpio eso sí, pero pequeño, ruidoso y con un buen puñado de aromas, no solo de comida, también de cuerpos y entre todos ellos le llegó fuerte, limpio y claro, el de su mujer.

Mientras se dirigían a la única mesa vacía sus ojos dieron con ella, ¡maldita sea! ¿Es que en aquel estúpido local los camareros no llevaban uniforme? Iba vestida con una falda negra hasta las rodillas y con un ridículo volante al final, la falda marcaba cada una de sus curvas, en especial las de su culo, un culo impresionante y que ahora mismo, al estar de espaldas a él, pudo recorrer con la mirada, pero cuando ella se giró se tragó un gruñido, llevaba una blusa en color morado y, a pesar de que solo llevaba abiertos un par de botones, su escote era aún más impresionante que su culo y curvas y, estaba claro, que no era el único que mostraba interés en el maldito escote. No reprimió, esta vez, el gruñido y escuchó las risas de sus dos acompañantes.

Le dolían los pies, la cabeza y la espalda, el día no estaba resultando de los peores, pero llevaba tres días sin apenas dormir. Encima parecía que se habían reunido allí todos los solteros, divorciados y hasta casados cachondos, ¡joder! estaba hasta las narices de apartar manos de su culo, de oír proposiciones deshonestas y miradas a su escote y eso que la blusa de hoy no enseñaba nada de nada, ya se había asegurado de llevar siempre una talla más de la necesaria, ni loca volvía a repetir lo de los botones *lanzadera*.

Se acercó a la barra a dejar el último pedido y, cuando se acercaba a la mesa que se acababa de llenar, sus ojos se abrieron de par en par, allí estaba él, el héroe con lengua de lagarto, ¡menuda era! Se filtraba por sus labios y llegaba hasta su garganta y la dejaba con los ojos haciendo chiribitas.

Llegó hasta él casi levitando y entonces se dio cuenta de que lo acompañaban su hermano y otro hombre.

—¡Buenas noches!

—¿Dónde mierda está tu uniforme?

¿El qué? Lo miró aturdida.

—¿Uniforme?

—Sí, algo negro, sin forma, insulso y nada provocativo.

Era su salvador, vale, pero también era idiota, imbécil y un prepotente.

—Nuestro jefe no quiere que llevemos uniforme, solo un delantal y la tarjeta con nuestro nombre. ¿Tienes algún problema con eso?

—Pues ahora que lo preguntas, sí, tengo un maldito problema, vas demasiado... demasiado provocativa, ¿lo captas?

¡Menudo pedazo de gilipollas! Estuvo tentada de plantarle en la cabeza la bandeja de acero que llevaba en la mano y hacerle un casco con ella.

—Dairine, cielo, antes de que mi hermano diga alguna burrada más, ¿podrías darnos la carta para que le echemos un vistazo?

Volvió la cabeza hacia Lenard y le sonrió.

—Por supuesto.

Volvió con tres y se las pasó a los hombres, Donnan la miró serio, pero su hermano y el otro hombre le sonrieron.

—Creo que no conoces a nuestro amigo, ¿verdad? él es Bento.

—Encantada de conocerte, Bento.

—El placer es mío, Dairine y me alegro de ver que estás bien después de lo que ocurrió la otra noche.

—¿Tú también estabas allí?

—Sí, me quedé con Donnan. Y hablando de lo de la otra noche, nos gustaría poder charlar contigo.

—¿Sobre qué? ¿Pasa algo?

—No, preciosa, solo queríamos hacerte unas preguntas, ¿te falta mucho para salir?

Miró a Lenard.

—Un par de horas a lo sumo.

—Te esperaremos aquí, es importante que hablemos, Dairine.



Capítulo 6

Su hermano y su amigo no le quitaron la vista de encima durante toda la cena y apenas le dirigieron la palabra, pero cuando vieron acercarse a Dairine, Lenard lo miró muy serio.

—Mantén la boca cerrada, hermano, ¿entendido?

Le soltó un bufido y le sacó el dedo corazón, no valía para mucho, cierto, pero por lo menos lo hacía sentirse mejor.

Ella se sentó en una silla que le ofreció Bento.

—Bueno, ya estoy aquí ¿Qué pasa, Lenard?

No lo miró a la cara, clavó los ojos en su hermano y no los apartó de allí.

—¿Has notado algo raro estos días, Dairine?

Negó con la cabeza.

—Verás, no te pongas nerviosa pero creemos que, tal vez amigos de los hombres que te atacaron la otra noche, te están siguiendo.

La mujer abrió los ojos con espanto.

—¿Qué?

—Mis tías han estado preocupadas por ti y nos dijeron que te echáramos un ojo y hemos descubierto...

—Tienes que mudarte con ellas.

Su hermano lo miró poniendo los ojos en blanco.

—¿Mu... mudarme con ellas?

—Lo que aquí, el imbécil de mi hermano, acompañado de su prima la sutileza, quiere decir es que estamos preocupados por ti. Dairine, los compañeros de los hombres que te atacaron están merodeando por la zona.

Los miró asustada. Aquellos hombres estaban empezando a alarmarla, no por ellos, aunque el tal Donnan la ponía atacada de los nervios y daba algo de miedo cuando clavaba sus ojos en ella, sino por sus palabras.

—Pero, ¿qué le hicisteis a esos hombres?

—Digamos que los ayudamos a desaparecer, ahora ellos buscan venganza y si logran saber que tú eres la mujer a la que salvamos... podrías estar en peligro. Dairine, mis tías están preocupadas. Ellas son las que nos contaron lo que sucedía y las siguen a casa cuando vienen a verte.

Tragó saliva con fuerza.

—No querrás que les pase algo, ¿verdad? Estaremos más tranquilos si te mudas a la casa. Te juro que intentaremos solucionar esto lo más pronto posible.

—Pe...pero no lo entiendo. ¿Por qué me siguen esos hombres? ¿Y a tus tías? ¿Y la policía que dice? Y algo más, ¿por qué los perseguís vosotros? Eso no es de vuestra competencia, ¿verdad? ¿O es que sois del FBI o algo de eso?

Lenard la miró con fijeza pero esbozando una suave sonrisa.

—Esos hombres son asesinos, Dairine, no es la primera vez que abusan de personas indefensas. Nosotros... ¡mmm! Digamos que nos hemos tropezado con ellos varias veces y estamos en su punto de mira. La policía...

Bento se inclinó hacia ella.

—La policía está enterada de todo pero no puede poner protección a todas las víctimas, ¿lo entiendes, cielo?

Escuchó una especie de gruñido y se volvió para ver a Donnan mirando cabreado a su amigo. Lenard le cogió la mano con suavidad.

—Nos hemos enfrentado a ellos y han descubierto que entre mis tías y tú hay un lazo y no dudes que harán lo posible por llegar a ti, a ellas y a nosotros mismos a través de esa conexión, ¿lo entiendes?

—Basta de tantas vueltas y tonterías. Venga, vamos a tu casa a que recojas las cosas, te vienes con nosotros.

Se volvió y miró al asqueroso de su «héroe» que ahora mismo había descendido, en su escala de heroísmo, a menos cero.

—¿Y si no quiero?

Él se levantó de una forma ágil y rápida de la silla, la cogió del brazo y la levantó.

—Estamos perdiendo un tiempo valioso. Te llevo a tu casa, recoges lo que necesites y luego vamos con mis tías y no pienso admitir un maldito comentario más.

Se soltó de un tirón... bueno, lo intentó, pero la sujetaba con fuerza y no lo logró.

—Escúchame, Hércules hormonado, vivo con una amiga, compartimos gastos y no puedo largarme y dejarla colgada, ¿entendido?

—¿Qué me acabas de llamar?

—Hércules hormonado, hermanito, eso mismo.

Donnan miró a su hermano muy serio.

—Largaos los dos ahora mismo, yo me encargo de esto.

¡Lo que daría por tener la bandeja en la mano! ¿Esto? Él la había llamado ¿esto? Y encima, los dos acompañantes, se largaron en el mismo momento que él se lo ordenó, ¡menudo par de idiotas!

—Yo no soy un «esto» y tú no te vas a encargar de mí, ¿sabes? No voy a dejar mi casa porque tú me lo digas, lo próximo que será, ¿dejar el trabajo? Lo necesito, además, ahora mismo estoy doblando turnos porque mi compañera está enferma. Y otra cosa, tú no eres nadie para entrar en mi vida

y ponerla patas arriba. Te agradezco que me salvaras pero eso no te da derecho a...

De pronto la boca de él estuvo sobre la suya, su lengua pintó el contorno de su labio inferior y luego se deslizó dentro, primero con suavidad, pero después, como las dos veces anteriores, apoderándose de cada contorno, profundizando y lamiendo cada minúsculo rincón.

Cuando se separaron, sus respiraciones estaban agitadas.

—Odio como me quitas la razón. Odio que tu aroma me haga enloquecer y odio depender tanto de tu esencia.

El tipo era de lo más rarito que había visto en su vida y tenía un serio problemilla con los olores, ¿era perfumista, enólogo o es que tenía el sentido del olfato súper desarrollado?

Una hora después la dejó con sus tías, ni corto ni perezoso y sin escucharla siquiera, la había llevado a su piso, había escarbado en sus armarios, ¡por Dios, hasta en los cajones de su ropa interior!, llenó la maleta y las arrastró, a ambas, hasta el coche y luego hasta la casa. Y después, sin despeinarse ni el flequillo, se largó diciendo que tenía trabajo que hacer. Y ella había obedecido porque... porque adoraba a aquellas mujeres y no quería que les hicieran daño por su culpa, solo por eso y no porque el fuese un asno indomesticado que no la dejaba ni hablar, ni opinar y, mucho menos, resistirse a sus órdenes.

—Es un bruto, cielo, lo sabemos, pero es un gran hombre y cuando lo conozcas mejor te encariñarás con él, ya lo verás.

¡Puaj! ¿Encariñarse? Al principio, sin hablar, se le había caído hasta la baba al verlo, era guapísimo y ella, que era una romántica incurable, se había quedado fascinada con lo de que era su héroe, pero en cuánto abrió la boca lo echó todo a perder, era un chulo.

—Eso será si antes no le estampo una silla en la cabeza. ¿Tiene algún problema de audición? No me ha hecho ni caso, me ha obligado a venir aquí. No ha escuchado ni una sola de mis palabras, ¡es odioso!

Aretha la abrazó con fuerza.

—Está acostumbrado a mandar y cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja no hay Dios que lo haga cambiar de idea.

—Pues yo de él me empezaría a preocupar, creo que entre ceja y ceja le voy a meter un tiro, ¡y a tomar por saco!. Soy una persona adulta y llevo

muchos años viviendo sola y ocupándome de mi misma.

Las tías la acompañaron al piso superior.

—Te quedarás aquí, Dairine, ya verás como vas a estar muy bien y nosotras estaremos más tranquilas. No se puede tomar a los Alvise en broma, son peligrosos, cielo y, hasta que no se aclare todo, aquí estarás protegida.

—¿Quiénes son los Alvise?

Aryana le apretó las manos con fuerza.

—Esta es una conversación que deberás mantener con Donnan, él te lo explicará. Y ahora date una ducha y descansa.

—Pensé que me quedaría en vuestro piso. ¿Este es el de invitados?

Las dos mujeres la miraron sonriendo.

—Cariño, este es tu lugar, disfrútalo.

El piso era enorme. El salón era muy grande, las paredes estaban pintadas en tonos claros, las cortinas eran de color azul oscuro y no dejaban pasar la luz. Los muebles eran en color cerezo, la mesa, las sillas y el aparador. El sofá y los sillones estaban tapizados en color blanco, ¡madre mía! Tendría que tener mucho cuidado, solía tener pequeños accidentes con las tazas, vasos, platos y los sofás y tapicerías parecían tener imanes para todos sus desastres. No había televisión pero sí un equipo de música que haría dar saltos de alegría y palmas, hasta con las pestañas, a cualquier amante de la música y ella la adoraba.



Capítulo 7

La noche se le había hecho eterna. Se habían enfrentado a un grupo de Alvise y, había confirmado, que algo debían sospechar porque, al reunirse en la sala central de la casa, otros compañeros les habían informado de que había bastante movimiento de aquellos idiotas por la zona.

Tuvo que aguantar la charla de su hermano y de Bento. Sabía que no se había comportado correctamente con Dairine, pero había algo en ella que sacaba su instinto de protección y dominación. «¿Algo?»—Pensó— ¡todo! Era su compañera, de aquello ya no había dudas y en eso sí creía. Todo vampiro tenía a la suya, una mujer nacida para él, una mujer totalmente compatible, destinada a vivir juntos por toda la eternidad. Su otra mitad, el alimento de su corazón, su alma y cuerpo. Algunos, desesperados al no encontrarlas, se emparejaban con otras mujeres pero, al no ser la elegida, no podían convertirlas y las perdían irremediabilmente. No, no dudaba de eso, lo que lo volvía loco e incrédulo era la profecía de los cojones. En eso no podía creer. No había pruebas, solo las palabras de una vieja bruja y las chifladuras de sus tías.

Cuando llegó a su piso estaba amaneciendo y un ruido infernal casi lo

derrumbó al entrar, eso y el aroma, ¿ella había estado allí? O ¿su olor lo atrapaba desde la vivienda de sus tías? Pues no, no estaba con las dos brujas, estaba allí, con una camiseta que apenas cubría su dulce culo y moviéndose al compás de la música y haciendo, ¡vete tú a saber qué!, en su cocina.

—¿Qué mierda haces aquí?

Se dio una palmada mental en la nuca, «*bien, muchachote, la has asustado con ese tono dulce y melodioso*».

Ella se volvió con una espátula en la mano.

—¡Por Dios, que susto me has dado!

Estaba preciosa, deliciosa, con el pelo alborotado, como si acabara de levantarse.

—¿Me preguntas que hago aquí? Te recuerdo que fuiste, precisamente tú, quién me trajo a rastras hasta esta casa sin escuchar ninguna de mis palabras, manteniéndote en silencio y sin explicarme que leches pasaba. Tu amigo, tu hermano y tú metisteis el miedo en mí, no sé qué narices le hiciste a esos hombres, pero ahora parece que yo estoy en el centro de algo. Me sacaste, no solo de mi trabajo, también de mi casa, metiste mi ropa en una maleta y nos depositaste, a ambas, frente a la puerta de tus tías y te largaste sin mediar palabra, ¿y tienes las santas narices de preguntarme que hago aquí?

¿Cómo podía hablar tanto y tan rápido?

—Te dejé en casa de mis tías no aquí.

Ella se volvió y le dio la vuelta a algo que tenía en una sartén, ¿tortitas? Hacía años que no las comía y los dulces eran su debilidad, bueno, la de él y la de todos los de su especie.

—Y ellas fueron tan amables de dejarme en este piso, al parecer es el de los invitados, comprenden que necesito mi espacio.

—¡Y un cuerno tu espacio!

—Eres un maleducado y muy prepotente. Ya que tengo que estar aquí, porque según tú estoy en peligro, lo lógico es que viva de forma independiente, que pueda tener...

—¿No puedes cerrar la maldita boca ni un minuto? Este no es un apartamento para invitados, es mi piso.

Los ojos de ella se abrieron con asombro.

—¿Tu piso? ¿y tus tías lo saben? ¡Por supuesto que lo saben! Que pregunta

más idiota. ¿Y por qué crees que harían eso? ¿No tenéis más viviendas libres? Esto es enorme. Pero no te preocupes, volveré a mi casa y dejaré libre la tuya.

Se acercó hasta ella en dos pasos. ¿Volver a su mierda de mini apartamento? Un sitio pequeño, viejo y... lejos de él, ¡ni loco lo iba a consentir!. Además, estaba deseando hacerla suya, unirse a su mujer.

Colocó la mano en su nuca y la acercó a él.

—¡Abre la boca!

—Me estás cansando con esas exigencias, ¿sabes? No soy un maldito buzón, ahora cierra, ahora abre. Tienes que dejar de ser tan...

Pegó su boca a la de ella, mordisqueó su labio y deslizó la lengua dentro, ¡sabía tan bien! Ella gimió y todo su cuerpo se excitó, sintió sus colmillos crecer al mismo tiempo que su pene, se impregnó de su sabor. Tenía que tenerla, saborearla por entero y enterrarse dentro de su cuerpo al mismo tiempo que sus colmillos en su cuello. Necesitaba su sangre, quería verla retorcerse de placer debajo de él. Debía iniciar el rito del emparejamiento, hacer que lo necesitara y luego terminar todo convirtiéndola. Pero solo había un pequeño problema, ¿cómo narices hacer todo eso si ella no tenía ni idea de qué y quién era él realmente?.

Dairine le apoyó las manos en el pecho y se apartó de su cuerpo con mucho esfuerzo porque no estaba dispuesto a soltarla.

—Tengo... tengo que ir a trabajar.

—¡No! Te quedarás aquí, no puedes ponerte en peligro.

Se echó el pelo hacia atrás y lo miró bastante cabreada.

—Tengo un trabajo. Un trabajo que necesito para vivir. Ya he dejado que me traigas aquí, que me manipules y que decidas por mí donde voy a vivir, pero no pienso dejar que me digas lo que tengo que hacer con mi vida. Te agradezco que me salvaras, que te preocupes por mí, pero te recuerdo que tú no eres dueño de mi vida.

Dejó que una sonrisa irónica creciera en su boca.

—En eso te equivocas, Dairine. Soy el dueño de tu vida, de tu cuerpo y de tu alma.

—Pues revisa el contrato, guapo, porque acabo de firmar la cláusula de rescisión.

Una hora después ella salía de la casa acompañada de dos de sus mejores hombres *humanos*. Tras una pelea monumental y una buena batalla de voluntades (¿Tímida? ¡y un cuerno!), Dairine había accedido a quedarse a vivir en la casa y a ir al trabajo acompañada, pero, ni muerta matada, ni aunque la depilasen con aguarrás (palabras textuales suyas), iba a renunciar a su empleo y si la obligaba esperaría a que se durmiera y le cortaría, uno a uno, todos sus apéndices dactilares y colgantes (de nuevo palabras de ella) y no le quedó otra que aceptar. Eso sí, informó a sus hombres, con las mismas amenazas que había recibido él, de lo que les pasaría si a su compañera le sucedía algo.

Llegó al trabajo echando pestes del idiota aquel, ¿quién se había creído que era? La había cabreado, era una mujer tranquila y muy pacífica, pero él la sacaba de sus casillas.

Su compañera, Sally, avisó que volvería esa misma tarde a trabajar, ¡por fin!, no tendría que doblar turno.

Cuando llegó su hora de salida se despidió de todos y salió a la puerta para encontrarse con los dos guardaespaldas que él la había obligado a llevar.

—¿Ya ha terminado por hoy, señorita?

Miró al hombre, era alto (debía ser algún requisito para trabajar con Donnan o que comían a destajo) su pelo tenía como unas quince tonalidades de rubio, castaño y cobrizo y era una mole, debían haberlo fabricado junto a la muralla China porque parecía igual de imponente.

—Mark, ya te he dicho que me llames Dairine y me tutees y sí, he terminado de trabajar.

El hombre se ruborizó y le señaló el coche que la esperaba.

—Entonces volvamos a casa, señ... Dairine.

—La verdad es que no, no vamos a la casa de él, vamos a la mía, tengo... ¿por qué narices estás negando?

—Tenemos orden de llevarla a la casa cuando salga de trabajar.

—Pe... pero tengo que ir a mi piso, ¿lo entiendes?

El hombre seguía negando.

Dairine, ¿quieres dejar de ser tan cobarde, saca cojones... espera, eso no, que tú no tienes, chata, ¡ovarios! Sí, de eso sí que tienes, deja atrás todas tus dudas y miedos y dile a estos dos por dónde se puede meter las órdenes el Thor súper-vitaminado ese. Tomó aire con fuerza y decidió hacerle caso a su conciencia, ella no era débil, no.

—Le dices a tu jefe que sus órdenes se las puede meter por el culo y mandárselas por fax al cerebro. Yo voy a mi apartamento, sola o con vosotros.

Fue un espectáculo ver como el hombre boqueaba, alzaba las cejas y se ponía más blanco que una montaña de nieve.

Cuando llegó a su edificio su compañera de apartamento, Janice, estaba sentada viendo la tele y saltó del sillón para darle un abrazo.

—¿Dónde estabas? Anoche no dormiste en casa y estaba preocupada.

Le resumió, en pocas palabras, lo que había pasado y ella la miró extrañada.

—Es raro, ¿no?

—¡Dímelo a mí! No entiendo el porque me protegen así y porque no quieren ir a la policía, pero sabes que adoro a Aretha y Aryana, son muy dulces y se han portado muy bien conmigo. Por ahora me quedaré allí, pero solo hasta que se resuelva todo.

—¿Y si son de la mafia? ¿O asesinos en serie? ¿Te fías de ellos, Dairine?

¡Joder, con su amiga! La estaba poniendo frenética.

—No... no creo que sean peligrosos, Janice. Yo creo que si quisieran hacerme daño no se habrían presentado en el restaurante, ¿verdad? No puede ser un complot entre ellos y sus tías para... ¿qué? No tengo nada que puedan robarme, a no ser que estén interesados en alfombras raídas y muebles de segunda mano, ¿cierto? ¿Y asesinarme? ¡Me salvaron! No tiene lógica.

Su amiga le dio una pequeña sonrisa.

—Ya sabes, Dairine, mis paranoias y yo. Si me das cinco minutos más te diré que son una secta, vampiros o extraterrestres en busca de mujeres para su planeta.

Resopló con fuerza.

—¡Pues vaya un *chollazo* se van a llevar! ¿Se supone que soy yo la elegida para repoblar el planeta? ¡Por Dios, Janice! Soy una mujer de lo más normalita, salvo si omites lo de ser coleccionista de diademas óseas para la cabeza, ahí sí que salgo ganando por goleada. Confío en ellos, bueno, en todos menos en el macho alfa de la manada, ese me pone los pelos como escarpías.

—¿Tan mala pinta tiene?

—No, todo lo contrario, es de esos que hace que tu cuerpo se convierta en un teléfono móvil, vibras cada vez que te mira. Pero tiene pinta de chulo y cada vez que abre la boca es para dar órdenes.

—Entonces, si estás segura, adelante, pero no te olvides de llamarme.

—No te preocupes, vendré a verte a menudo.

Janice empezó a mirar a un lado y a otro nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Verás, hay algo que te quiero decir hace ya varios días y no me había atrevido, pero como veo que, por ahora, vivirás en otro sitio y estarás acompañada, creo que debo comentártelo.

Se sentaron en el sillón y la apresuró para que le contara que pasaba.

—Resulta que... bueno, el caso es que el otro día, Paul...

—¡Oh, no! ¿Me ha vuelto a dar de alta en el trabajo Cupido? ¡Maldito niño cagón! Por lo menos podía avisar.

Su amiga empezó a reír.

—No, nada de relaciones, ya te lo dije. Es una oferta de trabajo, Dairine. Paul tiene una empresa de informática y me ha pedido que sea su secretaria.

—¡Pero eso es estupendo!. Tenemos que celebrarlo, ¿y cuando empiezas?

—El lunes que viene. Pero hay un pequeño problema, me tengo que mudar, cielo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Te pilla muy retirado?

Janice hizo una mueca de fastidio.

—Se podría decir que sí. Es en San Francisco, Dairine.

—¡Oh! Entonces creo que llegarías algo tarde todas las mañanas, ¿no?, son solo unos tres mil kilómetros de distancia. Me alegro por ti, cariño y no te preocupes por mí, cuando todo esto haya pasado buscaré algo más pequeño.

No pienso arriesgarme a tener nueva compañera, no me fio del niño de los pañales.

Rieron juntas pero no pudo quitarse un sabor amargo de la boca, estaba visto que lo suyo no era vivir acompañada, a no ser que se comprara un cactus, claro.



Capítulo 8

—¿Qué todavía no la has reclamado? ¿Y a qué esperas?

Bufó ante las palabras de Aryana.

—No me conoce, tía. Y además ¿Cuándo se supone que tenía que hacerlo, anoche o esta mañana con una taza de café en la mano y ella apresurándose para ir al trabajo?

Sus tías soltaron un gruñido y su hermano soltó una risotada.

—Y por si fuera poco mi hermano utilizó todo su encanto, gruñó y ordenó, lo raro es que Dairine no le diera una patada en las bolas y saliera corriendo.

—La muchacha no haría eso, aunque comparto tu opinión, pero es muy tierna y algo tímida.

Su teléfono vibró y cuando vio que era Mark arrugó el entrecejo. Después de escuchar lo que tenía que decir el hombre se volvió y miró a sus tías y hermano.

—¿Tímida? ¿Dulce? Pues aquí, «la tierna florecita», ha pasado de mis órdenes, es más, les ha dicho a sus guardaespaldas que me las meta por el culo. ¡Maldita sea! En cuanto vuelva voy a amarrarla a la pata de mi cama.

Aretha se volvió y miró a Lenard.

—¿Este es el encanto del que hablabas?

Cuando su hermano asintió a las palabras de la mujer, ella se volvió y clavó sus ojos azules en él.

—¿Podrías ser un poquito más sutil, sobrino? No quieres emparejarte sin antes conquistarla y, perdona que te diga, si esos son tus métodos hacen agua por todos los lados, cómprate un maldito salvavidas porque te va a hacer falta.

Echó a andar hacia la puerta.

—¿Dónde narices vas?

Se volvió para mirar a su tía.

—¡A dejarle cuatro cosas claras a mi compañera!

—Eso y luego, si no te pone las pelotas a la altura del gaznate y te deja la cara como si tuvieras paperas, te emparejas con ella. ¡Estás perdiendo un tiempo muy valioso!

Sintió la rabia crecer dentro de él. No iba a consentir que le dijeran cómo debía hacer las cosas ni cuándo.

—¿También queréis mirar? Para asegurarnos, mayormente.

—¡Yo sí!

Si las miradas fundiesen, su hermano, ahora mismo, sería un montón de huesos retorcidos en el suelo.

Llegó al salón buscando a Bento y cuando lo localizó le dijo que lo acompañara, pero al llegar a la puerta, su mujer, se bajaba del coche.

—¿No soy claro cuando doy una orden? Dije que la quería aquí en cuánto saliera del trabajo.

Dairine se quedó paralizada unos segundos y después empezó a dar saltitos, ¿qué mierda le pasaba a aquella loca?

—¡Estoy aquí! ¡Aquí! Y no estoy sorda ni muda, puedo hablar por mi misma, de hecho lo vengo haciendo desde que tenía menos de un año.

La miró con fijeza y le soltó un: «y desde entonces no has parado, eso me

ha quedado claro», antes de volver a clavar la mirada en sus hombres.

—Guardad el coche y os aviso de que estáis suspendidos de empleo y sueldo hasta nuevo aviso... corrijo, solo de sueldo, porque vais a doblar turnos hasta que me acuerde de esto y tengo muy buena memoria.

—No... no puedes hacer eso.

—Puedo y quiero, trabajan para mí y les di una orden que ellos desobedecieron.

Dairine avanzó hasta él.

—Por favor, no los dejes sin sus pagas ni les hagas doblar turnos, ha sido por mi culpa, yo insistí en ir a mi casa.

—De eso hablaremos tú y yo dentro de un ratito.

La cara de ella se puso colorada y sus ojos parecían echar chispas.

—No pienso consentir que los trates así, si lo haces cogeré mis cosas y me marcharé a mi piso, ¿entendido? Vine aquí porque dijiste que estaba en peligro y yo obedecí...

¿Obedecer? La tuvo que traer prácticamente a rastras ¿y tenía la desfachatez de decir que lo había obedecido? No pensó, algo raro en él, pero es que lo descolocaba por completo; su aroma lo estaba volviendo loco... loco y duro y se moría por enterrarse en su cuerpo, por devorarla, por beber de ella, así que la cogió y se la echó sobre el hombro. Con eso acababa de perder unos cuantos puntos en la escala de la conquista, ahora mismo debía andar menos cero y con el sobrenombre del troglodita.

—¡Bájame ahora mismo! ¡Eres un bruto, un animal!

Pataleaba y se retorcía sobre su hombro, pero le dio una ligera palmada en el culo y siguió andando hasta la escalera, sus tías salían en ese momento del salón y lo miraron sonriendo.

—¡Aretha! ¡Aryana! Decidle a este sucedáneo de Tarzán que me baje ahora mismo.

¿Sucedáneo de Tarzán? Su mujer tenía unas ideas muy raras. Siguió subiendo los escalones mientras ella seguía moviéndose sobre su hombro.

—Peso demasiado, ¿sabes? ¿Quieres hacerte una hernia? ¡Pues allá tú! ¡Ojalá te recalques y que tus caderas se empotren contra tus tobillos!

Sonrió ante las palabras de ella, ¿creía que pesaba demasiado? ¿se veía gorda? ¡Por Dios, si era le perfección hecha mujer! Todas sus curvas estaban

creadas para volver loco a un hombre, corrección, para volverlo loco a él, ningún otro hombre, vampiro o no, tendría ya derecho a tocarla, ni siquiera a mirarla, era suya, solo suya.

Cuando llegó a su piso abrió la puerta, cruzó el umbral y la cerró de una patada, se dirigió a uno de los sillones, la dejó caer allí sin mucho miramiento y se plantó ante ella poniendo una de sus peores miradas.

—¿Qué te dije esta mañana? Del trabajo a casa y siempre bajo la mirada de mis hombres. ¿Y qué has hecho tú? Amenazarlos y obligarlos a hacer tu santa voluntad y, encima, te encierras en el piso fuera de su vista.

Vio como ella pasaba de asustada a enfadada en milésimas de segundo, si hubiese parpadeado se lo habría perdido.

—Punto uno, tú no eres nadie para decirme que tengo que hacer. Dos—al mismo tiempo que hablaba iba subiendo los dedos para remarcar su «opinión»—No obligué ni amenacé a nadie, solo les dije que iría sola o acompañada. Tres, no me encerré en el piso, estaba con mi compañera hablando. Cuatro, no es justo que los despidas, no querían incumplir tu orden y quinto, como vuelvas a hacer algo parecido a lo de ponerme en tu hombro como si fuese un saco de patatas, te juro que te meto un palo por el culo y te lo van a tener que sacar con un aspirador, ¿entendido?

¡Oh, sí! Entendido y mandado a la papelera de reciclaje.

—¿Has terminado ya?

—No creas, tengo más, ¿qué te parece explicarme que narices está pasando? No tengo muy claro lo que ocurre y me gustaría...

—¡Cierra la boca!

—¿Ya empezamos otra vez? Tienes un serio problema con eso, ¿sabes?

La miró enarcando una de sus cejas y se acercó dos pasos y ella hizo como si sellara sus labios con una llave.

—Punto uno, ¿no soy nadie? Cariño, estás muy equivocada, grábate esto en la mente: ¡Soy tu compañero! Y a partir de ahora el último y único hombre que habrá en tu vida.

Dairine enrojeció violentamente y abrió la boca, pero se acercó a ella otro paso más y bajó la cabeza a su altura.

—Calladita, es mi turno. Punto dos, sí, amenazaste a mis hombres diciéndoles que si no te acompañaban irías sola. Punto tres, escapaste de su

vista, te metiste en tu piso dejándolos fuera. Punto cuatro, trabajaban para mí y les di una orden que no cumplieron, puedo ponerlos de patitas en la calle, soy su jefe, ¿entendido?

Ella asintió, pero estaba claro que lo que realmente le apetecía era cortarle la cabeza con una motosierra.

—Punto cinco, eres terca como una mula, no obedeces y si vuelves a ponerte en peligro, lo de cargarte como a un saco de patatas va a ser una de tus menores preocupaciones, calentaré tu culo, ¿me has oído?

Dairine lo miró echando chispas, pero volvió a asentir.

—Y sí, voy a explicarte que pasa, pero antes me gustaría que nos conocieras un poco más, dame unos días, pero te juro que estás en peligro y lo único que quiero es que estés a salvo, ¿puedes, por favor, hacer caso de las precauciones que te recomiendo tomar?

—¿Recomendar? ¡Ja! Tú solo mandas, chato, la palabra recomendar no existe en tu vocabulario, es más, no sé cómo no te has atragantado con ella. Pero esperaré, soy así de generosa.

Y diciendo eso se levantó y se fue a su habitación. Le esperaban días muy largos y noches eternas, su compañera era de todo menos dócil, ¿de dónde cojones se habían sacado sus tías que era dulce? Sí, claro, como el atún en salmuera.



Capítulo 9

Durante tres días prácticamente ni hablaron. Compartió tiempo con los habitantes de la enorme mansión. Eso sí, le extrañaba la falta de movimiento por el día, era como si todo se ralentizara, pero, al atardecer, iban apareciendo todos poco a poco y la casa bullía de vida. Departió muchísimo con Aretha y Aryana y con Calogera, la esposa de Bento, una mujer menudita, de pelo muy negro, ojos azul claro y un humor muy irónico. Y también conoció a Fioralba, la mujer de Umeko, tenía el pelo castaño con hebras rubias, ojos azules, era alta y se asemejaba mucho a ella en tamaño... a lo ancho.

Por las noches, Donnan se despedía de ella con un beso tórrido, ¡que tórrido ni ocho cuartos! Uno de esos besos que le dejaban estremecida, de esos que hacían que las gomas de sus calcetines se desintegraran y se enredaran en sus tobillos (los calcetines evidentemente, las gomas desaparecían en un plis plas en cuanto los labios de él tocaban los suyos).

Sus tías le decían que él estaba muy interesado en ella, pero que era terco, ¿no, en serio? El tipo tenía un cabezón (y no por el tamaño) enorme y más duro que el hormigón armado y (según siempre la versión de las dos mujeres)

quería conquistarla pero antes quería resolver el problema de los matones aquellos y, encima, no sabía muy bien que hacer para seducirla. Pues tímido, lo que se dice tímido, no era la criatura, porque seguía empeñado en besarla hasta dejarle los labios como una banda elástica de tensos y en mirarla como si fuese la última comida de un condenado a muerte, pero no daba un paso adelante ni aunque lo empujaran con una apisonadora y ella tampoco lo deseaba... ¡uf! ¿A quién trataba de engañar? Se moría por tener todo aquel corpachón a su alcance, por enredarse con él entre sabanas, jadeos y muchos besos.

Eran casi las diez de la noche cuando llegó a Empty Bottle, la discoteca donde había quedado con Janice, era su última noche juntas y querían pasarlo en grande. No le había comentado nada a Donnan, ¡ni que fuese su padre! Pero las tías le habían recomendado que no saliese sin los guardaespaldas y allí estaban los dos hombres, apoyados en la barra y más desubicados que un chándal en un desfile de Victoria's Secret.

—¿Les invitamos a una copa?

Miró a la barra y luego a su amiga.

—No creo que acepten, recuerda que «están de servicio».

—¿Me vas a contar como va todo? No quiero irme con la sensación de que te dejo sola ante el peligro.

Sonrió ante las palabras de su amiga.

—Tranquila, reina, con ese par siguiéndome hasta el baño no creo que se acerque ni un mosquito a picarme. Mejor hablamos de ti.

Dos horas después, unos cuantos hombres espantados por los dos fortachones aquellos con pinta de mafiosos y hasta arriba de cervezas su lengua se soltó.

—¿Y cómo te va con el macho alfa?

—¿Con Donnan? El tío es un zoo andante.

Janice escupió el trago de cerveza que acababa de beberse.

—¿¡Qué!?

—Sip, te lo juro. Anda como un pavo real, tieso, shacando pesho y luciendo palmito. Se comporta como un gorila, sholo le falta aporrearse y lanzar grruñidos. She piensa que es el jefe lobo de la manada, ruge como un

león y me... me gustaría hacerle maullar como a un gatito. ¡Está tan bueno el condenado! Me lo comería a lengüetazos.

—Dairine, cielo, ¿y cómo es físicamente?

—Es el pecado andante. Tiene unos ojos grises que te radiografían y hacen que tus bragas se vayan de acampada a tus tobillos y su boca, mmm, me dan ganas de mordérsela hasta hacerrle puré los labios y esa barbilla, me muero por lamérrsela enterita. Pero lo mejor es su voz, ¡joderr, Janice! Cuando habla hace que mis neuronas se fundan y mis hormonas estén a la busca y captura de todos y cada uno de sus espermatozoides.

—¡Por Dios, Dairine!

—Un poco brruto, lo sé, pero es que cuando lo veo mi mente se pierrde, cielo, te lo juro.

—Cariño, ¿podrías cerrar la boca?

—¡Ah, esa es otra! Siempre está con lo mismo, ¡cierra la boca! ¡abre la boca! Y ¿sabes lo que hace cuando la abro? Me mete la lengua hasta el fondo y se pone a lucharr esgrima con mi campanilla.

—¡Dairine, no estamos solas!

—¡No me jodas! ¿Tengo detrás a Tom y Jerry en versión hombres de negro?

—No, preciosa, tienes detrás al pecado andante.

Se dio la vuelta y allí estaba él, vestido con una camiseta negra y unos pantalones negros... ceñidos, muy ceñidos y que marcaban un paquetón que, los de correos, estaba segura que no te dejarían mandar sin abonar una tarifa extra por exceso de peso y tamaño.

—¡Ostrra puta! Mis hormonas acaban de salir de cacería.

Algo, no sabía bien el qué, le estaba molestando, presentía que ocurría alguna cosa que escapaba a su entendimiento.

—¿Qué cojones te pasa esta noche?

Miró a Bento.

—Estoy tan normal como siempre.

—Que, traducido al lenguaje de mi hermano, quiere decir que soy el mismo capullo de todos los días.

Resopló ante las palabras de Lenard.

—Es que hay algo... que no va bien, tengo un presentimiento.

—Eso es lo que no va bien.

Miró donde señalaba su amigo. Un grupo de Alvise tenía acorralado a un hombre junto a un contenedor, habían desgarrado su garganta y se alimentaban de él como alimañas. Había siete de ellos, desde que habían atacado a Dairine se mantenían en grupos más grandes y por un momento creyó en la maldita profecía, ¿tendría Keegan miedo?

Se lanzaron sobre ellos y empezaron a atacar, los pillaron desprevenidos al estar tan entretenidos con el pobre hombre, pero no por eso, al verse descubiertos, dejaron de luchar, golpeó a uno de ellos y este lanzó una patada hacia sus genitales que apenas tuvo tiempo de esquivar, sacó una de las dagas que llevaba atada al muslo y se la lanzó, de un golpe certero, al corazón, en segundos, el Alvise, se desintegró en el aire dejando una estela de humo negro y un buen puñado de cenizas; al girarse se topó con otro de aquellos seres que enseñaba sus colmillos e iba directo a su yugular, se echó sobre él y rodaron por el suelo, tenía que esquivar la boca del asesino aquel mientras se hacía con otra de sus dagas para segarle la cabeza; cuando terminó con él vio que su hermano intentaba ayudar a Bento a deshacerse del único de aquellos seres que aún vivía.

—No lo mates, nos lo llevaremos, tengo unas cuantas preguntas para él.

Su amigo y Lenard asintieron y emplearon, de forma conjunta, sus fuerzas para golpear al vampiro y noquearlo.

Una hora después, y tras dejar limpia la escena de la lucha, estaban en el sótano de la mansión intentando sonsacar algo del Alvise, pero este se negaba a cooperar. Tomó, con sus manos enguantadas, un cuchillo de plata y lo deslizó por el cuello del vampiro, la piel de aquel ser empezó a quemarse por donde se deslizaba el arma.

—Vas a morir, ambos lo sabemos, pero de ti depende que tu muerte sea lenta y dolorosa o rápida. ¿Vas a contestar a mis preguntas?

Los chillidos llenaron la pequeña habitación, pero no tuvo piedad.

—¿Por qué, noche tras noche, vais por esa zona? ¿Qué buscáis?

Vio el miedo en los ojos enrojecidos y siguió deslizando el puñal por su cuerpo.

—¡Habla!

Costó quince buenos minutos y un montón de cortes y quemaduras, pero al final habló y, cuando soltó las palabras que más temía oír, le cortó la cabeza sin compasión ninguna.

—Keegan busca a la mujer, tu compañera, quiere destruirla pero antes quiere poseerla frente a ti.

—¿Nos creerás ahora?

Se volvió y se encontró con sus tías.

—¿Volvemos a lo mismo? Solo sabemos que él sabe que es mía y quiere matarla como hizo con mis padres.

—Y tú, ¿todavía no la has tomado? ¿No has empezado con vuestra unión?

—No pienso hablar de mi vida sexual con vosotras.

Aretha soltó un bufido.

—Lo que quiere decir que todavía sigues a dos velas, ¡estupendo!. Está visto que te gusta jugar con el peligro, Donnan. Tienes que hacerla tuya y, cuando ella esté... *preparada*, convertirla.

Entrecerró los ojos.

—Haré lo que tenga que hacer... en el momento que crea oportuno.

Se quitó los guantes y los tiró en un pequeño cesto de basura.

—Y si nos guiamos por la maldita cosa esa, ¿no decía algo así como que el rojizo ocaso bese la llama? ¿O que llegaría de tierras escarpadas, gélidos mares y no sé qué chorradas más? Pues no ha dado ni una.

Aryana se acercó hasta él.

—Estás más tonto cada día y empiezo a creer que ahí dentro hay solo una maldita neurona con una brújula intentando encontrar el puto rumbo. Tú eres

la llama y ella, con ese color de pelo, el ocaso. Y otra cosita, sobrino, ¿sabes de dónde es Dairine? ¿Sabes, siquiera, cuál es su apellido?

Pues en realidad no, pero eso ¿qué tenía que ver?

Su tía acercó su cara hasta casi pegar la nariz contra la de él.

— MacMahon y por si no puedes relacionarlo con el país, te diré que su familia es irlandesa y emigraron de allí cuando ella era apenas un bebé, ¿te parece lo suficiente escarpado, gélido y al norte, Donnan?

Más al norte y terminaría en el Polo, la verdad. Tragó con fuerza, aquello empezaba a darle miedo, vamos, un miedo que le daban ganas de salir en estampida.

—¿Dónde... dónde está ella?

Sus tías se miraron y empezaron a sonreír, si lo de antes le había dado miedo esto le hacía temblar. Aquel par de brujas (y nunca mejor dicho), cuando se miraban así, era seguro que tramaban algo.

—Salió.

De repente vio todo rojo con un borde negro, ¿estaría perdiendo visión?

—¿Cómo qué salió?

Su tía puso los ojos en blanco.

—Sí, ya sabes, cuando una persona abre la puerta y pasa de dentro a fuera, no es tan difícil de entender, ¿verdad, sobrinito?

Apretó las mandíbulas y soltó las siguientes palabras entre sus dientes encajados.

—Sé perfectamente que es salir. ¿Dónde fue y con quién? ¿Iban Mark y Tony con ella? ¿Cómo la habéis dejado ir sabiendo que Keegan la busca? ¿Estáis locas?

Suspiró cansado y enfadado al mismo tiempo.

Aretha sonrió.

—¿Ahora sí que crees en la *maldita* profecía, no?

—No se trata de creer o no, tía, ella es mi compañera, así que haced el maldito favor de contestar, ¿dónde fue?.

—Pues diría, por la forma en la que iba vestida, que fue de fiesta.

La mujer se volvió y miró a su hermana.

—¿No había quedado con su amiga en esa discoteca tan molona? ¡Dios! Nuestra chica iba de escándalo, los muchachos van a tener mucho trabajo para apartar a los moscones de ella.

Ante sus ojos atónitos, sus tías siguieron conversando.

—El vestido le quedaba como un guante, marcando todas y cada una de sus curvas y con esa espalda al aire. Definitivamente, Mark y Tony, van a tener que moverse rápido para apartar manos y cuerpos de encima de ella.

Rugió y salió dando zancadas de la habitación.

Las dos mujeres se miraron, chocaron las manos y empezaron a reír.

—El chico ha caído de cabeza y sin casco ni nada.

Cuando llegó al local buscó, con la mirada, a sus hombres, los encontró en la barra y se acercó a ellos.

—¿Dónde está?

Mark lo miró espantado.

—Está sentada allí enfrente, Donnan. No... no ha pasado nada, unos cuantos hombres han estado bastante insistentes pero hemos logrado apartarlos. Ella... ella está un poco ¿bebida?

Cuando llegó a Dairine la vio de espaldas, ¡la iba a matar!, no, mejor la ataría a su cama. El puto vestido no tenía nada en la parte de atrás, ¿se les acabó la tela o qué? Dio un repaso al local y vio que más de un hombre miraba con lujuria a su mujer. Se acercó en dos zancadas, dispuesto a sacarla de allí a rastras si hacía falta, pero, cuando llegó casi a su altura, oyó que Dairine decía su nombre y frenó en seco y decidió escuchar. ¿Pavo real? ¿Gorila? ¿Lobo? ¡Maldita sea!... ¿pecado andante? Una sonrisa creció en su boca, se acercó el paso que le quedaba por dar, se inclinó sobre ella pegando su boca a su oído y le habló susurrante.

—No, preciosa, tienes detrás al pecado andante.



Capítulo 10

Ella lo miró con los ojos desorbitados y, después de soltar la burrada de sus hormonas, empezó a sonrojarse y reírse a carcajadas; estaba claro que iba pasadita de copas. La tomó del brazo y, después de despedirse de la amiga y pedir un taxi para ella, llevó a su mujer hasta su coche para ir a la casa.

Ella tropezó con tres de los cuatro escalones de la entrada y, viendo que terminaría con la cabeza abierta, la tomó en brazos y la subió hasta su piso, abrió la puerta con bastante dificultad ya que ella no paraba de moverse entre sus brazos y la cerró de una patada, la llevó hasta su habitación y la depositó en la cama.

—Y ahora que estamos aquí, Dairine, tú y yo vamos a hablar.

Ella se tumbó en la cama y miró a su alrededor.

—Es... esta no es mi habitación, ¿verdad?, ¿es auto-giratoria?, ¿es movible? ¡Joderr, que marreo más tonto me está entrando!

Tomó aire, se dio la vuelta y empezó a pasearse por la habitación, el aroma de ella lo estaba volviendo loco.

—No, la habitación no es la tuya, es la mía y, a partir de este momento,

también será la tuya. Eres mi compañera, mi mujer y este es tu sitio. Pero antes de hacerte mía quiero dejar cuatro cosas claras...

Un ronquido detrás de él lo hizo girarse y se encontró a Dairine durmiendo, estaba tendida boca arriba y con las piernas abiertas, el vestido se había deslizado por sus muslos y dejaba ver sus bragas negras de encaje, su polla, ya de por sí dura, se endureció más.

—Esto tiene que ser un maldito castigo, ¡Dios! yo duro por ella y mírala, roncando como un oso en hibernación.

La desnudó con cuidado, la cubrió con una manta y se fue al baño, necesitaba una ducha bien fría. Su mujer lo iba a volver loco, de eso sí que estaba bien seguro.

De mañana no pasaba que mantuviera una charla con ella, tenía que decirle quien era y explicarle lo que era ella para él. ¡Qué Dios o el diablo, lo ayudaran!

Había dormido en el sofá, sabía que si lo hacía al lado de Dairine no podría apartar las manos de ella, se levantó, se duchó y se puso un bóxer y los pantalones, fue hasta su habitación y la encontró vacía, ¿dónde cojones estaba? La buscó por todo el apartamento y no la encontró, ¡si había vuelto a largarse la iba a traer por los pelos desde dónde estuviera! ¿Tendría que estar toda la vida persiguiéndola?

Bajó las escaleras corriendo y cuando estaba a punto de llegar a la puerta de entrada escuchó unas risas, paró en seco y patinó, sobre el suelo encerado, hasta llegar a la sala. Lo que encontró ante él le dieron ganas de lanzar cuatro gritos y aplastar varios cráneos, «su mujer», «su compañera», «la elegida», estaba vestida con una bata, una jodida bata que no dejaba nada a la imaginación y, a su alrededor, todos sus hombres, todos y cada uno de ellos, mirándola embobados, agilipollados y con deseo. Iba a empezar a cortar extremidades de un momento a otro, sobre todo esas que estaban ubicadas en la zona pélvica.

—¿No tenéis nada que hacer?

Se hizo el silencio en la sala y todos clavaron la vista en él, su hermano arqueó una de sus cejas y lo miró sonriendo.

—Pues ahora que lo dices sí, pero estamos fascinados escuchando a Dairine.

Fascinados se iban a quedar todos cuando su entrepierna luciera totalmente

plana, sin objetos colgantes.

Se acercó hasta ella, le quitó la taza que llevaba en la mano y la levantó.

—Esa es mi leche con miel, un remedio natural que me ha preparado tu tía para el dolor de cabeza.

—Resaca, cielo, se llama resaca.

Ella resopló indignada y él aprovechó su estado de enfado para llevarla con él.

—Eso es de ser poco caballeroso, que lo sepas. No puedes decirle a una mujer que tiene resaca, es un dolor de cabeza, queda más elegante.

—¿Cómo el que me dará a mí si no cierras la boca?

Eso sí que era poco elegante, pero siguió utilizando la irritación de ella para llevarla, de vuelta, a su apartamento.

—¿Ya vamos a empezar de nuevo? En serio, no sé qué problema tienes con mi boca.

Se volvió y clavó los ojos en esa parte de su cara.

—Que me vuelve loco, tanto cuando hablas o cuando callas, en cualquier momento quiero tener mi boca pegada a la tuya y poseerla con mi lengua, ese es el puto problema que tengo.

—¡Oh! vaya, me has dejado sin palabras.

—¡Al fin!

—¡Eres un grosero! Y ¿Qué haces? ¿Dónde vamos?

¡A follar! Quería hablar con ella pero, después de verla medio desnuda, su cuerpo había entrado, prácticamente, en combustión, tenía que tenerla ya, no podía esperar más.

Ella se quedó parada en medio del rellano de la escalera, él tiró, ella clavó los pies en el suelo y viendo su obstinación se acercó, la cargó en su hombro y subió los pocos escalones que los separaban de su vivienda. Dairine se agitó y gritó indignada.

—¿Tú dónde aprendiste modales? ¿En la escuela de burrilandia y trogloditas avanzados?

Entró en el piso, cerró la puerta y se dirigió hacia su cuarto, la echó en la cama sin ninguna delicadeza y luego se subió sobre ella.

—¿Qué cojones haces paseándote medio desnuda delante de todos?

Ella lo miró a los ojos.

—¿Tú estás chalado? Llevo bata y cubre todas las partes de mi cuerpo que...

—No, no estoy hablando de lo que cubre, sino de lo que insinúa, lo que deja entrever y a la imaginación. Tenías, a todos los hombres de esa sala, empalmados.

Ella soltó un pequeño bufido. Se acercó a sus labios.

—Abre la boca, Dairine.

Ella negó con la cabeza y él sonrió, ¿creía que no la iba a besar? Sentía su aliento besando sus mejillas, sus cuerpos estaban pegados, unidos y su pene estaba instalado en el vértice de sus piernas, se moría por enterrarse en ella, por probarla, por morderla; deberían hablar, esa había sido su primera intención, pero ahora, con su cuerpo moldeado al de él, la charla era lo que menos le importaba. Deslizó la lengua por sus labios, mojándolos, chupándolos y cuando ella soltó un pequeño gemido se sumergió en su boca, la besó con ansias, devorándola, acarició el costado de su cuerpo con las yemas de sus dedos y cuando llegó a la cima de su pecho acarició su pezón que se endureció en el acto.

—Sabes tan bien, eres una delicia, *micina* y eres mía.

—¡Ja, eso no te lo crees tú ni hartos de vodka de barril! ¿Y qué es eso de *micina*?

—No me lo creo, lo sé. Eres mi compañera, mi única. No lo entiendes, Dairine, pero tú y yo estamos unidos y no habrá nadie más para ninguno de los dos. ¿Prefieres que te llame pecosa o chata? Tienes ojos de gata, preciosa, por eso te llamo gatita... en italiano.

Se volvió a sumergir en su boca, explorando cada contorno de ella y perdiéndose en su sabor, las manos de ella subieron por su espalda y se apretaron en su cuello, sus dedos le acariciaron el pelo y él dejó su boca para besar su mandíbula y luego bajar por su cuello, sus colmillos picaban por extenderse y clavarse en él, su vena palpitaba bajo sus labios y lo llamaba, le pedía a gritos que atravesara su piel de porcelana y bebiera hasta llenarse de su esencia. Apeló a todo su control y siguió descendiendo por su cuerpo. Apartó las solapas de la bata y descubrió, que bajo ella, no había nada.

—¿¡Estabas en el puto salón desnuda!?

Agarró con fuerza sus pechos, pellizcando sus pezones.

—No vuelvas a hacer algo así jamás, Dairine, nunca, ¿entendido? Ni te imaginas lo posesivo que puedo llegar a ser.

Mordió su pezón con algo de fuerza y ella soltó un gemido. Siguió descendiendo por su cuerpo hasta llegar a su coño, inhaló con fuerza y su pene se endureció aún más, su esencia era un afrodisiaco para él, besó su clítoris y deslizó la lengua por su vulva, chupando y mordisqueando.

—Eres... eres un maldito chulo... mmm, un poquito más fuerte, Donnan, chupa más fuerte... y no me gusta que me manden... ¡Oh, Dios! justo así... tienes un problema con ese carácter... ¡Madre del amor hermoso! ¡Qué forma de chupar! ¡No pares, por favor, por favor! Mmm, sí, así... y sobre tus órdenes voy a decirte un par...

—¿No puedes callarte ni follando?

—¡Pedazo de mulo sin sentimientos! Eres... eres... eres un cerdo chapoteando en un charco... ¡Joder! sí, sí, más, dame más.

No pudo evitar sonreír, su mujer era capaz de hablar, gemir y exigir en una misma frase.

Metió un dedo en su empapada vagina deslizándolo tentativamente y, cuando ella arqueó la espalda y clavó los talones en la cama pidiendo más, enterró otro de sus dedos dentro y comenzó a follarla con ellos.

—¡Madre mía, madre mía! ¡Voy a tener un orgasmo! ¡Joder! Donnan, necesito más. Un poco más fuerte, si y más rápido, sí, así.

¡Tenía que cubrir su boca! Cada vez gritaba más alto y, sabiendo de la audición de los de su especie, estaba seguro que, a estas alturas, todos y cada uno de los habitantes de la casa estaban enterados de lo que estaban haciendo.

Trepó por su cuerpo y pegó su boca a la de ella, bebiendo sus gemidos y devolviendo los suyos, se bajó la cremallera del pantalón y se los quitó junto al bóxer y todo eso sin despegar sus bocas. Cuando se clavó en ella de una sola embestida, Dairine soltó un pequeño grito.

—¿Te he hecho daño, *micina*?

—No, es que tú... tú eres muy grande, no me equivocaba al compararte con un mulo.

Soltó una risotada y ella le guiñó uno de sus ojos, si, hasta entonces solo estaba loco por poseerla, ahora quería tenerla por entero, quería conquistar, no solo su cuerpo, también su corazón y su alma, atarla por entero a él.

Empezó a moverse sobre ella, sacó su polla hasta la punta y volvió a embestir, su mujer empezó a gemir y se abrazó a él, rodeando su cuello más firmemente con sus brazos y su cintura con las piernas, clavando los talones en su culo. Con cada nueva embestida ella gemía con más fuerza, frotándose contra él.

—Necesito... Donnan, necesito que empujes más fuerte... sí, así, un poco más, más rápido y más duro y si encima hicieras giros con tus... mmm, caderas, ¡sería la leche!.

¡Por el amor de Dios! llevaba casi cuatrocientos años teniendo sexo y nunca, en toda su jodida vida, había necesitado que le dieran indicaciones, ninguna de las mujeres con las que se había acostado había quedado insatisfecha y ahora, su compañera, ¿le decía lo que tenía que hacer?

—¡Dairine, joder! ¿Puedes dejar de guiarme como si fuese un completo inútil?

—Perdone usted, señor machoman, pero tengo treinta y cuatro años y me he quedado muchísimas veces a dos velas, ¿no puedo pedir lo que me gusta?... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh, justo así!, sí, Donnan, sí!

Enloqueció con los gemidos y demandas de ella, todo su control se deshizo y sus colmillos, hasta ahora restringidos, salieron, ocultó la cara en el hueco de su cuello, no quería asustarla cuando los viera, a ellos y sus ojos que, en aquellos momentos, estarían rojos y brillantes, pero cuando Dairine echó la cabeza hacia atrás, dejando expuesta su garganta no pudo reprimir más su deseo de probarla; clavó los colmillos y empezó a beber de ella mientras que su compañera gimoteaba y alcanzaba el orgasmo, las contracciones de su vagina lo llevaron a correrse a él también, siguió empujando dentro de ella, vaciándose, gruñendo y desplomándose sobre su cuerpo. Sacó los colmillos de su cuello y lamió la herida, dejando dos diminutos puntos enrojecidos que brillaban sobre su blanca piel. Nunca había sentido algo parecido. Nunca había tenido un orgasmo tan brutal, al punto de dejarlo seco, agotado y feliz como no lo había sido jamás.

—¿Acabas de morderme y chupar mi cuello? ¿Qué coño eres?

¡Uh, uh! Hora de explicaciones.



Capítulo 11

Él era... único, jamás en su vida le habían hecho el amor así, se movía sobre ella como enloquecido, girando su pelvis, empujando con fuerza, lamiendo, chupando y cuando clavó los colmillos en ella llegó al orgasmo más explosivo que había tenido nunca, se sentía dolorida, saciada y satisfecha... un momento, ¿clavar los colmillos? ¡Por San Kilian! Él le había mordido y chupado, estaba más que segura que él... no podía ser, ¿verdad? Pero juraría que lo había sentido succionar, ¿beber su sangre? ¡La madre que lo parió! ¿Era un vampiro? ¡No, no, no! Eso era imposible ¿o no? Se cubrió con la bata mientras que miraba como él se subía los pantalones y el bóxer. ¡Fantástico! Ni se había desnudado, aquello era lo que llamaban un polvo exprés, eso sí, uno muy bueno, tenía que reconocerlo.

—¿Qué? ¿Piensas hablar o te has cortado la lengua con los dos caninos esos súper-desarrollados que tienes?

Donnan se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Quiero que me escuches y espero que te tomes las cosas con calma, ¿entendido?

—Tú empieza a hablar y ya veré yo como me tomo las cosas.

¡Dios, que culito más mono tenía! Estaba poniéndose, de nuevo, de los nervios.

—¿Hablas ya o concertamos una cita para el mes que viene? Es simple, ¿eres o no eres un vampiro? ¡No me puedo creer que esté preguntando esto! Mira que soy una persona con la mente abierta pero esto, esto es para que me dé un patatús.

—Mi nombre es Donnan Bellardi.

—¡Joder, que fuerte!, pues no va el tío y se me presenta ahora, dame el documento de identidad y acabamos antes.

Él paró el movimiento y la miró fijamente.

—*Micina*, mantén la boquita cerrada, quiero hacer esto lo más claro posible, por favor. Nací en Florencia en el año mil seiscientos doce.

Tragó con fuerza, ¿mil qué del qué?

—Pues para ser un abuelete te conservas muy bien. ¿Esto es alguna broma, no?

—Y sí, soy un vampiro.

Se levantó de la cama de un golpe, necesitaba un crucifijo, agua bendita y un cargamento de plata, con un vagón de tren repleto se daba por satisfecha. Se apartó de él muy despacio. O era cierto lo que le había dicho (lo cuál era para hacerse sus necesidades encima) o él estaba como un maldito cencerro (que también era para cagarse) y terminaría interno en un centro psiquiátrico donde le podían reparar el cabezón

—¡Mierda, Dairine! No me tengas miedo.

Ella tragó con fuerza.

—¿Y por qué debería, verdad? Lo mismo es cierto y me dejas más seca que una uva prensada o es mentira y estás como una jodida cabra.

Con lo majo que era, oye; si es que lo suyo con las relaciones era un asco, o le ponían la frente como al papi de Bambi o se enrollaba con un lunático que iba mordiendo cuellos y chupando sangre como el que echa gasolina directamente del surtidor, ¡fantástico!, alguien por ahí arriba debía estar partiéndose el culo de risa con su vida.

—Olvida toda esa falsa propaganda que han dicho sobre nosotros, no es cierta, bueno, no es todo cierto.

—¿Ah, no? ¿No muerdes? ¿No bebes sangre?

Él hizo una mueca con sus bien formados labios.

—En parte. Ya no es necesario beber de los humanos, tenemos un banco de sangre artificial que nos surte. Aunque es cierto que aún existe un buen grupo que prefiere «lo natural». Los Alvise se creen vampiros «puros», pero en el fondo son una panda de criminales y por eso luchamos contra ellos. No soy un asesino, *micina*, no voy matando a la gente y no bebo de ella.

—Pues nada, hijo, ¿a mí me ha tocado el premio gordo? Porque te recuerdo que sí has bebido de mí.

Él se sonrojó, ¿un vampiro podía hacer eso? Se suponía que estaba muerto ¿o no? La verdad es que parecía bien vivo y ella había sentido el latir de su corazón en varias ocasiones.

—Eso es diferente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, que mi sangre tiene algún componente que es como un bufet libre para ti? ¡Pues me cago en mi jodida suerte!

—Eres mi compañera.

—Esto mejora cada vez que abres la boca. Un momento, ¿ahora soy como tú? ¿Me has convertido en vampiro?

—Por ahora no.

Empezó a andar nerviosa por la habitación.

—¿Y todos los que viven aquí son como tú?

—La gran mayoría sí, hay humanos y también están mis tías, ellas son brujas.

Pasó la mano por su pelo.

—Y ahora me dirás que el médico es un duende, que Papá Noel es el chófer y el ratoncito Pérez el cocinero. Necesito un copazo para asimilar esto.

Él intentó acercarse a ella, pero se apartó con presteza.

—No me toques, no te acerques ni respires cerca de mí. ¡Dios, necesito pensar!

Salió corriendo del apartamento, bajó las escaleras y llegó hasta el salón que, en ese momento, estaba prácticamente vacío, solo Aretha y Aryana seguían allí.

Fue directa a la pequeña barra de bar que había a un lado de la sala y se sirvió un vaso de whisky que se bebió de un tirón, tosió cuando el licor le

abrasó el esófago.

—¿Crees que es buena idea beberte eso de un trago, niña?

Miró irónica a las dos mujeres.

—Lo mismo termino escupiendo fuego como un maldito dragón y me pongo a tono con la familia ¿no? ¿Brujas? ¿En serio, vosotras sois unas brujas?

Las dos mujeres la miraron sonriendo, no sabía porque tenían que sonreír así, parecían bastante a gusto con ser un par... un par de «eso».

Aryana se levantó y se acercó hasta ella para quitarle la botella de la mano.

—Así que nuestro sobrino, al fin, se ha decidido a contarte la verdad, ¿y qué opinas?

—¿Vosotras que creéis? ¡Por San Kilian! Esto es... es imposible de creer, bueno, sé que tengo una mente muy abierta y fantástica, pero ¡joder! ¿Vampiros? ¿Brujas? Uf, creo que necesito otro trago de eso.

La mujer siguió con la botella en la mano, estaba claro que no iba a permitir que la tomara.

—Y de lo otro ¿qué piensas?

La miró confundida.

—¿Lo otro, qué otro?

Aretha y Aryana cruzaron las miradas.

—¿No te ha contado lo de la profecía?

—¿Qué profecía? ¡Me cago en mi muela empastada y no tengo! ¿Qué queréis decir con eso?

Aryana dejó la botella de whisky sobre la barra, la cogió de las manos y la llevó al sofá, de repente estaba sentada entre las dos brujas que la miraban de forma muy intrigante.

—¿No te ha contado como murieron sus padres? ¿Todo lo que ocurrió?

Iba a contestar a Aretha cuando la otra mujer tomó la palabra.

—¿No te ha hablado de Keegan y Nydia?

—¿Y esos quiénes son? ¿Unos primos lobos? ¿Gatos? ¿O mapaches? No, ni me ha hablado de ellos ni de sus padres, me ha soltado lo de que era un vampiro y he salido a tomar algo para asimilar toda esta mierda que se me ha venido encima sin beberlo ni comerlo, ¡menudo ojo tengo para los hombres!

El siguiente lo mismo termina siendo rey de *San Triplepene* y a ver que porras hago yo con tanto falo entre las manos.

Las dos mujeres se echaron a reír.

—Cariño, para ti ya no habrá más hombres, eres la compañera de Donnan, estáis emparejados para toda la eternidad.

Las miró cabreada, muy, muy cabreada.

—¿Se me acabaron las orgías? ¿El busca, compara y si encuentras algo mejor, para el saco?

La carcajada fue enorme.

—Si antes no lo hacías, cielo, crees que teniendo a un compañero, vampiro para más señas, y te advierto son muy celosos y posesivos, ¿lo ibas a hacer?

—¿Y yo no tengo nada que decir? Yo no soy como vosotros.

—Eso no tiene importancia.

¡Pues mira tú que suerte! Le habían asignado un compañero, chulo, prepotente y mandón, sin preguntarle y encima tenía que cargar con él por los siglos de los siglos, ¡anda y que les dieran ajo en polvo inyectado en vena!

Aryana la tomó de la barbilla y la obligó a mirarla.

—Eres la única para él, Dairine y ni te imaginas lo importante que eres, no solo para nuestro sobrino, también para nuestra raza, el futuro de ella y para cerrar un círculo.

¡Ostra puta! Aquello le estaba dando miedo, bueno en realidad llevaba con el miedo a la espalda desde que él le había pegado el mordisco y había hecho barra libre en su garganta.

—La madre de Donnan, Alecia, era nuestra hermana, éramos trillizas. De las tres ella era la más tranquila, dulce y tenía algo que conquistaba a los hombres con una sola mirada. Keegan se enamoró de ella nada más verla, más bien era como una especie de obsesión. Pero nuestra hermana no lo amaba y luego apareció Milo.

Aretha suspiró ante las palabras de su hermana.

—Milo era vampiro, como Keegan. En cuanto vio a Alecia supo que era su compañera y se emparejaron, pero Keegan no se lo tomó bien, estaba decidido a tener a nuestra hermana.

Echó una mirada a las dos mujeres.

—¿Los compañeros no son para toda la eternidad? ¿Únicos y exclusivos?
Aryana la miró muy seria.

—Sí, pero eso a él no le importó. Durante años mantuvieron pequeñas escaramuzas, pero mi cuñado era más fuerte que él, al final pensamos que se había dado por vencido.

Arrugó el ceño.

—Pero no fue así, ¿verdad?

—No—contestó Aretha—Cuando nuestros sobrinos cumplieron los dieciséis años, que es la edad en la que un vampiro empieza a desarrollar sus habilidades...

Alzó una mano pidiendo que se detuviera.

—¿Son gemelos? ¿A los dieciséis años son vampiros? Y antes ¿qué son?

¡Madre mía! Todo aquello era mucho para asimilar, las mujeres le sonrieron, claro, ellas no estaban acojonadas, pero ella, ella estaba poniéndose cardíaca, tomó aire intentando relajarse y dejó que la mujer siguiera relatando la historia y, eso era muy importante, que respondiera a sus preguntas.

—Son mellizos. Y hasta esa edad son niños... normales. Digamos que ese es el año de su madurez, de su edad adulta. Milo y nuestra hermana dieron una fiesta para celebrarlo y Keegan, Nydia y su ejército lograron colarse en ella.

—¿Nydia? Vaya! esta es nueva, ¿se había casado y todavía seguía tocando las pelotillas?

Aryana sonrió.

—No, esta era una que está más loca que una cabra y que es peor que una serpiente, sabía que mi cuñado era mucho más fuerte que Keegan y quería matar a nuestra hermana para unirse a él, conquistar el mundo, hacer que todos los humanos fuesen su fuente de alimentación, dominarlos y bla, bla, bla.

—¡Joder! Pues menuda arpía. En fin, que los dos bichos estos con su ejército se colaron en la fiesta, ¿qué pasó entonces?

—Cuando todo el mundo se fue atacaron a traición, nos habíamos quedado conversando sobre la fiesta cuando ellos entraron y nos rodearon, se armó el caos, Milo atacó a Keegan, pero cuando escuchó el grito de nuestra hermana

se volvió y la vio morir en manos de Nydia y entonces... se rindió, no luchó, se dejó matar por aquel imbécil.

Alzó una de sus manos.

—¿Me estás diciendo que el capullo de tu cuñado se dejó matar?

—Sí, sin Alecia su vida no tenía sentido.

Toda su furia emergió.

—¡Tenía dos hijos, maldita sea! Por supuesto que su vida tenía sentido.

Aretha sonrió con tristeza.

—No lo entiendes, cielo, para un vampiro su compañera es su otra mitad, el motivo de vivir, es su esencia, su todo.

—Eso es una mierda, sus hijos lo necesitaban, ¡vaya un maldito cobarde! ¿Qué sucedió después?

—Donnan cogió la espada de su padre dispuesto a decapitar a Keegan pero este tenía una de plata, lucharon, pero nuestro sobrino no era rival para aquel monstruo, marcó su cara con la espada y las chispas que saltaban lo hicieron con Lenard. Cuando vimos que todo estaba perdido utilizamos nuestra magia para poder huir, durante dos siglos vivimos en Europa y luego llegamos a América.

Aryana retomó entonces el relato.

—Durante aquellos viajes nos encontramos con Adara. Era la bruja más antigua, le preguntamos cómo podíamos vencer a aquellos dos seres y entonces fue cuando nos contó la profecía.

¡Menuda historia! No le faltaba de nada, ahora tenían hasta profecía y todo, sino fuese porque ella estaba en el centro de todo este lío como artista principal se lo estaría pasando de puta madre, ¡con lo que le gustaban a ella las historias de vampiros y seres fantásticos!.

—¿Y?

—Al principio no entendimos nada de nada, ya sabes como son estas cosas, frases enrevesadas, muy difíciles de entender y sin decir nada claro.

¡Oh, sí! Ella sabía de eso, ¡cómo no!, normalmente, antes de desayunar, ya le habían dicho como unas tres o cuatro de ellas y si el día iba bien terminaba coleccionando unas veinte, ¿es que estaban locas? Ella no tenía ni puta idea de profecías, videncias o como mierda se llamaran.

—Pero lograsteis descifrarla, ¿no?

Las dos mujeres soltaron un bufido muy poco elegante.

—¡Veinte años nos costó la muy jodida! Pero al final lo logramos. Para acortar diré que lo que sacamos en claro es que lo vital era que, nuestros sobrinos, estuvieran emparejados y ahí es cuando entras tú.

—¡Eres la elegida, Dairine! Con tu presencia has puesto en marcha la profecía.

—No os habéis podido resistir, ¿verdad? ¿Cuántas veces os tengo que decir que no creo en eso? ¿Cuántas?

¡Hala, el que faltaba y con su simpatía característica!, el pobre solo enseñaba los dientes para gruñir y morder, ¡qué juerga de hombre!



Capítulo 12

Si dieran algún premio a la idiotez él lo debería haber ganado con carácter retroactivo desde, por lo menos, tres siglos atrás. Había sido un bruto, un impaciente y, encima, poco delicado, claro que tampoco es que él fuera el último succionador romántico, pero ¡joder! era algo más atento y sabía cómo tratar a una mujer. Debería haberla seducido no lanzarse encima como si estuviese en celo y montarla como si no hubiese un mañana y encima morderla y soltarle el bombazo de que era vampiro, lo suyo era de una sensibilidad igual que si te peinaran con un rastrillo.

Sabía que ella no había salido de la casa, la sentía en su piel y en su nariz. Pensó en dejarla tranquila unos minutos para que asimilara lo ocurrido y mientras decidió hablar con su hermano.

—¿Qué haces aquí? Pensé que, después de ver cómo te llevaste a tu mujer, no te vería en días y solo han pasado—Lenard miró su reloj—¿una hora? No me digas... no, es imposible o ¿sí?

Gruñó ante las palabras de su hermano, vale, que sí, que lo suyo había sido una puta carrera contra reloj

—¿Has reclamado a tu compañera?

Asintió y Lenard soltó un silbido.

—¿Quién cojones eres, el vampiro más rápido en «desenfundar y disparar, vaquero?»

Entró en el apartamento de su hermano, era idéntico al suyo... en tamaño, pero ahí acababan todas las similitudes, mientras que el suyo estaba decorado en tonos claros, el de Lenard era todo color, desde el rojo oscuro de los sofás, al amarillo de las paredes y el naranja de las cortinas, cada vez que entraba allí se sentía mareado; otra de las tantas tonterías que lo sacaban de quicio de su hermano.

—No lo entiendes, me perdí.

—¿Te perdiste? ¿Quieres una clase de anatomía femenina? ¿Te hago un mapa para que puedas encontrar el punto G?

—¡Vete a la mierda! Me volví loco, lo reconozco, su aroma, su cuerpo y saber que es mía me hicieron perder la cabeza y, por si no fuese bastante, la mordí.

—¡Ding, ding, ding, premio para mi hermanito! Estoy flipando, te la llevas como si fuese un saco, te la follas sin miramientos, la muerdes y... a todo esto, ¿dónde está ella? ¿No irás a decirme que has bebido más de lo debido y se ha quedado desmayada?

—No, intenté explicarle lo que soy y se largó del apartamento.

Lenard soltó un gruñido.

—¿Qué cojones esperabas, el Oscar por el polvo mágico más rápido de la historia? ¿Y qué haces aquí? ¡Tienes que ir a por ella!

—No ha salido de la casa. Creo que está intentando asimilarlo.

—¡O estará más tensa que un gremling debajo de una catarata! ¡Por todos los diablos, hermano, te has lucido! Es tu mujer, deberías haber sido más delicado, que claro, conociéndote lo más delicado que sabes hacer es beber una cerveza del tirón y soltar un eructo como el rugido de un león.

—¡Joder! La dejé satisfecha.

Su hermano puso los ojos en blanco.

—¡El puto amo de los orgasmos con velocímetro la ha dejado satisfecha! Donnan, ¿qué te pasa? No eres una persona que pierda con facilidad su control.

—Nunca antes había tenido compañera, eso me pasa, ella... ella me descontrola, en cuanto estoy a su lado solo pienso en una cosa.

—Ya, lo pillo, ¿y qué piensas hacer?

Se cogió la cabeza con las manos.

—No lo sé, no tengo ni idea de que pasos dar con ella, ¿y si odia lo que soy?, ¿y si se va?, ¿y si no quiere nada conmigo?

—¿Y si en vez de ser tan gilipollas hablas con ella? Explícale todo, dile cómo te sientes y que es en realidad ser compañeros, coméntale toda la verdad sobre nosotros y mantén fuera del tema a tu polla, no sé, métela en hielo o algo, pero céntrate en hablar y lo de follar... para luego.

Soltó un bufido, igual que si fuese un maldito gato.

—Lo haces fácil, hermano, pero puedo jurarte que no lo es, ya me lo dirás cuando te toque a ti. Esto es una mierda, en mi vida y mira que es larga la condenada, me había pasado algo así, ni en mis primeras relaciones.

—Y antes de que empieces a vomitar tartaletas de fresa te sugiero que vayas a por Dairine y le sueltes a ella todo este rollo, ¿vale? Porque como sigas ilustrándome de esta manera voy a terminar depilándome las ingles con alguna porquería de esas con aroma a vainilla.

Se largó del apartamento y bajó a por su mujer; oyó voces en el salón y se dirigió hacia allá para oír a su tía soltando el maldito rollo de la profecía.

—No os habéis podido resistir, ¿verdad? ¿Cuántas veces os tengo que decir que no creo en eso? ¿Cuántas?

Las tres mujeres lo miraron fijamente. Aretha fue la que más rápida estuvo en contestar.

—Todas y cada una de las veces que hagan falta. Dairine es tu compañera y tiene que saber la verdad y todo lo que se nos viene encima.

La citada se volvió a mirar a la mujer.

—¿Cuál verdad? ¿Qué se nos viene encima? ¿Tiene algo que ver que yo sea su compañera con lo que va a ocurrir? ¿Qué dice la profecía? ¿Piensa hablar alguien?

Sonrió con ironía, estaba claro que ella estaba nerviosa, muy nerviosa.

—Podríamos si tú nos dejaras articular alguna palabra. Ven, volvamos al apartamento y allí hablamos.

Ella empezó a negar antes siquiera de terminar la frase.

—No, tú no quieres hablar, tienes esa mirada de nuevo.

—¿Qué mirada?

—Esa que dice que quieres arrancarme la ropa, no soy tonta, además tus tías están a punto de contarme...

No la dejó terminar, fue a por ella y se la echó, de nuevo, al hombro y se dirigió hacia la escalera, subiéndola con prisas, ella había acertado, no quería hablar.

—Tienes un culo muy mono, de verdad, todo redondito y bastante duro pero estoy cansándome de subir la escalera rebotando contra él y estampándome en los bolsillos traseros de tus pantalones. ¿Puedes hacer el favor de bajarme?

—¡No!

Ella resopló.

—Donnan, no puedes tratarme como si fuese de tu propiedad, ¿sabes?

—Eres mía, mi compañera.

—¡Madre mía! Menuda fijación tienes con lo mismo. Mira, tienes que entender que hace unos días ni nos conocíamos, yo no me voy a la cama con un hombre a la primera de cambio. Por otra parte, eres un vampiro, tengo que asimilar eso, te he pedido tiempo, tenemos que conocernos mejor, ¿no estás de acuerdo?.

—Y vamos a conocernos, *micina*, voy a conocer cada pliegue de tu cuerpo, cada curva, voy a enterrarme en ti, recorrer tu canal, empaparame en él, beber tu sangre y a hacer míos cada uno de tus gemidos.

Y ahí estaba todo su romanticismo y eso que su hermano lo había «instruido», pero él se lo saltaba por todo el morro, no podía controlarse, si pensaba en ella se ponía caliente, si la veía, su pene pasaba a formar parte del gremio del acero y si captaba su aroma todo su cuerpo entraba en combustión y dejaba de pensar con la cabeza, todas sus neuronas entraban en una especie de hibernación y sus hormonas lo dominaban por completo y se aunaban al grito de: ¡follar! ¡Y a la mierda todo pensamiento, racional o irracional! Todos echaban a correr como gacelas frente a una manada de leonas.

En cuánto la dejó en el suelo ella se parapetó detrás de su sofá.

—Antes siquiera de que des un paso más hablemos.

Soltó un gruñido, ¿hablar?, sí, claro, justo en eso estaba pensando. Echó a andar hasta ella y la vio poner las manos enfrente, como si quisiera pararlo.

—No te acerques. Quiero establecer términos.

¡Y un huevo pasado por agua! Siguió avanzando.

—No me fio de ti y menos cuando tienes esas palas dentadas fuera, ¿te pondrás, al menos, unos *condolmillos*?

Eso sí que lo detuvo.

—¿Unos qué?

—Que no pienso hablar ni dejar que te acerques a mi si antes no—y señaló a su boca— enfundas los cosas esos en algo, me da igual que sea un condón o los dedos de un guante de goma, pero no quiero que me muerdas, ¡a saber qué coño infección puedes pasarme si me los vuelves a hincar! ¿Te has vacunado de la rabia? ¿Tienes periodontitis?

¿Unos *condolmillos*? Tenía que suponer que se refería a unos ¿condones para sus colmillos? ¡Su mujer estaba loca!

—No tengo la rabia, no soy un perro ni un lobo, ¡joder! y no voy a enfundar mis colmillos. Mira, Dairine, el morderte es algo tan natural como besarte, lamerte o poseerte.

—No, no es natural meter tres centímetros de dientes en mi cuerpo y succionarme como si fueses una... una... abeja o algo así. Donnan, no te conozco y de repente andas detrás de mi obsesionado con follarme, me sueltas que soy tu compañera, que estamos destinados a estar juntos por toda la eternidad, que os persiguen otros como vosotros, pero que son los malos de la película y esto—alzó las manos al cielo—me sobrepasa, ¿entiendes?

Se sintió como un maldito egoísta, sabía que la estaba forzando a esta relación, pero no podía controlarlo, la deseaba demasiado, ahora mismo sentía el latir de su corazón, olía su esencia y su excitación, porque ella, por mucho que dijera, se sentía atraída por él; notaba sus pezones contra la tela de la bata, ¡porque otra puta vez se había paseado, en casi pelotas, por toda la casa!, estaba empezando a percibir sus pensamientos, que por cierto, eran un caos total, y se puso aún más cachondo, tanto que estaba seguro que podría follarla unas diez veces y su pene seguiría estando duro para otras tantas, vale, tal vez fuese una exageración, pero la sensación de enterrarse en ella lo tenía babeando y ardiente.

—No hay mucho más que decir, preciosa, eres mi mujer, mía por toda la

eternidad, de aquí en adelante vivirás en mi casa, comerás mi comida y dormirás en mi cama, nada más tienes que pensar, aparta todas las dudas de tu linda cabecita y acéptalo, no hay vuelta atrás, eres mía y punto.

Ella pateó el suelo y soltó un berrido.

—Mi, mi, mi, me estás cansando con tanto mi, ¿eras tú el que le ponía la voz a E.T.? Me voy a mi cama, que está en una habitación de tu piso y si quieres que estemos juntos por toda la eternidad tendrás que convencerme... no, tendrás que conquistarme.

Echó a andar decidida hasta la habitación mientras rezongaba.

—¡Menudo pedazo de tío chulo! Si quieres sexo tendrás que mantener una estrecha relación con tu mano y como sigas tocándome las narices ya sabes a quién vas a tener que *encolmillar* de aquí en adelante. Pedante, fantasmón, prepotente.

—¿Y tú eres tímida? ¡Y una mierda, nena!

Ella se volvió y lo miró cabreada.

—¡Me quitas toda la timidez, de un golpe, con toda esa poesía posesiva! Pero lo soy... hasta que cojo confianza, entonces me suelto, de hecho, el dicho de: «la confianza da asco», va justo al lado de una fotografía mía en el gran libro de refranes, proverbios y aforismos varios.

Intentó agarrarla del brazo pero ella lo esquivó y lo señaló con un dedo.

—No, no, quita las zarpas. O me das tiempo o cojo mi maleta y me largo de aquí, ¡y a ver a quién cojones le encajas los dientes, colmilludo!

—Esto no funciona así, Dairine, no puedes alejarte de mí, tu esencia está en mí, podría seguirte y encontrarte por mucho que te escondieras.

—¡Hala mira, un vampiro con ínfulas de perro policía!—Ella entrecerró los ojos—Ya es duro entender lo que eres, es casi imposible creer que existes tú y toda la panda que vive aquí. Para colmo tienes unas tías qué, para más inri, son brujas y estás metido en no sé qué rollo con otros tipos que portan, como armas, dientes largos y con ansias de chupar hasta los candados, así que intenta, por una maldita vez, entenderme a mí y no pensar tanto en ti, tus necesidades y tus problemas olfativos. ¡No es fácil tragarse todo esto, joder!.

El portazo tuvo que escucharse en todo el vecindario. Luego escuchó arrastrar muebles, ¿creía que eso podía mantenerlo fuera?, que equivocada vivía. Pero era mejor, por hoy, dejar las cosas como estaban, le iba a dar

tiempo, ¿un día?, no, no creía poder aguantar tanto.



CAPÍTULO 13

El día transcurrió tranquilo, él no la molestó, solo, a media tarde, golpeó la puerta para preguntarle si saldría a comer, pero se negó. Leyó, se aburrió, dio vueltas por la habitación y, a las ocho de la noche, abrió la puerta, salió a hurtadillas, él no estaba, ¡bien!. Fue a la cocina y se preparó algo para comer, después se dio una ducha y volvió, de nuevo, a la habitación.

Durmió mal, despertando sobresaltada cada dos por tres y a las siete de la mañana ya no podía aguantar más. Se levantó y, después de una nueva ducha y vestirse, bajó al gran salón de la planta baja. Pensó que no habría nadie, pero allí estaban Aryana y Aretha.

—¡Buenos días, muchacha!

Resopló ante las palabras de la mujer.

—¿Muchacha? ¡puf! Hace años que dejé la edad del pavo atrás.

Las dos mujeres sonrieron.

—Hemos pensado que mañana podríamos enseñarte toda la casa y las instalaciones, tendremos un día muy ocupado.

Miró a Aryana mientras se acercaba a la mesa, había una enorme cafetera

en ella, tazas y bandejas con un espléndido bufet. Se preparó un café y tomó un par de cruasanes.

—Mañana trabajo.

Ellas se miraron entre sí.

—¿No has hablado con Donnan?

—¿Ah, pero vuestro sobrino sabe hacer eso? No, él no habla, él suelta órdenes como si fuese un sargento y además, para que lo sepáis, tiene un enorme complejo de posesividad, deberíais haberle enseñado a que no todo lo que hay en este mundo es suyo y, mucho menos, las personas. Menudo patán. ¿Y qué tiene que decir aquí «don señor de las tinieblas» de mi trabajo?

Aretha se sentó a su lado.

—Cariño, como están las cosas no puedes salir sola y menos a trabajar.

Levantó la mano.

—Un momento, tengo un trabajo que sí, vale, no es el mejor del mundo, pero es mío y me da para vivir, no pienso dejarlo porque aquí machoman quiera tenerme controlada, ¡anda y que se la pique un pato!

La mujer soltó una risotada y luego la cogió de la mano.

—Cielo, es por tu protección. Tienes que entender que en cuanto Keegan se entere que eres su compañera irá a por ti, tiene que impedir que se cumpla la profecía.

—¿Y se puede saber qué coño dice la bendita cosa esa?

—¿No te lo explicó mi sobrino?

Volvió la vista hacia Aryana.

—Pues no, no me ha comentado nada de eso, ya os lo he dicho, el hombre solo suelta verdaderas perlas de sabiduría por esa boca y todas y cada una de sus frases empiezan con un mi, salvo eso, la criaturita no habla de nada más. ¿Me explicáis vosotras de que va todo este rollito?

De repente se vio sentada entre las dos mujeres que la miraban como si ella fuese la octava maravilla de este mundo.

—Para resumírtela te diremos que, para vencer a Keegan, nuestros sobrinos tienen que estar emparejados.

Aquello cada vez pintaba mejor y para digerirlo echó mano de otro café y una tostada que procedió a embadurnar de mantequilla y mermelada, las

cosas se «digerían» mejor con el estómago lleno, ¡dónde va a parar!

—¿Y a qué es debido? No sé, tal vez si ellos tienen mujer ¿se vuelven invencibles? ¿O es que el estar todo el día «mete y saca» les da súper poderes?

—Tienes que entender que todo esto empezó por amor...

¿Amor? Soltó un bufido.

—¡Venga ya! Todo esto empezó porque el vampirito malo tiene que tener un orgullo del tamaño del Cañón del Colorado y se sintió herido, pero ¿amor? No, no lo creo, por no decir una palabra más fea creo que aquí, el «dientes largos», estaba encaprichado y le sentó como una patada testicular que vuestra hermana lo rechazara.

Las dos mujeres la miraron por un rato, ¡coño! lo mismo se había pasado, que ellas eran las más firmes devotas de la tan mencionada profecía.

—Puede ser, Dairine—contestó Aryana muy seria—Esta es una historia que hay que cerrar y para hacerlo hay que completar un círculo, empezó por amor, terminará cuando nuestros sobrinos encuentren a sus parejas, entonces, Keegan, dará la cara, se enfrentará abiertamente a nosotros y, con vuestras uniones, podremos, al fin, vencerlo.

—¿Cómo? ¿Por qué es tan importante que ellos tengan compañera?

—Porque un vampiro emparejado tiene más fuerza, la esencia de su compañera le da vida, esperanza y fe. No todos nosotros logramos encontrar a nuestros compañeros, pero, cuando lo hacemos, nuestros poderes se refuerzan.

Se quedó paralizada cuando escuchó, detrás de ella, la voz de Donnan.

—Tú eres quién me ayudarás a levantarme cuando caiga, me harás creer cuando yo no pueda, serás mi sostén, mi sangre, el latido de mi corazón y mi coraje. Por eso, mis tías, creen que si mi hermano y yo tenemos a nuestra otra mitad saldremos vencedores en un encuentro con Keegan, no por la puta profecía.

Se dio la vuelta en cuanto lo escuchó hablar, él tenía los ojos clavados en ella y, con cada palabra que salía de su boca, se estremeció, él parecía creer cada una de las cosas que decía, ¿era en realidad tan importante y necesaria para él?

—¡Habló el oráculo! Tú puedes dudar, sobrino, pero una preguntita, ¿has

conseguido derrotar a Keegan alguna vez? ¡No! En todos estos siglos él no ha aparecido nada más que un par de veces, es imposible de localizar y ahora, nada más encontrar a Dairine, aparecen sus secuaces hasta por debajo de las piedras, ¿eso no te da una pista?

—Sí, que es tan sumamente idiota que quiere volver a hacernos daño y que es tan imbécil que cree que puede apartar a mi mujer de mí.

—¿Veis lo que os decía? «Mí» hasta en la sopa, es incapaz de soltar una oración sin colocar la palabrita de marras en ella y, si encima aparezco yo en la dichosa frase, parece un disco rayado.

—En fin, Donnan, tú mismo descubrirás, en su momento, lo cierta que es la profecía, pero ahora tenemos un problema más acuciante.

¿Otro problema? ¡Dios! aquello no tenía fin, echó un vistazo a las mujeres y luego a Donnan que miraba a sus tías con seriedad.

—¿Qué otro problema?

Aryana la miraba fijamente, ¿ella era el problema?

—Tu compañera piensa seguir trabajando en el restaurante.

¡Que pedazo de chivatas rastreras!

—No.

¡Qué elocuencia y verborrea!

—No puedo abandonar mi trabajo, Donnan.

—Y yo no pienso perderte, así que está claro, no volverás a trabajar, fin de la discusión.

¿Pero cómo podía ser tan autoritario?

—Voy escoltada, ¿qué más quieres?

Él se acercó hasta ella, bajó la cabeza hasta ponerla a su nivel.

—No. Vas. A. Trabajar, ¿queda claro?

—¡Es mi vida!

—¡Eres mi compañera! No vas a ponerte en peligro y esa es mi última palabra.

Bufó, el idiota aquel se estaba ganando dos tortas bien dadas.

—Creo que es mejor que mantengáis esta conversación en privado, chicos.

¡Menudo par de brujas, literalmente! La habían dejado con el culo al aire y

ahora la echaban a los leones.

—No hay nada más que conversar, pero estoy de acuerdo en volver a nuestro apartamento. ¡Vamos, Dairine!

¡Anda y que se rascara la espalda con un cepillo de alambre! Ni loca iba a encerrarse con él a solas. Antes de diez minutos la tendría despatarrada en la cama, mirando al techo y con él entre sus piernas.

—Donnan...

Él la cogió del brazo.

—Si no quieres que vuelva a echarte al hombro ven conmigo.

Sintió su mirada en su espalda mientras subía los escalones y cuando llegaron a la casa él cerró la puerta y la invitó a sentarse en el sofá. Se sentó muy remilgadamente, como si le concediera un favor y lo observó dar vueltas por la sala. Él era impresionante, sus piernas largas daban zancadas, cada vez que se giraba veía ese culito respingón, sus ojos, casi grises, parecían echar chispas, tenía los labios ligeramente apretados y se pasaba, nervioso, las manos por el pelo.

—Dairine, sé que debes sentirte abrumada por todo lo que estás pasando y que es difícil de entender. Para mí también lo es, aunque sé que no es lo mismo. Solo te pido que me entiendas.

—Pues fácil no me lo estás poniendo, Donnan. Apareces en mi vida de repente y la pones patas arriba.

Él paró el paseo y la miró con fijeza.

—Lo sé, pero llevo solo casi cuatro siglos, sin esperanza de encontrarte y ahora que te tengo no puedo perderte y más después de haberte hecho el amor, de haber bebido de ti. Eres como una droga, te necesito y pronto te pasará a ti lo mismo.

Se mordió el labio y vio la mirada de él encenderse de deseo.

—Tengo muchas preguntas por hacer.

Él soltó un gemido.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar a mañana?

—Sí, ahora, esto es muy importante. Verás, dices que somos compañeros —él asintió— y que estamos unidos para toda la eternidad. Pero para eso, pienso yo—escuchó como él, entre dientes, decía algo así como que pensaba demasiado, uf, menudo chulito—que debes convertirme, ¿cierto?

Él asintió, de nuevo, y la miró fijamente.

—¿Dónde quieres ir a parar, Dairine? ¡Porque te juro que me estoy perdiendo!

Soltó un bufido.

—¡Pues sí que te pierdes tú rapidito! ¿Es porque tienes el cerebro demasiado antiguo?

Si las miradas matasen ella, ahora mismo, estaría unos siete metros bajo tierra.

—En fin, como iba diciendo, aquí se me plantean dudas, muchas. ¿Y si después de convertirme te das cuenta de que no soy tu compañera? ¿Y si yo no quiero ser como tú? No estamos enamorados, ¿no sería un maldito desastre vivir juntos si no podemos ni respirar, uno al lado de otro, sin que nos moleste? Y si morimos alguno de los dos, ¿morirá el otro? ¡Ah! y que conste, yo soy muy aprensiva, ¿sabes?, no me atrae la idea de mordisquear cuellos y beber la sangre de nadie, además, ¿a qué sabe? puaj, que asco, caliente, espesa, no sé, prefiero beber un Cosmopolitan antes que meterme por el gaznate eso. Otra cosita...

—Suficiente, no pienso responder a todo un condenado cuestionario. Tú eres mi compañera, punto, no hay dudas, así que no habrá arrepentimiento ninguno. ¿El amor? No es necesario, *micina*; el deseo, la pasión y la necesidad son sentimientos mucho más fuertes, el amor es una emoción que queda preciosa para una bonita historia en un libro, a nosotros no nos hace falta y si aprendes a moderar tu lengua, a rebajar tu nivel de charla y a ser menos intransigente nos llevaremos de perlas. Y no importa que quieras ser o no como yo, eres mía, ¡mía!, mi única y serás como yo. Todo aclarado, ahora nos vamos a la cama, ¡mi cama!

¿El amor queda precioso en un libro? ¡Menudo pedazo de gilipollas! Ella no iba a vivir sin amor y encima... ¿por toda la eternidad? ¡Ni de coña!

—¡Y no, no vas a ir a trabajar!

¡Hasta aquí había llegado! Se puso de pie y se acercó a él, clavó un dedo en el centro de su pecho.

—¡Mira mis labios! Tú, mono lleno de testosterona, no vas a decirme que tengo o no que hacer. Voy a ir a trabajar, ¿entendido?

Donnan sujetó su dedo y se lo llevó a la boca, donde lo lamió sin apartar los ojos de ella, se estremeció, no sabía que era más excitante, si el lametón o

la mirada intensa y llena de deseo.

—¿Qué... qué haces?

—Seducirte, *micina*.

Retiró el dedo de su boca.

—No, estamos hablando, Donnan.

—No vas a ir a trabajar, me niego, no voy a perderte cuando tengo, ahora, tantos motivos para vivir.

—¡No puedes dominar mi vida de esta manera, no es justo!

—Lo que no es justo es que Keegan o alguno de sus secuaces te rapte, el imbécil ese no se va a detener ante nada, Dairine.

—Pero no puedo dejar a mi jefe colgado.

—Un día, solo eso te permito.

—Una semana—él empezó a negar con la cabeza— ¡que mínimo, Donnan!

—Tres días, ni uno más, ¿entendido? Y ahora voy a hacerte el amor, *micina*, voy a conocer tu cuerpo tanto como el mío, quiero lamerte, acariciarte y perderme en ti.

¿Tres polvos? ¡Dios! ¿En qué estaba pensando? ¡Tres días! Había dicho días, no polvos, lo suyo era de estudio.



CAPÍTULO 14

Ella hablaba demasiado, lo volvería loco antes de terminar la semana, pero valdría la pena si podía hacerle el amor y beber de ella cada día de su vida.

Acercó la boca a la de ella, «bebió» su aliento dulce, cálido y adictivo, muy lentamente juntó los labios, deslizándolos con suavidad sobre los de su compañera, apenas un roce, tomando su pequeño gemido y devolviendo uno propio.

Estaba excitado, algo normal cerca de ella, pero no iba a actuar de forma impulsiva, iba a seducirla, a demostrarle como encajaban, el por qué eran uno de otro, tenía que dejarle claro que era suya y que no había ni equivocaciones ni marcha atrás y que se olvidara de todas esas fantasías de amor, caballeros y héroes.

La tomó en brazos y la llevó hasta la habitación, se paró al lado de la cama y dejó resbalar el cuerpo de ella por el suyo mientras la dejaba, con suavidad, de pie frente a él.

Atrapó su labio inferior entre los dientes y deslizó la lengua dentro de su boca, lamió cada recoveco y le atrapó la suya entre los dientes,

mordisqueándola mientras sus manos acariciaban su cintura.

—No logro clasificar tu sabor, eres dulce, casi empalagosa y, al mismo tiempo, picante, ácida, excitante.

Mordió su labio y dirigió la boca a su mentón, lo lamió y fue deslizando la lengua por su cuello, hasta el hueco de su garganta, jugueteó en él, chupándolo y mordisqueándolo.

Su mano derecha subió por el costado de su cuerpo hasta llegar a uno de sus pechos, intentó abarcarlo, le encantó sentir que desbordaba su mano, con el pulgar le acarició el pezón, empujando la pequeña protuberancia hacia adentro y masajeándola con fuerza; ella se estremeció y soltó un largo gemido.

—¡Oh, Dios! ¿Cómo lo haces?

—Apretando, girando y estirando.

Dairine soltó un gruñido.

—¡Uy, qué chispa tienes, condenado!

La tomó de la cintura y la llevó hasta la cama y, a pesar de su deseo incontrolado, la dejó con suavidad en ella.

—Me vuelves loco, *micina*, me miras y solo deseo estar dentro de ti. Me hablas y quiero tus labios en mi cuerpo y sentir la vibración de tu voz en mi piel. Cuando siento tus manos sobre mí sé, con total certeza, que eres tan mía como yo tuyo. No lo dudes nunca, Dairine.

La desnudó sin prisas, recreándose en cada pedacito de piel que iba descubriendo, lamiendo, chupando y mordiendo. Su sangre lo llamaba, sus colmillos se habían alargado deseando enterrarse en su blanco cuello y beber de él.

—Por favor, Donnan, te necesito.

Deslizó su boca por su esternón, bajó a su vientre y lamió su ombligo, sus manos seguían acariciando sus pezones mientras que ella se agitaba en la cama, había abierto sus piernas, le pedía, con sus movimientos, que entrara en ella, pero esta vez no se iba a apresurar, lo tomaría con calma, con mucha calma.

Siguió bajando con lentitud hasta llegar a su ingle, su lengua lamió todo el trayecto hasta llegar a los labios genitales, los chupó con fuerza y enterró su boca en el centro de su coño, bebiendo y empapándose de él. Ella se arqueó

en la cama, gimió y enterró los dedos en su cabeza, tirándole del pelo, exigiéndole más, pidiéndole un orgasmo y vertiéndole una cantidad generosa de su esencia en la boca. Lo aprisionó con las piernas, frotándose contra su boca y su cara.

—¡No puedo llegar, Donnan, no puedo! Mmm, ¡Dios!, así...sí, más...más...

Las palabras le salían entre gemidos de frustración, ella estaba más que preparada, demasiado tal vez; clavó sus colmillos en el muslo y bebió con fruición haciendo que ella, al fin, se corriera.

Trepó por su cuerpo y llevó la boca a la de ella, metió le lengua dentro y dejó que se la chupara, que disfrutara de su propio sabor mientras que él deslizaba su polla entre los labios de su vulva, acariciando su inflamado clítoris y empapándose con sus jugos. Dairine gimió y se arqueó debajo de él.

—¿Me necesitas, ojos de gata? Sí, ¿verdad? ¿Comprendes ahora nuestra unión, cual es nuestro verdadero lazo? Sí, *micina*, y esto es solo el principio, pronto nos uniremos de tal manera que cada latido de mi corazón será el tuyo y tu aliento será el mío. Si, siente, Dairine, experimenta y disfruta de lo que me haces, corazón.

Se clavó en ella, metiendo su pene hasta el fondo, enfundándose en su canal que lo aprisionó con fuerza. Las piernas de ella se enroscaron en su cintura y los brazos en su cuello, pegándose completamente, no dejando ni un milímetro de piel sin tocarse. Y cuando ella se friccionó contra su pelvis, gimoteando una y otra vez te necesito, se entregó por completo a hacerla sentir, entrando en ella con embestidas muy cortas pero enérgicas.

Sintió sus testículos encogerse, prepararse para su orgasmo y sus colmillos, que no se habían retraído todavía, se clavaron en su cuello, bebió y empujó sin control, totalmente dominado por el placer, el cuerpo y el aroma de ella.

—Do...nnan, es... dema...siado.

Escuchó la dulce voz de ella, sacó sus dientes y le cerró las pequeñas incisiones con la lengua mientras que sintió las primeras contracciones del coño de su compañera, se dejó ir alcanzando el orgasmo juntos, soltó un rugido, oyó el gemido de ella y notó como, entre sus brazos, se desmayaba.

¡Maldita sea! ¿Había bebido demasiado? La miró a la cara pero no estaba pálida, al contrario, sus mejillas se veían sonrojadas y sus labios no se veían lívidos, estaban hinchados, húmedos y rojos. Acarició su cuello y notó su

pulso, no, no había bebido de más. Se apoyó en el cabezal de la cama, la abrazó con suavidad y esperó a que volviera en sí, algo que hizo unos segundos después.

—¿Qué... que me ha pasado?

Sonrió y le acarició la mejilla.

—Creo, *micina*, que te has desmayado de placer y antes de que empieces a despotricar, cariño, te diré que no es por presumir, simplemente que tu cuerpo no ha podido con toda la sobrecarga de sensaciones que estabas sintiendo.

Su compañera resopló sin ningún tipo de delicadeza para, unos segundos después, abrazarlo y dormirse pegada a él.

Se había bañado y estaba terminándose de vestir, no podía dejar de pensar en el día de anterior, su mente volvía, de forma insistente, a lo ocurrido entre Donnan y ella. Él le había hecho el amor de tal manera que había terminado desmayándose en sus brazos. Reconocía que era un amante sublime, la acariciaba de tal forma que le hacía perder el control y la volvía loca. Era muy apasionado y entregado y, en algunos momentos, dulce y tierno y sabía, sin lugar a dudas, que terminaría enamorándose de él. Pero él le había dejado claro que ni creía, ni le interesaba ni pensaba que el amor fuese necesario. Lo que le generaba un montón de preguntas:

«¿Podría vivir, por toda la eternidad, junto a un hombre que no la amaba?.

¿Bastaría con la pasión, el compañerismo y el respeto?.

¿Lograría enamorarse de ella? ¿O terminarían odiándose?»

¡Dios, sentía la cabeza a punto de estallar!

Decidió darse un descanso y bajó al salón, necesitaba estar con alguien y no darle mil vueltas a la cabeza. Él se había marchado al caer la tarde, salía, junto a su hermano y Bento, a patrullar por la ciudad y ella durmió agotada hasta el amanecer.

Cuando llegó a la sala se encontró con Fioralba, la compañera de Umeko.

—¡Buenos días!

—¡Guapa!, ¡guapa!

Se volvió para ver quien narices había dicho aquello y con esa voz tan ¿gangosa? Y se encontró con un loro medio desplumado.

—*¡Mmm, ricas tetas, ricas tetas, rrr!*

¡Joder, con el lorito de marras!

—Acabas de conocer a Nico.

—*¡Y mejor culo, rrr!*

Miró a Fioralba.

—El loro parece que está algo revolucionado, ¿no?

—*¡La han follado, la han follado, rrr! Corto y cambio.*

—Y has descubierto una de sus cualidades. No sé cómo lo hace pero como hayas mantenido sexo él lo descubre.

Se sonrojó ante las palabras del pajarito de las narices.

—¿De quién es?

Se preparó un café y se sentó al lado de la mujer.

—Lo encontró, hará unos diez años, Donnan. Estaba muerto de hambre, sucio y medio pelado.

—Pues limpio estará pero le siguen faltando las plumas.

—*Y tú estás muy buena, rrr, muy buena, Donnan ha follado, tetas, ricas, ricas!*

Le echó una mirada cabreada al bicho aquel.

—Tú sigue hablando y voy a hacer arroz con loro, Nico. ¿Dónde estaba que no lo había visto antes?

Fioralba sonrió.

—Estoy segura de que cuando te enteres te vas a enfadar. Nico, aparte de detectar si has follado o no, tiene otro don especial.

—¿Otro? ¡Qué mono el lorito!

—*¡Lorito mono, tía buena!*

—Sí, mono y bastante puñetero, Nico detecta los desastres.

Clavó los ojos en la mujer.

—¿Desastres?

—Sí, por eso está tan mimado y consentido. Cuando va a suceder algo lo presiente y avisa. Esto... Donnan lo castigó y por eso no lo habías visto

antes.

Ahora sí que se sorprendió.

—¿No detectó algo?

—Exactamente, ¿a que no imaginas qué y desde cuando está castigado Nico?

Entrecerró los ojos, mmm, ella no había visto al loro antes así que debía estar castigado, al menos, desde el día en que Donnan y ella se conocieron... ¡la madre que lo parió!

—¿Yo soy el desastre que no detectó?

Fioralba asintió mientras que el bicho aquel soltaba la frase que casi lo sentenció a formar parte de una receta culinaria.

—*¡Maldito loro, no ves un verdadero problema frente a tu pico, rrr! ¡Me has jodido, rrr, jodido!*

—Ya veo que has conocido a Nico, es todo un personaje.

Aretha entraba sonriendo a la sala seguida de su hermana.

—Estoy pensando en hacer un estofado con él y servírselo a tu sobrino, por cabronazo.

Las mujeres se echaron a reír.

—Ya sabes como son los hombres, le tienen pánico al compromiso.

—Donnan no le tiene miedo al compromiso, ¿sabéis por qué? porque no cree en el amor.

—¿¡Qué!? ¿De dónde has sacado eso?

—De ese ser tan maravilloso que es vuestro sobrino. Os lo dije, abre la boca y se le va todo el encanto por ella. ¿Se os cayó de la cuna de pequeño o es que lo alimentasteis a base de leche agria de dragona malhumorada? Mirad, creo que esto no va a salir bien, de verdad.

Las dos mujeres se sentaron a su lado y la tomaron de las manos.

—Cariño, esto va a salir bien, no lo dudes, eres su compañera, la única para él. Tienes que tener un poquito de paciencia. Lleva muchos años solo y siendo, junto a su hermano, el líder de nuestro clan, no está acostumbrado a dar explicaciones ni a compartir.

—No cree que el amor sea necesario en una relación, solo el sexo y si le doy la razón en todo y mantengo la boca cerrada ya va a ser la repera. Lo que

él quiere es una prostituta con el «local» abierto las veinticuatro horas del día y sin voz ni voto. Por internet venden unas muñecas de silicona muy reales y encima se la puede personalizar, así podrá elegir como mierda quiere que tenga la boca. Lo siento, pero creo que es mejor que vuelva a mi casa y nos olvidemos de esto.

Se levantó dispuesta a irse pero, antes de dar dos pasos, las tres mujeres se abalanzaron sobre ella.

—No, no te vas a ir. Estás en peligro, cariño y eres la compañera de nuestro sobrino. ¿Quiere una muñeca sexual? Pues se la compramos, le ponemos un lazo y se la metemos en la cama, pero tú te quedas aquí. Si te sientes más cómoda puedes venirte a vivir, mientras el idiota este se aclara, con nosotras, pero olvida lo de irte, Dairine, ya eres parte de nuestra familia.

Una hora después la habían convencido, si es que en el fondo era una facilona y a la hora de ir a trabajar salió acompañada con toda la «corte», las tías, Fioralba, Calogera, Mark y Tony, solo faltaba el loro y a punto estuvo de venir el jodido, cuando su jefe la viera entrar con semejante troupe le iba a dar un soponcio.

—Todavía no tengo muy claro el que me queráis acompañar todos, ¿es necesario? ¿vital? ¿la manera de obligarme a dejar el trabajo ipso-facto? o simplemente, ¿no tenéis nada mejor que hacer? Y otra cosita, ¿quedaba alguien más en la casa? Lo digo para volver y traerlo.

Aretha la tomó de la mano.

—Cariño, respira, cuando te pones nerviosa eres capaz de soltar las palabras a reacción. Te acompañamos para señalarte a los Alvisé, si los encontramos, para que aprendas a distinguirlos, a captar su aroma, su «aura» que, por muy poca experiencia que tengas en verlas, seguro que podrás captarlas con un poco de práctica.

Aryana enredó un dedo en un mechón de su pelirrojo cabello y la miró sonriendo.

—Las chicas nos acompañarán a tomar un café y luego irán a la escuela. Ya sabes que, las dos, son profesoras y en cuánto dejes tu trabajo te llevaremos a conocer todas nuestras instalaciones.

La otra tía tomó el relevo en el dialogo.

—Y ya de paso te decides por lo que quieres hacer. Dairine, tienes a tu disposición un gran abanico de trabajos, piensa, con tranquilidad, lo que te

gustaría hacer. Además queremos llevarte de compras, cielo, no es por ofender pero tu armario es escaso y encima no resalta todo tu potencial; ponte en nuestras manos, estamos altamente cualificadas en moda y diseño.

¿Protestar? ¿Negarse? ¡Para qué! Sabía que si aquel par de locas se emperraban en algo lo hacían, mejor dejarse llevar por ellas, al menos se ahorraría muchos dolores de cabeza y el perder todas y cada una de las discusiones que mantuvieran.

Cuando llegó al restaurante se dirigió al despacho de Jeff, su jefe, era un hombre serio, hosco más bien, pero bastante justo mmm, bueno realmente era un tipo malhumorado la mayoría de los días y cabreado con el mundo día sí y día también, esperaba que comprendiera su marcha, la rapidez con la que se iría y que no se molestara mucho.

Diez minutos después se acercó a la mesa donde estaban sentadas las cuatro mujeres, los «hombres de negro no chupópteros» se habían quedado en el coche que estaba aparcado frente a la puerta.

—¿Lo sabíais, verdad?

La tía Aryana intentó calmarla.

—Cariño, tienes que comprender que está preocupado...

—¿Preocupado? No, lo que le pasa a vuestro querido sobrino es que es un chulo, un prepotente y quiere tener siempre la última palabra.

—Eres su compañera...

No volvió a dejarla terminar.

—Una compañera que ni quiere ni querrá por el resto de su vida, solo me quiere para mangonearme, tener sexo y chuparme la sangre. Pues me importa una mierda, pienso venir los tres días que me «permitió» y puede hacerle «extracciones» al culo de un mapache porque lo que es a mí no vuelve a ponerme un «colmillo encima».



Capítulo 15

—Esto no me gusta nada, demasiada calma, ¿no hay ninguno de esos cabronazos por aquí?

Lenard miró a su hermano que llevaba rezongando toda la noche con lo mismo.

—Tal vez nos precipitamos nosotros y no han *olido* nada.

Donnan empezó a negar.

—No, creo que traman algo. Eudo dice que hay demasiado movimiento en la parte sur de la ciudad y Matteo informa de lo mismo en la parte norte. Te digo que traman algo.

Bento los miró con fijeza.

—Sabemos que no son muy listos y que lo de pensar lo llevan crudo.

—Ellos sí, pero Keegan ya piensa por ellos y es demasiado astuto y retorcido. Trama algo, estoy seguro. Temo por la seguridad de mi compañera.

Su hermano empezó a sonreír.

—Yo más bien temo por la tuya. ¿Era necesario que fueses a ver a su jefe y lo intimidaras de esa manera? ¿Crees, por un momento, que ella no se enterará? Y mejor aún, ¿imaginas que no se enfadará cuando lo descubra?

Resopló ante las palabras de Lenard y la carcajada de su amigo.

—He hecho lo que creía necesario para protegerla. Dairine es muy responsable y demasiado terca, no logré convencerla para que dejara el trabajo. Lo he hecho por su bien, con el tiempo lo entenderá. Es mía y yo cuido y protejo lo que es mío.

—¡Ah, el amor! Está visto que te ha vuelto idiota.

—¿Amor? ¡No seas imbécil, Lenard! El amor no tiene nada que ver con esto, ese es un sentimiento enfermizo. Lo que siento por ella es deseo, pasión y la necesidad de protegerla.

—Pues espero que no le sueltes semejante «declaración» a tu compañera, hermanito, porque terminarías pasando tus noches con Nico.

—Se lo dije anoche y no he dormido con el puto loro.

Bento y Lenard lo miraron con la boca abierta.

—¿No te cortó las pelotas? ¿No te insultó, maldijo o mandó a hacer un viaje a las alcantarillas?

—Espera, espera, conociéndote como te conozco estoy seguro de que se lo soltaste y, sin darle tiempo a reaccionar, te diste un festín con su cuerpo, ¿cierto?

Soltó un gruñido, ¡joder, con su hermano! Lo había calado a la primera.

—Bueno, pues yo de ti empezaría a ensayar disculpas porque hoy, en frío, cuando se haya puesto a pensar en lo que le dijiste estoy más que seguro que cambiarás tu cama por la jaula de Nico. ¿Cómo puedes ser mi hermano y actuar de una manera tan estúpida? ¡Por Dios, Donnan! ¿No crees en el amor? ¿Qué gilipollez es esa? Crecimos en un hogar lleno de ese sentimiento.

—¡Y mira lo bien que nos fue! ¿Te parece normal lo que hizo nuestro padre? No, no caeré en semejante idiotez. Adoraré a mi compañera, la protegeré y respetaré y, aunque nunca la ame, no habrá nada ni nadie más importante para mí que ella.

—¿Estás oyéndote? ¡Por todos los diablos, Donnan, no sabes ni lo que

dices! Te estás ganando, a pulso, que te metan una estaca por el culo y que hagan paté con tu hígado. En serio, si Dairine no te corta las pelotas te juro que lo haré yo. Eres imbécil, im-bé-cil.

No iba a discutir, ni un minuto más, con su hermano, ni con él ni con nadie, su relación con Dairine.

Cuando llegaron a la casa ya estaban allí Eudo y Matteo, dispuestos a darle su informe de la noche. Sus dos amigos y compañeros corroboraron lo que venía sospechando. Había habido demasiado movimiento por otras zonas de la ciudad; zonas bastante alejadas de la que trabajaba y había vivido Dairine. Aquello era raro, desde que él la había encontrado y los Alvisse *olido* algo, habían estado todas las noches pateándose West Garfield Park y ahora, de repente, ¿abandonaban? No, allí había algo más. Miró a los dos hombres.

—¿Habéis podido cazar a alguno?

Eudo, un vampiro de casi dos metros, pelo muy negro y ojos de igual color, soltó un gruñido.

—¿Uno? Hoy parecía que era el día de cobro de estos idiotas. Estaban por todas partes. Mi grupo y yo hemos exterminado una decena de ellos.

Aquello iba de mal en peor. Volvió la cabeza y miró a Matteo, otro de sus subalternos. Los ojos grises de su amigo se clavaron en los de él.

—Hemos divisado, al menos, cuatro grupos, Donnan, pero solo hemos acabado con dos. No es normal este movimiento masivo, además, uno de ellos antes de morir nos dijo algo sobre que Keegan ya sabía que la llama había encontrado al ocaso y que nuestro fin estaba muy cerca, ¿tiene sentido para ti?

¡Hijo de la gran puta! En cuánto lo tuviera enfrente le iba a arrancar, de cuajo, las tripas y lo iba a colgar de ellas.

—¿Dónde está Dairine?

—¡*Tetas, ricas tetas rrr!*

—Creo que Nico ha conocido a tu compañera.

Miró a Lenard cabreado, ni él, ni el loro, ni nadie tenía porque referirse a las tetas de su mujer.

—¡*Arroz con loro, rrr, arroz con loro!*

Su hermano soltó una risotada.

—Y creo que no ha sido un encuentro muy agradable.

Soltó un gruñido y se acercó a Nico que, sin preaviso ni nada, exclamó un: *malditos problemas*. Cerró los ojos con fuerza y tomó aire, esas eran las dos palabras que decía siempre que se olía algo. Se giró y miró a Eudo.

—Quiero que doubles la vigilancia de la casa ¿entendido? Y a partir de este momento no saldremos en grupos de menos de cinco. Otra cosa, nadie saldrá sin escolta, en todo momento nos mantendremos conectados e informados de cada uno de nuestros pasos. Desde hoy estamos en alerta.

—¿Crees que Keegan sabe lo de tu compañera? Entonces, ¿la profecía está en marcha?

Sus ojos se pusieron rojos y sus colmillos se extendieron.

—Si toca un solo pelo de Dairine morirá y no, la puta profecía no está en marcha porque no es verdad, no existe, no hay nada de cierto en ella, es más, es una gilipollez como la copa de un pino, ¿queda claro?

Salió dando zancadas hasta la entrada de la casa y allí se dio de bruces con Umeko.

—¿Ya te has enterado?

Miró al médico sin saber muy bien que decir, ¿enterado de qué? ¡Por todos los demonios! ¿Qué más estaba pasando?

—¿Qué pasa, Umeko?

El vampiro entrecerró sus ojos verdes y carraspeó un par de veces antes de empezar a hablar.

—Ha... ha llamado Mark, parece ser que tu... mujer no está muy contenta con tu *invasión en su vida, la nariz tan grande que tienes y el morro que le has echado a la vida*, palabras textuales y bueno, al parecer tus tías han decidido que para que se calme un poco y *no te ampute algo realmente necesario si quieres seguir con la dinastía*, vuelvo a citar palabras literales, pues eso, han decidido, cuando termine su jornada, ir de compras.

—¡Maldita sea! Tenemos a Keegan detrás de nosotros, a sus secuaces saliendo en manadas a cazarnos y ellas ¿se van de compras? Y ya de paso, ¿por qué no van a pasear por Lincoln Park? O mejor, ¿por qué no recorrer la avenida Diversey un par de veces? Y, a ser posible, que se pongan una maldita diana en el pecho o un letrero luminoso, así las localizan antes.

Su amigo le puso una mano en el brazo.

—Cálmate, Donnan, no está sola y además sabes que tus tías tienen bastantes recursos para escapar de una situación difícil. Y, a pesar de que sé que no la quieres ni la valorarás, te daré mi opinión, creo que Dairine necesita pasar un tiempo apartada de ti.

Su pulso se aceleró y sus ojos volvieron a enrojecer, signos de que estaba empezando a enfadarse y mucho.

—¿Qué cojones quieres decir con eso?

El hombre respiró hondo.

—¿Puedo ser sincero contigo sin temor a perder algún miembro de mi cuerpo?

Asintió con la cabeza.

—No has estado muy acertado con tu comportamiento hacia tu mujer, Donnan. No puedes ordenarle de la manera que lo haces ni controlarla.

—Soy, junto a Lenard, el líder de este clan, mi misión es ayudar y custodiar a mi familia, lo que he hecho y dicho es para la protección de ella.

—Sí, pero Dairine no es una de los nuestros. Ella es humana y debes reconocer que bastante bien se ha tomado esta situación. Tienes que tener más tacto, hablar con ella, explicarle la situación y enseñarle a protegerse y defenderse, esa es tu obligación como líder y como compañero.

—Durante casi cuatrocientos años he cuidado y guiado a nuestro clan, muy pocas veces habéis cuestionado mis decisiones y sabéis que siempre las tomo basándome en vuestro beneficio, ¡joder, Umeko! ¿Crees que ahora me arriesgaría a perder a la mujer que pensé que ya no encontraría? No, y aunque tenga que atarla a la pata de la cama me obedecerá y se mantendrá entre estas cuatro paredes.

El hombre alzó las manos en son de paz.

—Tú mismo, para eso eres el líder y, como bien dices, ella es tu mujer, pero yo, por si acaso, escondería todos los objetos punzantes de madera y plata, por si por casualidad ella no se toma muy bien tu decisión y decide hacer contigo una brocheta de vampiro.



Capítulo 16

Después de vaciar medio centro comercial y casi toda ropa para ella, según las tías, como insistían en que las llamara, su armario era más bien un baúl de ropa de la beneficencia, (eso sí, sin que se sintiera insultada, por supuesto), decidieron pasar por un coqueto bar a tomar unas copas. Unas copas que, a esas horas y con el estómago vacío, se le estaban subiendo, un pelín, a la cabeza y a todo esto supervisadas, desde el coche y con un buen par de prismáticos, por el dúo de guardaespaldas más cabreado, serio y amargado de todo el planeta.

—Te comprendemos, cariño y te apoyamos, pero tampoco estamos para perder el tiempo. Cuanto antes terminéis la unión, mejor. No olvides que Keegan está al acecho y el muy cabronazo tiene que tener antenas parabólicas por orejas porque se entera de todo a una velocidad espantosa.

Resopló con fuerza y miró a las dos mujeres.

—Podéis estar tranquilas, esa parte la ha cumplido al pie de la letra. Para eso no necesita amor, solo estar duro, ¡menudo pedazo de imbécil!

Las tías empezaron a reír y Aretha, inclinándose por encima de la mesa, la tomó de la mano.

—No nos referimos solo a eso, cielo. Verás, aparte de mantener sexo, hay que hacer... digamos que una especie de rito o ceremonia, sí, eso, una ceremonia.

Ella empezó a negar antes de que terminara de decir la última palabra.

—No será una cosa de esas que implique que los dos estemos desnudos... follando y todo el clan mirando, ¿verdad? Porque, si es así, ya podéis ir celebrando la jodida fiestecita con una muñeca repollo porque yo no pienso pasar por eso, me niego en rotundo.

—No, no eso, Dairine—Aryana la miró seria—Verás, es algo más sencillo. Donnan tendrá que... a ver como digo yo esto, ¡ah, sí! *espolvorear sus gotitas de amor* dentro de ti cuando tú estés ovulando y entonces deberéis beber uno del otro y... ¡listo! Estaréis emparejados y tú, convertida, ¿a qué es bastante sencillo?

—¿*Espolvorear sus gotitas de amor*? ¡Ni que fuese jardinero además de vampiro!

La mujer se ruborizó y Aretha empezó a reír.

—Mi hermana ha tenido siempre dificultad para hablar de sexo con claridad, pero tranquila, cielo, lo de hacerlo lo lleva de matrícula de honor.

—¡Por todos los diablos, Aretha, no es necesaria tanta información! En fin, cariño, como te íbamos diciendo...

Levantó la mano haciendo callar a la mujer.

—Aquí hay unas cuantas cosas que no entiendo muy bien—las dos mujeres la miraron fijamente, esperando a que se explicara—. Primero, ¿*regarme* cuando esté ovulando? Ni de coña, no pienso, ahora mismo y en esta situación, quedarme embarazada. Es más, se acerca a mí con la *manguerita del amor* cargada y le hago una vasectomía con los aros de mi sujetador. Segundo, ¿cómo narices voy a beber de él? No sé si os habéis dado cuenta, pero mis colmillos no crecen, se extienden o se alargan, ¿lo captáis? Y tercero, ¿convertirme? No lo tengo claro, de verdad.

—Cariño, cálmate. Un vampiro no puede embarazar a una mujer que no sea su única y hasta que no la haya transformado, pero sí que es necesario que el cambio se produzca cuando su compañera esté ovulando, ese es el lazo

necesario y el que hace que, a partir de ese momento, sí que pueda fecundar a...

—¡Nos vamos!

Miró a Mark que acababa de llegar hasta ellas y las miraba muy serio. Aretha y Aryana se levantaron de un salto.

—¿Qué ocurre?

—Un grupo de Alvise acaba de entrar al local.

En menos de tres segundos, el mastodonte aquel, la puso de pie, se colocó a su espalda y ubicó a las tías cada una a un lado, se sentía como un preso, totalmente custodiada.

—Y digo yo, ¿no sería mejor que me dijerais quienes son y me enseñarais a identificarlos? Lo comento porque como algún día me los encuentre y no sepa diferenciarlos terminaré saludándolos atentamente y dándoles conversación mientras ellos estudian la mejor manera de dejarme más seca que el desierto de Mojave.

Mark la miró como si se hubiera vuelto loca pero las dos mujeres asintieron.

—Tiene razón, debemos...

El hombre no dejó terminar a Aretha.

—¡Y una mierda! No pienso pararme a darle explicaciones, quiero conservar mi cabeza sobre mis hombros, ¡andando!

Clavó los pies en el suelo y el dedo índice en el pecho de él.

—¡Y yo quiero un viaje alrededor del mundo y hacer saltar la banca de todos los casinos de Las Vegas, muchachote! ¿Dónde están los *malos*?

El hombretón la miró resignado y soltó un pequeño gruñido antes de señalar una mesa dónde, sentados alrededor de ella, habían unos cinco hombres, todos vestidos de negro, no eran muy agraciados, cierto, pero no había nada que los delatara.

—¿No notas nada raro?

Negó ante las palabras del hombre.

—Respira hondo... despacio, con suavidad, al principio cuesta, pero al final lo pillas al vuelo. Con el tiempo distinguirás esa especie de bruma que

los envuelve y cuando Donnan te convierta te será mucho más fácil.

Un olor ácido empezó a llegarle, su nariz picaba un poco, allí olía a exceso de sudor y escasez de limpieza y un escalofrío le corrió por todo el cuerpo, la temperatura del local parecía haber descendido unos pocos grados.

—¿Lo sientes?

Afirmó y se agarró con fuerza al brazo del hombre.

—Creo... creo que ya estoy lista para irme.

Al llegar a la puerta sintió como si algo le hubiera rozado la espalda, algo muy frío, se volvió y vio como uno de aquellos seres la miraba con fijeza y una sonrisa irónica en los labios, volvió a estremecerse y salió apresurada del local.

Cuando llegaron a la casa Mark la sacó trotando del coche y no paró hasta estar en el centro del salón.

—A partir de mañana empezaré a tomar clases de ballet.

El hombre la miró extrañado.

—¿No sería mejor que las tomaras de defensa, artes marciales o, simplemente, aprendieras a disparar?

—No, machote, después de venir corriendo de puntillas, unos cincuenta metros, creo que me convalidarán año y medio de coreografía y danza.

El sonrojo del hombre le evitó seguir metiéndose con él... eso y el puto loro que eligió ese momento para hablar.

—*¡Tetas, ricas tetas, rrr, Donnan enfadado, Donnan quiere matar a tetas ricas, rrr!*

—¡Vaya, por Dios, Nico! ¿No sabes cuándo cerrar el jodido pico?

—¿Dónde estabas?, ¿por qué has tardado tanto? ¿Qué cojones haces tocando a mi mujer, Mark?

El aludido la soltó de golpe, ella se volvió y miró a su compañero, sus ojos azules estaban casi rojos, tenía el labio superior arqueado, gruñendo y enseñando uno de sus colmillos que, en ese momento, había crecido y estaba tenso, muy tenso, él, no el maldito colmillo.

Dio un par de saltitos y unas palmadas.

—¡Qué bien! ¿Vamos a jugar a las preguntas? ¡Yo empiezo!

El gruñido se hizo más fuerte.

—No, primero, Mark me va a decir porque cojones tiene sus manos sobre ti y después tú y yo mantendremos una charla.

Iba a replicar pero el guardaespaldas estuvo más rápido y, encima, con ganas de soltar la lengua.

—Estábamos en el centro comercial cuando aparecieron un grupo de Alvise. Vieron a tu mujer, uno de ellos la miró fijamente y aspiró su aroma, lo saben, Donnan. La traje lo más rápido que pude, sabes que nuestra prioridad es defenderla.

Los ojos, ahora más rojos, de su vampirito se clavaron en ella.

—¡No volverás a poner un maldito pie fuera de esta casa!

¡A la mierda su calma y tolerancia! Sin abrir la boca, y mira que le costó, salió de la sala y empezó a subir las escaleras.

—¡Dairine, todavía no hemos terminado de hablar!

Inspiró, expiró, contó hasta... tres y se dio la vuelta.

—No, Donnan, no hemos terminado porque no habíamos empezado, además, guapo, tú no hablas, sueltas órdenes como si fueses el capitán general de la Armada y estoy hasta las narices. Cuando tengas algo medianamente inteligente que decirme me buscas... en la casa de tus tías que es dónde pienso vivir a partir de hoy.

—¡No des un maldito paso más, *micina!*

¿Qué no? Subió corriendo los escalones, abrió la puerta de la casa de sus tías y le hubiera salido de vicio si hubiese estampado la susodicha en las narices de él, pero el capullo era rápido, muy rápido y antes de cerrar ya estaba allí, bufando, gruñendo, con los colmillos fuera y mirándola con ganas de tumbarla, lo que no sabía muy bien era si sería para follarla o para darle una tunda, eso sí que no lo captaba.

Todo el día pensando en ella.

Cada hora rememorando los momentos pasados juntos y las charlas.

Repasó la conversación con su hermano y con Umeko, tal vez tenían razón, su carácter, ser el líder de su clan y el que nadie, casi nunca, le rebatiera habían hecho que él fuera un hombre duro, dominante e intransigente, podría ser, a lo mejor era cierto, pero eso no quitaba que él protegiera a su compañera y que todas y cada una de sus recomendaciones... u órdenes, vale, fuesen por el bien de ella.

Paseó impaciente por su piso, apenas pudo concentrarse en la videoconferencia que mantuvo con los asesores de la empresa, no pudo dormir y al atardecer estaba que se subía por las paredes.

Se dio una ducha y cuando bajaba las escaleras se encontró a Mark arrastrando a Dairine hasta la sala y entonces todo su «controlado» control saltó por los aires y, por si fuese poco, cuando él le advirtió a su mujer, con muy poca sutileza, cierto, que no podría dejar la casa nunca más y ella lo dejó plantado en el salón empezó a mosquearse, pero cuando le comunicó que se mudaba, ahí sí que no, por eso no pensaba pasar, era suya, de él, para siempre, su mujer y compañera; aquello quedaba aclarado en ese mismo instante, ¡pero ya!

Entró detrás de ella y cerró la puerta de un portazo, últimamente, su sutileza, había decidido marcharse a hacer alguna ruta a países desconocidos.

—¿Qué cojones acabas de decir?

Dairine se volvió y lo miró cabreada, por un momento llegó a pensar que la había transformado porque sus ojos parecían enrojecer y echar chispas.

—Que me quedo a vivir con tus tías y antes de que empieces a echar espuma por la boca y a gruñir como un oso te diré que es eso o me largo a la estepa siberiana, ¿entendido?

Apretó los puños con fuerza.

—Eres mía, vivirás conmigo, dormirás conmigo y follarás conmigo, ¿es que no te lo he explicado ya las suficientes veces?

Pues parecía no estar muy de acuerdo porque soltó un pequeño resoplido.

—No puedo vivir contigo, Donnan. Tú no sientes nada por mí.

Su mano salió disparada, cogió la de ella y la puso sobre su erección.

—¿Qué opinas de «esto»? Me tienes así permanentemente, esto es solo por

y para ti, ¿no te parece suficiente sentimiento?

—Desde luego que fino que eres, vampi-chulo. Eso, Donnan, es un calentón, lujuria, sexo o como quieras llamarlo. Según tú viviremos juntos por toda la eternidad, cuando pase todo este *calentamiento global* que tienes, ¿qué nos quedará?, ¿dónde está la ternura, la comprensión, el amor?

—Nunca, ¿me oyes?, nunca desaparecerá. Cada día de nuestras vidas nos necesitaremos y nos desearemos. Nuestra pasión no se agotará jamás y, además, tendremos la confianza, el respeto y la amistad.

Dairine retiró la mano de su erección, se dio la vuelta, caminó hasta el sofá y se sentó.

—No lo entiendes, Donnan. Yo necesito saber que me quieres, que me necesitas y que soy lo más importante para ti.

¡Maldita sea! Ella era lo más importante, ¿por qué no lo entendía?

—El amor es un sentimiento egoísta, *micina*. Te daré mi fidelidad, mi cariño, confianza y respeto. Te haré feliz, tendremos una vida plena. No me pidas que sienta algo que es capaz de destruir, *dolcezza*, nunca podré amarte.

Avanzó unos pasos y se sentó en una silla frente a Dairine.

—Eres mía, *micina*, solo mía, no habrá nadie, jamás, para ninguno de los dos, tú y yo estamos destinados, enlazados.

Se abrió la camisa y señaló la marca que tenía en el pecho.

—Esta marca es una prueba más de lo que te estoy diciendo, es idéntica a la que tú tienes en tu nalga.

—¡Joder, que suerte! ¿Encima tengo un maldito copyright?

La puerta del apartamento se abrió y entraron sus tías.

—Lenard y Bento te están esperando en el salón.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Está bien, ya bajo.

Se acercó a Dairine, la tomó de las manos, la levantó y acercó la cara a la de ella.

—Ve a nuestra casa, seguiremos hablando cuando vuelva.

—Ve a tu trabajo y hablaremos cuando yo vuelva del mío.

Apretó la mandíbula con fuerza.

—No me provoques, *micina*. Ve. A. Nuestra. Casa.

La besó devorando sus labios, chupándolos, lamiéndolos y mordiéndolos.

—¡Hasta mañana!

Tenía la sensación de que ella no cumpliría su orden, la estaba empezando a conocer y sabía que era terca, pero él lo era aún más, aquello sería un duelo de voluntades y solo habría un ganador, él.



Capítulo 17

Se había levantado, duchado y estaba terminando de desayunar cuando la puerta del piso se abrió con violencia.

—¿Qué cojones haces aquí, Dairine?

Dio un sorbo al café y con mucha parsimonia dejó la taza sobre la mesa.

—¡Buenos días a ti también, Donnan! Y hombre, cojones, lo que se dice cojones, pues no, no hago, pero estoy, por si te interesa, desayunando, ¿te apetece algo?

La cara de él se acercó, de forma peligrosa, a la suya, su aliento dulce, caliente y seductor le dio en toda la cara y deseó beberlo directamente de su boca, pero respiró despacio y, sin alejarse ni un milímetro, esperó el estallido de su temperamento.

—Me apetece que me hagas caso de una puta vez. Me apetece volver a casa y encontrarte en mi cama, desnuda y esperando ansiosa por mí. Me apetece sentir tus manos en mi cuerpo, tu coño envainando mi pene y me

apetece hacerte el amor hasta que caigamos totalmente agotados. ¿Y qué me encuentro? Nada, mi mujer no es que no esté en mi cama es que no está en el jodido apartamento siquiera.

Se separó despacio, no por miedo de él, es que no podía dejar de temblar, sus cochinas y traidoras hormonas estaba revolucionadas, ansiosas y entregadas a la causa de ser puestas del revés por aquel capullo de carácter insufrible, pero con un piquito de oro.

—Y en tres minutos no estaré ni en toda la casa, parece ser que no es tu día de suerte, te vas a quedar con las ganas, majete. Hoy nada de sorbete carmesí para el vampi-aspirador, lo siento.

La mano de Donnan salió disparada y la cogió con fuerza de la muñeca.

—No vas a salir de la casa, Dairine, ¿lo entiendes?

—Tengo que trabajar. No iré sola, sabes que los dos gorilas uniformados irán conmigo.

Él suspiró como si estuviera cansado.

—No lo entiendes, *micina*, ahí fuera hay centenares de vampiros esperando su oportunidad de pillarte y entregarte a Keegan, no lo voy a consentir, así que, mientras que esto no se aclare, no podrás salir de la casa, al menos que vayas con todo un ejército y un radar anti-vampiros ¿Qué te parece?

—Pues que voy a por Nico.

—¿Qué narices crees que puede hacer ese maldito loro, sacarles los ojos o picotearles el culo?

—No, según tú, y te recuerdo que por eso lo *castigaste*, avisa de los desastres ¿Qué mejor protección, no?

Si no fuese porque temía que la persiguiera y la alcanzara antes de bajar el primer escalón se hubiera quedado para recrearse en su boca y ojos abiertos, totalmente pasmado lo había dejado, sin palabras, uno a cero para ella.

Cuando llegó al trabajo, sin más incidentes, Mark la hizo parar y le dio un teléfono móvil.

—¿Qué es esto?

El hombre clavó en ella sus ojos azules, mirándola como si fuese tonta y le dijo, muy despacio, lo que era.

—¿De verdad? Y yo que pensaba que era una antena parabólica portátil. Sé

lo que es, Mark, lo que quería decir es que de donde ha salido y para que me lo das.

—Me lo ha dado Donnan para ti. Tienes que llevarlo siempre encima, Dairine y recuerda que en marcación rápida y en primer lugar tienes a tu compañero, nosotros tenemos el segundo lugar. Es muy importante, de verdad, ¿lo llevarás, por favor?

Asintió y entró en el local, una pequeña sonrisa apareció en sus labios, el muy capullo de su vampirito sabía, con certeza, que esa mañana iría a trabajar. En el fondo era un tipo muy majo, pero, como le habían dicho sus tías varias veces, era el líder del clan y tenía que mantener esa fachada dura, fuerte, de acero, pero también tenía su lado tierno... cierto que ella solo había visto pequeñas pinceladas de eso, pero de lo que si tenía una buena visión era de ese lado chulesco, prepotente... ¡ah! y del apasionado y estaba empezando a gustarle... demasiado.

Cuando al final del día salía del local se encontró con un grupo de Alwise, uno tuvo que «captar» algo porque se paró en seco y obligó a sus compañeros de *farra* a hacer lo mismo, después se giraron y clavaron los ojos en ella, no le dio tiempo a ver nada más porque Mark llegó a su lado y volvió, como el día anterior, a meterla a empujones en el coche y obligó a Tony a conducir como si les persiguieran todos los seres del infierno, o al menos la mitad de ellos.

Cuando llegaron a la casa las tías le informaron que Donnan ya se había ido, había surgido un pequeño contratiempo, las vio sonreír y pensó que tal vez no era nada malo, pero lo que aquellas malas pécoras ocultaban detrás de la sonrisa era lo que su sobrino les había dejado para ella, una rosa roja con una nota.

Se encerró en la habitación para leerla con tranquilidad.

«Me gustaría que me esperaras en nuestra casa, micina, quisiera hablar contigo y disculparme por mi comportamiento, por favor, dolcezza. Donnan, tu eterno amante».

Se estremeció con aquellas palabras, se disculpaba, le pedía las cosas por favor, la había llamado *dolcezza*, que significaba dulzura y bueno, si cambiáramos lo de eterno amante por amor eterno lo habría bordado, pero tampoco había que pedir peras al olmo o como decía siempre su abuela:

«Lionar bearn mór le clachan beaga»

Un proverbio irlandés que venía a decir que las grandes brechas se rellenan con pequeñas piedras. Poco a poco. No podía exigirle que cambiara, en unos días, su forma de ser, de pensar, de creer... más bien de no creer; sus pobres tías llevaban siglos intentando convencerlo de que aceptara y confiara en la profecía y no podía pretender llegar ella y, en un plis plas, hacerlo el más ferviente creyente de ese sentimiento llamado amor. Tendría que tener mucha paciencia, algo de lo que ella solía carecer... las veinticuatro horas del día.

Al día siguiente, cuando se levantó para ir al trabajo, se encontró con un ramo de peonías rojas y una nota sobre la almohada:

«Tengo envidia de estas flores que te verán despertar. Te deseo tanto, micina. Siento no poder estar a tu lado, pero estamos teniendo problemas. Te necesito, Dairine»

Suspiró, releyó la nota y salió en busca de un ordenador, necesitaba saber que significaban esas flores.

—¡Buenos días, cielo!

—¡Buenos días, Aretha! ¿Donnan ha estado aquí?

La mujer miró las flores que llevaba en la mano y luego sonrió.

—No, Dairine, las flores las trajo un mensajero.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no ha podido venir?

Se acercó hasta el sillón y se dejó caer a su lado, la tía le acarició, con suavidad, el hombro.

—Esta noche ha habido varios ataques, cariño. Han matado a dos humanos y han atacado a tres más. Umeko los ha curado y borrado de la memoria lo sucedido.

Miró asombrada a la mujer.

—¿Eso se puede hacer? Entonces, ¿por qué no me lo hicisteis a mí?

—Tú eres la compañera de Donnan, no tenía sentido hacerte olvidar lo que había ocurrido. Solo los vampiros pueden borrar la memoria, Dairine, ni Aryana, ni yo podemos.

—¡Oh! Entonces, ¿Donnan está bien? ¿No hay peligro de que esté andando por la ciudad a estas horas?

Aretha le habló con mucha serenidad y una dulce sonrisa.

—Está bien, cansado, eso sí, pero bien; y no, no hay peligro porque el sol no pega fuerte y ellos llevan protección. No te preocupes. ¿Y dónde ibas tan acelerada?

—¡Ah, sí!, veras... yo, yo quería saber... la verdad es que necesitaba saber, bueno...

—¿El significado de esas flores en concreto? Pasión ardiente, lo mismo que la rosa de anoche.

—¡Oh, vaya!

Sintió y agradeció el suave apretón que le dio en la mano.

—Dairine, él te desea, te necesita y, sin saberlo siquiera, te quiere. Te amará con intensidad, lo sé, cielo, pero dale tiempo, déjalo que él mismo lo descubra, que abra los ojos ante ti y vea lo que tiene. Ha sido una noche frenética y, aun así, ha pensado en ti, ha buscado el momento de mandarte esas flores y escribir esa nota, ¿crees, con sinceridad, que un hombre que no te quisiera, lo haría?

¡Era cierto! ¿O estaba ilusionándose demasiado?

—Es terco, lo sabes, duro, fuerte y bastante imponente, pero también es leal, honrado y sincero. No dudes que, en cuánto lo descubra, caerá rendido ante ti, no se esconderá, ni su orgullo le impedirá decirte lo que siente, y lo sentirá, recuerda que soy bruja, mi niña.

Cerró los ojos y tragó con fuerza, todo aquello era para volverse loca, toda su vida se había vuelto del revés, nada era y, estaba segura, sería igual. Desde el mismo momento en que la asaltaron aquellos monstruos y Donnan la salvó todo había cambiado, pero ¿a mejor?, un ligero temblor le recorrió el cuerpo, se sentía, al mismo tiempo, asustada y emocionada, ilusionada y acojonada.

Escuchó, muy bajito, la voz de Aretha.

«Tri rudan a thig gun iarraidh: an t-eagal, an t-eudach's an gaol»

«Hay tres cosas en la vida que llegan sin que uno las pida: miedo, amor y celos»

El día pasó muy lento y tranquilo, al final de él se despidió de sus compañeros y jefe, salió a la calle nerviosa, pero sintiéndose segura, tendría que buscar algún trabajo, las tías de Donnan le habían dicho que se tomara el tiempo que necesitara, que juntas podrían encontrar el trabajo que más le

gustara, que...

—¡Sube al coche ya! ¡Venga, Dairine, venga!

No había cerrado la puerta cuando el vehículo salió chirriando ruedas, sintió un golpe en la parte de atrás y vio a uno de aquellos seres pegado al cristal trasero, la miraba con los ojos muy rojos y los colmillos fuera, su boca abierta salivaba sin parar y sus manos golpeaban con fuerza la luna de la ventana, por un momento temió que la pudiera romper, pero Tony dio un giro inesperado y el esbirro de Keegan salió disparado y cayó, rodando, por la calle.

Condujeron hacia la casa por un camino diferente del habitual, desviándose hacia la derecha y entrando al complejo residencial por la zona norte.

Cuando llegaron a la casa Mark la obligó a bajar del coche y se puso tras ella, pero en ese momento el caos se desató, varios de aquellos seres se habían escondido a la entrada del barrio y los siguieron. Sabía que, por mucho que corriera, no le daría tiempo a resguardarse en la mansión, buscó con la mirada algún sitio y entonces vio el coche de Donnan. Había escuchado algo así como que estaba blindado o acorazado o no sabía que mierda, pero de lo que sí que estaba segura era de que, si llegaba, allí estaría protegida, por lo menos hasta que Mark y Tony pudieran llevarla dentro, o también había la posibilidad de que si alguien salía de la vivienda la viera allí y la llevara, a ser posible, volando hasta la casa, o mejor, hasta los brazos de Donnan.

Corrió hacia el coche y cerró la puerta nada más meterse, se acomodó en el asiento del conductor y respiró aliviada... tres segundos, tres malditos segundos antes de que dos de aquellos *extractores* de sangre cayeran con fuerza sobre el coche y empezaran a zarandearlo.

—¡Malditos hijos de un murciélago castrado! ... ¿castrado? ¿Cómo cojones podían ser hijos si el padre está castrado, Dairine? Tendría que currarme algo más las maldiciones... ¡Estoy fatal! ¿Me persiguen una manada de bichos de estos y estoy manteniendo un puto debate sobre la posible procreación de estos tipos?

Otro golpe en el techo la hizo saltar del asiento. ¿Qué podía hacer para quitarse a aquellos monstruos de «encima»? Vio las llaves del coche, miró hacia arriba y de nuevo a las dichas llaves, podría arrancar e intentar hacerlos caer frenando bruscamente, si, era una buena idea; el único punto en

contra de la «fantástica» idea es que hacía años que no conducía y menos un vehículo de esos automáticos y eso sin contar todos y cada uno los malditos botones que adornaban el salpicadero, parecía una jodida nave espacial, pero tampoco sería tan difícil, ¿no?, solo era cuestión de pisar embrague, acelerar y después frenar, ¿verdad? ¿o era primero acelerar, luego embragar y después frenar?

—¿Preparados para volar?

Arrancó...

—¡Ostra puta! Poco más y me hago una ortodoncia con el volante. ¡Me cago en el maldito tanque este!

Los golpes habían cesado, ¿había despachurrado a los vampiritos aquellos? ¡Pues no! era evidente que no porque la cara de uno de ellos apareció frente a ella y la miraba todo indignado.

—¡No me mires así, idiota, yo también me he asustado, tío! ¡Joder, para conducir esto hay que sacarse el carnet de cohetes, cazas y bombarderos, coño!

Volvió a arrancar ante la mirada atónita del bicho aquel, con los nervios pisó el acelerador más de la cuenta, no, si al final sí que iban a volar, sí, pero todos, frenó y el vampiro salió disparado para estamparse en el asfalto unos metros más adelante.

—¡Bien, lo he conseguido! Ahora solo me queda uno... o eso espero.

Escuchó un nuevo golpe, esta vez más fuerte así que volvió a arrancar y aceleró... aceleró... aceleró y sí, hizo estampación e imprimación de vampiro y, al mismo tiempo, le cambió el tamaño al coche encastrándolo contra... ¿de dónde narices había salido aquel árbol, no estaban al otro lado de la parcela? ¡Menudo cabreo se iba a pillar su compañero cuando viera la nueva línea de diseño que le había hecho a la tanqueta aquella, iba a flipar!

Intentó desliarse del maldito airbag y cuando lo consiguió se tocó la frente, al tatuaje de la dichosa bolsita de aire se sumaba un pedazo de chichón del tamaño de las pirámides de Egipto; cuando bajó los dedos los vio manchados de sangre, esperaba no desangrarse allí, sola, abandonada, con dos vampiros despachurrados y un coche reestructurado por compañía. Donnan no podría enfadarse cuando viera el golpecito del vehículo, ¿no?, por supuesto que no, ella estaba herida, moribunda, a punto de abandonar este mundo...

—¿Dónde cojones aprendiste a conducir así?

No podía articular palabra, le faltaba el aire, estaba a punto de expirar y el idiota aquel, ¿se enfadaba por un puto trasto de cuatro ruedas? Bueno, ahora solo tenía tres y media, una había cambiado su posición y forma con el impacto.

—¡Me estoy...mu...riendo!

—¡Tranquila, *micina*, no voy a dejar que mueras!

¡Qué dulce y mono!

—Quiero el privilegio de matarte yo personalmente.

¡Menudo pedazo de imbécil!

Y el muy capullo, mientras la llevaba en brazos hasta la casa, emitió unas diez maldiciones por minuto y soltó un montón de quejidos y lamentos por el puto coche hasta, casi podía jurarlo, atisbó alguna lagrimilla en sus ojos, pues ojalá que el maldito trasto aquel se incendiara y explotara, le estaría bien, por insensible.



Capítulo 18

Había sido una noche infernal, los malditos Alvise parecían reproducirse como conejos, salían de todas partes. ¿No habían dicho sus queridas y adoradas *tiitas* que estaban acechando a su compañera? Pues justo allí era donde menos había. ¿Qué coño pasaba esa noche? ¿Era alguna especie de convención? No daban abasto, habían visto varios grupos y luchado con tres de ellos, no habían podido salvar a un pobre muchacho de las garras de aquellos animales, otro estaba malherido y un tercero lograron salvarlo antes de que hincaran sus dientes en él. Y no eran ellos solos, varios de sus hombres, que vigilaban otros barrios de la ciudad, estaban igual de saturados. Y a pesar de todo aquello no podía dejar de pensar en ella, se había metido y apoderado de su mente.

—¿Dónde vas?

Miró a su hermano.

—Tengo que hacer una llamada.

—¿Ahora? ¡Por todos los diablos, Donnan, no puedes pararte a hacer una puta llamada! Elmo nos está pidiendo ayuda.

—Esto también es importante.

Su hermano y Bento resoplaron cuando lo escucharon hablar con Ottavia.

—¡No me toques los cojones, Donnan! ¿Estás pidiendo un puto ramo de flores? ¿La próxima vez que será, parar en medio de una pelea para ver un catálogo de anillos de compromiso? Tu mujer está haciendo estragos en tu cerebro, macho.

—Está... algo molesta conmigo, tengo que arreglarlo.

—¿¡Y ahora se pone a escribir un mensaje!?

Lenard puso los ojos en blanco y Bento empezó a reír.

—¡Maldita sea, hermano! Necesito hacer algo, tiene que comprender lo importante que es para mí.

Su compañero y amigo le pegó un golpe en la espalda que lo hizo trastabillar.

—Dairine no necesita que le digas que la deseas y la necesitas, lo que ella quiere oír es que la quieres, imbécil y eso, querido amigo, no lo vas a arreglar con tres florecitas y dos frases monas y, conociéndote como te conozco, mucho me temo que las palabras que le vas a soltar van a ser de todo menos románticas, tiernas y toda una declaración de amor, ¿me equivoco?

Ahora el que soltó un bufido y puso los ojos en blanco fue él. ¿Amor? ¡Menuda mierda! El amor era destructivo, egoísta. ¿Cuántas promesas se rompían en nombre de ese *bendito* sentimiento? ¿Cuántas personas sufrían, engañaban y abandonaban a otras poniendo como pretexto esa jodida emoción? No, él no amaba ni amaría nunca, pero eso no quitaba que no sintiera pasión, deseo, cariño y respeto por su mujer, eso era lo único necesario para una verdadera relación.

Durante todo el día estuvieron pateándose la ciudad, recorriéndola de arriba abajo, intentando descubrir que narices pasaba. Los Alvisse habían estado activos, algo raro en ellos, hasta las horas centrales del día. Por norma general al amanecer desaparecían, no solían deambular por las calles con el sol en alto.

—Algo gordo traman, Donnan, no es normal toda esta actividad. Además,

recuerda lo que nos ha dicho uno de ellos antes de que le cortaras la cabeza.

—Lo sé, Lenard, no soy tonto y que el imbécil ese dijera que no podemos estar en dos sitios a la vez me deja claro que están tras Dairine, por eso es mejor que volvamos...

Cogió el teléfono y empezó a sudar cuando leyó el mensaje que le acababa de mandar Mark.

—¡Vamos a la casa!

Empezó a correr hacia su coche con su hermano y Bento pisándole los talones.

—¿Qué pasa?

—Están persiguiendo a mi compañera. Por ahora, Tony, los está esquivando; están dando un pequeño rodeo por Uptown, intentan darles esquinazo pero se temen que los estén esperando cerca de la casa. Han pedido refuerzos pero, aparte de nosotros, solo está disponible un equipo y los que están en la mansión en estos momentos.

Cuando llegaron se bajó del coche dejándolo con las llaves puestas, quería dejarlo preparado por si tenían que volver a salir; al entrar se encontró con su tía Aretha actuando como un verdadero general del ejército, lo tenía todo controlado.

—¿Han llegado ya?

—No, en el último mensaje que envió Mark nos decía que llegarían en unos diez minutos y han pasado doce.

—*¡Peligro, tetas ricas, peligro, rrr!*

Miró hacia la sala y vio a Aryana salir de ella con Nico en su jaula.

—Está así desde hace una hora, voy a llevarlo al sótano, nos va a volver locos y me está poniendo de los nervios.

Aretha miró a su hermana y asintió.

—Sí, mejor apártalo de mi vista y oído o terminaré haciendo alguna receta culinaria con él como suele decir Dairine.

El chirrido de unas ruedas y el sonido de un claxon los alertaron de que su compañera acababa de llegar y parecían no venir solos, escuchó el rugido de, al menos, dos o tres vehículos más.

Llegó a la puerta de la entrada justo cuando su mujer se metía en su coche ¿Qué cojones pretendía hacer? ¡Ah, sí! Ya lo pillaba, intentaba romperse la cabeza, era eso, seguro. Y ahora, ¿qué narices estaba haciendo? ¿Conducir?, por llamarlo de alguna manera, arrancó el vehículo para luego frenar como si el pie le pesara una tonelada e hizo saltar por los aires a uno de los dos vampiros que se habían instalado en el techo del vehículo y lo lanzó unos diez metros más adelante, no era mala idea... salvo que parecía haber aprendido a conducir en un maldito cochecito de esos de choque de las ferias.

Se deslizó velozmente hacia dónde se había detenido el vehículo para verlo salir como si compitiera en un maldito rally y estamparse, de frente y de lleno, contra un árbol.

Se materializó junto a la puerta y la abrió, todo su cuerpo se estremecía con violencia y le sudaban las manos de forma copiosa; se relajó al verla, ¡ella estaba viva! pálida, asustada y temblorosa, pero viva, y cuando rompió a hablar pasó frente a sus ojos, como en una película en cinemascope y a todo color, el santísimo golpetazo que se había llevado su... ¡coche! ¡su bebé! ¡su adorado, venerado, cuidado y amado juguete!

La llevó en brazos hasta la casa y entró gritando el nombre de Umeko, el hombre, como médico, tenía que verla y que hacerle a su mujer todas las pruebas necesarias para comprobar que se encontraba bien.

Mientras se dirigía con ella hasta allí maldijo, tenía que sacar de dentro todo el miedo que había pasado al verla defenderse sola de aquellos imbéciles, si no fuese porque necesitaba saber y comprobar que estaba bien, estaría allí fuera matando, con sus propias manos, a aquellos demonios, pero, con un *sutil* bramido, le había pedido a su hermano y a sus hombres que los liquidaran, que no dejaran ni las cenizas de ellos y que solo dejaran vivo a uno para, más tarde, devolverlo a Keegan con un mensajito de su parte.

Su compañera pensaba que todos aquellos improperios y exabruptos estaban destinados a ella por lo que le había hecho a su coche, no sospechaba, ni remotamente, lo equivocada que estaba, adoraba a su Bentley, lo cuidaba y mimaba, pero ella era, por encima de cualquier cosa o persona, lo más importante en su vida.

Dos horas después Dairine estaba en su apartamento durmiendo, gracias a un calmante y a pesar de las quejas, protestas y lamentos, en su cama y él, por fin, podía hacerle una visita al único Alvise que había quedado con vida.

Bajó al sótano y llegó, por un estrecho pasillo, hasta la pequeña habitación que tenían «preparada» para los interrogatorios. Bento, Lenard y sus tías estaban allí. El vampiro estaba desnudo de cintura para arriba, sus manos estaban sujetas con unas esposas de plata y habían deslizado por su pecho una o varias dagas de ese mismo material produciéndole quemaduras que sabía, por propia experiencia, debían de estar produciéndole un dolor insoportable.

—¿Ha hablado?

Aretha lo miró muy seria.

—¡Oh sí! Y debo decir que algunas sopranos llorarían de envidia si lo hubiesen oído «cantar».

—¿Qué ha dicho?

Se miraron entre ellos pero ninguno lo miró a él. Su tía Aryana se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Cielo, es mejor que no lo sepas. Pero lo que sí que puedes hacer es mandarle un mensaje al cerdo de su jefe diciéndole que piensas hacer con él si se acerca a tu compañera. ¡Ah! y se bastante conciso y explícito.

Se acercó hasta la mesa que había en un lado y se colocó, con mucha calma y ceremonia, unos guantes, tomó una de las dagas más grandes y se aproximó, como si tuviese todo el tiempo del mundo, a aquel ser.

—No vas a morir, no deseo eso, quiero que vivas... el tiempo suficiente para transmitirle un mensaje a Keegan.

—¡Mátame, jodido engendro de Satanás!

Sonrió sin ganas.

—Es irónico que, precisamente tú, me llames engendro a mí. Yo nací vampiro, soy un antiguo, uno de los pocos puros que quedan, pero tú, tú eres una rata de alcantarilla, un ser despreciable transformado por otro ente más vil y repugnante.

Cuando le acercó la daga al vientre el tipo se retorció, pero no podía evitar que esta le *acariciara*, con lentitud, desde el ombligo hasta el cuello. Los gritos del vampiro le perforaban el tímpano, ahora entendía lo que su tía le había dicho, ¡joder, menudo *nenaza* estaba hecho!. Se inclinó hasta la oreja de aquel ser mientras le clavaba el puñal justo debajo del esternón.

—Dile a Keegan que si quiere algo de mí que venga de frente, que me

busque, yo no soy como él, no me escondo, pero que si se acerca a mi mujer, morirá. Si le toca un solo pelo de la cabeza, lo cazaré y cuando lo tenga en mi poder rogaré por una muerte rápida. No tendré clemencia ni para él ni para nadie que le haga daño a mi compañera. ¿Está claro?

No contestó, siguió gritando y maldiciendo hasta que le clavó, unos centímetros más, el cuchillo.

—¡Se lo diré! ¡Maldita sea, se lo diré!, pero tu prepárate a sufrir el infierno en vida, no sabes a quien te enfrentas, bastardo.

—No, el que no sabe a quién se enfrenta es él.

Cuando los primeros rayos de luz asomaban por el horizonte pudo, ¡por fin!, deslizarse entre las sábanas de su cama y tomar el cuerpo de Dairine entre sus brazos, el lugar al cual pertenecía, hoy, mañana y siempre. Lucharía y mataría a quien tuviese que hacerlo por tenerla allí por toda la eternidad. Sabía que venían tiempos difíciles y duros, pero la tenía a ella, a la mujer que lo hacía revivir.

La abrazó con fuerza y su aroma le llenó la nariz. Una sonrisa, por primera vez en muchas horas, de felicidad le llenó el rostro, tenerla allí, pegada a él, sintiendo la calidez y el dulce perfume de su piel lo tranquilizaba, se sentía... ¡en casa! Sí, justo eso y estaba deseando completar su unión, hacerla suya por entero y transformarla.



Capítulo 19

Estaba tan a gusto que no le apetecía moverse, quería seguir durmiendo abrazada... ¿abrazada? Abrió los ojos de golpe y se encontró al *osito adorable*, a tamaño natural, sobre el cual, casi por entero, se había encaramado.

—Mmm, Donnan, ¿qué hago aquí?

Él le sonrió y contestó sin abrir los ojos siquiera.

—Dormir.

Colocó la mano sobre su pecho, ¡por San Kilian! Tenía un cuerpo tan duro, musculoso y, a pesar de las quemaduras, insuperable, y así era mucho más difícil resistirse. Eso era como tener una tarta delante y ponerse a dieta, es que era hasta pecado no disfrutar de ese hombre, de todo ese *material de primera*, debería darse de tortas por ponerse a discutir con él en ese preciso momento, pero tenía que ser fuerte y hacerle ver las cosas desde su punto de vista.

—Ya, bueno, pero es que resulta que tengo una cama en casa de tus tías que es dónde...

Donnan abrió los ojos, la miró fijamente, sin parpadear, de forma insistente, un ligero temblor le recorrió el cuerpo.

—Tu sitio es este, *dolcezza*, entre mis brazos.

Y se estaba estupendamente, cierto, pero eso no es lo que habían hablado, bueno, lo había hablado ella y él se lo había pasado por el forro del bolsillo trasero de sus pantalones, eso le quedaba claro.

—Esta conversación, *mordisquitos*, ya la hemos tenido y no quisiera que me acusaras de ser repetitiva, pero te dije que...

Los brazos de él la rodearon por completo.

—¡Mía! Eres mía, mía para adorarte, para poseerte y acariciarte. Mía para venerar tu cuerpo, para ceñirme en tu interior, para llenarte de mi simiente. No voy a dejar que te separes de mí, que abandones mi casa y, mucho menos, mis brazos, unos brazos que solo quieren tenerte encerrada entre ellos.

¡La madre que lo parió! Iba a tener que meter su lengua en una caja acorazada y dejarla allí encerrada hasta que pudiese mirarlo y tocarlo sin que le temblara el vello de la nuca, porque cuando hablaba la descolocaba por completo. Tomó aire y, utilizando su pecho como apoyo, se levantó y se sentó en la cama.

—Deja que me aclare, ¿vale? Tú, en esta relación, ganas una compañera, una compañera con la cual te garantizas, de por vida, un bufé degustación de sangre y un pase vip e ilimitado al fascinante mundo del sexo. ¡Ah! y no nos olvidemos de lo más importante, tú, *dentudo de dos patas*, doblas tu fuerza.

Lo vio abrir la boca y, antes de que dijera una sola palabra, siguió con su exposición de los hechos.

—Fuerza que te será muy necesaria para derrotar a Keegan, un chico muy malo al cual, no lo olvidemos, no has podido derrotar nunca porque... ¡no estabas emparejado!, ¿cierto?

Donnan hizo una mueca muy graciosa con sus morritos.

—Acabas de simplificar mucho las cosas, déjame decirte...

—Me cambias la vida, me obligas a vivir bajo tus normas, me lanzas prohibiciones, vetos y mierdas varias y, encima, me sueltas que no crees en

una profecía que, según tus tías, las dos mujeres que te han criado, es la que te guiará para vencer al par de demonios esos. Y, para terminar de rematar la *faena* vas y con todo el morro me dices que no crees en el amor. ¿Y tienes las santas narices de pedirme que crea en ti y en esta relación? ¡Qué huevazos los tuyos, Donnan!

Se levantó de la cama poniéndose a un lado, él la imitó y se miraron fijamente, sin apartar los ojos el uno del otro y con la cama de por medio.

—Dairine, por favor...

—¿Me quieres decir, *murciélagos desorientados*, que cojones gano yo con todo esto? Y piensa deprisa y muy bien lo que vas a responder, Donnan, porque como se te ocurra decir que a ti te estampo la almohada en la cara y te la dejo igualita a una de esas de las de la etapa cubista de Picasso.

Cuando él soltó la carcajada no pudo reprimirse y cogió la mencionada almohada para golpearle con ella en toda la cara, pero él fue mucho más rápido, ¿cómo narices se había olvidado de la velocidad que tenía el muy capullo? Antes de poder siquiera levantar aquella «arma» estaba tumbada en la cama con él encima... de ella, pecho contra pecho y pelvis contra pelvis.

—*Micina* ¿Cómo hacerte comprender lo importante que eres para mí? Los seres como yo solo tenemos una oportunidad en la vida para encontrar a nuestra pareja. ¿Te imaginas, por un momento, como he vivido hasta hoy? Sabía, cada vez que estaba con una mujer, que no era la idónea, que solo era sexo.

Le había tomado la cara entre las manos y la miraba con ¿ternura?

—El único sentimiento que tenía por ellas era el deseo, desnudo y superficial. Cuando todo terminaba me sentía vacío, como si aquello fuese irreal. Así año tras año, añorando y necesitando sentir algo más. Quería saber que se siente realmente al besar unos labios que me harían desear más y más besos.

Y procedió a hacerlo, dejando caer minúsculos piquitos en los suyos.

—Necesitaba conocer a la mujer que sería solo mía. Ansiaba acariciarla, besarla y poseerla sabiendo que, a partir de ese instante, solo existiríamos el uno para el otro.

¡Uf, que calorcillo estaba sintiendo! Y por ponerse a tono con su vampirito más que mariposas, lo que sentía en el vientre, eran murciélagos y por la

agitación que sentía debían estar más desorientados que Superman en una convención de calzoncillos en color negro.

—¿Sabes lo que te he necesitado? Ni te imaginas la de veces que pensé que ya no te encontraría. La angustia que sentía al creer que podrías estar en otro lugar, lejos de mí y que jamás nos cruzaríamos. Cuando te encontré...

—Eh, eh, no te adjudiques esa medalla, guapo. Puede que no creas a tus tías cuando te hablan de la profecía, pero el que tú y yo estemos juntos, quieras o no, se lo debes a ellas.

Donnan le besó la punta de la nariz y le dio una sonrisa que, si hubiese llevado bragas debajo del camisón, se le habrían volatilizado.

—Lo sé, *dolcezza*. Dairine, quiero que entiendas lo importante que eres para mí. Puede que creas que te adoraré menos por no amarte, pero realmente ¿sabes lo destructivo y egoísta que es ese sentimiento? Yo te deseo, *micina*, te necesito, me vuelves loco, me muero por acariciarte. Ni te imaginas lo que me haces sentir cuando te tengo en mis brazos.

Las manos de él le acariciaron la cintura y deslizó la boca por su cuello haciéndola estremecer.

—Tu boca y tu sabor son un afrodisiaco para mí.

Con la lengua pintaba pequeños trazos de saliva sobre su cuello y clavícula, bajó las manos por su cuerpo hasta llegar al dobladillo del camisón, se lo subió y quitó a una velocidad pasmosa y lo lanzó sobre su hombro sin importarle, lo más mínimo, el «paradero» del pobre.

—No sabes lo que siento cuando te acaricio, tienes una piel tan suave y cálida.

Se abrazó a su cuerpo mientras sentía las manos de él recorriendo su espalda y los hombros para después deslizarlas hasta sus pechos, los abarcó en sus manos, los juntó y sopló suavemente sobre sus pezones fruncidos.

—Y estas tetas me vuelven loco, tan grandes y tiernas. Adoro sentir las entre mis manos, ver como las llenan y aun sobra. Y me encanta el sabor de estos dulces pezones, sentir como se endurecen en mi boca, mamarlos, chuparlos y dejarlos húmedos y tirantes.

Soltó un gemido cuando se metió uno en la boca y lo mordisqueó con los dientes, su lengua lo apretó contra el paladar y succionó con fuerza, haciéndola arquear las caderas y gimotear de deseo. Perdió la noción del

tiempo, Donnan devoró sus pezones mientras masajeaba y estrujaba sus pechos entre las manos, quería más, necesitaba más de él. Abrió las piernas dejando que Donnan se acomodara entre ellas y su erección hiciera contacto con su necesitada y lloriqueante vagina. Las manos y boca de él, al fin, abandonaron sus pechos para deslizarse hasta su vientre.

—Estoy deseando llenarte de mi semilla y verla germinar dentro de ti, quiero ver tu vientre hinchado por nuestro hijo.

—Ahora mismo, Donnan, al único que quiero dentro de mí es a ti, bueno, a una *enorme* parte de ti.

Las manos de él abarcaron su cintura, al menos lo intentaron, pero es que tenía mucha «chicha» entre manos y nunca mejor dicho, para poder rodearla por entero.

—Me vuelve loco saber que solo yo te acariciaré, que solo serán mis manos las que recorrerán tu piel. Mis labios serán los únicos que besen a los tuyos. Solo yo tendré tu sabor en mi boca. Solamente mi pene se enterrará en tu canal, sentirá sus contracciones, su forma de atraerme más y más a su interior. *Micina*, eres mía, solo mía y yo... yo soy para ti, todo tuyo.

Se clavó en ella con la última parte de su apasionado discurso.

—Quiero marcarte, dejar mi huella en ti, hacer que sientas mi pasión, mi deseo y que, cuando no estemos juntos, aún sientas cada una de mis caricias, mis besos y el latido de mi pene en tu coño.

Apenas podía respirar, ¿cómo contestarle?, solo podía sentirlo dentro de ella, sus manos acariciándola y la boca pegada, fusionada a la suya.

—Vamos, que quieres poner algo así como un copyright sobre mí, ¿no?.

Le mordió el hombro mientras embestía contra ella con rapidez, casi de forma frenética.

—Sí, Dairine, quiero el derecho indiscutible sobre ti, gritar al mundo entero que cada milímetro de tu cuerpo me pertenece y lo más importante, que solo yo tengo el derecho de escuchar tus gemidos, de sentir tus uñas clavadas en mi espalda y tus labios succionando mi piel.

Donnan empujaba con fuerza y ella se tuvo que abrazar, con pies y manos, a él, sintiendo toda su potencia, su deseo y dejándose llevar.

—¿Qué sientes al saber que solo yo puedo hacerte vibrar así? ¿Qué solo

me necesitarás a mí?

Solo pedía un poco de aire, apenas podía respirar entre jadeo y jadeo.

—¡Más, cariño, necesito más! ¡Por favor, por favor! ¡Más fuerte... más, quiero más! ¡Ooooooh sí!

Sintió como si su cuerpo la abandonara y una tormenta ocupara su lugar, se sentía a punto de explotar, gemía, se arqueaba y se abrazaba con fuerza a él y cuando, al fin, se corrió no pudo terminar de caer de las alturas a las que había subido, Donnan siguió entrando con fuerza dentro de ella, empujando y retirándose casi con violencia, gruñendo con los labios apretados y los colmillos asomando entre ellos, debería sentirse asustada, pero verlo así, totalmente sumido en el placer y la pasión que solo ella podía proporcionarle, hizo que se sintiera fuerte, segura y poderosa.

—¿Crees que podrás ser feliz sabiendo que soy todo tuyo, *dolcezza*? ¿Confías en que mi única misión será hacerte sentir así una y mil veces? ¿Qué mi cuerpo, mi alma y mi vida te pertenecen? ¿Puedes, Dairine, puedes ser feliz con todo esto y aceptarme?

Echó la cabeza hacia atrás ofreciéndole su cuello para que lo mordiera y bebiera de ella, sí, podía creer, confiar y ser feliz con él, pero no pensaba renunciar a su misión, conseguir y poseer, también, su corazón.

Donnan no dejó pasar la invitación que le había hecho y clavó sus colmillos en ella, bebió con fruición mientras la catapultaba a un segundo orgasmo y él se vaciaba por entero, marcándola y llenándola con su semen caliente. Sí, era suya, pero él, él era, por entero, suyo.



Capítulo 20

Era casi de noche cuando, muy despacio, bajaba las escaleras. Le temblaban las piernas y no, no era una forma figurada ni exagerada de decirlo, no. Sentía los músculos de sus muslos latir, como si estuviesen haciendo la ola; si aquello era para toda la eternidad tenía un serio problema, iba a terminar andando con las piernas arqueadas, como si acabara de apearse de un burro, el cual la habría llevado zarandeando, de arriba abajo, todo un maldito día. Sus muslos no volverían a juntarse, nunca volverían a rozarse, es más, estaba casi segura de que ni volverían a verse. Donnan era inagotable, incansable y encima no necesitaba pilas, era así, tal cual. Habían hecho el amor todo el día, todo, desde la mañana hasta hacía, miró su reloj, quince minutos que había podido escapar de la cama, ¡madre de Dios! a ella le gustaba el sexo, estaba muy bien, de verdad, máxime si cada vez que echas un polvete consigues a cambio, mínimo, dos o tres orgasmos, pero multiplica esa cantidad de orgasmos por las seis, o siete, u ocho veces que él había hecho uso de sus *derechos de autor* y le deberían dar una medalla, una botella de oxígeno y un pase vip a un spa, estaba derrengada, de-rren-ga-da, con

todas sus sílabas.

Cuando entró a la sala no había nadie, ni el puñetero loro, ¿dónde estaba la gente?

—¿Dónde vas, *dolcezza*?

¡No podía ser! Si estaba durmiendo como un tronco cuando había abandonado, más bien escapado, la habitación.

—¡Por San Kilian, Donnan! ¿No vendrás a *certificar de nuevo tus derechos*, verdad? ¡No puede quedarte *tinta* para tanta firma, joder!

La carcajada de él no se hizo esperar.

—¿Estás cansada, *micina*?

Puso morritos como una niña pequeña.

—Sí y además tengo hambre, mucha... de comida, Donnan.

Él se acercó, le puso la mano en la cintura y le dio un beso en el cuello que le puso la piel de gallina.

—Venga, *dolcezza*, vamos a comer algo.

Entraron en la sala y él la acompañó hasta la mesa, la ayudó a sentarse mientras que él iba a la cocina en la parte de atrás de la casa. Quince minutos después apareció, de nuevo, por la puerta empujando un carrito con bandejas llenas de comida.

—¿Viene alguien más a cenar? Y hablando de eso ¿Dónde están todos?

—Unos pocos han salido a patrullar, otros están de guardia por la casa y en la sala de control y el resto o están trabajando o haciendo algunas investigaciones.

Empezó a llenar el plato de comida hasta que, avergonzada, se dio cuenta de que lo había llenado hasta el mismo borde, si quería echar algo más tendría que cambiar el dichoso plato por una bandeja, ¡joder, qué bruta!

—¿Solo vas a comer eso? Te recuerdo que has gastado muchas energías, *dolcezza*.

Lo miró pensando que estaba soltándole aquello con una buena dosis de ironía, pero cuando vio que él pasó del plato para ir derecho a por una fuente comprendió que hablaba en serio.

—Es más de lo que suelo comer de forma habitual, Donnan. Tengo...

tengo tendencia a... bueno, ya te habrás dado cuenta de mi volumen y masa, no es necesario que te lo explique, ¿verdad?

Lo miró dejar la fuente sobre la mesa y acercarse a ella, le colocó las manos en la cintura y luego las deslizó hasta sus caderas, tiró de ellas y las pegó a su pelvis.

—¿Insinúas que estás gorda?

Solo asintió, no pudo articular palabra porque la boca de él estaba sobre su cuello, susurrando ahí, besando y acariciándole la piel con los labios y la lengua.

—*Micina*, ¿te has mirado en un espejo?

¡Oh, sí! Todos los días, cuando se vestía, se daba un buen vistazo y siempre veía lo mismo. Era grande, bastante y, encima, se ve que su *constructor* todavía andaba sobrado de *material* y decidió colocárselo en las tetas, se entusiasmó demasiado y le colocó un par de airbags enormes, *suerte* que decidió acompañarlos de unas buenas caderas, rotundas y anchas, sí señor, que no se enterara ella que sus caderas se quedaban estrechas, lisas o sin formas, no, el que decidió darles forma se *vino arriba* y todo emocionado le dio más anchuras que una carretera de seis vías, estaba inspirado, de eso no tenía ninguna duda, inspirado y con ganas de tocarle las narices. ¿Mirarse? Sí, ¿gustarse? Sí, se gustaba, pero también sabía que no entraba dentro de los cánones de belleza, no, de ninguno.

—¿Quieres que te diga lo que veo yo? Perfección, belleza, erotismo y la mujer más sexy de todo el planeta. Tus ojos irradian dulzura, ternura y pasión. Tienes la piel más cálida y suave que he visto o acariciado en mi vida.

Le recorrió los brazos con las yemas de los dedos haciendo que su vello se erizara.

—Tienes unos labios y una boca creados para besar, para perderse en ellos, me invitan a devorarlos, a morder, chupar y lamerlos.

La tomó de la barbilla y deslizó la lengua por sus labios, lamiéndolos y mojándolos con su saliva, impregnándoselos, dándole un ligero mordisco, los soltó.

—El resto de tu cuerpo es una maravilla de la creación, tienes un cuerpo hecho para la pasión, cada curva me incita a recorrerla con mis manos, a besarla con mi boca y a lamerla con mi lengua. Tienes unos pechos

generosos, tiernos y dulces y me llaman para meter mi cara en ellos y llenarlos de besos. Cuando tus pezones acarician mi boca me vuelves loco. *Dolcezza*, eres bellísima, única e inigualable. ¿Puedes imaginarte que siento al saber que la mujer más perfecta es mía? Soy el hombre más feliz, orgulloso y agradecido de este mundo.

¡Una toalla, por favor! Que alguien le trajera una toalla porque estaba empezando a licuarse, menudo piquito de oro tenía, la había descolocado, y como a las palabras había sumado y multiplicado las caricias, los besos y los lametones, ahora mismo le temblaban todas y cada una de sus hormonas, pobrecitas ellas haciendo topless y abanicándose como posesas.

—Y si no estás convencida podemos volver a nuestra cama y te demuestro todo lo que tu cuerpo le hace al mío.

¡Aquello no podía ser sano! Tanto sexo debía afectar a las neuronas, las partes blandas y hasta los huesos, ¡coño!, si todavía, al moverse, parecía que lo tenía incrustado dentro de su vagina. Por eso no le quedó otro remedio que aceptar que era lo más de lo más, la perfección con piernas y... un buen par de flotadores, pero perfección al fin y al cabo.

Se sentaron a la mesa y compartieron la comida y una buena conversación. Donnan era un hombre muy culto, ¡como para no serlo! Había estudiado la historia en vivo y en directo.

—Me gustaría que, a partir de mañana, empezaras a tomar unas clases.

Levantó la cabeza y lo miró con fijeza.

—¡Joder, Donnan! Sé conducir, ¿sabes? Lo que pasa es que tu trasto ese...

Le echó una mirada indignada.

—¿Trasto? ¿Acabas de llamar a mi Bentley, mi ojito derecho y el mejor coche del mercado, trasto?

¡Uy, qué quisquilloso!

—Pues el *mejor coche del mercado* tiene más botones y mandos que una maldita nave espacial. El manual de instrucciones ¿viene en fascículos, verdad? No puedes culparme, vampirito mío, estaba siendo atacada, luchaba por mi vida, no pensarías que, en un momento así, me pondría a leer el tocho ese de libro para tratar a su *alteza* como se merece, ¿verdad?

—No volverás a tocar a mi *chiquitín*, totalmente prohibido. Pero no era de

eso de lo que quería hablar. Las clases que quiero que tomes son de autodefensa y manejo de armas.

¿¡Qué de qué!?

—¡Ah, no! Lo siento, Donnan, pero no me gustan las armas, las odio, es algo superior a mí. Las pistolitas me ponen atacada de los nervios. Estoy en contra de la violencia, soy una fan incondicional de la paz. Así que nada de clases para mí.

—No voy a permitir que te ocurra nada, *dolcezza*, estarás acompañada toda el tiempo, pero tienes que estar preparada por si, en algún momento, necesitas defenderte.

—Pero es que... a ver cómo te explico yo esto... verás, digamos que la coordinación física no está entre mis talentos naturales, de hecho, la gimnasia, no era mi mejor asignatura, no, estoy convencida de que el profesor me aprobaba por no verme en su clase al año siguiente, de verdad.

—Eso es porque no me has tenido a mí como maestro, Dairine.

—Ya, bueno, a partir de que empiecen mis clases perderás tu récord de alumnos sobresalientes. Y sobre el temita ese de las armas, pues verás, si soy mala en coordinación física ni te cuento como está la cuestión de la puntería. ¿Has oído eso de: donde pongo el ojo pongo la bala? ¿Si? Pues lo mío es totalmente opuesto, dónde yo miro el proyectil no va ni aunque lo teledirijan.

—No te preocupes, *micina*, unas clases conmigo y serás capaz de desbancar a cualquier francotirador.

—¡Que iluso! Tú concéntrate en apartarte de mí, de la pistolita y a hacer raíces cuadradas para adivinar donde cojones irá a parar la maldita bala. Es una suerte que seas inmortal, cariño, porque si no ya podrías ir escribiendo tu esquela.

—No seas tan injusta contigo misma, Dairine.

—¡Que no sea injusta dice! Cuando acabe contigo vas a tener más agujeros que una pelota de golf.



Capítulo 21

Miró, alucinado, a su compañera, ¿coordinación? Sabía, acaso, ¿lo que significaba esa jodida palabra? Llevaban tres días, tres malditos días y no había conseguido que le diera una patada, salvo las que por suerte y pericia había esquivado a su entrepierna, dónde le decía.

—Dairine, cielo, céntrate. Esto, por muy grande que sea, no es mi pierna.

Ella resopló para apartarse un mechón de pelo de la cara. Estaba acalorada, sudada, respiraba de forma acelerada, la cola que se había hecho para sujetarse su larga melena rojiza estaba caída, sus pecas se resaltaban aún más en su cara sonrojada, sus tetas subían y bajaban temblorosas, el maillot que ella, al principio, se había resistido a llevar, se ajustaba a su voluptuoso pecho y los pantaloncitos de licra marcaban sus caderas y culo y... y se estaba poniendo de nuevo, por centésima vez ese día, duro, ¡joder! ¿Cómo podía pedirle concentración a ella si él solo tenía la mente puesta en una cosa? ¡Joderla!

—¡Sé que no es tu pierna, chulito! Pero ya te lo avisé, ¿te acuerdas? Coordinación... cero, nada de nada, ¿lo pillas o no vas a rendirte hasta que tengan que escayolarte el pene?

—Está bien, *micina*, dejemos esto por hoy y vayamos a las armas.

—¿¡Qué!?, ¿te gusta el riesgo, eh? ¿No has tenido bastante? Donnan, no te miento cuando te digo que cuando algo sale de mis manos no hay Dios que adivine donde leches va a ir a parar.

—¡No puede ser peor que esto!

Se tenía que haber mordido la lengua, su mujer lo miró como si quisiera asesinarlo y, visto lo visto, no era una idea tan descabellada.

Tomó una de las dagas más pequeñas y manejables, una pesada tanto en hoja como en empuñadura, idónea para principiantes e hizo varios lanzamientos hacia el maniquí que usaban para esos entrenamientos.

—Ven, cariño, deja que te enseñe. Toma el cuchillo con tu mano y sujétalo con fuerza, pon el pulgar por encima de la empuñadura y dobla tu muñeca en dirección a tu antebrazo, así, cuando lo lances, girará con más velocidad, ¿entendido?

Ella asintió sin apartar la mirada de la pequeña arma que sujetaba en su mano.

—Venga, ¡lánzala!

¿Cómo lo había hecho? ¡Por los cuernos del diablo! La daga pasó a milímetros de su oreja.

—A ver, *dolcezza*, no hay ciencia que pueda explicar este lanzamiento, es más, seguro que, ni apostando, podría salir semejante trayectoria, ¡joder, cielo, que estoy a tu espalda y tres pasos a la izquierda! ¿Cómo cojones has estado a punto de seccionarme la oreja de ese mismo lado?

Ella se volvió, sus ojos azules en los suyos y lo apuntó con un dedo.

—Tendrías que estar besándome los pies, *don colmillitos*, si hubieras estado un paso más a la derecha lo mismo, en vez de la oreja, te hubiera amputado tu *cosita*. Y, a riesgo de ser repetitiva y repelente, te diré que te lo advertí, chato.

Y salió del gimnasio andando muy tiesa y muy digna.

Salió detrás de ella, pero cuando iba a subir las escaleras se encontró con

su hermano que las bajaba de forma acelerada.

—Te estaba buscando, tenemos un gran problema, enorme, una avalancha de problemas.

—¿Qué pasa?

El semblante de Lenard era serio, algo raro en él que siempre era el alma de la fiesta. Vio moverse su nuez cuando tragó con fuerza, como si tuviese un nudo en la garganta.

—Han... han aniquilado al grupo de Elmo.

Cerró los ojos y soltó un gruñido.

—¿Todos?

—Sí. Donnan, hay decenas de Alvise cerca del restaurante donde trabajaba Dairine y hay algo que, a pesar de que era lo que nos esperábamos, no deja de sorprenderme e inquietarme; Elmo, antes de morir, mandó un mensaje, entre todos ellos estaba Nydia.

—¡Maldita sea!

Echó la cabeza hacia atrás y dejó salir un rugido que hizo temblar los cristales de las ventanas más cercanas. Tomó unas inspiraciones profundas e intentó calmarse, Lenard y él, como líderes de su clan, tenían que tomar la mayoría de las decisiones y, por el bien de todos, debían mantenerse calmados, mucho más en los momentos difíciles y de crisis y este momento requería de toda su serenidad, tenía que mantenerse firme, tranquilo y con la mente muy clara.

—Está bien, iremos para allá, pero hay que dejar muy bien custodiada la casa, no debemos olvidar que el principal objetivo de ellos es hacerse con mi mujer, no voy a dejarla sin protección. Mientras yo voy a por mi compañera avisa a Bento y ve a por las tías, tendremos una reunión en el salón.

Unas horas después no podía apartar de su mente los ojos de Dairine. Ella había intentado disimular su vulnerabilidad y miedo bajo una mirada decidida, fuerte, hasta se había ofrecido voluntaria, ¿como si él lo fuese a permitir!, a ir con ellos y luchar... ¿ella? Con su puntería mataría antes a un camello en el desierto del Kalahari o a uno de ellos mismos antes de rozar, siquiera, a alguno de los Alvise; además, ¿su mujer metida en todo el meollo? ¡Antes prefería pasar todo el día tumbado en la arena y *dorándose* al sol! Pero lo que lo tenía tan inquieto eran las lágrimas que apenas había podido

contener, ¿estaba preocupada por él? ¿Albergaba otra clase, aparte del deseo, de sentimientos? ¿Lo echaría de menos si le ocurriera algo? ¡Maldita sea! Él no quería sentir nada, no quería más emociones que la pasión, la lujuria y hasta podría darse el lujo de profesar ternura y cariño, pero nada más; no, no quería amar, no quería sentir algo que, en algún momento de su vida, le obligara a olvidarse de todo por lo que había luchado y rendirse. Debía de dejar de pensar en ella y en sentimientos, ahora mismo tenían un problema bastante acuciante entre manos.

La noche era bastante oscura y, a esas horas, las calles estaban casi desiertas, apenas unos borrachos, un par de sin techo y algún pobre humano que volvía a casa después de un duro día de trabajo.

Al llegar a la intersección de la calle Monroe con la Kostner escucharon gruñidos, golpes y jadeos que salían de un solar abandonado, a pesar de la oscuridad, gracias a su desarrollada visión avistaron, en apenas unos segundos, el origen de semejante escándalo.

Dos grupos de su gente, dirigidos por Eudo y Matteo, se enfrentaban, en esos momentos, a casi una veintena de Alvises y apartada de la lucha y mirándola con intensidad y avidez se encontraba Nydia, como era evidente no había cambiado nada, salvo en la forma de vestir, en todos esos años, para ser exactos más de cien.

—¡Hija de perra! Se mantiene apartada esperando el momento de poder hacerse con uno de los nuestros y dejarlo seco antes de matarlo.

Miró a su hermano que apretaba con fuerza los puños y no apartaba la vista de la mujer vampiro que, al verlos, les mandó un beso y les guiñó un ojo.

—No podemos, en estos momentos, enfrentarnos a ella, Lenard, los nuestros nos necesitan.

—Lo sé, Donnan, pero entre los dos podríamos acabar con ella, no se ve a su *colega* por aquí.

Le colocó la mano sobre el hombro y se lo apretó con fuerza.

—Escúchame, hermano, ¿crees de verdad que está sola? Keegan no irá lejos y no porque crea que ella no se pueda defender, sino porque no se fía de esa arpía. Cuando acabemos con los suyos, y si no ha salido con el rabo entre las piernas, iremos a por ella, te lo prometo.

El grito de Matteo los puso en acción, tres de aquellos asquerosos seres lo

tenía agarrado y uno de ellos se disponía a desgarrarle el cuello. Antes de que clavara los colmillos en él lo atravesó con una de sus dagas y se lanzó a por otro de los que sujetaban a su amigo.

A partir de ese momento no vio nada más que la lucha en la que estaba metido, desgarró miembros, segó cabezas y atravesó el pecho de un par de aquellos seres. Uno de ellos, antes de morir, penetró su costado izquierdo con un cuchillo con la hoja de plata, sintió dolor, luego llegó el escozor y notó su carne chamuscarse y su piel arder. Cuando el Alvise se desintegró en el aire se arrancó el puñal y cayó de rodillas, empezó a ver puntitos negros danzar delante de su nariz y comenzó a respirar tomando grandes bocanadas de aire, no podía desmayarse en esos momentos.

Bento llegó hasta él, le pasó el brazo por la cintura y lo ayudó a levantarse.

—Venga, vámonos.

—¿Y Nydia?

Antes de terminar de formular la pregunta la aludida se materializó frente a ellos.

—¿Me buscabas, cariño?

La miró de arriba abajo, si no supiese como era en realidad hasta podría decir que era atractiva. Era alta, bastante delgada, demasiado para su gusto, sus ojos eran muy claros, casi rozando el plateado y que contrastaban con su larga melena de pelo negro azulado y su piel color café.

—Siempre, ya sabes que me encantaría verte morir.

La mujer-vampiro se acercó hasta él, quedándose a un par de centímetros.

—Eres igual a tu padre, amor, ¿estás seguro que quieres emparejarte a esa endeble humana? Yo podría hacerte mucho más fuerte que ella y serías feliz, muy feliz... en mi cama.

Sus piernas apenas lo sostenían pero se irguió y pegó la cara a la de ella.

—La única manera de que yo sería feliz contigo sería viéndote morir y, a ser posible, de forma muy dolorosa y lenta.

Nydia soltó una risotada muy poco femenina.

—Eres repetitivo y demasiado imbécil, cielo. Deberías entregarme a la mujer, te ahorrarías perder a más de tu gente y el dolor, sufrimiento y muerte de las brujas de tus tías y de tu querido hermanito.

—No tocarás ni un solo pelo de todos ellos, te lo juro.

La vampiro se acercó y lo besó en los labios, se apartó con asco de ella y echó la cabeza hacia atrás dispuesto a darle un buen golpe, pero Nydia desapareció dejando tras de sí una estela de humo y el olor desagradable que acompañaba a todos los de su clan.

—¡Es una maldita hija de la gran puta! Te prometo, Bento, que la mataré, no pienso dejar que haga más daño a ninguno de los míos y mucho menos a Dairine, ella es mía.

Su amigo lo sujetó con fuerza y lo sacó, prácticamente arrastrando, del solar a la calle.

—Lo sé, Donnan, y también sé que siempre cumples tus promesas.

—Pues grábate esta, esos dos no pondrán las garras sobre mi compañera, es mía, solo mía, la única, la elegi...

Todo, a su alrededor, se oscureció.

Lenard llegó hasta su hermano y a su amigo.

—¿Se ha desmayado?

—Sí, la herida es bastante profunda, hay que llevarlo a la casa.

—¿Qué cojones canturreaba?

Bento empezó a reír.

—El muy idiota está loco por su mujer, pero ya sabes que tiene la testa más dura que un muro de cemento, le va a costar trabajito reconocerlo, pero ha caído desde bien alto, de cabeza y sin casco.

—Va a ser interesante ver cuando lo descubra.

—Yo creo, Lenard, que lo que va a ser interesante de verdad es ver como se lo dice a su mujer, para ese momento me pido pase de primera y espero que ella se lo haga pasar mal.

—¿Dairine? No, es demasiado dulce. Si es que encima tiene suerte el muy cabrón. Seguro que la mía será toda una arpía, una bruja y no de las de magia, no.



Capítulo 22

Toda la noche había estado nerviosa, ¡y con razón!, unas horas después de que Donnan se marchara, cuando apenas se vislumbraba el amanecer y justo unos minutos antes de que ella hubiera desgastado las suelas de sus zapatillas deportivas andando por todo el salón, él volvió, ¿y cómo volvió? En brazos de su hermano, con una herida enorme, descomunal, exagerada... bueno, exagerada ella, era grande sí, pero no tanto como sus ojos insistían en hacerle ver, y con la camisa empapada de sangre. Se llevó las manos a la boca pero no por ello impidió que su grito saliera alto y bastante agudo y al instante sintió sus ojos llenarse de lágrimas.

—¿Está... está vivo?

¿Era la pregunta correcta, no? Porque él era un vampiro, pero respiraba, su corazón latía y, a pesar de que la temperatura de él era algo menor que la suya, su piel siempre estaba *casi cálida*, por ende estaba vivo, entonces, ahora ¿estaba vivo, muerto o hibernando?

Lenard llamó a gritos a Umeko y pasó por su lado dedicándole una

pequeña sonrisa mientras se dirigía a la sala médica.

—Está vivo, Dairine, pero tenemos que sacar toda la plata de su cuerpo.

¿Y cómo narices se hacía eso? ¿Con *desplatizador*? ¿Un disolvente? ¿O un decapante? ¡Que alguien le dijera algo, por Dios!

La habitación, que normalmente parecía grande, se estaba quedando pequeña, allí estaban Bento, Lenard, Umeko, Aretha, Aryana, ella y tumbado en la camilla, él, su compañero, el mismo que estaba pálido, sudoroso, con los labios apretados y soltando un pequeño gemido. Se acercó hasta él y le acarició la mano, los ojos de Donnan se abrieron al instante.

—¿Esas... esas lágrimas son por... mí, *dolcezza*?

¡Que Dios le diera paciencia porque como le diera fuerza le iba a sacar la jodida plata del cuerpo a guantazos! ¿Por quién narices pensaba que lloraba?

—¿Tú que crees?

La mano de él subió hasta su mejilla y con la yema del dedo cogió una de aquellas gotitas saladas, se lo llevó a la boca y lo chupó.

—Hasta ellas son adictivas, *micina*. No llores, esto no es nada, hasta tú lo hubieras podido hacer mejor.

Soltó un resoplido.

—Tanto quejarte de mí puntería y sales de la casa para buscar a alguien que te agujeree cuando yo te hubiera podido convertir en un colador con un solo lanzamiento.

Donnan le sonrió y luego miró a su hermano.

—Llévala a mi apartamento y enciérrala en la habitación.

¡Y una mierda como la tapa de un piano!

—No me pienso mover de tu lado.

Su mano le apretó con fuerza los dedos.

—Escúchame, Dairine, estás en peligro y no pienso arriesgarme a perderte. Lenard, si es necesario la encadenas a mi cama.

—Eso y ya de paso me pones un cartelito en la frente que ponga que soy el plato estrella del día. ¿Estás tonto o qué? ¿Cómo cojones podría escaparme, en un hipotético caso de que esos demonios entraran en la casa, si estoy encadenada?

Él soltó una maldición.

—Está bien, nada de cadenas, pero júrame que no saldrás de la habitación y que no irás sola a ningún lado, ni al baño.

—No te preocupes, estaré todo el tiempo acompañada... de ti, me quedaré contigo.

—No puedes, *dolcezza*.

Lo miró desolada, ¿no quería que lo cuidara? ¿No quería tenerla a su lado?

—No es que no quiera tenerte conmigo, te juro que si pudiera no permitiría que te separaras ni un milímetro de mí, pero donde tengo que ir tú no puedes estar, cariño.

—¿Te vas? ¿Qué pasa?

—Lenard te lo contará, ¿vale? Y ahora, ¡abre la boca!.

—¡Oh, por el amor de... grumpf!

Donnan la cogió de la nuca, la acercó y pegó a él y, cuando sus labios estuvieron juntos, la besó, devorando su boca cuando lo dejó entrar, acariciando y recorriendo todo su interior y mordiendo, con suavidad, su labio inferior cuando se separó de ella.

—Necesitaba tu sabor, *micina*, quiero tenerlo en mí, saborearlo y paladearlo y además, es la mejor medicina para mi recuperación. Mantente a salvo, no des un solo paso sin ir acompañada, ¡prométemelo!

Empezó de nuevo a llorar.

—Está bien, te lo prometo, te voy a hacer un inventario detallado de todos mis movimientos y quien me acompañaba en esos momentos. No me acercaré ni a puertas y ventanas, es más, ni descorreré las cortinas, pero tú ponte bien, ¿entendido, mi señor de las tinieblas?

Él asintió antes de devorarle la boca de nuevo. Lenard le puso un brazo sobre los hombros y la sacó de la sala médica para llevarla al salón. Cuando llegaron allí, acompañados de las tías y Bento, la obligó, con suavidad, a sentarse en un sillón y le sirvió una copa de coñac.

—Bébetelo, cielo. Escúchame, Dairine, no creas que Donnan no quiere tenerte a su lado, al contrario, es lo que más desearía, pero tienes que entender que eso es imposible.

—¿Por qué?

—El puñal con el que lo han herido tenía la hoja de plata, eso, como ya sabes, es lo que más daño nos hace. Nuestra raza no se cura como la tuya, los medicamentos no nos hacen nada, ¿entiendes? Solo hay una manera de sacar ese metal del cuerpo.

Se bebió un trago del licor y miró al hombre a la cara con los ojos llorosos y esta vez no eran solo por Donnan, ¡joder, como quemaba aquello!

—¿Cómo, Lenard?

—Hay que sacar toda la sangre del cuerpo, Dairine, pero no te preocupes, Umeko ya ha hecho esto infinidad de veces. En el laboratorio siempre hay un buen suministro de bolsas preparadas para casos como este.

—¿Y después de la transfusión, ya estará bien?

—No exactamente. Las heridas hechas con plata tardan más tiempo en curar y siempre dejan cicatrices. Necesitará dormir durante todo el proceso, entrará en una especie de letargo, ¿entiendes?

—Eso sí lo pillo, lo que no entiendo es porque no puedo estar a su lado.

Lenard le cogió las manos con las suyas y se las sujetó con ternura.

—Ahora mismo el cuerpo de él está luchando contra ese veneno, Dairine, su temperatura ha subido varios grados y para poder controlársela tendrá que pasar todo el tiempo de recuperación en una especie de cámara frigorífica, tiene que mantener un calor constante, ¿lo comprendes ahora, cielo?

Si, por supuesto que lo entendía, por eso ahora solo podría rezar, suplicar y consolándose acariciando el colgante que llevaba en el cuello, se lo regaló su abuelo en su lecho de muerte, era el anillo de Claddagh de su bisabuela, la madre de su abuelo. Su marido se lo regaló cuando se casaron y cuando ella murió se lo dio a su hijo y él se lo había dado a ella, estaba desgastado por el paso de los años y la mala calidad del metal, pero para ella era algo muy querido y que la reconfortaba en los malos momentos.

Durante veinticuatro horas, quince minutos y unos diez, once, doce... segundos paseó de un lado a otro y volvió locos a todos.

Umeko había dejado de salir a informarla a la quinta hora.

Lenard aguantó hasta la décima.

Las tías resistieron, como auténticas campeonas, hasta la veinte.

Y a la veintiuna la sacaron, casi a rastras, de la sala dónde había

conseguido convencerles de que la dejaran estar y la encerraron en el apartamento de Donnan, custodiada por unos cuatro hombres que, dado su estado *impertinente y obsesivo* (¡pero que poquita paciencia y comprensión, coño!) se relevaban cada hora y con la única compañía del maldito Nico.

—¿Y tú avisas de los peligros y desastres? ¡Pues menudo fraude estás hecho!

—*¡Peligro, tetas ricas, rrr!*

—¿Vas con otra franja horaria, desmelenado? ¡Maldita sea! ¿Por qué nadie me informa?

—¿Tal vez porque los has vuelto locos a todos, *micina*?

Se dio la vuelta y allí estaba Donnan, llevaba unos pantalones negros y una camisa del mismo color, sus ojos azules brillaban, su pelo estaba húmedo, como si acabase de darse un baño y parecía estar bien, se lanzó contra él pero al llegar a su altura se detuvo, no podía saltarle encima, ¡por todos los malditos infiernos! ¿Es que quería que volvieran a meterlo en la cámara esa de las narices? Pero Donnan la tomó de la cintura y la acercó a él con fuerza, pegando sus cuerpos y, al mismo tiempo, sus bocas, deslizó la lengua por sus labios, pintándolos con su saliva y mordisqueándolos con sus colmillos que se habían extendido, forzó la entrada a su boca empujando la lengua dentro y cuando estuvo allí se acomodó, buscó la suya y las obligó a entregarse a una pequeña lucha, suave, húmeda y jadeante. Cuando logró pensar, besar y tomar aire al mismo tiempo pudo apartarse de él y empezó a desabrochar su camisa.

—¿Estás impaciente, *dolcezza*?

—Por supuesto, quiero comprobar si estás recuperado.

—Estoy bien, cariño.

—Vale y, aunque no lo parezca, me fío de tu palabra, pero después de lo que he pasado necesito verlo con mis propios ojos.

Se mantuvo quieto y con los brazos a los lados mientras ella le abría la camisa y cuando desnudó su pecho pasó las yemas de los dedos por su piel haciendo que él se estremeciera. Cuando llegó a la cicatriz de su herida la recorrió con suavidad, estaba totalmente curada, solo quedaba una línea muy fina y algo de piel quemada a su alrededor, se inclinó y la acarició con ternura.

—Odio, sin conocerlo, a ese mamarracho, tenemos que destruirlo, matarlo, reducirlo a picadillo—fue remarcando cada palabra con un suave beso—va a conseguir marcarte por completo.

Una mano de él la tomó de la cintura mientras la otra le acariciaba la nuca.

—Mi pequeña sanguinaria pecosa. ¿Tanto asco te dan mis cicatrices que no quieres ver más en mi cuerpo?

Le dio un mordisco en uno de sus chatos pezones que lo hicieron gruñir.

—¿Lo de ser vampiro afecta al cerebro? No sé, ¿pierdes neuronas y te vuelves idiota? No te enteras de nada, cariño, no me repugnan tus heridas. Me duele por ti, por el dolor, no solo físico, que evidencian, son parte de ti y hablan de tu lucha y valor.

Volvió a delinear su piel magullada, esta vez con la lengua.

—Tienes un cuerpo perfecto, Donnan, me fascina. Eres tan ancho, tan musculoso, tan duro.

Recorrió sus abdominales con las yemas de los dedos, era maravilloso, jamás había tocado un cuerpo tan firme y sólido, no había nada fofo ni blandengue en él, parecía hecho de mármol... pero más calentito, mmm, era para volverse loca, todo ese pedazo corpachón listo para degustar, tanta carne y músculo despertaba en ella unas ansias caníbales brutales, si estaba por decirle que la convirtiera y beber de él hasta dejarlo acartonado. Estaba tan ensimismada en comérselo vivo que no se percató de que había cogido su mano y se la estaba deslizando por su piel y bajando lentamente hasta... hasta... ¡por San Kilian!

—¿Está lo suficientemente duro?

¡Oh, sí! Muy duro, un buen pedazo de mármol, de allí se podía sacar, sin exagerar ni nada, un buen par de pilares con su base y todo.

—Te gusta trabajar a fondo este *músculo*, ¿verdad?

—Solo contigo, Dairine, solo contigo. ¡Ah, *micina*, me vuelves loco! Ni te imaginas lo que me haces. Cuando estaba en la cámara el sabor y el calor de tu boca me reconfortaban. No sabes lo inquieto que estaba al notar tu angustia, la ansiedad me embargaba, solo quería llegar a ti, estar a tu lado.

¿¡Cómo!? Lo miró extrañada.

—Espera, acabas de decir que... ¿que tú me sentías?

Sus manos le sujetaron la cara y clavó la mirada en ella.

—La conexión entre compañeros no es sólo física, Dairine y cuando nuestra unión se complete por entero podremos conectar nuestras mentes, sentir cada pensamiento, notar cada necesidad, percibir nuestros cambios de humor y los sentimientos.

—¡Pues menuda putada! ¿Se acabaron los secretos, las sorpresas o el tener mis propias ideas y pensamientos sin que tú fisgonees en ellos? ¿Piensas controlar también mi mente? ¡Con razón quieres emparejarte!, ¡todo son beneficios para aquí la *aspiradora con patas*! ¿Eh, machote?

Donnan arrugó el ceño.

—No, por supuesto que no y deja de llamarme todas esas cosas raras que me llamas.

—Pues tú deja de tocarme las narices. ¡Joder! cada vez que me doy la vuelta me sorprendes con una *maravillosa* perla de estas.

—Dairine, tu mente es tuya, cielo. Escúchame, el ser compañeros de vida es algo... fascinante, es como... como tener dos cuerpos, dos mentes, pero al mismo tiempo ser uno solo, ¿me entiendes? Podremos sentir si nos necesitamos, el dolor, la angustia, la rabia, el miedo, todo y conforme se estreche nuestro vínculo hasta podremos hablarnos telepáticamente. Pero nunca, jamás podré entrar en tu mente sin tu consentimiento, *micina*.

Respiró aliviada, sería un total latazo tenerlo dando vueltas por *ahí arriba*, colocando y descolocando sus ideas y, lo peor, descubriendo todos sus pensamientos y locuras, sobre todo las que lo involucraban a él.

—Y si todavía no estamos, de forma total, unidos, ¿cómo podías saber cómo me sentía?

La abrazó a su cuerpo, bajó la cabeza y le habló, con susurros, en su oído.

—Estabas tan nerviosa, preocupada, angustiada y... llorosa que lo sentí dentro de mí. Cariño, ni te imaginas lo duro que fue no poder llegar a ti, abrazarte y decirte que no te dejaría nunca.

Sus brazos la ciñeron con más fuerza.

—Quería beberme todas tus lágrimas y cambiarlas por besos. Eres tan dulce, tierna e ingenua que no puedes esconder tus sentimientos, no sabes lo que eso me hace, *micina*, y no creo estar a tu altura y a todo lo que esperas de

mí.

No pudo contestar porque la boca de él cayó sobre la suya, capturó su labio inferior entre los dientes...

—¡Ya veo que estás mejor, sobrino!

Adoraba a esas mujeres, de verdad, pero su sentido de la oportunidad era una cochina ironía. Donnan la soltó, se giró y miró a sus tías con una mirada de esas serias y chulescas que solía poner, la misma que desintegraba las varillas de su sujetador y hacía que la resistencia de la goma de sus bragas fuese puesta a prueba.

—¿No sabéis llamar?

Aretha le guiñó un ojo antes de mirar a su sobrino y soltarle una sonrisa de lo más inocente.

—No seas tan quisquilloso, Donnan. Solo hemos venido a hacer planes con Dairine.

—¿Planes? ¿Qué planes?

—Queremos llevarla a conocer la empresa.

Él la miró primero a ella, ¡como si aquello fuese idea suya!, era la primera noticia que tenía de semejante visita, para después volver la cabeza hacia sus tías y apuntarlas con un dedo.

—¡No! ¡Maldita sea! Tenemos a un jodido ejército de vampiros detrás de mi mujer y vosotras planeáis llevarla de excursión, pues no, lo siento, pero ella no abandonará la casa y es mi última palabra.

Aryana se acercó hasta él en plan conciliador.

—Los coches son blindados, cielo.

—Ni aunque fuesen tanques. Ella. No. Saldrá. De. Aquí.

Aretha, menos suave que su hermana y más directa, se acercó hasta su sobrino y le plantó la cara a un centímetro.

—Vamos a ir acompañadas de dos decenas de los nuestros o más si aquí, el líder del clan, lo considera necesario.

—No, me da igual si os acompaña un ejército de vampiros o no, Dairine no va a ir a ninguna parte.

La cara de la mujer se puso roja, apretó los puños y avanzó el único

centímetro que le quedaba para pegar la cara a su sobrino.

—Lleva encerrada aquí cinco días y en el último prácticamente no ha dormido, comido o descansado y todo por ti, ¿no crees que se merece una salida? ¿No piensas que le puede apetecer conocer la empresa y ver si le gustaría trabajar en ella, cerdo egoísta?

—No pienso dejarme manipular...

Se acercó hasta los dos y apoyó la mano en el brazo de su compañero.

—Donnan, iré contigo ¿Qué mayor garantía puedo tener?

—¿Lo dices en serio cuando sabes que, hace menos una hora, he salido de una maldita cámara en la que he estado veinticuatro horas recuperándome de mi herida?

—Confío en ti y sé que me mantendrás segura.

—¡Maldita sea! Yo soy el líder de este clan.

—Y yo tu compañera, cariño.

—*¡Yo soy el líder, yo soy el líder!* ¡Valiente gilipollas estoy hecho! Está bien, *micina*, pero obedecerás todas mis órdenes y sin protestar, ¿entendido?

Metió la mano por su camisa entreabierta y le acarició el pecho.

—Como tú digas, mi héroe.

—¡Menudo jefe estoy hecho cuando una cosita como tú hace lo que quiere conmigo!



Capítulo 23

Tomó todas las precauciones posibles y alguna más. Todos y cada uno de los suyos estaban en máxima alerta. Más de una docena de ellos escoltaron el vehículo en el que él y Dairine habían ido a la empresa, entraron directamente desde el parking al ascensor privado rodeados de todos ellos y ella, en todo momento, solo sonrió e hizo guiños como si aquello fuese un maldito juego, ¿no entendía lo que de verdad estaba pasando? Ni Keegan ni Nydia se detendrían hasta que logaran capturarla, aunque antes de que llegaran a tocarla él los mataría con sus propias manos.

Después de enseñarle los laboratorios y presentarle a casi todo el personal subieron a su despacho, la invitó a sentarse en el sofá mientras pedía a Nicola, su secretaria, que les trajera un par de cafés y unas galletas.

—¿Todo tu personal es italiano?

—No todos, pero la gran mayoría sí. Tienes que entender que estamos juntos desde hace siglos, son mi gente, *micina*.

En ese momento la mujer, muy bajita, de grandes ojos negros y pelo corto del mismo color, entró. Se la presentó a su compañera y después de dejar la

bandeja sobre la mesa salió discretamente del enorme despacho.

—Ya que hablamos de eso, hay algo que no entiendo.

Tomó un trago del fuerte café, dejó la taza sobre la pequeña mesa de ébano situada frente a ellos y se volvió hacia su mujer y esperó su pregunta.

—Tu hermano y tú aparentáis tener unos treinta y pocos años, me imagino que, al llegar a cierta edad, no envejecéis más, pero Aretha y Aryana me comentaron, cuando las conocí, que tenían algo más de cincuenta, sé que tienen más, por supuesto y aunque no aparentan esa edad, no entiendo porque ellas envejecen y vosotros no. ¿Es porque son brujas?

Enredó sus dedos con los de ella, tiró con suavidad de su mano y le besó los nudillos.

—Ellas no son inmortales, *dolcezza*.

Los ojos de Dairine se abrieron asombrados.

—¿No? Pero... yo pensaba que eran como vosotros, entonces, algún día ¿las perderemos?

Volvió a besar sus dedos antes de asentir.

—Sí, cariño, pero para eso falta mucho tiempo todavía. Las brujas envejecen muy lentamente.

—Pero ¿Por qué no las transformas?

Eso era algo que a su hermano y a él les dolía mucho.

—No han querido nunca, Dairine, Lenard y yo se lo hemos pedido infinidad de veces, pero siempre se han negado, nunca nos han dado una respuesta válida, pero no podemos convertirlas si ellas no quieren, cielo.

—¿Quieres que hable con ellas? Tal vez podría convencerlas.

Era tan dulce, tan tierna, por eso la adoraba. Se inclinó y lamió sus labios, dejándose llevar por la tentación de saborearlos.

—¡Ah, estabais aquí, parejita!

Se acercó hasta su oído y le habló en voz baja.

—¿En serio quieres hablar con ellas? Piensa que esto se repetirá todos los putos días de nuestra vida eterna.

Dairine soltó una risita, él se volvió y miró a sus tías con muchísima seriedad, más adelante, y en casa, tendría con ellas una conversación muy

sería sobre aparecer de repente e interrumpir momentos íntimos con su compañera.

—¿Una puerta cerrada no significa nada para vosotras?

Aretha lo miró de arriba abajo.

— Tienes unas cosas, Donnan, pues claro que tiene un significado... que puede ser abierta, ¿qué otra razón puede tener?

Soltó un gruñido, no había manera de mantener una conversación coherente con ellas.

—¿Y qué queréis ahora?

Aryana se acercó hasta Dairine, la tomó de la mano y la intentó levantar, pero él no lo permitió, no apartó la mano de su cintura, es más, la acercó a su cuerpo pero su otra tía llegó, le dio un manotazo, sin cortarse ni nada, ella era así, y tiró de su compañera poniéndola en pie y haciéndolo soltar un gruñido.

—¿No tenéis nada que hacer por ahí?

—Mucho, sobrino, por eso hemos venido a por Dairine, vamos a un spa...

—¡No!

Se levantó de un salto y se plantó ante las tres mujeres, pero dejando claro que iba solo a por dos de ellas, las más mayorcitas y con menos seso.

—Ella no irá a ningún sitio sin mí, ¿entendido? Y no vais a hacerme cambiar de idea ni liarne con una de vuestras excusas de mierda.

—¡Maldita sea, Donnan! Vamos a la avenida Ashland, eso está a unas pocas manzanas de aquí.

—No saldrá de este despacho siquiera, imagina a unas manzanas.

—Vamos a relajarnos, unos masajes, unos baños de lodo y estaremos como nuevas.

—Pues ya podéis largaros y, a ser posible, no aparecer en unas semanas.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta, obtuso y mandón?

—Tal vez, ¿por qué soy el jefe de esta familia?, ¿por qué mi compañera está en peligro?, ¿por qué vosotras os estáis dedicando a pensar con el puto culo y ponéis en riesgo a mi mujer?

Aryana, siempre más sensata y comprensiva, decidió intervenir, algo que él le agradecía inmensamente.

—¿Una mujer que no querías? ¿Una compañera vaticinada por una profecía en la que tú no crees? ¿Hablamos de Dairine, a la que nosotras encontramos, protegimos y llevamos hasta ti?

¿Sensata? ¿Comprensiva? Ahora mismo estaba en el último lugar de su lista de personas favoritas. ¿Se habían propuesto volverlo loco?

—¡Donnan, tienes que venir, tenemos un problema!

¿Es que se habían confabulado todos los malditos astros? Miró a su hermano que tenía medio cuerpo dentro de su despacho y se apoyaba en la puerta mirándolo con insistencia.

—¿Qué cojones pasa hoy?

—Oye, ni idea de los problemas que tienes aquí con la pareja diabólica, pero abajo tenemos unos quince Alvises que parecen pensar que hoy es al día de donar nuestra sangre y vienen con los colmillos preparados.

—¿Aquí y sin haber anochecido? ¡Está bien, ya voy! Avisa a Mark y Tony, que busquen a cuatro más de los nuestros y acompañen a Dairine a casa, las tías son opcionales, lo mismo le hacemos un dos por uno y se las entrego a los de abajo para que vayan abriendo boca.

—Tienes el sentido del humor en el culo, muchacho. Nosotras nos vamos con tu compañera.

Se acercó hasta Dairine, le sujetó la barbilla con su mano y le levantó la cabeza, se inclinó hasta ella para susurrarle y poder besarla.

—No abandones el despacho hasta que Mark venga a por ti, ¿entendido? Ve a casa directamente y enciérrate en ella, por favor, *micina*, necesito saber que estás a salvo, obedéceme.

Ella asintió.

—Si no lo haces, *dolcezza*, te juro por lo más sagrado que haré que no puedas sentarte en una semana, ¿me comprendes?

—Con lo bien que lo estabas haciendo y has tenido que meter la pata a la altura del ombligo, *dentudo*.

La besó con suavidad, solo un leve contacto de sus labios, no podía darse el lujo de recrearse en ellos, pero en cuanto estuvieran solos y la puerta atrancada se daría todo un festín con ella.

Solo cinco minutos había tardado Mark en llegar y otros tantos en bajarlas al parking y meterlas, casi a empujones, en el coche, pero la sorpresa le llegó cuando, nada más cerrar la puerta, Aretha le soltó a Tony que quería que las llevara a la avenida Ashland, la cara del hombre fue, más que de asombro, de terror.

—Tenemos órdenes de Donnan de llevar a su compañera a casa, sana y salva.

La mujer se inclinó, pegó la cara a la nuca del hombre... o vampiro ¡joder que lío!, que empezó a mirar, por el espejo retrovisor, bastante nervioso.

—¿Tú ves a mi sobrino por aquí? No, pues eso, ahora la que da las órdenes soy yo, así que obedece.

—Pero él me matará, Aretha.

—Y yo, si no me haces caso, voy a hacer que tus tripas se anuden más que un lazo marinero y que la única opción de no mancharte los pantalones sea bajártelos... muy rápido, *¿capisci*, Tony?

El aludido asintió y miró a Mark buscando ayuda.

—Aretha vas a hacer que nos maten, ¿lo sabes, verdad? Donnan no se va a tomar esto nada bien.

—Donnan no tiene que enterarse de *esto*, Mark. Solo es un pequeño rodeo en el itinerario y no tardaremos mucho.

Miró a la mujer, ¿qué era tan importante como para desafiar a su sobrino de esa manera? Solo esperaba que si él se enteraba de esta pequeña «excursión» no la culpara a ella, era inocente, la estaban secuestrando, eso, se mantendría firme con esa versión de los hechos.

—¿Dónde vamos exactamente, Aretha?

La mujer miró a su hermana que le dedicó una sonrisa y luego, las dos, la miraron con fijeza a ella.

—Vas a conocer a tu futura cuñada.

¡Dios del cielo! ¿Habían encontrado a la compañera de Lenard? Ahora sí que iba a flipar Donnan, nada más que por ver su cara cuando se enterara merecía la pena aquella pequeña escapada... *corrección, Dairine, esto es un*

secuestro, ¿recuerdas nuestra versión?

Unos minutos después llegaban a su destino, una pequeña tienda de artesanía. Sus dos acompañantes se quedaron en el coche mientras ellas tres entraban dentro.

El local era pequeño, en una pared había una estantería repleta de pequeñas figuras, copas y porta-velas de cristal, se acercó hasta ellos y los observó con atención, todos tenían grabados, reconoció algunos de ellos, eran símbolos celtas y los otros parecían ¿escandinavos? Acarició uno de ellos con la yema de los dedos, ¡era precioso!

—¡Aretha, Aryana, que alegría me da veros! Ya llevabais unos días sin venir.

Se giró y vio a la dueña de una de las voces más dulces que había escuchado en su vida. Era una mujer preciosa, mediría un metro setenta y poco, tenía una figura espectacular, ancha de caderas, con un buen pecho y de cintura estrecha, tenía una larga melena rubia y unos preciosos ojos azules.

—Lynae, cielo, esta es la mujer de la que te hablamos, Dairine.

Vio como los ojos de ella se oscurecían y la miraba con algo de temor, ¿qué le pasaba?

—¿Es... es la compañera de él, del vampiro?

¡Menuda carta de presentación! Se acercó hasta ella pero la mujer dio un paso atrás.

—Hola, soy Dairine MacMahon.

La mujer miró primero a las tías y después a ella, extendió dubitativa la mano, acercó la suya y se la tomó con suavidad, no quería asustarla.

—Yo soy Lynae Bengtsson. Tu apellido, ¿es escocés?

—No, irlandés, nací allí. ¿Tú tampoco eres americana?

—Noruega, toda mi familia era de allí. ¿Es ver... dad que estás con él?

—¿Hablas de Donnan?

La vio asentir y sonreír ligeramente, pero sus ojos seguían estando llenos de temor.

—Sí, soy su compañera. Sé que es fuerte, yo misma flipé y eso que siempre he presumido de tener la mente abierta. Mis padres trabajaban fuera

de casa, doblaban turnos y apenas paraban en casa, por eso me criaron mis abuelos y ellos me contaban historias de seres sobrenaturales, pero nunca pensé que, a pesar de que lo deseaba, existieran de verdad, es maravilloso ¿verdad?

Lynae abrió los ojos como platos, llegados a ese punto llegó a pensar que se le saldrían disparados, las pestañas le llegaban a las cejas y tenía las pupilas dilatadas.

—¿Dices, en serio, lo de que es maravilloso? Pero, ellos son seres oscuros, malos, perversos.

Bueno, a ver, ¿qué le pasaba a la pava aquella? Su Donnan era... dominante, vale. Chulito, sí, pero él era su héroe, la había salvado, y no solo a ella, cada noche recorría la ciudad para salvar a cientos... ¡qué digo a cientos, a miles de humanos! de las garras y colmillos de los cerdos esos de los Alvises y la tontainas aquella decía que su compañero era un ser ¿perverso?

Se acercó hasta ella, la miró de arriba abajo y poniendo las manos en las caderas tomó aire y le soltó todo un discurso.

—No sé qué cojones te habrán contado, pero mi Donnan es un vampiro, sí, pero de los buenos, se carga a los malos, unos seres viles y despreciables que se dedican a atacar a personas indefensas. Mi compañero los salva, los lleva a su casa, los pone al cuidado de un doctor y luego los devuelve a su vida normal borrando de su mente ese encuentro desagradable. ¿Perverso? ¿Oscuro? ¿Tú de que cojones vas, niñaata?

Se volvió y le echó un vistazo a las tías que sonreían de oreja a oreja.

—¿Y esta es la compañera de mi querido cuñado Lenard?

Volvió a girarse y, señalándola con el dedo, se dirigió a su desagradable futura e improbable cuñada.

—Escúchame, señorita, Lenard es un ser fantástico, alegre, dulce, fuerte y muy leal, no encontrarás a muchos así, te lo aseguro. He tenido relaciones con *hombres* que son mucho menos *humanos* que él, ¿entendido?

Salió hacia la puerta, ¡ni loca se quedaba al lado de la tía *Mariprejuicios* aquella! ¡Anda y que le dieran sopa con un tenedor! Llamar a su compañero y a su clan perversos, que no, que no la tragaba. Se subió en el auto, Mark y Tony la miraron asombrados.

—¿Ha pasado algo ahí dentro?

—Sí, que las titas han fallado, se acaban de cargar la jodida profecía.

Las susodichas entraron en ese momento en el coche y la miraron sonriendo.

—No me gusta la tipa esa para mi cuñado. La habéis cagado. Es mona, vale, pero tiene demasiados tabús, no le conviene a Lenard.

Aryana le acarició el brazo.

—Cariño, no la hemos *cagado*. Lynae es la elegida.

—¿Y dónde la conocisteis? ¿En la liga anti-colmillos? ¿O en la marcha roja contra los amantes del plasma?

—Es complicado, Dairine. Ella les tiene miedo a los vampiros, pero tiene un motivo muy justificado.

Aquello atrajo su atención.

—La conocimos antes que a ti y nos costó mucho que se abriera a nosotras, luego nos contó como había perdido a su madre y entendimos el porqué de su terror.

—¿Cómo perdió a su madre?

—Para resumírtelo fue al poco de llegar aquí, su padre había fallecido, solo estaban su madre, una tía, hermana de su abuela y ella. Una noche, cuando volvían de hacer unas compras para Navidad, fueron atacadas por un grupo de vampiros Alwise, estamos completamente seguras de que fueron ellos. Vio morir a su madre en manos de esos seres, no recuerda nada más, aunque nosotras sabemos que hay algo que no nos ha dicho, solo que apareció en un hospital, estamos convencidas que la salvó alguno de los nuestros.

—¡Oh Dios, oh Dios! Tengo que ir a disculparme con ella.

—No es necesario, al contrario, ¿sabes lo que nos ha dicho cuando salíamos? Que creía en ti, que ha visto sinceridad y pasión en tus ojos, en tu defensa sobre tu compañero y todo el clan. Cariño, tú has conseguido, en unos minutos, más que nosotras en quince meses.

Las dos mujeres la calmaron, la verdad es que se sentía mal por haber juzgado de forma equivocada a Lynae.

Aryana la miró sonriente.

—Esto va por buen camino, cielo, tranquila.

—Sí, va estupendo. Pero haría falta que Donnan y tú os unierais por completo de una jodida vez, es un latazo eso de que tus reglas sean irregulares, ¿Cuándo narices se supone que ovularás? ¡Dios, estoy impaciente!

—Gracias, Aretha, tú sin meter presión ni nada, ¿eh? ¿Y en serio os conté eso también? Está visto que en cuánto abro la boca no soy capaz de cerrarla hasta que lo suelto todo ¡Anda que iba a ir listo el país si yo supiera todos sus entresijos! Además, todavía no he aceptado ser convertida, ¿lo recuerdas?

La mujer desestimó su respuesta con un gesto.

—¡Por favor, Dairine! Si apenas podéis sacaros las manos de encima el uno del otro. Con todos los malditos problemas que tenemos y mi sobrino anda detrás de ti con el palo *selfie* listo para disparar todo el tiempo ¿y aún dudas de que vas a completar la ceremonia? ¡Trata de impedirlo, niña! En cuanto Donnan detecte el más leve aroma de que estás preparada ni el mismísimo Keegan podrá detenerlo.

Llegaron a casa cuando estaba empezando a oscurecer, el coche no había terminado de parar cuando la puerta se abrió y una mano, no le quedó ni una duda de a quien pertenecía, la cogió del brazo y la sacó de un tirón.

—¡Te lo advertí, *micina*, juro que te lo advertí!

Y su mente, la muy cerda, en vez de asustarse... se entusiasmó, ¡malditas hormonas cachondas!



Capítulo 24

Los malditos Alvisse estaban desesperados, no había ninguna duda, sino, ¿a qué se debía que se arriesgaran a lanzar un ataque suicida a su empresa con un grupo de una quincena cuando sabían de sobra que ellos los superaban en número?

Cuando terminó la pelea y pudo pensar con claridad aquello le sonó raro, demasiado, o estaban volviéndose demasiado confiados, o planeaban algo, o querían ¿medir fuerzas? Por eso y por el temor de que aquello hubiese sido una trampa, una manera de mantenerlo apartado de su casa y su compañera, dejó a cargo de todo a su hermano y se marchó hasta su hogar, cuando llegó se sorprendió porque su compañera... ¡no estaba allí! Iba a matar a sus tías, iba a colgarlas de las putas orejas y a su compañera, ¡oh sí, ella, ella lo iba a pasar muy, pero que muy mal!

—*¡Oh sí, tetas ricas, le vamos a dar pim, pam, pum, rrr!*

—*¿Qué cojones haces tú aquí, Nico?*

—*¡Tetas ricas, oh sí, dame más, sí, sí, me voy, más, dame más, rrr!*

El maldito bicho tenía que salir de su apartamento, *sabía demasiado* y estaba claro que tenía el *pico demasiado suelto*, cogió la jaula y la llevó a una habitación trasera de la planta baja y todo el trayecto estuvo amenizado por la retrasmisión *porno-loro* de sus actos sexuales con su compañera, ¡jodido pajarraco!

Cuando salía de ella escuchó el sonido de un coche que paraba frente a la casa, al llegar al porche comprobó que era el vehículo dónde iba Dairine. En dos pasos se acercó hasta él, abrió la puerta y sacó sin contemplaciones a su compañera echando a andar con ella hacia la casa mientras sus tías lo seguían prácticamente corriendo.

—Donnan, no vayas a hacer algo de lo que luego te arrepientas.

—Tranquila, tía Aretha, no me voy a arrepentir en absoluto.

—Pero es que Dairine no tiene la culpa, fuimos nosotras...

Se paró y miró con fijeza a las dos mujeres mientras su compañera intentaba tomar aire después del trote al que la había sometido.

—Eso también lo sé, por eso, mañana, os pondré en un puto avión que os lleve lo más lejos de mí y de mi mujer y si todo va bien y se me pasa pronto el cabreo, lo mismo os permito volver, digamos que ¿en un par de siglos?.

Agarró con fuerza del brazo a Dairine y subió los escalones de dos en dos con ella intentando seguirle el paso.

—Donnan...

Ni se volvió para contestar.

—No abras la maldita boca hasta que llegemos a nuestro apartamento, *micina*.

Cuando llegaron al piso la llevó hasta el centro de la sala, se dio la vuelta, llegó a la puerta y la cerró con suavidad, tomó aire y se volvió hacia ella que lo miraba como si hubiese esperado un portazo que hubiera hecho temblar el edificio o hacer la puerta giratoria.

—Voy a intentar explicar esto para que sea lo suficientemente claro para ti, compañera.

Dairine le echó una mirada altanera.

—¿Crees que soy tonta o qué? No necesito que me expliques las cosas a cámara lenta, deletreando o con diapositivas, sé lo que querías decir

cuando...

—No, cariño, no es que dude de tu capacidad de entendimiento, no. Lo que quiero que comprendas, en primer lugar, es la jerarquía dentro del clan. Verás, Lenard y yo somos los líderes, no elegidos democráticamente, cierto, sino por nuestro linaje, pero debo decir, en favor de mi hermano y el mío propio, que a pesar de no ser escogidos por votación hemos dirigido, protegido y cuidado de todos y cada uno de los integrantes de nuestra familia con mucho respeto, con nuestra propia vida y con, más o menos, eficacia.

—¡Vaya por Dios! Ahora resulta que me vas a dar todo un curso de *dirección de empresa*. Donnan, cielo, sé que estás molesto, de verdad que lo entiendo...

—No, no entiendes una puta mierda, por eso mantén esa preciosa boquita cerrada y escucha, quiero que comprendas lo que he sentido al llegar aquí y no verte, ¿vale?

—Puedo suponerlo, de hecho tengo una gran imaginación y por eso no me costará nada...

De nuevo volvió a cortarla, se acercó hasta ella, la tomó del brazo y la sentó en el sillón, le ordenó que se quedara callada y quieta y empezó a andar de lado a lado de la sala y a hablarle lo más tranquilo posible dado su estado de ánimo que le pedía que gritara, que la cogiera, la pusiera sobre sus rodillas y le diera la tunda que le había prometido, pero no quiso ser el hombre de las cavernas con el que todos solían compararlo cuando sus métodos eran poco *ortodoxos*.

—Cuando doy una orden espero que se cumpla y no la doy porque me sale de las pelotas o por joder, no, la doy porque, en ese momento, creo que es lo que hay que hacer y punto. Puedo equivocarme, cierto, no soy ni perfecto ni infalible, pero espero obediencia y luego, si tengo que pedir perdón o rectificar, lo haré, pero ante todo está la protección de mi familia y por encima de ellos, la tuya.

—Eso es tan bonito, Donnan, algunas veces hasta desprendes un halo de dulzura y ternura que hace que te quiera comer a mordisquitos chiquititos, eres tan mono.

La miró muy serio y sin mover un músculo de la cara pero en su interior se debatía entre follarla contra la pared o darle una azotaina, ¡menuda picarona! Poniéndole morritos y haciendo guiños, pero no, no iba a desviarlo de su

exposición de los hechos, había estado preocupado, nervioso... había tenido miedo, terror, ¡joder! en toda su vida se había sentido así de angustiado.

—Tranquila, *micina*, ya nos comeremos luego.

La vio enrojecer y estremecerse, no estaba tan serena como quería aparentar, bien, perfecto, le encantaba descolocarla alguna que otra vez, ya se lo hacía a él bastante a menudo.

—Llevo persiguiendo a esos monstruos siglos, Dairine, sé lo que son capaces de hacer por el simple hecho de «alimentarse».

—Lo viví de primera mano, no es necesario que entres en detalles.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón, inspiró y expiró con fuerza y relajó los músculos de sus hombros.

—Adara, la bruja a la que consultaron mis tías y que les contó lo de la profecía murió, hará algo más de un siglo, a manos de Keegan y Nydia.

—¡Joder con el dúo satánico de marras!

—Ya y lo peor es que ellos sí que creen en la jodida predicción, por eso la asesinaron después de sonsacarle todo. Dairine, ese par hará cualquier cosa para impedir que se cumpla. Aunque sea mentira, el muy cerdo, por todos los medios, evitará que mi hermano y yo tengamos a nuestras compañeras.

Ella tragó con fuerza y lo miró asustada.

—¿Te imaginas ahora lo que he sentido al no verte aquí al llegar? Pensaba que te habían cogido los esbirros de ese imbécil y no podía apartar de mi mente que él te tenía y lo que podría hacerte. Me estaba volviendo loco figurándomelo, ¿lo entiendes?

Su compañera asintió.

—No quiero volver a vivir una agonía así. No puedo pensar que voy a perderte, que no voy a volver a oír tu voz, ni sentir tus caricias, ni dormir con tu cuerpo enroscado en el mío. ¡Maldita sea! Quiero—respiró con fuerza, sus manos volvían a temblar—quiero que te quites la ropa, *micina*.

Dairine hizo un gesto de sorpresa, como si no entendiera a que venía aquello.

—No me ha mordido nadie ni nada, puedes estar tranquilo, no es necesario que hagas una comprobación visual, ¿por qué coño estás negando? Oye, de verdad que estoy bien... ¡quieres dejar de negar que parece que tengas un

muelle en vez de cuello!

—Te necesito, *dolcezza*, quiero sentir tu piel fundida a la mía, escuchar el latido de tu corazón respondiendo al mío. Ansío poseerte, sentirte viva entre mis brazos, entrar en ti y reclamarte una y mil veces, quiero escucharte gemir y gritar mi nombre mientras tu esencia baña mi pene y se mezcla con la mía. Quítate la ropa, Dairine, porque si lo hago yo desgarraré cada prenda que me impida tocar una mínima parte de tu cuerpo desnudo.

Esperó a ver que hacía, ¿saldría corriendo?, ¿le diría que era un bruto, un animal?, ¿le obedecería?

Ella se levantó y caminó unos pasos, justo hasta quedarse al alcance de su brazo si lo extendía, alzó la cabeza y lo miró con aquellos ojos de gata que lo volvían loco.

—¿Y si no me desnudo?

—¿Me estás retando?

No le contestó, pero tampoco vio miedo o repulsa en su mirada, más bien todo lo contrario, es como si deseara comprobar hasta donde podía llegar y eso... eso lo excitó como jamás algo o alguien lo había hecho. Se acercó y le tomó la cara con las dos manos obligándola a mirarlo, bajó hasta su boca y lamió su labio inferior.

—*Micina*, cuando acabe esta noche contigo no quedará ni una parte de tu cuerpo que no haya sido acariciada por el mío y sentirás que he poseído cada minúsculo pedacito de ti.

La besó con suavidad, chupando sus labios, colocó una mano en su nuca, sin sujetar con fuerza pero impidiendo que se apartara de él y deslizó la otra hacía la parte delantera de su cuerpo, agarró la camisa de ella y de un tirón se la arrancó sin ningún esfuerzo, Dairine soltó un gritito asombrado que se bebió y degustó mientras que, de otro tirón, le quitó el sujetador.

—Creo, cielo, que has olvidado que tengo una fuerza sobrenatural, te tendré desnuda antes de que tú consigas quitarme el cinturón y te follaré contra la pared después de que hayas bajado la cremallera de mi pantalón, totalmente vestido y no estoy alardeando, *dolcezza*.

Sintió el temblor de su cuerpo y las manos deslizándose hasta la hebilla del cinturón.

—No entiendo co...como has podido quitarme la ropa sin rozarme siquiera

la piel... ¡oh!

Le arrancó la falda y acarició sus nalgas vestidas con aquellas pequeñas bragas.

—Vas muy despacio, cariño.

La última prenda cayó sobre el montón de ropa desgarrada, colocó las manos debajo de su culo, la alzó, la llevó contra la pared y la apoyó allí.

—Rodea mi cintura con tus piernas. Quiero tus manos abrazando mi cuello y déjate llevar, *dolcezza*, porque no pararé hasta que gimotees que no puedes más y, aun así, exigiré otro orgasmo más y otro, esta noche vas a saber lo que es ser follada hasta el agotamiento.

Dairine lo mordió en el cuello cuando la aplastó entre la pared y su cuerpo. Se abrió el pantalón, sacó su pene y lo colocó a la entrada de su vagina.

—Así, cariño, muerde, entrégate a mí y deja que yo me encargue de ti, de tu cuerpo, de tu placer.

Embistió sus caderas contra las de su mujer, estaba tan mojada que la penetración fue fácil y suave a pesar de la fuerza con la que había entrado en ella. Rotó su pelvis sin sacar la polla de dentro de su canal, siguió así por segundos, su boca reclamó la de ella y embistió con su lengua. Deslizó su verga unos centímetros y volvió a entrar con lentitud, una vez, dos, tres. Ella gemía mordisqueando y lamiendo su cuello.

—Mmm, Donnan, esto es... ¡Dios! sí, sí, por favor no pares, ¡uf!, ¡ah!, ¡oh!, ¡madre mía, madre mía, madre míaaaaa!

Empujó con fuerza, entrando y saliendo de ella con movimientos cortos, rápidos y profundos. Los gemidos de Dairine se intensificaron, las paredes de su vagina abrazaron a su pene con fuerza, contrayéndose a su alrededor, apretó las piernas, abrazándose con fuerza a su cintura mientras clavaba las uñas en su cuero cabelludo, se bebió su grito cuando llegó al orgasmo, pero siguió empujando, necesitaba más, quería más, la quería agotada, satisfecha y totalmente entregada a él. Movié las caderas con más suavidad, girándolas cuando estaba clavado dentro de ella y acariciando su clítoris endurecido, repitió el movimiento durante varios minutos, hasta que sintió que las piernas y brazos de ella que se habían quedado laxos volvían a sujetarlo con fuerza.

—¡Oh, oh, allá voy otra vez! Sí, ¡joder, esto... esto... oh... ostra puta, que fuerte!

—Eso es, *dolcezza*, córrete de nuevo, venga, quiero oírte gritar mi nombre.
—¡Oh sí, Donnan, sí, sí, Donnaaaaaaan!

El cuerpo de Dairine se volvió suave, blando y flojo entre sus brazos, la besó en la frente, en la mejilla, en el cuello y sus colmillos, extendidos desde el primer orgasmo de ella, se clavaron en su carne, la sangre le llenó la boca, la paladeó y la bebió enardecido.

Sus caderas se movieron con más fuerza, estaba poseído por una fiebre que lo consumía, quería que ella volviera a correrse con él, quería que alcanzaran juntos el orgasmo, la escuchó gimotear, suplicarle que parara, pero no podía, estaba descontrolado, loco, siguió empujando, alternando rotaciones con fuertes embestidas, apoyó una mano en la pared para poder sujetarse, impulsarse con fuerza y empalarse con más ahínco en Dairine, mientras que con la otra la sujetaba de la cintura, sacó los colmillos de su cuello para poder pedirle que se uniera a él.

—Vamos, *micina*, tú puedes, vente conmigo, venga, lo necesito, cariño, lo necesito—sus músculos se tensaron, sintió el sudor resbalar por su espalda y pecho— ¡Dios! voy a correrme, ven, volemós juntos, sí, cielo, vamos.

Se impulsó con fuerza, levantándose en la punta de sus pies, tensándose y sintiendo un temblor que empezó en sus testículos y se disparó por todo su cuerpo, volvió a morderle el cuello, bebió un único y cuantioso trago de sangre y la sintió estremecerse y gritar, con voz ronca, su nombre. Apoyó la frente en la pared mientras intentaba tomar aire y equilibrarse, las piernas de ella se deslizaron por las suyas, los brazos le cayeron flácidos a los lados y notó humedad en el cuello, ¿estaba llorando?

—Esto... esto ha sido maravilloso, una locura riquísima, has estado para condecorarte, mi machoman, pero en serio, ¿dónde mierda tienes el botón de movimiento? Te voy a dejar desconectado un... ratito, ¡joder, todavía me palpita la vagina, cariño! No sé si podré volver a caminar... en toda mi vida. No me había sentido así nunca, Donnan, nunca, te lo juro.

Le acarició el pelo que estaba húmedo.

—¿Estás llorando, Dairine?

—¿Has imaginado alguna vez que puedes abrazar el cielo? Así me has hecho sentir, mi colmilludo.

Las últimas palabras de ellas salieron en medio de un enorme bostezo. Su

compañera estaba agotada, desmadejada entre su cuerpo y la pared, la tomó en brazos y se dirigió con ella a la cama, necesitaban un baño, pero ella estaba demasiado cansada, mejor dejarla dormir, ya tendrían tiempo de bañarse y... volver a empezar, él, por su parte, todavía no estaba saciado, por hoy, de ella.



Capítulo 25

Durante un par de días vivieron en su burbuja de felicidad. No salieron del piso, por lo menos ella, él salía un momento para ver cómo iban las cosas y traer alimentos que ella cocinaba, eran como un par de cavernícolas, el hombre traía la comida y volvía a la cueva esperando que su mujercita cocinara, pero no podía quejarse, Donnan no era machista... simplemente era negado en la cocina, pero se encargaba de recoger y fregar.

En ese tiempo conversaron, se conocieron aún más, compartieron hasta los detalles más insignificantes de su vida e hicieron el amor... mucho. Él era insaciable, lo hicieron en la cama, en la ducha, contra la pared, el armario, la puerta, sobre la mesa del desayuno, de la comida, la cena, estaba casi segura de que todo el apartamento había quedado *inaugurado*.

Se habían dado una ducha y estaban cenando, cuando levantó la vista de su plato él la miraba y ella conocía *demasiado bien* lo que significaba esa mirada.

—¡Por San Kilian, Donnan! ¿Otra vez? No hace ni media hora que lo

hemos hecho.

—Me provocas, *micina*, me vuelves loco. ¿Sabes lo que quiero hacer?

—Puedo suponerlo, cariño, dejas muy poco a la imaginación cuando me miras así.

—Quiero besar todas tus pecas, trazar líneas entre ellas, crear dibujos, formar palabras.

Lo vio levantarse y acercarse, su vagina empezó a humedecerse y todo su cuerpo se estremeció de anticipación. Él era insaciable, cierto, pero es que ella se estaba volviendo una adicta, una sola mirada, un susurro y lo deseaba, se volvía loca de necesidad.

Estaban tan abstraídos en su mundo que no se dieron cuenta cuando la puerta se abrió, pero entre la niebla de su deseo se filtró la voz de su cuñado.

—Bueno, parejita, se acabó el retiro, ¡joder, qué bien huele!

Lenard se acercó hasta la mesa, cogió una de las tortitas de patata y atún que estaban en la bandeja y se la comió de un bocado, se relamió los labios y se sentó en la silla que acababa de abandonar Donnan.

—Esto está delicioso, ¿lo has cocinado tú, cielo?

Ella asintió y miró a su compañero que había soltado un gruñido.

—¿Has venido a zamparte mi cena, hermano?

El aludido se quedó mirándolo fijamente mientras engullía, de golpe, dos de las tortitas.

—¿Qué? ¡Ah, sí! No, es cierto, he venido a buscarte, siento romper esta hermosa estampa rosa con bordes de encaje, pero tienes que dar la cara, jefazo.

Donnan soltó un resoplido.

—¿Rosa con bordes de encaje? ¡Algunas veces eres un coñazo! Y que yo sepa tú también eres el jefe ¿Qué cojones pasa?

—Después de un par de noches de una calma, bastante sospechosa por cierto, los Alvise han decidido aparecer... en bandadas. Están controlados en casi todas las zonas salvo en Albany. Donnan, hemos perdido contacto con Matteo, no podemos conectarnos a él desde hace una media hora.

—¡Maldita sea, Lenard! ¿Y vienes ahora? Deberías habérmelo comunicado

desde el primer minuto.

Fue corriendo hasta la habitación y salió poniéndose una cazadora negra de piel, se acercó hasta ella y la besó en los labios.

—Lo siento, cariño, pero esto es urgente, tengo que ir.

—Lo sé, Donnan. Llevad cuidado, ¿vale? Yo iré abajo en cuanto recoja todo esto y no, no voy a salir de la casa y no estaré sola ni un solo instante.

La sonrisa de él no llegó a los ojos, estaba preocupado y sabía que su mente trabajaba a mil por hora y que le volvía loco no poder estar en dos sitios a la vez.

Media hora después bajó a la sala central, pensaba que habría mucho movimiento pero solo estaba Calogera, la mujer llevaba un enorme pijama de flores, el pelo recogido en un ¿moño? Aquello era un lío de pelo sujeto por unas doce pinzas y veinte palillos.

—¿Qué... que le ha pasado a tu pelo? ¿Y dónde están todos?

La mujer sonrió y se señaló aquel nido de urracas.

—Es que estaba en la ducha cuando Bento me ha explicado lo que pasaba y no me lo he secado, así que para no parecer un león desmelenado he decidido sujetármelo, pero no se dejaba el condenado. Y los demás están todos en estado de alerta máxima. Los verás pasar por aquí como cohetes, beber café por un tubo y desaparecer como si los persiguieran todos los demonios del infierno, que es, más o menos, lo que está pasando.

—¿Tú no estás en alerta?

—Sí, de hecho estoy en mi puesto, soy la encargada del suministro de cafeína y la reponedora oficial de vasos de plástico.

—Suena como... ¿no estás muy a gusto con tu tarea?

—¡Oh, sí, por supuesto! ¿No ves mi sonrisa de oreja a oreja? Lo siento, Dairine, tú no tienes la culpa de mi estado. Soy la mujer más calmada del mundo, en serio, puedo hacer frente, todos los días, a una clase de veinticinco vampiros a punto de llegar a su madurez y tan ansiosos de morder que clavan los colmillos hasta en los bordes de los muros.

Se acercó hasta ella y la cogió de las manos.

—¿Qué pasa, Calogera?

La mujer-vampiro siguió con su monólogo.

—En estados de alerta me encargo de coordinar, en la casa, a todas las mujeres, a los muchachos y niños, todo, pero... pero cuando él me hace esto no soy capaz ni de sujetarme el puto pelo ni aunque lo clave con chinchetas a mi cabeza.

—¿Bento?

La vio asentir y caer las primeras lágrimas.

—¿Qué te ha hecho?

—¡El hijo de una urraca parlanchina ha cortado la comunicación conmigo! Cuando vuelva le pienso limar los dientes con una amoladora... con el disco de plata, le van a doler las encías hasta cuando beba café. ¡Gilipollas! ¡Capullo!

—¿Eso se puede hacer?—Calogera volvió a asentir—¿Y por qué haría algo así?

—Pues porque quiere ocultarme lo que de verdad está ocurriendo, hay algo más en todo lo que nos han dicho, Dairine, pasa algo que no quieren que sepamos, pero tranquila, ¡ya volverá! Y te juro que la próxima vez que piense en cortar la conexión terminará necesitando un cambio de ropa interior.

Sintió un estremecimiento, ¿qué estaba pasando realmente?

Donnan miró a su hermano y a Bento.

—¿Estáis seguros?

—Sí, es lo que nos ha contado Matteo. Han asaltado cinco furgones, aunque solo se han podido hacer con la mercancía de uno. Esto es serio, hermano.

Maldijo por lo bajo.

—Entonces disponen de una buena cantidad de dosis. Bento, ¿han podido cazar a alguno vivo? ¿Sabemos por qué harían, ahora, algo así? Ellos no toman, bajo ninguna circunstancia, sangre sintética, la aborrecen, ¿Por qué

han cambiado de opinión?

—No hemos podido coger a ninguno, Donnan, pero Lenard tiene una sospecha que creemos que es una buena suposición.

Volvió la mirada a su hermano esperando que le explicara lo que imaginaba.

—Por un lado pienso que quieren tener suministro de sobra porque saben que lo van a necesitar, no te olvides que estamos en medio de una guerra y que esto irá a peor. Y por otro lado saben que, aunque sean más, siempre suelen estar en desventaja, tal vez piensan que nuestra fuerza viene de esa fuente. Y creo que, tanto Keegan como Nydia, no han estado alimentándose solo de sangre humana y mucho menos corrupta como lo hacen sus esbirros.

—Si es así esto puede convertirse en un problema muy serio. No podemos dejar que se apoderen de más de nuestras existencias. ¿Dónde está Matteo realmente?

Su hermano lo miró serio.

—Persiguiendo a un grupo de Alvise que va detrás de uno de nuestros furgones.

Volvió la vista a su amigo Bento.

—¿Quién más está enterado de esto? ¿Has cortado la conexión con Calogera?

Su compañero asintió.

—Sí y no creas que esto no me va a pasar factura, va a querer mis pelotas a la parrilla, ya lo verás. Y aparte de nosotros tres solo lo saben Umeko y tus tías, sabes que a ese par es casi imposible ocultarles algo.

—Entonces vamos, Matteo nos necesita.

Viajaron fundidos en las sombras de la noche y haciendo uso de su velocidad sobrehumana llegaron, en minutos, al lugar dónde habían contactado por última vez con su amigo, desde allí fue fácil seguir su rastro y enseguida dieron con él y su grupo.

—¿Cuántos y dónde están esos imbéciles?

Matteo hizo un rápido informe, había algo menos de una veintena de Alvise, dos vehículos seguían al furgón y otros dos venían en sentido contrario en apoyo a los otros.

Keegan tenía un serio problema con su ejército, cierto que era más numeroso, pero al ser vampiros provenientes, en su gran mayoría, de humanos enfermos, su sangre estaba debilitada. No ayudaba tampoco que exigiera a sus esbirros que se mantuvieran *puros* bebiendo solo de *forma tradicional*, no permitía la sangre sintética, ni que consumieran alimentos, ni bebida y, encima, la gran mayoría solo se abastecía de personas como habían sido ellos antes de ser transformados, seres con gran cantidad de drogas, fármacos y alcohol en su cuerpo. Estaban desnutridos y anémicos, por eso eran más lentos y frágiles.

El furgón llegó a una curva de la carretera, algo que sus perseguidores aprovecharon para colocarse a ambos lados del vehículo y en ese momento los otros dos coches llegaron por delante, cortando el paso a la pequeña camioneta, acorralado y sin sitio para poder escabullirse el conductor frenó y paró el automóvil.

—Es nuestro turno, no podemos dejar que lo aborden y se hagan con más dosis.

Se colocaron justo detrás de los Alvis que estaban en la parte posterior del furgón, pero no pudieron sorprenderlos, algo los tuvo que delatar porque se volvieron y los enfrentaron.

Venían bien equipados, todos llevaban guantes y dagas de plata, no tendrían que vérselas solo con los colmillos, también con las armas.

El grupo que se había situado delante intentó abrir las puertas traseras del vehículo para llevarse la sangre y él no lo podía permitir, le hizo una señal a Bento, que era el más cercano a él, y se dirigió hacia allí intentando pillarlos desprevenidos.

La lucha era desigual, estaba solo frente a cuatro de ellos y estos, al parecer, eran de lo mejorcito que tenía Keegan. Lo rodearon, intentó esquivar a los dos que tenía delante, pero una patada en la parte baja de su espalda lo desequilibró, aun así logró mantenerse firme sobre sus pies, cruzó las manos frente a su pecho y, con sus manos enguantadas, sacó de su chaqueta un par de dagas que lanzó hacia delante, dio en un solo blanco, haciéndolo caer y, unos segundos más tarde, desaparecer en humo y quedar solo sus cenizas. No perdió el tiempo en mirarlo ni lamentar su pérdida, hizo un giro con su cuerpo y sacó otras dos dagas, que esta vez sí que acertaron de pleno a los dos vampiros situados frente a él, pero antes de poder girar sintió, en el

cuello, el mordisco del único de aquellos idiotas que quedaba.

—¡Ostra puta, como diría mi compañera, eso jode, tío!

Lo agarró por la cabeza y tiró de ella intentando apartarlo, cuando casi lo había conseguido sintió una punción en su vientre, calor y su carne desgarrándose y vio a Nydia con las uñas clavadas en él.

—Cariño, puedes parar esto cuando quieras, solo tienes que entregarme a esa mujer y todo terminará.

Se sentía débil, miró por encima del hombro de la asquerosa aquella pero comprendió que estaba solo, sus compañeros estaban ya bastante ocupados con lo que tenían entre manos.

—No te ayudarán, cielo, esto es entre tú y yo.

—¿Y este que llevo colgado en el cuello es un puto abalorio o qué? Espera que acabe con él y hablamos ¿Qué te parece?

Las uñas largas y pintadas de rojo de Nydia se clavaron más profundo. Sabía que no podría aguantar mucho más, las piernas apenas lo sostenían y empezaba a ver puntitos frente a sus ojos, unos segundos más y vería a la cerda aquella *pixelada*.

—¡Decídate ya, Donnan! Entrégame a la mujer y todo habrá terminado.

—Antes prefiero verte arrancar mis intestinos de mi cuerpo y que te hagas un jodido collar con ellos.

—Tú lo has querido.

Vale, si lograba salir vivo de allí, que ya empezaba a dudarlo, Dairine iba a ponerse de los nervios cuando lo viera entrar luciendo un boquete en el vientre que permitía ver sus huesos sin necesidad de rayos x. Y si no lo contaba, que era lo más posible, ella se iba a cabrear un huevo y parte de otro y él se moriría sin haber terminado la unión, sin posibilidad de regalarle la eternidad y el legado de un hijo, ¡maldita sea! ¡Menuda mierda de opciones tenía! Sacó fuerzas de dónde ya ni tenía, agarró con más presión la cabeza del chupóptero que tenía enganchado al cuello y con un giro de sus manos le quebró el cuello, ¡a tomar por saco! La mano de Nydia desgarró algo más su carne, escuchó gritos, carreras y de repente se vio liberado de aquella agonía, observó desaparecer a la mujer vampiro y entonces tuvo una panorámica de lo que había frente a él, sus ojos tenían que estar engañándolo, aquello era una puta visión, o un maldito espejismo, ¿verdad? ¿¡Verdad!?



Capítulo 26

A veces pensaba que era un poco rarita, en el colegio, cuando todas sus compañeras y amigas soñaban con un futuro lleno de triunfos académicos y laborales, ella soñaba con conocer a su príncipe azul, formar una familia y dedicarse a cuidarla. Cuando creció se dedicó a estudiar, tenía su título de contabilidad, había tenido un buen trabajo hasta que la despidieron, el último no era lo suyo, desde luego, pero fue lo único que encontró en su momento. Y en lo referente al amor, en fin, sus príncipes más que azules tenían un colorcito marrón oscuro que tiraba para atrás. Pero ahora, con Donnan, estaba empezando a ver, de nuevo, ese futuro, quería trabajar, sí, pero le estaba entrando el gusanillo de ser mamá, esposa y jugar a las casitas y por eso y porque la habían echado del salón por volverlos locos a todos, había subido al apartamento, había hecho una tarta y planchado la ropa. Su compañero tenía una gran cantidad de camisetas pero, casi siempre, vestía con camisa y viendo las que había en el armario estaba claro que le gustaban los colores oscuros.

—¡Pasa algo!

Soltó un grito y se volvió para ver parada, en el centro de la habitación, a Aryana.

—¡Coño, que susto! ¿En qué sentido, tía?

—Ellos están en peligro, tenemos que ir a echarles una mano, nos necesitan.

Diez minutos después estaban montadas en un Hammer de esos; una cosa que parecía un coche, tenía ruedas como ellos y asientos, pero era lo más parecido a un carro de combate pero sin cañón, un Tiger de esos, (pues anda que no le dio su abuelo la paliza con los putos tanques alemanes, como para no saber de lo que hablaba) totalmente blindado, alto de cojones, tanto que para subir a él tenías que ir equipada con arnés, mosquetones, cuerda y casco, ¡que pedazo de trasto! Y encima, en la parte delantera, iban sentados dos tíos cabreados y que iban recitando, en voz bien alta, su epitafio, ¡menudo par de idiotas!

—Tony, Mark, ¿queréis parar de una buena vez?

—Decidle a mi mujer que la quiero mucho y...

—Que eres un idiota, eso le vamos a decir. Los chicos lo comprenderán, hemos venido a salvarlos.

—Y nosotros a morir, esto será como estar frente a un pelotón de fusilamiento solo que no moriremos a balazos, lo haremos viendo nuestras tripas en una mano de Donnan y en la otra los corazones, así estiraremos la pata, ¿van diez dólares?

Empezó a reír nerviosa, las dos tías parecían tranquilas pero Calogera y ella estaban algo acojonadas. La mujer conocía a su pareja y sabía que se iba a mosquear cuando la viera aparecer. Y ella estaba empezado a conocer a su compañero, sabía lo mandón que era y lo gallito que se ponía y no importaba que fuesen escoltadas, por delante y por detrás, por dos tanquetas de aquellas que albergaban a una decena de vampiros del clan, no, ni con esas se libraba de que él se pillara el cabreo del siglo, ya le dolían las nalgas de los golpes que se iba a llevar.

Llegaron a una curva de la carretera y aquello era el lío padre, ¡madre de Dios! vampiros volando, desgarrando, sangre por aquí, mordiscos por allá, la bilis se le subió a la boca, pero hizo de tripas corazón y se bajó del vehículo, corrección, se lanzó del jodido cacharro aquel con los ojos cerrados y

rogando no romperse toda la osamenta cuando aterrizara. Cuando tocó suelo buscó, con la mirada, entre todos aquellos seres esperando encontrar a su compañero, vio a su cuñado que la miró alucinado y muy cabreado, estupendo, si Lenard que era más sereno, dulce y no era su pareja le ponía aquella cara cuando la viera el susodicho iba a flipar en 3D.

Siguió girando y buscando a Donnan cuando vio la espalda de una mujer, ¿quién coño era la tipa aquella? La miró de forma más detenida, ¡uy, uy, uy! ¿No sería Nydia, verdad? ¡Madre mía! Aquello estaba, por momentos, cogiendo una perspectiva de lo más mala, se acarició, con bastante fuerza, el culo, ese que ya empezaba a picarle, ¿rojo? ¡No! ¡Morado iba a terminar! Escuchó unos gritos que le pusieron el vello de punta y vio a su cuñado y a Bento deshacerse de los vampiros que los rodeaban y que quedaron convertidos en cenizas para luego lanzarse contra la mujer que desapareció como por arte de magia y dejó una estela de humo que, cuando se disolvió, le descubrió, al fin, el lugar exacto donde estaba su compañero y estaba herido, muy herido y... cabreado, diría que casi más que herido y mira que tenía un pedazo agujero que, estaba segura, entraría todo su puño. Empezó a gritar y fue corriendo hacia él, aunque su conciencia, bastante miedica todo había que decirlo, le aconsejaba correr justo en la dirección contraria.

—¡Por San Kilian, estás herido!

Él apretó la herida con una mano, encajó los dientes y la miró bastante serio.

—Y tú estás en medio de una lucha y fuera del lugar de dónde te dije que no salieras, esta vez no te escapas, nena, te juro, por lo más sagrado, que voy a dejar tu culo mucho más rojo que tu pelo ¡Maldita sea, Dairine! ¿Es que no puedes obedecer?

¿Era ese el momento de ponerse a discutir? ¡Pues no!

—¡Hay que coser esa herida!—Se volvió y miró a Lenard que tenía una sonrisa de oreja a oreja, ¡menudo cabronazo!—¡Venga, haz algo útil! Coge a tu hermano y vamos a llevarlo a la casa.

La mano de su compañero, la que le quedaba libre y no apretaba su herida, salió disparada y la tomó de la muñeca con una ligera presión y echó a andar, de forma decidida, hacía el coche en el que, hacía unos minutos, había llegado.

—¡No deberías caminar!

La mirada que le dedicó estaba destinada a hacerla callar y, por mucho que le reventara y costara, decidió cerrar la boca, mejor guardar las palabras para cuando llegaran al apartamento, estaba segura de que le iban a hacer falta y ya de paso podría ir pensando en su alegato y defensa.

Aryana apareció de repente y se sentó con ellos en el coche, Donnan también tuvo para ella una de sus miradas de: *te va a hacer falta papel higiénico para empapelar media ciudad y cuarto y mitad del barrio.*

—Cariño, esas miradas a mí, a mi edad, a estas horas y después de haberte bañado, limpiado el culo y los mocos no me impresionan. Deja de comportarte como un bebé, ¿vale?

—Pues por tu edad, por lo que sabes y por lo que conoces a ese par de serpientes de cascabel creo, solo eso, «creo» que deberíais haber impedido que ella estuviera aquí.

Los gritos debían estar llegando a la altura de Nueva Zelanda. Los colmillos le asomaban entre los labios, la mano que sujetaba su vientre se empapó de sangre y los ojos se le habían puesto como dos tomates maduros, era hora de que se calmara o terminaría dándole un colapso o reventándole la vena esa que se le hinchaba en el cuello. Cuando la convirtiera se iba a dar un banquetazo... ¡puaj! ¿Cómo coño podía sentirse atraída por su vena? Ella no bebía sangre y ahora lo único que tenía en mente era en pedirse un lingotazo de ella. Estiró la mano y se la tocó, eso detuvo, al instante, sus gritos.

—¿Crees que me gustará? Porque, ahora mismo, me parece muy atractiva, es como si me llamara, no tengo colmillos, la sangre me da mareos, el pensar en bebérmela, uf, me dan arcadas y luego la veo ahí, llenando tu vena, latiendo y...—se inclinó hacia él que seguía mirándola pasmado, si es que lo había descolocado con semejante temita— ¿Es afrodisiaco? Quiero decir, ¿excita chuparla?

Lo vio tragar saliva mientras Aryana soltaba una carcajada.

—Donnan, cariño, recuerda que tienes que darle una tunda, que ella ha desobedecido, que se ha puesto en peligro, ¡espabila!

Miró a la mujer algo cabreada.

—¡Oye! Pero ¿tú de que vas? ¿Esa es tu manera de ayudar? Te recuerdo que si estoy aquí es por vuestra culpa, o venía con vosotras o me dejabais con el puto loro como única compañía en toda la casa.

Se volvió y observó a su compañero todavía con los ojos en ella y tocándose, con la yema de un dedo, la dichosa vena. Y otra vez se sintió tentada, ¡coño con la venita de las narices!

—¿Donnan?

La mano de él salió disparada, la tomó y la acercó a su cuello, deslizándola arriba y abajo. Sintió, bajo sus dedos, el latido y el tenue calor que desprendía su piel, lo notó estremecerse cuando siguió acariciándola, porque aquello era una caricia en toda regla.

—Me tienes loco, Dairine, no entiendo cómo puedes hacer que me olvide de todo con una simple frase. Estoy muy cabreado contigo, quiero encerrarte en una puta torre y tener la llave yo solo. Quiero hacerte pasar por lo que me haces pasar tú cuando, de forma inconsciente, te pones en peligro y luego... luego me miras así, me hablas y me tocas y haces que todo pierda intensidad e importancia.

Escuchó la risita de Aryana pero fue incapaz de apartar la vista de su compañero que seguía hablando con voz ronca.

—Consigues que todo se centre en ti, que lo único que quiera es pasar de todo y perderme contigo, olvidar lo que ocurre, lo que hay alrededor y eso... eso es algo que juré que nunca haría ni sentiría, *micina*.

—Pero te ha desobedecido y cuando llegues a casa le darás unos azotes como a una niña mala, ¿verdad, sobrino?

Los dos se volvieron y la miraron muy serios.

—Tía, eres una bruja con todo el maldito sentido de esa palabra. Entiendo lo que intentas decir y hacer, pero que ella me haga sentir, necesitar y desear no quita que se comporte de forma inconsciente, no quiero verla entre las garras de esos dos y haré todo lo necesario para evitarlo. Igual que tampoco olvido que vosotras si sois conscientes de todos los riesgos y pasáis de mis deseos y órdenes, no estáis ayudando y eso no puedo permitirlo. Soy el líder de este clan y me debéis respeto y obediencia.

—¡Y un cuerno, Donnan! Si hoy estás donde estás es porque, Aretha y yo, hicimos lo imposible por manteneros a salvo y lo seguiremos haciendo hasta el último aliento por encima de ti y de tu hermano, ¿entendido?

Acarició la mano de su compañero, lo entendía y comprendía, pero también estaba del lado de aquellas mujeres, sus dos sobrinos eran lo más

importante para ellas.

—En parte tienen razón, cielo, os han criado, son vuestras madres y no hay nada que una madre no hiciera por sus hijos.

—Tú, *dolcezza*, no vas a librarte de esa tunda y ellas—y señaló a la mujer frente a ellos—no escapan sin escuchar cuatro cosas que tienen que oír, aunque agradezco todo lo que han hecho y hacen por nosotros. Pero eso no les da derecho a ponerse, a ellas y a ti, en peligro.



Capítulo 27

Se despertó cuando el sol estaba en todo lo alto, no es que lo viera, las persianas estaban bajadas y las cortinas echadas, pero lo sentía en la piel, era algo innato en los de su raza. Se despezó y no sintió el tirón en la herida, estaba totalmente curada, solo eran necesarias unas horas de descanso para que su cuerpo se curase por sí mismo.

Dairine se movió en ese momento y la mano que tenía sobre su vientre se deslizó y llegó hasta el vello entre sus piernas, muy cerca de su erección. No le había dado la tunda prometida, él jamás haría algo así, podía amenazar con hacerlo, pero nunca la dañaría. Odiaba a quién hería al más débil abusando de su fuerza o poder. Además, le dolería aún más a él mismo, no podía verla sufrir, pero tampoco podía permitirse perderla, tenía que hacérselo comprender.

Su móvil vibró, lo cogió y vio el mensaje que le había dejado su hermano, tenían que reunirse en la oficina y hacer recuento y balance de todo lo que los Alvise les habían robado y tomar medidas para que no volviera a repetirse.

Tenía que levantarse y darse una ducha, besó el hombro de su compañera y se apartó con suavidad, movimiento que ella aprovechó para ponerse

bocabajo y dejar expuesta su espalda, la marca de la llama al final de ella y su tentador culo. Se acercó hasta aquellos dos irresistibles globos blancos dispuesto a darles un buen mordisco cuando todo su cuerpo se envaró, sus colmillos se extendieron en su totalidad y sus ojos cambiaron de color, ¡ella estaba ovulando! Su pene se engrosó y sus testículos reagruparon a cada uno de sus espermatozoides dispuestos a lanzarse a lo kamikaze por los óvulos de su mujer.

Respiró hondo... ¡uf, malísima idea! Su mente se estaba empezando a volver loca y casi no podía controlar a su cuerpo. Se alejó de ella, a pesar de que todos sus instintos le decían que la follara ya mismo, tal era su estado que podría poseerla y correrse antes de terminar de enfundarse en su vagina. Pero para todo lo que tenía pensado hacer con ella no había tiempo, necesitaba hacerle el amor muy despacio, cuidarla, prepararla para el cambio, era mejor alejarse y prepararlo todo para esa misma noche.

Cuando llegó a la planta baja entró en el salón, allí estaban sus tías, justo las personas que estaba buscando. Se acercó hasta la cafetera y se sirvió un café, no se sentó, apenas tenía tiempo.

—¡Buenos días, sobrino! Ya veo que estás bien, ¿y Dairine? ¿Ella también está...bien?

Miró primero a Aryana, que era la que había hablado, y luego a Aretha y les sonrió.

—Sabéis perfectamente que no le iba a hacer nada, no he sido educado de esa forma, ¿no?

Las dos mujeres asintieron y le guiñaron un ojo.

—Tengo que ir a la oficina, tenemos reunión, pero antes quiero pedir os un par de favores.

Ellas lo miraron expectantes.

—Tenéis que mandar a alguien a que limpie la cámara, pero no...

No pudo ni terminar la frase antes de que aquellas dos locas empezaran a palmotear.

—¡Oh Dios! ¿Ella está lista?

Asintió y las dejó que dieran rienda suelta a su entusiasmo antes de seguir hablando.

—Solo quiero que la limpien, tías. Yo me encargaré de prepararla, sé lo que quiero para ella en esta ocasión tan especial. Y otra cosa, me gustaría que la preparara, no solo que le comentarais lo del cambio, quiero que se vista de gala.

—Está bien, iremos de compras.

—No, no va a salir de casa y mucho menos hoy. Con el dinero que gastáis en esas malditas boutiques creo yo que podrían tomarse la molestia de hacer un puto pase personal, ¿no?

—No te preocupes—Aryana miró a su hermana—Llamaremos a Anna, estoy segura de que en cuanto le digamos lo que queremos no tardará ni una hora en personarse aquí con media tienda. ¿Tienes alguna preferencia, o la vas a dejar elegir a ella?

—Por supuesto que elegiré ella, pero solo os pido un favor, nada blanco, no es una virgen que se sacrifica en un altar, no me van nada esas chorradas. Pero os conozco y sois capaces de metérselo en la cabeza y volverla paranoica, no quiero que la asustéis, ¿de acuerdo?

Le habría gustado tener más tiempo y libertad de movimiento, pero dado que tenían a todos los Alvise detrás para hacer fracasar esa unión era imposible preparar todo lo que quería, pero, a pesar de esos impedimentos, iba a hacer todo lo posible para que aquella noche fuese inolvidable para los dos, en especial para ella.

Cuando se despertó estaba sola en la cama, miró a su alrededor y él no estaba, sobre la mesilla había una rosa roja y una nota, la abrió y la leyó, en unas pocas líneas él le decía que se había tenido que ir a la empresa, que no se preocupara por su herida, estaba totalmente curada y que bajara al salón, allí, las tías, la estaban esperando para ayudarla a prepararse para esa noche, que ya la echaba de menos y que esperaba ansioso, subrayado tres veces, el momento de estar juntos.

¿Ansioso?

¿Con tres líneas de subrayado?

¿No sería lo que estaba pensando, verdad?

Porque si era que quería utilizar su culo como pista de aterrizaje para su mano se iba a encontrar una sorpresa, ni de coña se iba a dejar ella golpear, ¡ja!

Después de una buena ducha bajó al salón y allí se encontró a las dos mujeres... casi idénticas, salvo por el color del pelo, aunque no solo era esa su diferencia.

Aryana seguía manteniendo el color rojizo, algo aclarado según ella, de toda la vida, vestía siempre muy elegante, hoy llevaba unos pantalones negros, un jersey en color melocotón con un pañuelo al cuello sujetado con un alfiler que parecía antiguo y debería costar un pastón.

Aretha estaba sentada en un sillón ojeando lo que parecía una revista de moda. Su pelo era de color lila y le quedaba, extrañamente para ella, muy bien. A la hora de vestir era más desenfadada que su hermana. Llevaba un pantalón vaquero en color granate y una camiseta negra con el logotipo de un famoso diseñador. Estaba más que segura que la dichosa prenda valía más que toda su ropa con el armario incluido. Tampoco es que eso fuese un mérito, el dichoso mueble era del Ikea, lo único que podía permitirse dada su economía y para rematar tuvo que ahorrarse el que se lo montaran para poder comprarse la cama. Claro que si hubiese sabido lo difícil que era montar un trasto de esos lo mismo hubiera echado el colchón al suelo y listo. Aquello fue un martirio, después de clavarse el destornillador unas diez veces, quebrarse todas las uñas y terminar con los dedos del tamaño de un tubo de escape después de habérselos martilleado unas dos docenas de veces fue al establecimiento y en la hoja de reclamaciones exigió que, en el manual de instrucciones, añadieran una observación bastante importante, ser primo carnal de Eduardo Manostijeras era requisito indispensable para montar un jodido cacharro de aquellos.

—¡Hola, Dairine! ¡Qué bien que ya estés levantada, Anna está a punto de llegar!

¿Anna? ¿Y quién coño era esa? Tuvo que soltar las preguntas en voz alta o la expresión de su cara la delató porque las dos mujeres, al unísono, le dijeron que era la dueña de una de las mejores boutiques de Chicago y que venía con

un vestuario, bastante completo al parecer, para que ella eligiera para utilizar esa noche.

—¿Esta noche? ¿Hay algo especial?

—¡Ostras, es verdad! Donnan nos dijo que estabas durmiendo. ¡Ha llegado la hora!

¿De qué? ¿Del té? ¿De hacerse la manicura con hojas de palmera? ¿Qué hora, por San Kilian?

—¿Me queréis explicar que pasa?

—¡Uy, Anna está aquí! Vamos, cielo. Y en respuesta a tu pregunta, esta noche será la ceremonia de tu unión y transformación.

¿¡Qué!?

—*¡Tetas ricas! ¡Mmm, dame más, Donnan! ¡Oh, sí micina, toma más y más! rrr, ¡Tetas ricas muerde! ¡Sí, oh, sí!*

¿Los loros se podían castrar? Pues si no se podía Nico iba a pasar a la historia como el primero de ellos. Se acercó hasta la jaula y el pájaro, acojonado, se fue al otro extremo dejando caer una de sus pocas plumas y chillando como un poseso.

—*¡Tetas ricas, está loca! ¡Socorro, arroz con loro, arroz con loro! rrr*

—Como no cierres el pico, Nico, voy a machacártelo con unos alicates, ¿entendido?

—*¡Donnan adora a las tetas ricas! rrr ¡Donnan tiene compañera y Nico adora a tetas ricas!*

—¡Joder, lorito! Te enteras de todo lo que pasa, ¿no serás el alma de algún antepasado encerrada en el pajarraco más feo del mundo, verdad? Porque si es así, ¡menuda putada te han hecho!.

Aryana entró en ese momento en la sala, la cogió del brazo y la llevó a una habitación enorme situada en la parte de atrás de la casa.

Anna, efectivamente, había trasladado la boutique a la casa, vestidos, ropa interior, medias y zapatos.

Nada más entrar la miró de arriba abajo.

—Púrpura o verde, como máximo algún azul, pero no permitiré que elijas ningún otro color.

¡Pues como para pedir otro!, menuda mirada le echó la mujer, cualquiera le decía que tenía el armario repleto de negros y grises y ya, en una explosión de colorines tenía un par de camisas, una en blanco y en rosa la otra, ¿se atrevía a decírselo? Mejor no, sobre todo cuando las dos tías asintieron entusiasmadas y le dieron toda la razón. ¡Hala, a la porra su gusto y olfato para la combinación de colores!

Un par de horas después tuvo que darle la razón a la mujer, ¿aquella era ella? Eso sí, con el modelo que habían elegido, como estornudara, se le iban a salir las dos bombonas de oxígeno que tenía por tetas. Ella, más que el famoso sujetador ese wonderbra, debería usar uno apellidado «*aguántalas... bra*».

Pero aquello no acabó allí, después de pasar por la boutique pasó a la sección decapante, lo que viene siendo exfoliación de toda la piel y luego por el taller de chapa y pintura, o lo que es lo mismo, peluquería y maquillaje.

A las siete de la tarde estaba parada en medio de la habitación y mirándose asombrada al espejo, ¡a partir de aquel día se ponía en las manos de las tías por toda la eternidad! ¡Estaba tremenda! Y si le quedaba alguna duda quedó despejada cuando Lenard entró y se quedó parado mirándola con los ojos abiertos de par en par.

—¡Estás preciosa, Dairine! Vas a volver loco a mi hermano, cielo.

Él también estaba guapísimo, bueno en realidad era muy guapo, pero aquella noche estaba mucho más. Llevaba su pelo rubio recogido en una cola, sus ojos azules brillaban y hasta podía divisar la punta de sus colmillos entre su labio inferior gordezuelo. Llevaba un pantalón oscuro y una camisa blanca con tres botones desabrochados que mostraban parte de su musculoso pecho y, como Donnan, totalmente libre de vello.

Él se acercó hasta ella y le ofreció el brazo, lo tomó y le sonrió un poco nerviosa.

—¿Lista?

—Si quieres que te diga la verdad, Lenard, no lo sé, pero sí sé que quiero estar con tu hermano por toda la eternidad.

Se alzó sobre la punta de sus zapatos y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por acompañarme.

—Es mi deber como líder del clan, Dairine, un honor como hermano y un

placer por la mujer que, a partir de esta noche, será mi hermana.

Bajaron por las escaleras hasta la planta baja y desde allí la llevó por un pasillo que había a la derecha, pasaron frente a varias puertas hasta llegar a una de dos hojas, su cuñado dio un par de toques en ella y escuchó, alta y clara, la voz de Donnan diciendo que pasaran. Lenard abrió la puerta y entraron, la habitación era enorme, sus suelos eran de mármol negro y las paredes estaban recubiertas de unos paneles de madera muy oscura. Había decenas de pequeñas lámparas colgadas del techo, otras sobre pequeños pedestales situados en las esquinas y una encima de una mesa redonda dispuesta para dos personas. No había ventanas ni tampoco paredes ni biombo y, situada en el fondo de la sala, había una enorme cama sobre una especie de tarima, tenía una cubierta en color burdeos y grandes cojines negros y dorados.

Miró alrededor, intentando localizar a su compañero, cuando este apareció justo detrás de la puerta. Estaba... ¿Cómo describirlo? Estaba magnífico, maravilloso, guapísimo. Llevaba unos pantalones negros y una camisa de seda del mismo color, sus ojos grises parecían brillar, la cicatriz de su mejilla era apenas visible con la tenue luz, se mantenía firme, serio, ceremonioso y ella no se atrevía a decir nada ¿Debía hablar? ¿Cantar? ¿Bailar un twist? ¿Por qué nadie le había informado de si había algún protocolo o algo?



Capítulo 28

Había estado toda la mañana nervioso, tenso, hasta que su hermano, cansado de tener que repetirle las cosas una decena de veces, se lo recriminó.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Tienes alguna mosca cojonera revoloteando por la sesera?

—¿Hemos terminado ya aquí?

—Pues mira, machote, si por ti fuera todavía estaríamos con el primer punto del día y gracias. En serio, Donnan, ¿qué te preocupa?

—Todo. Keegan está desesperado por conseguir a Dairine, sus ataques son cada vez más frecuentes y descontrolados. No sé dónde ni cuándo volverá a lanzar alguna de sus ofensivas para poder reforzar la vigilancia ahí y... y esta noche... es el momento, Lenard.

Su hermano lo miró fijamente.

—¿Tu compañera está lista para la unión?

Asintió con una sonrisa en los labios.

—¿Les has dicho a las tías que preparen todo?

—No, solo que se encarguen de Dairine, quiero ocuparme personalmente de los preparativos de la cámara. Necesito hacerlo yo, hermano.

—Te entiendo. Ve a casa y haz lo que tengas que hacer, todavía no comprendo cómo puedes estar aquí, ve, ¿a qué esperas?

Caminó hasta la puerta del despacho y antes de salir se volvió y miró a su hermano.

—¿Te parece bien dentro de cinco horas?

Lenard asintió con solemnidad.

—Ahí estaré, Donnan, siempre es un honor entregar una compañera, pero esta noche será muy especial para nosotros, algo que ya pensaba que no podría suceder. Estoy muy feliz por ti, hermano.

Al principio no había ningún ritual a la hora de completar la unión con una compañera, pero con el paso del tiempo fueron apareciendo varios, cada clan tenía el suyo. Los Bellardi, desde su padre, establecieron uno, una simple *presentación*, a ser posible por el líder o por un familiar cercano, Lenard cumplía los dos requisitos y a pesar de que siempre había pensado, en caso de encontrar a su compañera, en pasar del maldito ritual, sentía que tenía que hacerlo, quería honrar la memoria de su padre y hacerlo de la forma en la que él lo instituyó.

Cuando, pasado el tiempo que había establecido con su hermano, escuchó los dos ligeros golpes que Lenard dio en la puerta se tensó, era la hora, el momento.

Quería verla, regodearse en mirarla sin que ella se diera cuenta, por eso se mantuvo pegado a la pared, en las sombras y la observó asombrado y emocionado, Aretha y Aryana habían hecho un trabajo magnífico, no esperaba menos de ellas, estaba seguro que dadas sus ganas de verlos emparejados era algo que ya tenían, prácticamente, planeado.

Dairine llevaba el pelo suelto, tal y como a él le gustaba y como le había exigido a sus tías que se lo dejaran. El vestido era en color púrpura, con un escote en forma de V que le llegaba a media espalda, una pequeña faja de tela abrazaba su cintura y la falda caía hasta sus tobillos, la tela parecía flotar alrededor de ella, el perfume que usaba no encubría el aroma de su cuerpo, su esencia era cautivante, era como un campo de flores, dulce y fragante, cálido

y delicioso.

Su cuerpo empezó a reaccionar a la fragancia de ella, a su estado de madurez. Tomó pequeñas inspiraciones intentando calmarse, relajarse y controlar su excitación, no iba a lanzarse sobre ella, esa noche era especial y haría que cada instante fuese inolvidable.

Ella se giró y quedó de frente a él, ¡Dios! sintió como si le hubiesen golpeado en el centro del pecho y sus rodillas le temblaron, era una imagen que se quedaría grabada, para siempre, en su mente. Si verla por detrás lo había llenado de deseo, contemplarla de frente lo enloqueció. Sus ojos azules lo miraban fijamente y con deseo. Sus labios estaban entreabiertos, respiraba agitada, bajó la vista por su cuello, deteniéndose en la vena yugular, sus colmillos se extendieron, ansiando clavarse en ella y gozar del sabor de su sangre, paladearla y darse un banquete con ella. El vestido tenía el mismo escote que por detrás, mostrando la abundancia de sus pechos y entre ellos, como jugando al escondite, el colgante que siempre llevaba colgado al cuello. Tragó con fuerza y se acercó hasta ella.

—Si alguien me pidiera que definiera la belleza, *micina*, diría tu nombre, no hay nada más hermoso que tú, Dairine. Estás resplandeciente.

Tomó su mano y la acercó hasta su boca, depositando un beso en ella y disfrutando del aroma de su piel.

—Gracias, Donnan.

Miró a su hermano y le hizo una señal con la cabeza, había llegado el momento, no podía demorarlo más.

Lenard cogió a Dairine de la mano, la misma que él acababa de besar, se la apretó con suavidad intentando tranquilizarla y después, serio y ceremonioso, se volvió hacia él.

—Yo, Lenard Bellardi, como líder de mi clan vengo ante ti, Donnan Bellardi a ofrendarte a tu compañera. Responde, ¿la aceptas?

—Sí, la acepto.

—¿La tomas?

—Sí, la tomo.

—¿La reclamas?

—Sí, la reclamo.

Su hermano les unió las manos y las sostuvo con las suyas.

—Dairine MacMahon, ¿recibes a Donnan Bellardi como tu compañero?

Los dedos de su pareja se entrelazaron con los suyos y la vio tragar con fuerza, estaba nerviosa, tanto o más que él.

—Sí, lo recibo.

—Dairine, tres veces has sido reclamada y tres veces aceptada. Donnan, has sido recibido. Esta unión queda sellada por toda la eternidad, nadie se interpone y nadie puede deshacerla. La unión de la sangre es sagrada y, a partir de este momento, vuestro refugio y vuestra fuerza. *Cor unum et anima una*^[1].

Su hermano apartó las manos y los dejó con los dedos entrelazados, se inclinó y, como mandaba la tradición, besó, por tres veces, a su compañera en la frente.

—¡Bienvenida al clan de los Bellardi, Dairine! Es para mí un placer tenerte como hermana.

Ella lo besó en la mejilla.

—Gracias, Lenard, yo también me alegro de tenerte como hermano.

—Como ya he cumplido mi misión os dejo, disfrutad de vuestra unión.

Escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, ¡al fin estaban solos! Se inclinó hacia su compañera y le dio un suave beso en los labios, tenía que controlarse por más que su cuerpo y sus instintos le pidieran que la tomara ya mismo.

Sin soltarla de la mano caminó hacia la mesa, la soltó para apartarle la silla e invitarla a sentarse.

Descorchó la botella de champán, sirvió dos copas y le dio una a su compañera.

—¡Por nosotros, *micina*, por nuestra unión!

Brindaron y después de beberse todo el contenido de un trago se sentó, a la mesa, frente a ella.

—Las tías se han encargado de la cena, espero que te guste, les pedí que prepararan algún plato típico irlandés.

La sonrisa de ella iluminó, no solo su cara, toda la estancia y su piel se erizó, ella le hacía sentir, a parte del deseo, algo tierno, algo que le calentaba

el cuerpo, que le hacía querer y anhelar cosas que le dieron miedo, autentico terror.

—¡Oh, por San Kilian, es Irish Stew^[2]!, era el plato preferido de mi abuelo, no lo había vuelto a comer desde que murió mi abuela, recuerdo que lo tenía que cocinar, al menos, dos veces a la semana o él se ponía histérico, ¿lo has probado alguna vez?

Mientras hablaba no había dejado de acariciar el colgante que llevaba al cuello.

—Sí, un par de veces. Espero que mis tías lo hayan preparado como tu abuela.

—¡Ah, no, eso sería imposible! Nadie cocinaba como ella, recuerdo que intentó enseñárselo a hacer a mi madre, pero nunca consiguió darle su toque.

—Y tú, ¿sabes hacerlo?

Dairine gimió cuando se metió la primera cucharada a la boca y el sonido fue directo hacia su entrepierna, su erección creció y sus colmillos empezaron a picar, ansiosos por extenderse y clavarse en ella. Tomó inspiraciones largas intentando relajarse, aquello era una jodida tortura, ¿podría hacerla engullir la comida? Porque estaba viendo que terminaría haciendo el amor con ella encima de la mesa y no, no era lo que tenía planeado para esa noche tan especial.

—Sí. Tendré que felicitar a Aryana y Aretha, está muy bueno, pero no les digas, nunca, que no estaba como el de mi abuela, ¿entendido?

Asintió y disfrutó de verla degustar y paladear la cena. Cada pocos segundos su mano volvía, de forma insistente, al colgante.

—¿Qué significado tiene esa joya para ti, *dolcezza*?

Ella lo levantó y se lo enseñó, era un anillo, no parecía ser de muy buena calidad y no era fácil distinguir la forma, dos manos rodeando a un corazón y, sobre él, ¿una corona?.

—Es un anillo de Claddagh, se lo regaló mi bisabuelo a su mujer, sé que está viejo y que el oro está muy desgastado, pero es muy importante para mí. Es la única herencia que me queda, me lo dio mi abuelo en su lecho de muerte. Él se lo había regalado a mi abuela que lo llevó hasta su muerte.

—¿Y por qué no se lo dio a tu madre?

—Era mi abuelo paterno y si, se lo ofreció a mi padre para que se lo regalara a mi madre cuando la pidió en matrimonio, pero mi padre no quiso. Sabes, os parecéis mucho, él no creía en el amor y el romanticismo. Mis padres apenas se acariciaban o besaban, en cambio, mis abuelos, siempre estaban toqueteándose, era muy tierno verlos.

No, no creía en el amor, pero si en demostrar el deseo, la pasión y el afecto, ella no viviría sin ser acariciada y besada todos los días, eso sí que podía jurarlo.

—El anillo se entrega como símbolo de amor verdadero, pero también de amistad eterna. Cuando... cuando estoy nerviosa o preocupada me gusta acariciarlo, me siento segura y más cerca de mis abuelos.

Cuando llegó el postre estaba a punto de reventar sus pantalones y cuando ella chupó y lamió la cucharilla después de soltar suspiros por su apple pie^[3] ya no pudo aguantar más. Se levantó y acercó hasta ella, se colocó detrás de su silla, se arrodilló y, apartando la melena hacia a un lado, lamió el costado de su cuello haciéndola estremecer.

—No puedo aguantar más, Dairine, tu aroma me está volviendo loco, tengo tu esencia embotando mi mente, tus suspiros y gemidos me tienen al límite, estoy hambriento de tu cuerpo y me muero por enterrar mi cara entre tus piernas y beberte por completo. Quiero tenerte agitándote entre mis brazos, sentir que me abrazas con tus piernas y que no me sueltes hasta que deje de temblar y me haya vaciado en ti tantas veces que no tenga fuerzas ni para respirar.

Deslizó las manos por sus brazos mientras chupaba su garganta.

—Quiero devorarte, morder tus caderas y lamer tus pezones. Pero antes que nada tienes que dejar que inhale tu fragancia, tengo que beber directamente de tu coño, embriagarme de tu aroma, por favor, *micina*, dime que estás lista para mí, me has aceptado, soy tuyo y necesito hacerte mía por completo.

Mordisqueó su cuello y la sintió temblar.

—Estoy lista, Donnan y quiero... necesito que me hagas el amor. Tus miradas, durante la cena, me quemaban la piel, te necesito, cariño, quiero sentirte dentro de mí.

Se levantó y la ayudó a hacer lo mismo, la volvió entre sus brazos y se

quedaron mirándose, fijamente, unos segundos. Posó con suavidad las manos sobre sus hombros y fue deslizándolas y apartando la tela de su vestido que cayó hasta su cintura dejando sus pechos al descubierto, sus pezones estaban duros, parecían dos pequeños rubís sobre su piel blanca y satinada.

Puso su dedo corazón sobre el hueco de su garganta y fue deslizándolo hacía abajo y recorriendo cada pequeña peca, la piel de ella se erizó.

—Estoy impaciente por tenerte, *dolcezza*, no sabes lo que me está costando controlarme.

—Pues no lo hagas, cariño, estoy lista.

Soltó el cinturón de su vestido y este cayó al suelo dejándola con sus bragas, un liguero y las medias. Estuvo a punto de arrodillarse a sus pies y arrancarle las prendas con los dientes, sin embargo procedió a quitárselas con suavidad, acariciando con las yemas de los dedos cada centímetro de piel que recorría; pero cuando la tuvo completamente desnuda todo su control salió dando tumbos y desapareciendo por completo.

Se arrancó la camisa y se quitó los pantalones arrastrando en el proceso el bóxer que llevaba, los calcetines y zapatos, ¡a la mierda el erotismo! ¡Vaya un pedazo de striptease acaba de hacer! Estaba seguro de que Dairine estaría alucinando. Se paró, tan desnudo como su compañera, en frente, ella, al principio, solo se quedó mirándolo muy seria, luego estiró la mano y le acarició la punta de un colmillo que asomaba entre sus labios.

—¿Me... me dolerá, Donnan?



Capítulo 29

La cena había estado muy buena y la habría disfrutado si no hubiera tenido los nervios dando bandazos de un lado a otro. Sabía lo que venía después y desconocía, al mismo tiempo, lo que sentiría. Encima, las miradas de él no ayudaban mucho, la verdad. No se podía comer, mucho menos saborear, si se tenía sobre una la vista de un hombre que parecía más dispuesto a darse un festín con ella antes que con la comida.

Desde que la había visto sus ojos se habían puesto rojos, síntoma inequívoco de que estaba más caliente que una moneda al sol en pleno desierto. Sus colmillos se habían extendido, señal número dos y su entrepierna lucía un llamativo y muy visible bulto, indicio número tres, con semejante *plan de actividades de esparcimiento* como para concentrarse en la comida.

Cuando lo vio levantarse y dirigirse hacia ella supo que iba a estar tumbada sobre alguna superficie, dudaba de que pudieran llegar a la cama, antes de que tuviera tiempo de dejar la cucharilla sobre el plato, por eso la dejó caer,

no quería que terminara en alguna parte no apta para cuberterías y que hiriera su sensibilidad... estaba perdiendo el poco seso que tenía, eso le quedaba claro, ¡mira que preocuparse por la *impresionabilidad* de una maldita cuchara!

A pesar de que pensaba y esperaba, ¡para que negarlo!, que se abalanzara sobre ella, Donnan fue tierno, suave y se tomó su tiempo... antes de que hiciera el desnudo integral más rápido, antiestético y torpe que había visto en su vida; lo único que lo salvaba es que dejó al descubierto el musculoso cuerpo de él y la impresionante erección que parecía invitarla a explorarla. Pero cuando miró a sus ojos supo que estaba desesperado por tenerla y se asustó, nunca lo había visto así, le acarició uno de los colmillos que sobresalían entre sus labios y lo sintió estremecerse.

—¿Me... me dolerá, Donnan?

La mirada de él se suavizó y colocó la mano derecha sobre el pecho.

—No tengas miedo, *dolcezza*, serán solo unos minutos y en cada uno de ellos estaré contigo. Te daré mi aliento cuando te falte el tuyo. Seré tu energía cuando pierdas la tuya y mi cuerpo para que te apoyes en él. Te juro, por mi honor y mi sangre, que mis brazos serán fuertes para sostenerte y hacer que tu cambio sea plácido y sereno, mi compañera.

Se tranquilizó al escucharlo hablar, sus palabras fueron como una especie de bálsamo para sus nervios.

Donnan la alzó en brazos y la llevó hasta la cama, donde sin soltarla y con algo de dificultad, arrancó la cubierta arrastrando los cojines con ella, para dejar al descubierto las sábanas blancas que había debajo, la colocó en el centro y él se subió y se colocó, arrodillado a sus pies. Le recorrió las piernas con las yemas de los dedos, su piel se erizó con el tenue contacto, no sabía que esa parte de su cuerpo era tan receptiva o tal vez fuese él, su tacto.

—Relájate, cariño, deja que te haga el amor con mis manos antes de hacerlo con mi boca y mi cuerpo.

Siguió subiendo despacio hasta la ingle, allí trazó pequeños círculos con los pulgares deslizándolos, poco a poco, hasta su ombligo donde dibujó espirales. Sus caderas empezaron a arquearse, estaba excitándose a pasos agigantados, pero él no aceleraba el ritmo ni siquiera cuando llegó a sus pechos. Pellizcó sus pezones y los giró, suavemente, entre sus dedos.

—Donnan, cariño, sé que puedo haber sonado algo asustada y por eso tú te estás tomando tu tiempo, pero necesito que hagas algo más que acariciarme y que utilices... ¡Madre míaaaaa! ¡No me hagas ni puto caso, sigue, por favor!

Él había juntado sus dos pechos y frotaba los pezones entre sus manos y fue como si un rayo la recorriera de arriba abajo, se tensó sobre la cama y empezó a respirar entre gemidos.

—¿Tengo tu permiso para continuar, *micina*?

No podía hablar, así que asintió mientras él seguía volviéndola loca. Cuando pensaba que ya no podría aguantar mucho más, Donnan abandonó sus pechos bajo una queja bastante sonora de su parte, pero pronto la recompensó acariciando sus labios, recorriéndolos con el dedo índice.

—¡Chúpalo, Dairine! Juega con él como si fuese mi polla.

Le hizo caso pero aquello era un triste sustituto, él tenía unos dedos largos y finos y su pene era gordo y con una punta en forma de hongo impresionante, pero obedeció, estaba más allá de la protesta, solo quería que él la poseyera y si para eso tenía que jugar al *chupi-dedo* lo haría, ¡vaya que si lo haría!

—Eso es, cariño, sigue, me encanta verte así, temblorosa y excitada. Tu piel está sonrosada y tus pezones duros, estás tan preparada que me muerdo por enterrarme en ti, sé que estarás húmeda y resbaladiza. Tu aroma cada vez es más fuerte.

¡Joder, ya estaba con el temita de los olores!

—Ni te imaginas lo que me hace sentir tu esencia, desde que la olí estoy duro, ansioso por tenerte, todos mis instintos de posesión se han desatado, sé que perderé el control en cuanto mi polla entre en ti, no seré dueño de mí mismo y quiero que estés preparada. No seré suave, *micina*.

Empujó el dedo con su lengua echándolo de su boca.

—¿Te he pedido que lo seas? Te necesito ya, Donnan, ¡por San Kilian! ¿Quieres hacer el favor de hacerme el amor de una buena vez? Pero de verdad, cariño. Dices que no serás suave, pero ¿crees que lo seré yo?

Los ojos de él brillaron con intensidad, ¡joder, joder! lo mismo se había pasado al decirle que se desatara, a ver si ahora iba a tener que comerse sus palabras con patatas, que él no era un hombre normal y cuando desenfundaba los colmillos y clavaba el pene era como una especie de martillo percutor con

succionadora incorporada y batería inagotable.

Él le cogió las manos, esas que tenía aferradas a las sábanas desde el mismo momento en que empezó a acariciarla y se las subió al cabezal.

—Sujétate y no me toques hasta que te lo pida, por favor, mi cielo, ahora mismo no soy dueño de mis actos.

Recorrió su cuello y bajó hasta el esternón con su lengua y cuando llegó a su ombligo jugueteó durante unos segundos allí. Quería abrazarlo, pero hizo caso de sus palabras y se sujetó fuerte mientras alzaba sus caderas.

—Tranquila, *dolcezza*, disfruta del viaje.

¡Coño! Ella quería llegar al final del *camino*, estaba cansada de tantas paradas y punto de interés en la *ruta*.

La boca de Donnan llegó a su vulva, allí sopló con suavidad y empezó a tantear los pliegues con la lengua, pasando de arriba abajo.

—Donnan, yo... yo no puedo más... ¡ah!, ¡oh!, sí, justo ahí... ¡Dios, esto tiene que ser un maldito delito!

Él sorbió entre los labios su clítoris y lo mordisqueó.

—¿Vas a detenerme por eso, *micina*?

No, lo que iba a hacer es pegarle la cabeza a su entrepierna con silicona, ¡madre mía! Estaba enloqueciendo, no había otra manera de describir lo que estaba sintiendo. Clavó los talones en el colchón y alzó su pelvis, se giró y contoneó pero él no dejó de chupar, era como si se hubiese soldado allí y no había manera de despegarlo.

—¡Ay, Dios, ya, Donnan, ya... ¡oh, sí!

La soltó en ese momento y le dieron ganas de sujetar la cabeza con las piernas hasta pegarle las orejas al cuero cabelludo, pero gracias que se abstuvo porque, alzándose sobre ella y tomándola de la cintura, al fin, entró en ella... como si estuviera en la maldita cola de un peaje de autopista, frenando, deteniéndose y avanzando con lentitud. Aquello era exasperante, era para ponerse a berrear... era para...

—¡Sí, sí, sí, no pares por favor, no pares, cariño, no, no, no!

Su cabeza iba de lado a lado de la almohada mientras repetía, como una letanía, su nombre y cuando se corrió rogó porque la dichosa habitación estuviera insonorizada porque estaba segura que había sobrepasado el nivel

de decibelios permitidos y cuando la mordió en el cuello siguió gritando hasta quedar totalmente agotada y disfrutando del dulce sabor de la sangre... ¿¡Cómo!? Donnan había desgarrado su muñeca y se la había pegado a los labios y ella se la estaba bebiendo como si aquello fuese un manjar.

—¡Bebe, *dolcezza*! Tómame en tu interior y hazme tuyo.

Pensó que le repugnaría pero había algo que la obligaba a succionar y cuando él retiró la muñeca soltó un pequeño quejido por la pérdida.

—En unos segundos empezarás a notar el cambio, no te preocupes, solo abrázate a mí y ve diciéndome cómo te sientes. Vamos a hacer esto juntos, Dairine, solo tienes que recordar una cosa, en ningún momento puedo salir de tu interior, tengo que mantenerme dentro de ti.

—¿Por... por eso no te has corrido tú?

—Sí, cariño, debo mantenerme dentro, duro y correrme solo cuando tú me muerdas, entonces podré dejarme ir y te prometo que va a ser un viaje placentero, pero agotador.

Algo frío se instaló en el bajo de su vientre y empezó a crecer con rapidez extendiéndose al resto de su cuerpo, empezó a tiritar.

—Ten...tengo frí...o, Donnan.

La abrazó con fuerza y se giró, sin salir de su cuerpo, dejándola sobre él, cogió la sábana y la cubrió con ella.

—Lo sé, *micina*, solo deja que cuide de ti.

Sí, así se estaba mejor, ya no tenía tanto frío... de hecho estaba empezando a sentir calor... mucho... demasiado, era como si estuviera ardiendo y, al mismo tiempo, miles de rayos le recorrieran el cuerpo, sentía dolor, quemazón y picor, quería rascarse, quería frotarse contra alguna superficie rugosa.

—¡Pica, me duele, maldita sea, Donnan, esto duele mucho!

Las manos de él subieron y bajaron por su cuerpo intentando aliviarla. Pateó las sábanas y se retorció sobre su cuerpo, pero Donnan la mantuvo sujeta, cruzó las piernas con las de ella y la apretó contra su cuerpo.

—Ya, Dairine, tranquila, cariño, sé que es doloroso pero tienes que mantenerme dentro.

¿Tranquila? ¡Y una mierda! aquello dolía... mucho... ¿o no? ¡Oye, pues

ya no dolía! Algo empezó a pasarle a su vista... y a su oído... y ¿qué porras olía tan bien? Acercó la cara al cuello de Donnan. ¡Oh, Dios! ¡Qué aroma más delicioso! Mmm, era dulce, pero sin ser empalagoso y al mismo tiempo fresco, frutal y... empezó a ver todo rojo y a necesitar algo, su cuerpo empezó a temblar, como si estuviera pasando por algún proceso de necesidad extrema, era una manera de reclamar algo que ansiaba.

—No... no sé qué me pasa, es... quiero algo, necesito ese algo y... mmm, ¡como hueles! Estás para comerte, cielo y cuando digo para comerte es literal, empezaría a morderte y no pararía. ¡Ostra puta! Si es que te chuparía hasta las huellas dactilares, ¡me estoy poniendo como una moto! Tengo... ¡Por San Kilian! ¡te follaría hasta dejarte seco! ¡Qué fuerte, qué fuerte!

Empezó a moverse sobre él, a clavar sus caderas y rotarlas, enterró la cabeza en su cuello y aspiró con fuerza, un cosquilleo le recorrió la boca y de repente, no supo cómo, estaba clavando sus colmillos... ¡sus colmillos! Un par de caninos enormes, pero enormes, ¡coño, eso sí que era fuerte! clavados en el cuello de él y empezó a chupar como si no hubiese bebido en décadas.

—Sí, así, mi reina, chupa, bébeme, hazme tu pareja, termina lo que empezamos, venga, consigue tu placer y dame el mío.

Siguió moviéndose, estaba enardecida pero por más que se frotaba no lograba llegar al orgasmo. De repente, Donnan la volteó, tenía una fuerza enorme porque logró hacerlo sin salir de ella y sin que los colmillos le soltaran el cuello.

Él empezó a moverse con fuerza contra su cuerpo, entraba y salía con vigor, la forzó, con dulzura, a abrir más las piernas y sus empujes se volvieron más frenéticos, sintiéndose saciada logró soltarse de su garganta y expuso la suya a su compañero que la mordió casi con desesperación y empezó a chupar y clavar su pene de manera apasionada y enloquecida.

—¡Oh, Donnan, esto es maravilloso! ¡Oh sí, cariño, sí, dame más, no te contengas!

Sentía el sudor de él mezclarse con el suyo, sus cuerpos se movían sin parar y, a pesar de la robustez, la cama empezó a agitarse y golpear contra la pared. La boca de su compañero dejó libre su cuello, sus miradas se cruzaron y se vio alzada entre sus brazos, la llevó contra la pared y siguió martilleando en ella, haciéndola gemir y gritar.

—¡Lo sabía, *micina*, sabía que en cuanto fueras mía me volverías loco!

¡Dios, tienes el cuerpo de una diosa y me atraes como un imán! ¡No me importaría morir entre tus piernas, Dairine! ¡Eres mía, cariño, solo mía! Tú, tu cuerpo, tu alma y tu placer son solo míos! Dioooooooooooooos sí, joder, que rico, *dolcezza*! ¡Ven conmigo, mi compañera, volemos juntos!

Y voló, se elevó una y otra vez, planeó y aterrizó junto a él, con sus bocas fundidas una en la otra y sus cuerpos pegados, húmedos y saciados.



Capítulo 30

Durante más de treinta y tantas horas se dedicaron, en cuerpo y alma, al dulce placer de comerse a besos y caricias, cualquier roce ya era suficiente para desencadenar una ráfaga de fuego y hacerlos arder, se volvieron insaciables e inagotables, era como si junto a la inmortalidad le hubieran extendido un cheque regalo de sexo al por mayor, tendría, en cuanto pararan de «hacerlo como los monos», que documentarse porque aquello normal, lo que se dice normal, no era, ¡iban a acabar «desgastándose con el uso»!.

Debería sentirse agotada pero era todo lo contrario, se sentía fuerte y ágil. Había bebido de él en dos ocasiones más y, en ninguna de ellas, sintió asco, le encantaba su sabor. Su oído y su vista se habían agudizado y su olfato, mmm, lo de su olfato era algo que daba para escribir un libro o dos. Captaba cualquier esencia a varios metros, por muy sutil que fuese, pero había una que la enloquecía, la de él, ahora entendía todos esos arrebatos y acaloramientos. Se despertaba pegada a su cuerpo y con la cabeza enterrada en su cuello, si estaba inquieta, con solo husmearlo un poquito se relajaba, era fascinante y al mismo tiempo le daba pavor, parecía adicta a su aroma,

claro que lo de Donnan era aún peor, en cuanto se descuidaba lo tenía lamiendo y chupando como un poseso, según él no podía resistirse a su olor y sabor.

Estaban terminando de desayunar cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Adelante!

¿Adelante? ¿Es que no se había dado cuenta de cómo iba vestida o mejor dicho, desvestida? Aquello era una especie de camisón, especie sí, porque era un trozo de tela semi transparente con un escote hasta el ombligo y dos tirantes que no hacían más que resbalarse y dejarla con los hombros, y la mayor parte del tiempo las tetas también, al aire.

Ella se lo susurró por si no se había dado cuenta, pero el muy gilipollas solo le guiñó un ojo y se rio, pues la próxima vez le iba a bajar los pantalones e iba a exponer su *cañón de artillera con munición pesada* al aire... mejor no, no, porque si alguna se lo quedaba mirando más de un segundo le iba a sacar los ojos, aquel vampiro era suyo, por entero y no pensaba dejar que nadie mirara lo que era de su posesión, el hombre de su vida, su amor... ¿su qué de qué? ¡Ostra puta! Necesitaba salir de allí ya y rebajar la dosis de sexo porque estaba empezando a desbarrar.

—¡Buenos días parejita! Venga, se os acabó la fiesta, chicos. Donnan tienes que hablar con tu hermano, hay unas cuantas cosas que tiene que decirte y Dairine necesita salir y alejarse del monstruo en que seguro te has convertido estos días.

Sonrió ante las palabras de Aryana que la miró sonriendo, iba a contestarle cuando la mujer siguió con su monólogo.

—Cariño, estás resplandeciente, te ha sentado bien el cambio. Tu piel está más clara y parece más suave y tus ojos, ¡Dios! se han oscurecido, estás todavía más hermosa. Mi sobrino va a pasar muy malos ratos cuando todos se queden admirándote, ya sabes que es muy celoso y posesivo.

Él mostró los colmillos y soltó un gruñido.

—Exacto, eso era lo que yo decía. Bueno, me voy, terminad de desayunar y si no aparecéis en media hora volveré y esta vez no seré tan considerada, entraré sin llamar y os sacaré a rastras a los dos y sin importarme la cantidad de ropa que tengáis puesta.

La mujer salió igual que entró, como un vendaval. Su compañero se la

quedó mirando muy serio.

—¿Crees, por un solo momento, que yo dejaría entrar a un hombre o a un vampiro macho estando vestida así, *micina*? Solo yo tengo ese privilegio, esto es solo para mis ojos, cariño, no lo olvides nunca.

Tragó con fuerza, ya se estaba poniendo, de nuevo, cachonda. Nunca le habían gustado los hombres dominantes... ¡*mentira!* Le susurró su conciencia. La verdad es que después de sus fallidas relaciones con aquellos idiotas que apenas reparaban en ella, salvo para que les llenara la barriga y los cuidara, mientras que el buen sexo se lo daban a otra y ella se tenía que conformar con un polvo del tipo: *aquí te pillo, aquí te mato*, dónde tardaba más en desnudarse que el acto en sí, tener a un hombre como Donnan, loco por ella, sexualmente activo, muy, pero que muy activo y con actuaciones con la misma duración que un tren de largo recorrido, pues que sí, que fuese así de posesivo le gustaba, inclusive esas poses de chulo, sus gruñidos y hasta cuando enseñaba los colmillos, ¡es que era más mono!

¿Mono? ¡Cerdo! ¡Gorila esquilado! ¡Murciélago dentado! Eso es lo que era, ¡menudo pedazo machista!

—¡Vuélvemelo a explicar que no lo he entendido, *Colmilloman!*. ¿Por qué no puedo ir con tus tías, veintisiete escoltas, tres putos tanques acorazados y medio centenar de cañones, ametralladoras y tropecientas dagas de plata, a la peluquería? Venga, dímelo de nuevo si tienes narices.

¡Ostra puta! Pues sí, iba a tener narices. Dio dos pasos y acercó la cara a la suya.

—¡Porque no me sale de las pelotas! ¿Te ha quedado claro? ¡Joder, Dairine! ¿Cómo mierda tengo que explicarte que estás en peligro, cómo? No voy a arriesgarme a que te pase nada. ¿No puedes esperar? ¿O que venga alguien a peinarle aquí? Además, estás preciosa tal y como estás, no necesitas hacerle nada a tu pelo.

Pues hora de cambiar de táctica, porque ponerse empecinada como él no le estaba sirviendo de mucho.

—Cariño, ha pasado ya una semana desde nuestra unión y las cosas han estado tranquilas desde entonces.

—Mal presagio, *micina*, esto me da muy mala espina.

—¡Hijo, por Dios, que cenizo! Tal vez se hayan rendido.

—¿Keegan? ¡Qué poco lo conoces!

—Tienes razón, Donnan, no lo conozco. Pero ahora ¿puedes meterte en la conversación y poner algo de tu parte?

La sonrisa irónica de él tenía que haberle dado alguna pista de por dónde iban a ir los próximos tiros, sin embargo estuvo poco avispada y le dieron, los tiros, en toda la jeta.

—¿Quieres que meta mi *parte*, *dolcezza*?

Se apartó un par de pasos y miró a su alrededor, allí, en el salón, estaban sus tías y Lenard que empezaron a reír.

—No ha sido eso lo que he dicho. ¿Por qué tienes que darle a todo una connotación sexual?

—Porque tú no puedes decir meter y parte en la misma frase con esa dulce boquita y que yo no tenga una maldita erección.

—¡Por San Kilian, Donnan, no estamos solos!

Aryana se acercó hasta ellos.

—Tranquila, cielo, cuando una vive tantos años con seres tan sexuales como los vampiros te acostumbras a ir esquivando *postes* como si estuvieses esquiando un gran eslalon en Aspen, si hay una palabra que desconocen es la discreción.

Notó que se había ruborizado, en aquellos días había cambiado más veces de color que en toda su vida, efectivamente, los machos de su raza no conocían la dichosa palabra así que el significado ni de coña. Durante aquella semana él la había levantado de la mesa, sin terminar de comer o cenar y dejando muy claras sus intenciones, una decena de veces que sumadas a las que, tras entrar por la puerta después de una noche de guardia se la había llevado arrastrando, deberían haberla curado ya del mal de la *mejilla colorada*, pero no podía evitarlo, él no escondía, jamás, su deseo, sus ojos se ponían rojos, sus colmillos crecían y ella era llevada, en volandas o sobre su hombro, en menos de unos segundos hasta el apartamento y estaba segura que todos los habitantes de la casa tenían que haber escuchado sus gritos y gemidos, Donnan la volvía loca, completamente.

—A riesgo de que me cortes la cabeza, hermano, creo que Dairine tiene razón. Las cosas están más calmadas, no van a ir solas y el salón de belleza al que van solo está a un par de manzanas de aquí, ¿qué problema puede haber?

Por la mirada que Donnan le echó al parecer sí que había un problema y más gordo que su maldito trasero.

—Es mi compañera, mi mujer, te rogaría que no te metieras en esto.

—Pues, mi *querido hermanito*, si no querías que nos metiéramos haber mantenido la puta conversación en privado. Te estás volviendo paranoico, ¡joder!

Soltó el aire lentamente y miró de uno a otro, hubo un minuto, solo uno, cierto, pero bastante tenso, que se imaginó la cabeza de su cuñado rodando como una bola por todo el salón y haciendo un pleno al derribar todas las sillas.

Donnan respiró agitado y luego la miró muy serio.

—Está bien, puedes ir, pero no quiero que te cortes ni un centímetro de tu melena y ni caso a la loca de Aretha, me gusta al color de tu pelo, ¿entendido? Recuérdalo, ¡me vuelve loco y lo quiero así!

Se lanzó a sus brazos.

—Si no fueras tan sumamente mandón te querría mucho más.

Se paró en seco y se tensó, ¡la madre que la parió! Se le había escapado, no quería decirle que lo quería y menos de ese modo. Sabía que él no la amaba y que, tal vez, nunca lo hiciera, pero ella tenía amor por los dos y no perdía la esperanza de lograr que Donnan la amara algún día, tenía toda una eternidad para lograrlo.

—Y yo te adoro tal y como eres, *micina*, no cambiaría nada de ti, eres perfecta... para mí, única y exclusivamente.



Capítulo 31

Hacía tres horas, tres malditas horas que ella se había ido, ¿qué mierda se estaba haciendo? ¡Cómo se hubiera tintado el pelo inducida por su tía le iba a dar una buena tunda, no, mejor darle una *paliza*... en la cama. ¡Dios! Su compañera era un volcán, nunca se le resistía y era capaz de seguirle el ritmo. Al principio tuvo miedo de asustarla, su raza era muy sexual y con sus compañeras mucho más. Pero Dairine... ella... ella era única, especial. Estaba sorprendido de como lo había aceptado todo, en especial su cambio, ni una queja, todo lo contrario y encima lo quería, ¿lo quería o era solo una frase hecha y que no tenía nada que ver con sus sentimientos? Estaba hecho un lío, ella le daba tanto y él ¿qué le daba?

—¿Donnan?

Se volvió y vio a su hermano y a Bento mirándolo muy serios y asustados. Sintió un estremecimiento, sus tripas se revolviéron.

—¿Qué pasa?

—Han... han llegado los hombres y tía Aretha.

Fue como si lo hubieran lanzado en medio de una tormenta de nieve, todo

su cuerpo se heló.

—¿Dairine?

Lenard dio un par de pasos y le puso la mano en el hombro.

—Se la han llevado, a ella y a la tía Aryana, las tiene Keegan. Lo siento, hermano, lo siento mucho.

Le dio un puñetazo en el centro de la cara que lo derribó. Luego golpeó la pared, lanzó una silla, pateó la mesa y rugió como un animal herido... justo lo que era y como se sentía.

—¡Hijo de puta! ¡Juro que lo mataré! No pararé hasta verlo muerto, lo desgarraré con mis propias manos.

Bento se acercó a él pero lo apartó de un golpe.

—¡Maldita sea, os lo dije, os dije que tramaba algo! ¡Como la toque... como le haga algo a mi compañera... yo...!

Siguió golpeando la pared hasta que le sangraron los puños y siguió resistiéndose hasta que al final lograron reducirlo entre tres de sus hombres y su hermano.

—¡No puedo perderla, no puedo!

—¡No la vas a perder, Donnan!

Se revolvió y se soltó de todos ellos, veía todo rojo y no podía controlar ni su rabia ni a sus colmillos que se habían extendido totalmente en busca de alguien a quien desgarrar.

—¿No? ¿Puedes jurármelo, hermano? ¿Puedes prometerme que voy a recuperarla intacta? ¿Alguno de vosotros puede decir, con certeza, que a estas horas no la habrá...?

Lenard se paró frente a él.

—¡No, no digas nada más! ¡Joder, busca, dentro de tu mente, el lazo que os une y sentirás que está viva! ¡No puedes rendirte, maldita sea!

Clavó la vista en los hombres que lo miraban serio, asombrados y, porque no decirlo, aterrados.

—¿Rendirme?

Soltó una risa irónica, ¿rendirse? No, nunca, ella se merecía que luchara y diera, si fuese necesario, la vida.

—Mientras me quede una gota de sangre en el cuerpo y un hálito de vida lucharé por ella. Dairine es mi vida, mi alma gemela, mi compañera, es... ella es... ¡por todos los diablos! Es mi mujer y no pararé hasta encontrarla, me cueste lo que me cueste, aunque su nombre sea lo último que diga y mi aliento se quede atrapado en su boca la volveré a besar.

Bajó al salón y allí estaba su tía, en pocos minutos había reunido a todo el personal que había en la casa.

—*¡Problemas, maldita sea, problemas!*

—¿Ahora, loro del demonio? ¡Ahora avisas, gilipollas!

Echó a andar, de forma decidida, hasta la jaula de Nico.

—*¡Loro bonito, rrr, loro bonito!*

—El loro va a perder su pico y las pocas plumas que le quedan.

—*¡Salvar a Dairine, salvar a tetas ricas! ¡Keegan, frío, calabozo, rrr, frío, almacén abandonado, sótano!*

Se quedó parado a un paso del animal, se dio la vuelta y miró al resto de su gente que tenía la misma expresión atónita que él.

—¿Qué coño habla el pajarraco este?

Aretha, retorciéndose las manos, llegó ante él.

—No sé, pero no estaría de más que lo escucháramos, siempre he sabido que era un animal especial.

—¡Es un puto loro loco! ¡Que alguien se lo lleve de aquí o haré una barbacoa con él!

—*¡Tetas ricas, rrr, Keegan tiene a tetas ricas, almacén abandonado! ¡loro bonito, no barbacoa, no arroz, loro bonito, rrr!*

Pasó del bicho aquel, estaba visto que no quería morir y se dedicaba a decir sandeces. Se acercó a su tía, le cogió las manos y se las apretó con fuerza.

—¡Cuéntame cómo ha pasado todo!

Aretha tomó aire con fuerza y lo exhaló con suavidad.

—Todo iba bien, Donnan, estábamos hablando y riéndonos. Yo... yo ya había terminado y les dije que iba a salir un momento, cerca... cerca del salón hay una librería, tenía que recoger unos libros que había encargado, Mark me acompañó, solo él, el resto se quedó vigilando la peluquería.

Las lágrimas empezaron a caer por las mejillas de la mujer.

—Estaba pagando cuando... cuando escuché gritos y Tony entró corriendo y diciendo que... que se las habían llevado. No hay ningún herido, ¿te lo puedes creer? Nos engañaron como a idiotas. Alguna de las chicas del salón debió avisar, o simplemente sabían que acudíamos allí y estaban acechando.

Aretha se tambaleó un poco y la ayudó a sentarse mientras todos escuchaban con atención las palabras de la mujer.

—Los chicos no se dieron cuenta, solo escucharon los gritos y cuando entraron, ellas... ellas ya no estaban. La dueña del salón nos dijo que, bueno, ya conoces a Dairine, habla con todo el mundo, al parecer una clienta, una mujer mayor, quería ir al aseo... llevaba un bastón y tu compañera se ofreció a ayudarla, Aryana no quiso que se apartara de su vista y... debían de estar escondidos y las sacaron, a la fuerza, por una ventana. Lo siento, sobrino, lo siento tanto, te he fallado.

Le acarició la mejilla como cuando era pequeño y él se dejó tocar, besar y abrazar.

—Las vamos a encontrar, tía, te lo juro por la memoria de mis padres y después me encargaré de ese mal nacido.

—Era Nydia.

—¿Qué?

—La mujer mayor era Nydia.

—¿Cómo lo sabes?

Aretha le enseñó un pequeño rubí.

—¿Qué es esto?

—Aryana y yo siempre llevamos alguna joya, normalmente un broche, que esconde... un pequeño estilete de plata, todas llevan dos piedras. Mi hermana y yo decidimos tener un código, cielo, por si algún día nos cogían. Una piedra, Nydia, dos, Keegan. Sólo había un rubí en el suelo del baño. Eso y esto.

—¿Otro código?... ¡Voy a matar a esa hija de puta! ¡Es sangre de mi compañera!

Miró el pañuelo morado que, esa misma tarde, Dairine llevaba al cuello, había una mancha, bastante considerable, de sangre.

—Parece ser que se resistió. Donnan, escúchame, Keegan no va a matarla, ni a ella ni a Aryana. Va a jugar con nosotros, nos dirá que quiere hablar o hacer un intercambio y luego atacará. Pero hasta ese momento las mantendrá, a las dos, con vida. Tienes que tranquilizarte y pensar, con serenidad y frialdad, que es lo que tienes que hacer, todos te seguiremos, pero tienes que actuar como lo que eres, el líder de este clan.

¿Cómo podía ser el líder de todos ellos si ahora mismo no podía pensar nada más que en su mujer? Levantó la cabeza y buscó, con la mirada, a su hermano.

—Lenard, yo... yo no puedo hacer esto ahora, te necesito al mando.

Su mellizo se acercó hasta él y le puso la mano en el hombro.

—Lo haremos juntos, Donnan. Tú, mejor que nadie, conoces a tu compañera, tienes su aroma, el sabor de su sangre y, aunque todavía débil, vuestra conexión, eres tú el que tienes que intentar, con nuestra ayuda, localizarla.

Bento se había acercado también hasta ellos.

—Vamos a hablar, uno por uno, con todos nuestros hombres e iremos al salón de peluquería, no quedará ni un solo centímetro de él sin analizar, intentaremos buscar alguna pista.

Los hombres no pudieron aportar muchos más datos. No habían perdido, en ningún momento, a las mujeres de vista. Todo parecía normal, las atendieron y ellas, en especial su compañera, habló con varias de las clientas. La mujer del bastón llegó una media hora después que Dairine y las tías, al principio no se acercó, pero después de unos diez minutos sí lo hizo y hablaron durante un buen rato. Después la acompañaron al baño y, casi inmediatamente, escucharon los gritos, cuando llegaron allí ellas ya no estaban, habían roto el cristal y hasta la ventana y las sacaron por allí.

—¿Y a ninguno se os ocurrió poner hombres en el callejón trasero?

Se miraron unos a los otros.

—No había puerta, Donnan y la única ventana que da al exterior es bastante pequeña, no pensamos que podrían sacarlas por allí.

—Está visto que lo de pensar no va con vosotros, ¿eh? ¡Menudo atajo de imbéciles!

Lenard lo miró serio.

—Tienes razón, hermano, pero cabrearte con ellos no solucionará nada. Vamos allí y analicemos, sobre el terreno, la situación.

Dos horas después estaban de vuelta, no habían descubierto nada, absolutamente nada. Lo único positivo de aquella visita era que había conectado con su compañera, el aroma de ella, débil, estaba todavía en el baño, ese y el de su sangre y eso lo volvió, de nuevo, loco, golpeó la pared y Bento tuvo que sacarlo de allí antes de que se liara a *reformular* el local.

—¡Está viva! La siento en mí, está... ¿furiosa? Sí, creo que esa es la definición correcta, ahora mismo es un manajo de sensaciones, pero lo más importante es que vive y que no está dispuesta a rendirse.

Pero la pequeña satisfacción que le dio el sentirla no era suficiente y dos horas después se sentía frustrado, Keegan no había dado señales de vida, nadie podía encontrar nada y la conexión con Dairine era cada vez más endeble.

La rabia, la impotencia y la furia se apoderaron de él.

—¡Maldita sea, Lenard! No vuelvas a decirme que me calme porque la próxima vez te meteré por el culo el taco del billar.

Tiró, de una patada, la mesa y todo lo que había sobre ella y cuando intentaron sujetarlo gruñó como un animal y se lanzó sobre ellos con los colmillos fuera.

—¡Donnan!

Giró la cabeza y vio a su tía.

—¿Qué mierda estás haciendo? ¿Te vuelves contra tu propia sangre?

Aretha tenía razón, pero estaba desesperado, necesitaba a su compañera, la quería allí, con él y a salvo.

—Ven conmigo, sobrino, tenemos que hablar.

Lo llevó hasta el salón, sirvió, en dos copas, vino Chianti, un vino de su tierra y este, más concretamente, de su finca en Florencia y se sentaron uno frente al otro.

—Cariño, sé que esto es duro para ti. Eres el jefe de nuestro clan, tu deber es proteger a la familia y crees que has fallado al perder a tu compañera en manos de esos hijos de la grandísima madre de moralidad bastante imprecisa.

Sonrió ante las palabras que soltó su tía, sabía que buscaba eso, que se relajara, pero no podía hacerlo.

—Aretha, sé que he fallado y sé, que si le ocurriera algo a Aryana o Dairine, me culparía toda la vida, pero es algo más. Siento que no puedo respirar, me duele, necesito a mi mujer, saber que pueden herirla me está consumiendo por dentro y quiero... gritar, romper cosas, destruir o matar a alguien... estoy... desesperado.

Las manos de la mujer tomaron las suyas con fuerza.

—Donnan, no eres culpable de nada ni has fallado a nadie, métete eso en la cabeza, era cuestión de tiempo que ellos atacaran.

Intentó retirar las manos, sabía lo que ella iba a decir a continuación, pero su tía tenía muchísima fuerza y encima utilizó su magia para detenerlo y dejarlo, de forma momentánea, sin voz.

—Sé que nunca has creído en la profecía, pero esto tenía que suceder. Odias a tu padre porque se rindió, porque no luchó cuando vio morir a tu madre y, a causa de eso, has renunciado a creer y a amar, pero ahora, ahora estás empezando a entenderlo, ¿verdad? Dairine es tu fuerza, tu punto de apoyo, tu esencia, el aire que respiras y sin ella, ¿qué hay?, ¿qué ves en tu futuro?

Cerró los ojos con fuerza y tomó aire.

—Sí, mira en tu interior, sobrino, piensa en tu mujer, en todo lo que has vivido con ella en este corto periodo de tiempo, lo que sentiste la primera vez que la viste, que hace contigo su esencia. Paladea el sabor de su sangre, revive cada sonrisa, cada palabra.

Aquello dolía demasiado, un nudo se le formó en la garganta que le impedía respirar y sus ojos empezaron a picarle.

—¿Cómo es el sabor de su boca?

Su boca era dulce, húmeda y cálida, se perdía en ella cada vez que la besaba, cuando sus labios se juntaban se sentía en otra dimensión, todo a su alrededor desaparecía.

—¿Y el tacto y el aroma de su piel?

Seda, su piel era de seda, suave y ardiente.

—¿Qué sientes cuando te acaricia, cuando se entrega a ti?

Sentía que era el ser más afortunado de este mundo, las manos de Dairine por su cuerpo era la sensación más erótica, caliente y deliciosa que había sentido nunca. Y su entrega lo hacía sentirse pequeño, humilde y honrado, no creía merecer semejante regalo.

—¿Y si no volvieras a sentir, jamás, nada de eso?

Su cuerpo se enfrió, vio... intentó ver un futuro sin ella y no había... nada, todo era negro. ¿Vivir sin oír su voz, sin ver sus sonrisas ni escuchar todos esos apodosos absurdos que le daba? ¿Existir sin volver a tenerla en sus brazos? ¿Sin besarla ni acariciarla? ¿Sin poseerla? Empezó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Estaba escuchando a su corazón y oía, con claridad, que cada latido era por y para ella. Ahora sabía que sin su cuerpo, sus caricias, su risa y su boca no podría vivir... porque ella era el amor de su vida.

Sintió como su tía retiraba las manos y lo dejaba libre.

—Eso, cariño mío, eso es lo que sintió tu padre. Alecia era para Milo lo que Dairine es para ti, Donnan. Ahora que lo sabes, ¿qué piensas hacer, dejar que la furia invada tu cuerpo y nuble tu mente o luchar para recuperarla?

—Nadie me quita lo que es mío, tía y ella es mía, mi mujer, mi compañera y mi amor y no voy a dejar que Keegan me la arrebaté sin luchar, me cueste lo que me cueste.

—Eso es lo que quería escuchar, cielo. Venga, hay mucho que preparar y tus hombres necesitan probarte que están a tu lado, que luchan contigo y tú necesitas demostrarles que eres su jefe, pero también su amigo. Y cielo, no tengas miedo de mostrar tus verdaderos sentimientos ante nosotros, somos tu familia y, hasta que Dairine no aparezca, tu fuerza.



Capítulo 32

¿Cuántas veces le habían dicho que su boca la llevaría a la perdición? Pues a razón de seis o siete al día, todos los malditos años de su vida, pero ¿había hecho caso? No, ni puto caso, por eso se veía como se veía. ¿Dulce ancianita? ¡La madre que la parió! La vampira aquella le había tomado el pelo... ¡qué ironía! Tomarle el pelo en una peluquería, ¡qué fuerte! Ella, muy amablemente por cierto, la ayudó a ir al baño y allí, ¡zas! Tres asquerosos yapestosos bichos de aquellos la habían sacado por una ventana en la que su culo, ¡qué momento más bochornoso, joder!, se quedó atascado y la tuvieron que empujar para sacarla y mira que se resistió, ella, el culo y la jodida ventana, pero al final la habían *desbloqueado* y arrastrado hasta un coche donde la metieron más que a empujones a patadas.

—Dairine, cielo, ¿por qué no te sientas? ¡Me estás mareando con tanta vuelta.

Miró a Aryana, ¿cómo coño podía estar tan tranquila? Parecía que estaba allí esperando el turno para darse algún masaje o tomarse un té.

—Esos de ahí afuera van a flipar cuando venga mi compañero. Les va a

extirpar de cuajo el corazón y se los va a pisotear y te juro que yo le pienso ayudar, de hecho estoy pensando en arrancarle, uno a uno, los pelos a la loca esa y hacerme unas extensiones. Menuda lagarta, como nos ha engañado la muy puerca.

Cuando en una de sus vueltas pasó cerca de la tía, ésta la cogió y la obligó a sentarse en la pequeña cama que había en la habitación, ¿habitación? Aquello era un cuartucho de mala muerte, sin ventanas, con la pintura descascarillada, el piso... el piso era imposible describir de qué material estaba hecho, tenía más mierda que el suelo de un palomar, la cama era estrecha y las sábanas no parecían haber mantenido contacto *carnal* con el jabón en toda su maldita vida. Al fondo había una mesa de estilo *si me pones más de un plato encima me vuelvo plegable* y dos sillas que deberían prohibir todas las instituciones sanitarias, eras capaz de pillar veinticinco infecciones si te sentabas en ellas.

—¿Te has tomado una tila o te has chutado un ansiolítico?

La mujer le sonrió y le apretó la mano con suavidad.

—No, estoy tan preocupada e intranquila como tú, pero que desgastes el suelo no te va a tranquilizar.

Soltó un bufido.

—Por eso no sufras, es más probable que me quede pegada a él a que lo pula un poco.

La mujer le sonrió.

—Te estás tomando esto bastante bien considerando que estamos en manos del mayor enemigo de nuestra familia.

¿Aquello era para tranquilizarla? Porque estaba teniendo el efecto contrario. Tomó el colgante, de nuevo, entre sus dedos y lo acarició, necesitaba ese contacto para sentirse un poco más tranquila.

—¿Quieres acojonarme? No, no me lo estoy tomando bien. Quiero irme de aquí, quiero creer que esto es una pesadilla, estoy aterrada.

Su barbilla empezó a temblarle.

—Y quiero a Donnan conmigo. ¡Dios! Estoy segura de que cuando venga y nos salve, porque lo hará, me va a dar una tunda, ¿por qué no le hice caso? Se va a poner como una moto, ya me lo imagino, *¡te lo dije, micina! Pero*

¿me hiciste caso, dolcezza? No, pues ahora vas a probar que mi mano es el complemento idóneo para tu culo, cuando acabe contigo vas a parecer prima hermana de un babuino.

Aryana empezó a reír.

—Eres perfecta para él, vais a ser muy felices, cariño, muy felices.

—Eso si escapamos de aquí, porque como no lo hagamos los únicos felices van a ser los apestosos estos.

Durante unos minutos se mantuvieron en silencio, miró fijamente a la mujer, estaba serena o lo aparentaba, no se había despeinado ni uno de sus rojos cabellos, en cambio, los suyos, estaba segura que parecerían la melena de un león. ¿Y la ropa? los pantalones negros que llevaba estaban limpios, impolutos, la camisa gris perla, igual, hasta el pañuelo que llevaba al cuello con aquel precioso broche dorado estaban bien colocados. Se echó un vistazo, ella tenía un desgarrón en la blusa, los pantalones parecían haber participado en un campeonato de paintball y a uno de sus zapatos se le había roto el tacón, ¡estaba hecha un cromo!

La puerta se abrió en ese momento y entró un hombre, ¿o era un vampiro?, muy alto, más delgado que un espagueti sin cocer, de pelo gris oscuro, unos labios gordezuelos... ¡menudos morritos tenía!, ojos de color negro y más blanco que la barriga de un oso panda.

—¡Hola, Aryana!

—¡Keegan, muchas gracias por tu *amable* invitación!

Se quedó mirando al vampiro embobada. ¿Ese era Keegan? ¡Pero si tenía media hostia de su compañero!

—Y tú debes ser la mujer de Donnan, ¿cierto?

—No, soy su tía de las Islas Caimán que ha venido de visita, ¡no te jode!

El tipo aquel sonrío con ironía.

—Tienes una lengua bastante afilada, una mente ágil y un humor bastante agudo. Donnan debe estar encantado contigo. Tal vez se alegre de que te haya arrebatado de su lado.

—O tal vez se alegre de arrancarte los colmillos de una patada y hacer estofado de murciélago contigo, ¿se lo preguntamos, sanguijuela esmirriada?

—Es una vaca insolente, Keegan, deja que me encargue de ella.

¡La que faltaba! En el marco de la puerta estaba la tal Nydia, ahora con su aspecto real, y mirándola con asco y odio, ¿pero qué coño le había hecho ella a la cerda esa para que la mirara así?

—¡Ostra puta! No te había reconocido después de hacerte el lifting, pues déjame decirte que deberías demandar al cirujano, menudo bodrio ha hecho contigo.

La vampira aquella se lanzó contra ella, pero algo la detuvo, miró hacia Keegan, ¿la había detenido con algún truco mental?

—¡No te atrevas a ponerle un dedo encima a mi sobrina, Nydia!

Pues no, el asqueroso aquel no había hecho nada por detener el ataque, había sido Aryana.

—No eres rival para mí, bruja del demonio.

—No, lo sé, doblas mi fuerza y tienes más mala leche que yo, pero te sorprenderías de ver lo que puede hacer una persona por proteger a los que más quiere, algo que tú ignoras, ¿verdad?

—¡Basta de cháchara!

¡Joder! El tipo aquel no aparentaba el vozarrón que tenía ni la mala uva. Los ojos se le pusieron rojos, casi negros y los colmillos le crecieron tanto que parecían los de un elefante, ¡madre mía que pedazo de bestia! Ahora sí que empezó a ponerse nerviosa.

—Lárgate de aquí ahora mismo, Nydia y recuerda que el que manda aquí soy yo.

La «patas-largas» aquella salió refunfuñando y mirándolas con tanto odio que la hizo estremecer.

—Bien y ahora que estamos solos, hablemos. Aryana, sabes porque estáis aquí, ¿de verdad piensas que podéis destruirme?

La mujer se levantó y se plantó ante él.

—No lo pienso, lo sé.

Keegan extendió la mano y acarició la mejilla de la mujer.

—¿Es eso, en realidad, lo que quieres? Recuerdo, hace muchos, muchos años, cuando lo único que querías era a mí, te morías y suplicabas por mis besos, nunca te saciabas de ellos.

¿¡Qué!?! ¿De qué coño estaba hablando el vampiro aquel? Miró a la tía, tenía los ojos cerrados y a pesar de que no parecía disfrutar de la caricia tampoco se apartaba, ¿estaba en shock? ¿le había hecho algún truco mental?

Aryana soltó un suspiro, alzó la mano derecha y le soltó un pedazo de bofetón a Keegan que le hizo dar un par de pasos atrás.

—Sí, es cierto. Hace años fuiste mi amor y lo habría dado todo por ti, habría hecho cualquier cosa que me pidieras, pero fue justo antes de descubrir la clase de bestia que eres y hasta donde puedes llegar por tu maldito orgullo.

El tipo sonrió.

—¿Aún sigues celosa por lo de Alecia?

Si entrara por allí, en ese momento, un unicornio con un bikini a rayas se sorprendería menos que con lo que estaba escuchando.

—¿Pero cómo puedes ser tan hijo de puta?

¡Joder, con la *tiita*! Y eso que esta, de las dos hermanas, era la más dulce, si le hubiera dicho algo así a Aretha estaba segura que la mujer le hubiera dado una patada en la entrepierna y se la habría dejado a la altura de la frente.

—No te enojas, preciosa. No entiendo cómo puedes seguir tan cabreada después de tantísimos años. No te importaba compartirme con Aretha, es más, lo disfrutábamos los tres.

¡Que alguien le recogiera la mandíbula del suelo! ¿Aretha y Aryana haciendo tríos con el vampiro borde? ¿Con el asesino de su hermana y su cuñado? ¿Dónde cojones estaba la cámara oculta?

—Eres un cerdo, Keegan. No estoy enfadada, estoy asqueada y me odio por haberte amado una vez, pero descubrí como eras, hasta donde podías llegar y el daño que eras capaz de hacer por tu maldito ego y tu vanidad herida.

¡Madre mía! Aquello era un dramón, esto lo pillaba Quentin Tarantino y hacía un pelicolón ganador, al menos, de doce estatuillas de esas del «tito Oscar».

—Bien, querida, sigue odiándome, pero tanto tú como yo sabemos que, si ahora mismo te besara, caerías rendida a mis pies.

—O estaría vomitando el resto de mi vida.

Agradecía estar sentada, aunque luego, al levantarse, tuviese que

despegarse las sábanas con una espátula, porque aquello era para caerse de culo y cada vez se volvía más interesante, lástima no tener un paquete de palomitas y unas gafas en 3D.

—Pero vamos a dejar esta conversación para más adelante. Ahora, lo que me interesa, es atraer a tu sobrino hacia su compañera. Quiero mirarlo a los ojos mientras la mato frente a él.

¡Hala, a la mierda la película! Aquella parte del guion era un puto asco.

Se levantó y se acercó a la pareja.

—Digo yo, si eres tan machote y valiente porque no, simplemente, acabas conmigo aquí y dejas en paz a Donnan, total, si me matas la profecía no se cumplirá, ¿verdad?

La sonrisa de él fue de oreja a oreja.

—Eso sería lo más fácil, ¿no? Sin embargo hay un pequeño fallo en tu plan, yo quiero matar a ese hijo de perra, pero antes quiero verlo sufrir, quiero destruirlo igual que a su padre, que se arrodille a mis pies.

Aryana soltó un grito.

—Creo que tienes la mente confundida, Keegan, no fue eso lo que sucedió en realidad, Milo no se arrodilló ante ti, gilipollas, se postró ante su mujer, la abrazó y se entregó a ella... más allá de la muerte y tú, como el cerdo cobarde que eres, lo mataste a traición.

La bofetada mandó a la mujer a la cama y ella empezó a ver todo rojo.

—¡Serás cabrón! ¿Te atreves con una mujer? Ahora lo entiendo, mujeres, niños y hombres arrodillados, aparte de cobarde está claro que no tienes pelotas.

¡Zas! Ya estaban las dos en la cama, ¡coño con el dentado! Estaba claro que tenía la mano demasiado suelta.

—Podéis aprovechar para despediros porque tú, Dairine, no volverás a ver otro día y tú, cariño... a ti puede que te conserve un tiempo, podemos pasarlo muy bien los dos, estoy seguro de ello, hasta podemos invitar a Aretha para que se nos una, ¿verdad?

Echó a andar hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y las miró.

—O tal vez... sí, tal vez lo obligue a elegir a quien quiere ver morir primero ¿Qué os parece?

¡Maldito cerdo! Lástima no tener unos cuantos cuchillos a mano y poder lanzárselos, claro que, con su puntería, lo mismo se amputaba un dedo antes que cargarse al capullo aquel.

Se levantó de la cama y se arrodilló frente a Aryana que tenía la cara escondida entre las manos.

—¿Te duele?

Ella contestó sin descubrirse.

—Estoy... avergonzada. No entiendo como pude amarlo una vez, como creí cada una de sus mentiras.

Le acarició los brazos con ternura.

—No podemos elegir de quien nos enamoramos, Aryana, pero sí a quien apartar de nuestra vida si nos hace daño.

La mujer la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Sabes lo difícil que es vivir con el dolor y la angustia de haber amado al ser que destruyó a mi familia? Cada día de mi vida me he arrepentido, he maldecido su nombre miles de veces y he deseado... su muerte.

—Puedo imaginármelo. Donnan y Lenard, ¿lo saben?

Por la cara de terror que puso supo que no antes de que contestara.

—¡No! ¿Cómo crees que podría decirles algo semejante? Me hubiesen odiado y yo... yo los quiero como si fuesen mis propios hijos, no podría ver el desprecio en sus miradas.

Se levantó y se sentó al lado de la mujer.

—Aretha, ¿también lo amaba?

Aryana soltó un largo suspiro.

—Sí. Dairine. Cielo, sé que es difícil de creer y más complicado, para mí, explicarlo.

—No es necesario que lo hagas.

—Sí, es algo inevitable, Keegan puede decírselo a mis sobrinos y tú debes saber la verdad para poder explicársela.

—Eso no será necesario, tía, podrás contárselo tú cuando todo pase, además, no es que, según el cerdo este, yo tenga mucho futuro por delante.

—Este habla mucho, ahora queda comprobar si algo de lo que sale por su boca se hará realidad. Pero de todas formas quiero contártelo. Primero tienes que entender como éramos. Alecia era una combinación de Aretha y mía, dulce y fuerte, valiente y tímida. Era muy especial y, a pesar de estar tan unidas, daba la sensación de que podría vivir sin nosotras; en cambio, Aretha y yo nos necesitábamos, dependíamos una de la otra, nos complementábamos, ¿lo entiendes?

Comprendía, a la perfección, lo que quería decir.

—Lo hacíamos todo juntas mientras que Alecia era más independiente. Un año antes de que Milo apareciera en nuestras vidas Aretha conoció a Keegan, me lo presentó y surgió la chispa... entre los tres.

Sabía que tenía la boca abierta, pero es que no podía estar más sorprendida, había leído cantidad de libros sobre tríos, pero nunca había conocido a nadie que... bueno, los hiciera.

—Mi hermana y yo nos enamoramos de él, pero creo que Keegan solo sentía deseo. Dairine... yo nunca, en fin, Aretha y yo siempre hemos compartido a nuestros hombres.

La mujer se puso colorada y ella la superó en un par de tonos, pero tenía que intentar que se sintiera cómoda, que viera que no la juzgaba, no había nada raro en disfrutar su sexualidad como a ellas les apeteciera.

—Aryana, no tienes que avergonzarte, ni yo ni nadie tiene que opinar ni valorar lo que haces con tu vida.

—No me siento mal por eso, es que... me cuesta hablar de ello. Bien, durante un año todo fue estupendamente, pero cuando Keegan conoció a Alecia, se encaprichó y creo que, con cada desprecio de ella, él la deseaba más y cuando apareció Milo, al que él ya conocía y odiaba, todo se desató. Enloqueció cuando descubrió que se habían emparejado y esa noche... fue horrible, nunca me había sentido tan ultrajada y humillada. Lo que nos hizo a mi hermana y a mí...

La mujer empezó a llorar.

—Déjalo, Aryana, por favor.

—Él... él nos ató y abusó de nosotras y después observó mientras... varios de sus hombres... nos violaban. Echó algo a nuestras bebidas que inutilizó nuestros poderes, nos dejó indefensas. Estaba enloquecido, quería castigarnos

por perderla a ella, fue denigrante y humillante. Aretha y yo nos juramos no contar lo que pasó y no volvimos a verlo... hasta la noche que mató a mi hermana y a Milo y marcó a nuestros sobrinos. Dairine, nosotras... nosotras somos las culpables, somos las que trajimos a ese monstruo a nuestra familia.

La abrazó con fuerza y lloró con ella y se juró que Keegan pagaría por todo lo que había hecho.



Capítulo 33

La noche había caído y no había señales ni de su mujer ni de su tía y ningún mensaje de Keegan. Sus hombres habían recorrido la ciudad y no habían encontrado a ni un solo grupo de los Alvise, ¿para qué iban a salir si ya tenían lo que querían, no? Sujetó, con más fuerza, el pañuelo de ella y volvió a respirar su aroma.

—¿Dónde estás, *micina*? ¡No puedo perderte, cariño, no puedo! Tengo que decirte tantas cosas, he sido tan imbécil y he estado tan ciego...

La puerta de su apartamento se abrió con violencia y apareció Lenard.

—Donnan, tenemos a uno de ellos, ha venido a traer un mensaje.

Nunca se había movido más rápido, en segundos estaba en el salón y al ver al vampiro que Keegan había mandado sabía que lo había hecho convencido de que no saldría vivo de la mansión. Estaba casi consumido, pálido y ojeroso. Se acercó hasta él, lo cogió con una mano del jersey que llevaba y lo alzó.

—¿Dónde está mi mujer?

Él pobre idiota lo miró con los ojos desorbitados.

—No... no lo sé, Nydia... fue al apartamento donde vivo, me dio esta dirección y me dio un mensaje para... Donnan.

—¿Qué mensaje?

Lo zarandó con fuerza, no pesaría ni cincuenta kilos.

—Lo... lo llevo en el bolsillo.

Lo dejó caer y el Alvise rebuscó en sus pantalones y le dio un trozo de papel doblado. Cuando terminó de leer las pocas líneas que habían escritas se lanzó sobre el vampiro, si su hermano y Bento no lo hubieran detenido le habría arrancado la cabeza de un solo golpe.

—Déjalo, Donnan, él tan solo es el mensajero.

—¿Dónde os reunís habitualmente?

—En... el cementerio de Graceland, pero no sé dónde vive Keegan, se lo juro, se... se rumorea que tiene una casa en la avenida Montrose, cerca... del puerto.

¿¡Qué!?

—*¡Dairine, frío, rrr, calabozo, frío!*

—¡Me cago en el puto loro!

—¿Crees que... es posible que Nico... lo intuya? ¡Joder, esto es increíble!

Miró a su hermano, ¡ya no sabía ni que creer!

—No lo sé, Lenard. Bento, saca a esta escoria de la casa.

Su amigo se encargó de sacar al asustado vampiro de allí y él se dirigió hacia la barra al final del salón y se sirvió un whisky que se bebió de un solo trago.

—¿Qué dice la nota, Donnan?

Abrió el puño y le entregó el papel arrugado a su hermano.

—«*Si quieres despedirte de tu compañera y de tu tía ven, a las doce en punto, al faro de Montrose. La historia se repite, Bellardi, volverás a ver morir a parte de tu familia, ¿crees que podrás resistirlo?*». ¡Hijo de puta!

—¡Es un cabrón y está enfermo!

Levantó la cabeza y miró a Bento que entraba en ese momento, había

escuchado lo que Lenard había leído y estaba tan indignado como ellos.

—Es una trampa, lo sabes ¿verdad?

Sonrió con ironía.

—Por supuesto que es una trampa, Keegan es, a pesar de su fuerza, un maldito cobarde, se presentará acompañado de todos los suyos, pero sabe que iré, tiene a lo que más quiero en mi vida en su poder.

—Iremos todos, esto es un asunto del clan, Donnan. Dairine es mi hermana y la compañera de uno de los líderes y Aryana nuestra tía, la mujer que nos crio, no solo a nosotros, también a una gran parte de esta familia.

—Y los problemas de la familia se resuelven con ella, sobrino.

Sus ojos se clavaron en Aretha, vestía toda de negro y se mantenía erguida en una pose claramente desafiante.

—Tía, ¿no pensarás venir, verdad?

—Nuestro destino se forjó hace muchos siglos, podemos luchar, resistirnos e intentar cambiarlo, pero lo que está por venir estaba escrito mucho tiempo atrás. Pero hay algo que no sabéis nadie de este clan, ni tampoco los Alvis, Adara, la bruja, no le contó toda la profecía a Keegan, sólo lo que él *necesitaba* escuchar.

¡Ya estaba tardando en salir el jodido tema! Pero, por primera vez, dudó, ¿y si hubiese algo de verdad en ella?

—¿Qué quieres decir?

Su hermano se adelantó a preguntar.

—Simplemente que Keegan no tiene todos los datos, tan solo sabe que en cuanto aparezcan vuestras compañeras su vida corre peligro, pero hay más, algo que ignora y que nos da ventaja.

Miró a su tía, a su hermano, a Bento y de nuevo a Aretha, ¿pensaba hablar o es que había que sacar algún tipo de abono o algo parecido?. Cuando, después de unos largos segundos, ella siguió sin hablar optó por preguntar.

—¿Y piensas decírnoslo o lo tenemos que adivinar?

—Digamos que las cosas están siguiendo su curso. Pero lo importante es organizarnos para la reunión de esta noche. Hay que avisar a todo el clan.

Cómo estaba claro que ella no iba a decir nada más, cuando se cerraba en

banda intentar sacarle las cosas era como intentar exprimir un coco, lo mejor era empezar a elaborar un plan para el rescate de Dairine y Aryana.

La noche era fría y húmeda, estaban a mediados de abril y la temperatura rondaría los dos grados y la ligera lluvia que caía calaba hasta los huesos.

Cuando llegaron al punto de encuentro, unos minutos antes de la hora convenida, no se veía a nadie, pero sabía que no estaban solos, los Alvise estaban ocultos y no aparecerían hasta que lo hiciera su amo.

Todos le habían aconsejado mantenerse firme, no dejarle ver a Keegan su nerviosismo, su dolor, viera lo que viera debería hacer como si no le afectara, darle, al imbécil aquel, las mínimas pistas posibles del daño que le estaba causando, pero cuando vio bajar del coche a su compañera, sin esposas, pero con un collar al cuello de pinchos, con estos vueltos hacía adentro, clavándose en su piel y llevada de una cadena por la cerda de Nydia, con la ropa sucia y desgarrada, todo su cuerpo se tensó y deseó desgarrar a todos aquellos seres en mil pedazos ¡y a la mierda el maldito plan! No podía ver a su mujer así, ella era su punto débil, sintió sus colmillos crecer y empezó a ver todo rojo. Lenard le puso la mano en el hombro y se lo apretó con fuerza.

—¡Cálmate! Está provocándote, intenta hacerte daño a ti y humillarla a ella, pero mírala, mira a tu compañera a los ojos y verás que el único humillado es él. Siéntete orgulloso de Dairine.

Con un ligero movimiento apartó la mano de su hermano de él, miró a su mujer, se detuvo unos segundos en los hilillos de sangre que ya corrían por su cuello y luego subió hasta su cara, se mantenía erguida y lo miraba con miedo sí, pero también con ternura, esperanza y confianza. Confiaba en él y eso se filtró en su alma y se grabó en su corazón.

Justo detrás salió Aryana, tratada de la misma forma y, cerrando el séquito, Keegan. Se plantaron a unos diez metros de ellos, frente a frente, unos cien Alvise se hicieron presentes en ese momento, pero sabía que más de ellos seguían ocultándose, alzó su mano y, de entre las sombras, aparecieron sus guerreros, unos cincuenta dieron la cara y otros tantos esperaban más allá, haciendo lo mismo que sus enemigos, esperar y ocultarse.

—¡Bueno, bueno, bueno, Donnan, de nuevo estamos frente a frente y, de nuevo, tengo en mis manos las vidas de personas a las que quieres! ¿Cómo crees que podríamos solucionar esto? Porque me imagino que no querrás que acabe como la otra vez, ¿verdad?

—Esto sí que es nuevo, ¿me das opciones, en serio? Me quieres a mí, ¿no?, deja libres a mi mujer y a mi tía y me tendrás.

—¿Crees que el vampiro desnatado este quiere un trato, cielo? ¡No lo escuches!

Un tirón seco que desgarró algo más su garganta fue lo único que hizo callar a Dairine y él tuvo que ser retenido, por segunda vez, por su hermano y Bento.

Aprovechando que todo el mundo estaba amenazándose, Aretha se situó delante del grupo y miró con fijeza a Keegan.

—¡Basta ya! Tú no quieres ningún acuerdo.

Vio a su compañera erguirse, decidida a contestar y corroborar las palabras de su tía, ¡por Dios, que no lo hiciera! No quería verla más lastimada.

—Pues claro que no lo quiere, de hecho va a matarnos a todos, pero pretende... ¡ay! Si vuelves a darme otro tirón te arranco los colmillos y me hago un abrelatas con ellos.

Aryana sujetó a Dairine que se había lanzado, con las manos por delante, a hacer realidad su amenaza e ir a por Nydia.

—Cariño, déjala, solo conseguirás hacerte más daño tú.

Con todo el guirigay Aretha aprovechó para acercarse más a Keegan.

—Di tus condiciones o lo que pretendes hacer, pero dilo pronto, los nervios se están colmando y esto puede convertirse en una batalla campal, algo que no conviene a nadie.

Miró a su tía, a él le hervía la sangre, se le nublaba la mente y veía todo más que rojo, negro y ella, ella se mantenía serena, mostrando más frialdad que ninguno de los presentes, ¿qué sabía que todos ellos ignoraban?

—Sigues estando hermosa y, como siempre, intentando imponer tu estilo, Aretha. Me gusta tu nuevo color de pelo, estás fascinante.

—Y tú igual de cobarde. Y ahora que ya nos hemos piropeado, pasemos a lo importante. ¿Por qué no sueltas a las dos mujeres y, por una vez en tu vida, actúas como un verdadero macho y te enfrentas a mi sobrino?

El vampiro echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada.

—¿Y eso que tendría de interesante? No, yo deseo verlo sufrir, pretendo volver a desgarrarle el alma y que se le retuerzan las tripas. Quiero escuchar

sus gritos e insultos cuando vea morir a su mujer. Ver sus putas lágrimas y después, después le arrancaré el corazón.

—Siempre has tenido un puntito sádico, Keegan, eres cruel y despiadado y no dudo que te encantaría ver todo eso, tal vez hasta tengas un maldito orgasmo viéndolo. Está bien, si esas son tus opciones no nos queda otra que aceptar, ¿no?

Miró a su tía con los ojos desorbitados, ¿¡qué!? No, él no aceptaba nada, iba a luchar por su compañera y a destrozar a aquel idiota de una vez por todas.

Aretha se dio la vuelta y se dirigió hacia ellos, pero cuando apenas le quedaban dos pasos volvió a girarse, su pelo parecía flotar detrás de ella, estaba tensa, sus manos parecían dos garras y había visto como se le oscurecían los ojos, no, su tía no estaba aceptando nada y sus siguientes palabras se lo confirmaron.

—Pero hay algo que deberías saber, Keegan, antes de lanzarte a una lucha comprueba el campo de batalla, observa a tus enemigos, estudia sus tácticas, ve siempre un paso más adelante y nunca dejes de mirar atrás, no sabes quién puede atacarte por la espalda.

¡Joder! Hasta él tenía que darle la razón. Lenard se lo quedó mirando y le preguntó si sabía que tramaba la mujer. Pero sólo pudo murmurarle un «ni idea»

—¿Eres estratega militar?

—No, Keegan, simplemente soy una bruja. Pero me gustaría hacerte una pregunta, cuando Adara te contó lo de la profecía, ¿crees que te lo dijo todo?

—¿Tú que piensas? No tenía otra opción, Aretha, la maldita bruja sabía que si no me lo contaba la mataría.

—Sí, es cierto, pero plantéate esto, ella sabía que iba a morir, entonces, ¿por qué decírtelo todo, no?

Los ojos del vampiro se volvieron rojos, sus colmillos se extendieron y lanzó un grito.

—Donnan, Lenard, mandad a nuestros chicos a que salgan.

No sabía lo que tramaba su tía, pero era mejor hacerle caso, además se estaba impacientando, el aroma de la esencia de su compañera, combinado

con el miedo estaban haciendo estragos con su mente y su corazón.

Lenard alzó la mano, era la señal convenida. Los vampiros formaron detrás de ellos haciendo una barrera, los Alvises aparecieron también en ese momento y era más que evidente que había muchos más de ellos, pero eso no le inquietaba.

—Bueno, querida Aretha, ¿y ahora qué?

—¡Y ahora vas a morir diseccionado, capullo!

¡Dios! Su mujer era todo un temperamento y no podía mantener la boca cerrada. Cuando la escuchó gritar por el nuevo tirón de Nydia a su cadena se desató toda su furia.

Echó a correr hacia ella y la mujer vampiro aprovechó para lastimar de nuevo a Dairine, escuchó los gritos y el sonido detrás de él, pero siguió avanzando y justo antes de llegar a ella, Keegan se interpuso en su camino, se lanzó sobre él dispuesto a matarlo y terminar, de una vez por todas, con aquella bestia.

Lo golpeó en la cara pero él ni se inmutó y devolvió el golpe, escuchaba gritar a su compañera, sabía que tenía que ir a por ella, pero no podía dejar de patear a Keegan, no podía permitir que saliera vivo y que volviera, de nuevo, a por Dairine. Lo agarró del cuello con las dos manos y presionó con fuerza, las uñas del vampiro se clavaron en su mejilla pero no por eso lo liberó y dejó de apretar con fuerza, la sangre le corría por la cara y goteaba por su barbilla y aun así siguió cortándole la respiración e intentando quebrar su garganta.

—¡Mátala, Nydia, mátala de una puta vez!

¡Maldito cabrón! Era un cobarde, se veía perdido y atacaba dónde sabía que más iba a doler, no iba a consentir que aquel canalla se saliera con la suya.

—¡No!

Soltó las manos al mismo tiempo que gritó desesperadamente y, apartando de un empujón a Keegan, corrió hacia ella, tenía que llegar a tiempo antes de que la loca aquella cumpliera la orden que le había dado aquel malnacido, no podía perderla, eso era inconcebible.

Nydia, que hasta ese momento había sujetado con las cadenas a las dos, soltó a Aryana para cumplir el mandato de su compañero. Aretha se dirigió hacia Keegan, todo parecía transcurrir, a su alrededor, a cámara lenta, podía

ver, oír y sentir lo que ocurría aunque estuviera centrado en su compañera.

—¡Suéltame, maldita sea! ¡Ojalá que un burro orine tus cenizas, perra del demonio!.

Dairine sujetaba el collar de su cuello con fuerza, intentando que no se clavara más en su carne, momento que Aryana, ahora libre, aprovechó para lanzarse sobre Nydia, las dos cayeron al suelo y rodaron durante unos segundos.

—¿Crees que puedes conmigo, vieja bruja?

—Habló aquí la quinceañera, ¡no te jode!.

Esa forma de hablar de su tía tenía que habersele pegado, sin ninguna duda, de su compañera, ella era siempre más prudente y tranquila.

La mujer vampiro aprovechó, uno de los giros, para situarse sobre Aryana y con los colmillos extendidos lanzarse sobre su cuello, desgarrándoselo por la fuerza del mordisco.

—¡Ayúdala, Donnan, ayuda a tu tía, yo estoy bien!

Se había arrodillado frente a Dairine cuando escuchó un alarido, volvió la cabeza y clavó la vista en las dos mujeres, en especial en la cara asombrada de la vampiro, estaba estática, seguro que Aryana le había echado alguno de sus hechizos para inmovilizarla.

—¿Y ahora qué opinas de la bruja, «jovencita»?

Nydia se llevó la mano al pecho y miró asombrada la sangre que manaba de él.

—¿Có...cómo cojones lo has hecho? Te...tenías que morir, ¡maldita sea! Tenías... que mo...rir tú, no yo, yo...no.

El cuello desgarrado de Aryana no dejaba de manar sangre, estaba pálida y parecía perder las fuerzas por segundos, pero aun así consiguió hablar.

—Y lo haré, pero no lo haré so...la, Nydia, te vendrás conmigo, es hora de... que pagues por una par...te de tus—Aryana tosió y la sangre salió a borbotones por su cuello—maldades, una vida... por otra... estamos... en paz, al fin estamos en paz y mi deuda está... saldada.

Nydia volvió a gritar y desapareció convertida en cenizas. ¿Cómo cojones había logrado su tía acabar con la arpía aquella?

Arrancó el dañino collar del cuello de su compañera y la abrazó con fuerza.

—¡*Micina*, te tengo, cariño mío, te tengo!

—¡Oh Dios, oh Dios!

El cuerpo de su mujer se retorció e intentaba apartarse de sus brazos, ¡no, nunca más! Pero ella luchó con más fuerza y en cuanto se vio libre echó a correr hacia el cuerpo inerte de su tía.

—¿Aryana, me oyes?

Se agachó a su lado, Dairine lloraba mientras abrazaba con fuerza a la mujer.

—Sí, cariño. La he matado... yo la he ma... tado, mi hermana... descansa, al fin, en paz, he ven... gado su muerte y puedo reunirme... con ella.

Escuchó las palabras de su tía junto a los sollozos desgarrados de su mujer. Aryana, con mucho esfuerzo, levantó la mano y acarició la mejilla de Dairine.

—¡No llores, niña! Todo está bien, de verdad.

—¡Y una mierda está bien! ¡Mata a ese degenerado, Donnan, mávalo y manda sus cenizas a un puto vertedero.

—Se ha ido, cariño, en cuanto ha visto que mi sobrino te tenía y que Nydia moría se ha largado como el cobarde que es.

Observó detrás de Aretha y efectivamente, el cerdo aquel había vuelto a escapar dejando detrás de sí a varios de los suyos reducidos a cenizas y a la que, hasta ese momento, había sido su compañera. Nada le importaba salvo él mismo y su seguridad y viendo que su plan había fracasado había optado por salir por patas.



Capítulo 34

Le dolían todos los músculos del cuerpo y su garganta no dejaba de latirle, parecía que tenía allí dentro a todo un gimnasio al completo haciendo zumba. Donnan la había puesto en su regazo nada más entrar al coche, la abrazaba con fuerza y le susurraba palabras dulces, ¡sí que estaba acojonado, sí! Podía jurar que había escuchado un «mi amor» y todo, debía de tener miedo de que se cumpliera, al final, la maldita profecía o de perder a su tía.

Cuando llegaron a la casa, y a pesar de que le dijo que se sentía mejor, él no consintió en dejarla, la llevó en brazos hasta la sala que tenían dispuesta para las emergencias. Allí ya estaba Umeko atendiendo a Aryana.

—Cariño, de verdad que estoy bien, deja que vaya a ver a tu tía, además tú también estás herido y no veo yo que te preocupes mucho, ¿no?.

—La verás luego, primero deja que te mire bien el cuello y vea si se está curando, lo mío no es nada y ya estoy acostumbrado a llevarme algún que otro zarpazo.

Muy dulce y cariñoso, pero ella necesitaba ver que la tía estaba bien, había

pasado estas últimas horas con ella y conversado mucho, sabía que, con todo lo ocurrido, debía de sentirse muy mal y no solo físicamente. Cuando la dejó en la camilla aprovechó para bajarse por el otro lado y acercarse a la de Aryana. Cuando ella la vio la cogió de la mano y se la apretó muy, muy suavemente.

—Cúidalo, cariño y hazlo rabiarse, no... no dejes que siga siendo un gru... ñón y un estirado, ¿entendido? Y sed muy felices. Pro... prométeme que irás a por Lynae... ella está en pe... ligro. Keegan irá a por ella, tú y mi hermana... tenéis que velar porque se cumpla la pro... fecia.

La respiración de la mujer se volvió brusca y ronca. Aretha se inclinó hacia ella, le acarició la cara y le susurró unas palabras en el oído que hicieron sonreír a la mujer.

Donnan la abrazó por detrás y le dio un beso en el cuello.

—¿No vas a obedecerme nunca, *dolcezza*?

Giró la cabeza y lo vio mirándola fijamente con ¿ternura?

—Cuando tengas razón... a lo mejor.

Se volvió al oír las palabras de Aretha.

—¡Descansa, hermana!

—¡Nooo, no, no puede morir!

Se abalanzó sobre el cuerpo de Aryana y le cogió la cara entre las manos.

—¡Esto no es lo que hablamos, tía! ¡Por favor, no puedes irte, me dijiste que no lo harías, que tenías mucho por hacer y no nos dejarías hasta terminarlo! Tenemos que castrar al vampiro desnatado de Keegan, ¡coño!

Aretha la apartó con suavidad y se la entregó a los brazos abiertos de Donnan.

—Todavía está viva, cielo, pero déjame que me despida de ella a solas y vete con tu compañero, deja que cuide de ti, lo necesita Dairine, está deseando asegurarse que estás bien y decirte... muchas cosas, venga, yo te llamaré si hay algún cambio.

Dejó que su compañero la tomara en sus brazos y la subiera así hasta su apartamento. Al llegar allí se dirigió al sofá y se sentó con ella en el regazo, abrazándola con fuerza.

—No sufras por ella, Dairine, ya verás cómo sale adelante.

Volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Donnan.

—¿Crees que me chupo el dedo? Tiene la garganta destrozada, no... no para de sangrar y Umeko no puede hacer nada por ella. He visto como os mirabais todos, no trates de engañarme, ¿entendido?

Él le acarició la mejilla con suavidad.

—Aryana y Aretha llevan juntas siempre, desde antes de nacer, necesitan despedirse a solas, *micina*, ellas necesitan decirse muchas cosas. ¿Sabes algo, cariño? esta noche, por primera vez en mi vida, he creído en la puta profecía.

Lo besó en el cuello y su aroma le llenó las fosas nasales, lo necesitaba, quería, deseaba su sangre, sus colmillos se extendieron deseosos de hincarse en esa vena que latía diciendo su nombre, bueno no lo decía aunque para ella era como si lo hiciese, pero antes de dedicarse a hacerle una «cata» ellos también tenían que hablar.

—¿Crees en la profecía?

—Sí, creo en ella porque creo en ti, en lo que eres para mí.

—¡Oh, eso, eso es muy bonito, cielo! Pero tienes que creer por ellas, por tus tías, Donnan, de verdad. No te imaginas lo que han sufrido, todo lo que hacen para poder conseguir derrotar a Keegan.

Se removió inquieta.

—¡Es un monstruo!

—¿Crees que no lo sé, Dairine?

—No, tú eres el que no te das una idea. El tipo está como un cencerro. No es que no haya nadie a los mandos en su cabezón, es que hay un maldito psicópata, uno que ha tenido que fumarse los porros en papel de periódico y la tinta le está dejando los sesos resecos.

—¡Cariño...!

Le puso la mano en el pecho, él tenía que entender a quién se enfrentaban.

—No va a parar hasta destrozarnos a todos o hasta que nosotros lo hagamos con él.

Donnan la miró muy serio.

—¿Qué te ha hecho? ¿Te ha tocado? ¿Te... te ha violado? Porque si es así iré a por él y no pararé hasta encontrarlo, juro por lo más sagrado que

revolveré hasta debajo de las piedras, con mis propias manos, hasta encontrarlo y darle la muerte más dolorosa de la que se tenga oídas. Nadie te toca y, mucho menos, nadie te hace daño. ¡Dime la verdad, *micina*!

Le acarició la mejilla con suavidad, intentando calmarle y él se frotó contra su mano, como si necesitara de su calor, de sus caricias.

—¡Mi machoman colmilludo! No, cielo, no me ha tocado. Es algo que hizo en el pasado, pero no me corresponde a mí decirlo, son ellas, tus tías, las que tienen que contarlo.

La abrazó con fuerza y ella ahogó un bostezo.

—Estás agotada, ven, te ayudaré a quitarte esa ropa y a darte un baño. Luego descansarás. Ya hablaremos más tarde.

Una hora después, totalmente limpia y «alimentada», estaba en la cama, entre los brazos de su compañero que no dejaba de acariciarla y besarla.

—Nunca había tenido tanto miedo, Dairine, como hoy. Jamás había estado tan aterrorizado y me había sentido tan impotente.

—Yo también tenía miedo, Donnan, pero confiaba en ti, sabía que vendrías a por mí.

Notó un ligero temblor en el cuerpo de él.

—Eso todavía me da más miedo, *micina*, tu fe ciega en mí ¿Qué he hecho para merecerla? Soy un vampiro, un bruto que te ha arrastrado a su mundo, que te ha lanzado en medio de una guerra entre dos clanes. Te he exigido y obligado a aceptarme.

Suspiró emocionada, besó su pecho y fue deslizándose su boca por él, subiendo hasta su cuello, donde lo lamió, siguió ascendiendo hasta su barbilla y le dio un ligero mordisco.

—Me has dado una familia, Donnan, me has dado amigos, tías, un hermano y a ti. Te has entregado a mí, me has dado tu alma, tu sangre—se le escapó un pequeño bostezo y sus ojos empezaron a cerrarse—tu cuerpo y... —otro bostezo se unió al anterior—y espero, algún día, que me des tu corazón.

—Es tuyo, Dairine, por completo, solo tuyo.

¡Mmm! Estaba tan cansada, tan, tan cansada que hasta podía jurar que él había dicho lo que creía que había oído.

Cuando ella se durmió se levantó con cuidado, la arropó y la besó suavemente en los labios. Necesitaba decirle todo lo que sentía, que la necesitaba, pero antes tenía que hablar con sus hombres.

Cuando bajó al salón solo estaban Bento, Eudo y Lenard. Se acercó hasta la barra y se sirvió una copa de Chianti, se volvió y se sentó en uno de los sillones y miró con fijeza a los hombres.

—¿Dónde están todos?

Bento fue el encargado de darle un pequeño informe de la situación.

—Descansando, alimentándose y esperando órdenes. Hemos hecho un recuento, solo tenemos dos bajas y un par de heridos graves por plata, Umeko se está encargando de ellos.

—Bien. Hay que vigilar la avenida Montrose, de día y noche, no sé si Keegan se quedará ahí o se largará, pero de todas formas la tendremos bajo observación. Los Alvise han sufrido muchas bajas esta noche, eso no quiere decir que esto va ser más fácil, todo lo contrario.

Lenard asintió con la cabeza.

—Va a mandar a todos sus esbirros a que cacen indiscriminadamente. Habrá que inspeccionar los barrios más peligrosos, allí es donde suele «reabastecerse» el imbécil este. ¿Cómo está Dairine? ¿La ha... le ha hecho algo?

Tragó con fuerza, no, ella había dicho que no y confiaba en ella, además, conociéndola como la conocía ya, si Keegan la hubiese tocado ya habría proferido unas mil amenazas contra él.

—Está bien, muy cansada y más cabreada aún. Hay algo... parece ser que la tía Aryana le contó un suceso que pasó en el pasado que ha hecho que mi compañera esté decidida a matar a Keegan y hacerse unas maracas con su dentadura.

—Y hablando de la tía ¿Cómo cojones logró matar a Nydia?

—Con el broche.

Todos se volvieron hacia la puerta, Aretha entró e hizo lo mismo que él unos minutos antes, servirse una copa de vino, se apoyó en la barra y los miró muy seria.

—Siempre llevamos un broche que esconde un pequeño estilete, cuando lo clavamos se rompe la punta y dispara una pequeña carga de plata líquida.

Todos miraron a la mujer con admiración.

—Pero creo que ya no nos servirá la próxima vez. Keegan no dejará que nos acerquemos y menos yo, es un zorro viejo.

—Sí, me lo imagino. ¿Cómo sigue la tía Aryana?

—Se ha reunido con vuestra madre.

Se hizo un silencio enorme. Todos adoraban a la mujer, sería difícil salir adelante sin ella, sin su dulzura, su tranquilidad y su cariño.

—Voy a hablar con tu compañera, Donnan, hay algo que tenemos que hacer.

Quiso ser el encargado de decírselo, de poder consolarla cuando se enterara de la muerte de su tía, pero no pudo oponerse a la petición de Aretha, así que asintió. Juntos esperaron el amanecer, velando el cuerpo de su tía y bebiendo vino de sus tierras, rememorando viejos tiempos, experiencias compartidas y la vida de una mujer digna de admirar.

Se despertó sola en la cama, ¿dónde estaba su compañero? La puerta de la habitación se abrió, pero no entró Donnan, fue Aretha y en cuanto vio la expresión de su cara supo que habían perdido a la tía Aryana.

—¿Se... se fue?

La mujer se sentó a su lado y la abrazó con ternura.

—Sí, cariño, ya está con Alecia. Lloro si lo necesitas, Dairine, pero ten la tranquilidad de que ella se marchó feliz.

Lloró entre los brazos de la mujer varios minutos.

—¿Te dijo algo?

—¿De lo que te había contado sobre nosotras y Keegan?

Miró a la mujer y asintió.

—Sí, me lo dijo. Y también sé lo que vas a decirme tú, que debo contárselo a mis sobrinos. Es tan duro y tampoco, a estas alturas, sé si serviría para algo, pero tal vez tengáis razón las dos, ellos deberían saber la clase de bestia que es y hasta dónde es capaz de llegar para conseguir sus propósitos.

—Me pidió que cuidáramos de Lynae.

—Lo sé, a mí también me lo dijo. Por eso quiero que la busques, que hables con ella y le digas lo que ha pasado. Hay que ir preparándola, tiene que venir a la casa. Si Keegan la descubre estará en peligro.

—Pero para eso, ¿no tiene que «marcarla» Lenard? Es decir, si no tiene su esencia el vampiro malote no podrá encontrarla, ¿verdad?

—Sí, pero si ella viene a la casa para ver a Aryana y mi sobrino la «detecta», ¿cuánto tiempo crees que tardará en ir a por Lynae?

Soltó una pequeña risita.

—Si es como su hermano la pobre tendrá la boca abierta al primer minuto, espero que él sea algo más sutil que Donnan.

Aretha soltó una carcajada.

—Creo que has pasado algo por alto, tu compañero se resistía porque no creía en la profecía, pero Lenard, aunque según él «no se traga ese anzuelo», tiene dudas y con lo sucedido... diría que está más que listo a caer de cabeza.

—Pero Lynae tiene terror a los vampiros.

—Pero ahora estás tú para darle confianza y oye, mi sobrino es guapísimo, tiene mucho encanto y es... muy seductor y convincente y no una maldita apisonadora como tu compañero.

—Entonces está perdida.

—Completamente.

—Está bien, la llamaré y le diré que...—tragó con fuerza, se le hacía difícil pensar que ya no tenían entre ellos a la dulce mujer—Aryana ha fallecido. ¿Cuándo va a ser el entierro?

—Mi hermana quería, como yo, descansar junto a Alecia. Haremos los

preparativos para incinerarla y, en cuánto podamos, la llevaremos a Florencia al mausoleo que hay en nuestra residencia.

—Sí, Donnan me ha hablado de ella, dice que es preciosa, enorme, rodeada de viñedos y oculta entre frondosos árboles.

—Algún día, y espero que no sea muy lejano, volveremos todos allí. Está aislada del mundo y se respira una inmensa tranquilidad. Pero antes tendremos que deshacernos del cerdo de Keegan, en cuánto él muera el clan de los Alvise quedará destruido y podremos vivir en paz.

Tenía ante ella el reto de intentar convencer a su futura cuñada de venir a una casa repleta de los seres que más terror le daban y, si a eso le sumaba que su primer encuentro no acabó muy bien, no sabía cómo lograría persuadirla.

—Bien, iré a llamarla...

—No, iremos a su casa y se lo dirás allí.

Soltó una pequeña risita.

—¿Has dicho... ir? ¿Crees que tu sobrino me va a dejar salir de la casa ahora mismo? No, antes de terminar de preguntárselo me tendrá la boca llena con su lengua, ¡parece mentira que no lo conozcas!

—Y por eso no se lo diremos.

Soltó un bufido.

—¿Piensas llevarte tú, más tarde, todos los «honorés»? Sabes que me zurrará, esta vez sí que voy a tener una «cita» con su mano, ¡joder, Aretha! Mira que te gusta tocarme el «*bodhrán*».

—¿El qué?

—Ya sabes, un instrumento irlandés parecido a una pandereta, vamos que no me toques... las narices.

Las dos se echaron a reír.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacer para poder salir de aquí sin que se entere Donnan?

—Lo tengo todo listo.

Escapar había escapado, pero a su vuelta... no quería ni imaginarse como estaría su compañero, ¡ojalá logran volver antes de que él se percatara de su ausencia! Y también, porque no decirlo, estaba acojonada, vamos que, ahora

mismo, se hacía socia honorífica de una empresa de papel higiénico. Keegan le daba miedo, el tipo estaba totalmente «sonado», era un sádico, un ser diabólico y estaba decidido cargarse a todo el clan Bellardi y, en especial, a su compañero, su hermano y a ella, ¡como para no necesitar celulosa en cantidades industriales, joder!

Cuando llegaron a la tienda de Lynae dejaron a sus «guardaespaldas» en la puerta, le daba pena aquellos cuatro pobres vampiros, en serio, cuando se enfrentaran a la ira de Donnan ella quería estar presente, mayormente para evitar que sus muertes fueran dolorosas, no, en serio, ellos no tenían culpa de que Aretha los hubiera «convencido», la muy... bruja había utilizado sus poderes y ahora la vida de los cuatro pendía de un hilo... o de la mala leche que tuviera su «colmilludo» cuando volvieran.

Entraron al local y se acercaron al pequeño mostrador donde Lynae estaba apuntando algo en una libreta, cuando las oyó levantó la cabeza y les sonrió algo nerviosa.

—¡Aretha, Dairine, me alegro de veros!

Se acercó hasta ella, tenía que hacerla sentir bien, cómoda.

—¡Hola, Lynae! Venía—miró a la tía que la animó a seguir hablando— Venía a hablar contigo y a pedirte perdón por mi salida de tono del otro día.

La mujer la miró de arriba abajo.

—Ahora eres...eres una de ellos, ¿verdad?

¡Mierda! ¿Cómo se había dado cuenta? Estuvo por olerse el «sobaquillo», ¿es que atufaba o qué?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aunque les tema tiene una sensibilidad especial para captar el aura de un vampiro.

Miró a Aretha que había hablado y luego hacia su futura cuñada.

—¿Es cierto?

—Vamos a dejarnos de dar vueltas Lynae, sabes perfectamente que los que mataron a tu madre fueron vampiros, sí, pero también sabes que fue uno de ellos el que te puso a salvo. Y que, desde entonces, les temes pero también te atraen, ¿cierto?

¡Joder con la tía! Le deberían dar un premio a la sutileza, ¡que delicadeza

la suya!

—Sí. Pero... pero no puedo ser la compañera de uno de ellos, no quiero ni imaginarme... que él se acerque a mí y me... me muerda...

—Cuando tu compañero te hace el amor y entierra sus colmillos en ti es el placer más grande que puedas sentir y no solo eso, Lynae, ellos son hombres, sienten y sufren, lloran y rien, no son monstruos, es cierto que Keegan y los Alvise lo son, pero no puedes condenarlos a todos por culpa de esos pajarracos de mal agüero.

La mujer se sonrojó, pero no apartó la mirada de ella, esperaba ansiosa sus palabras.

—Los vampiros del clan Bellardi no beben de otras personas, se alimentan de su propio banco de sangre y tampoco es algo que hagan a diario, bueno, hagamos, porque yo también formo parte de ellos. Podemos comer y beber todo tipo de alimentos. Lynae, somos seres humanos igual que cualquier otro, solo que necesitamos beber sangre, que tenemos que tomar precauciones en los horas diurnas y tenemos colmillos.

—Tú lo has aceptado bien por lo que veo, pero yo tengo miedo, he visto cosas y he oído...

—¡Joder con los dichosos tópicos de las narices! Entonces, como soy irlandesa, debería estar todo el día empujando el codo ¿no? O tú, por tu sangre vikinga, ¿estás todo el día dando hachazos de aquí para allá? ¿Por qué no nos das una oportunidad?

Lynae entrecerró los ojos y asintió con suavidad.

—Está bien, lo intentaré.

—Bien y ahora—se acercó y le cogió las manos entre las de ella—Hemos venido a hablar contigo porque—carraspeó un poco, se le había formado un nudo en la garganta—Keegan nos secuestró, al final... nos rescataron, pero... pero perdimos a Aryana.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—¿La mató él?

—No, fue Nydia. Esta misma noche... será incinerada, hemos venido a pedirte que vengas y también para decirte que estás en peligro. Si él averigua que tú eres la compañera de Lenard... irá a por ti, deberías quedarte en la

casa con nosotras.

El miedo acudió, de nuevo, a los ojos de Lynae.

—¿Con ellos?

Soltó sus manos abruptamente.

—No, con mi primo el repartidor de pizzas, ¡por supuesto que con «ellos»! Sé que es difícil para ti, pero es que tampoco pones nada de tu parte. ¿Puedes, por favor, pensar en «nosotros» como una gran familia, una familia que se apoya y cuida? No te estoy pidiendo que entres por la puerta llamando a gritos a mi cuñado y poniéndole frente a los colmillos tu cuello. Solo te pido que vengas para poder mantenerte alejada del peligro.

Una hora después y de, al parecer, haber convencido a Lynae de que fuese al velatorio y ya allí viese como eran «ellos» de verdad y decidiese el mudarse o no, llegaron a la casa. Nada más bajarse del coche vio a su compañero. Estaba junto a la puerta, con una postura casi indiferente, una pierna y la espalda apoyada en la pared y las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón vaquero, tragó con fuerza, estaba para hacerle una lectura en braille por todo el cuerpo.

—¡Hola, compañera!

¡Uy, qué mala espina le daba eso! Su voz sonaba tranquila, demasiado, pero a lo mejor solo era una pose (mira que era gilipollas, ¡por supuesto que era una pose! En cuanto se descuidara iba a ir directo a su yugular... de forma literal) Pero de todas formas decidió actuar igual que él.

—¡Hola, cariño!

No le salió tan bien, cierto, su voz sonaba algo titubeante.

—Tal vez quieras decirme, *dolcezza*, que cojones haces fuera de casa unas horas después de que te hayan secuestrado, poniendo, de nuevo, tu vida en peligro, ¿me lo explicas para que yo, tu humilde e idiota compañero, lo entienda?

Miró a la tía Aretha buscando apoyo, pero la muy cochina pasó a su lado sonriendo y metiéndose en la casa como si aquello no fuese con ella. En cuanto la pillara la iba a encerrar una semana entera con el maldito loro como único acompañante.



Capítulo 35

Miró el cuerpo de su tía, parecía estar durmiendo y que despertaría de un momento a otro, se resistía a creer que Nydia hubiese vuelto a matar a un miembro de su familia. Tragó el nudo que se le hizo en la garganta y miró hacia otro lado, concretamente hacia la puerta de entrada de la sala en donde estaban, ¿cuánto tiempo hacía que Aretha había subido a hablar con Dairine? Miró su reloj y frunció el ceño, ¿más de una hora? ¡Aquello era raro! Repasó la conversación mantenida con su tía y empezó a sentirse inquieto, se había empeñado en hablar ella con su compañera y comentó que tenían que hacer algo, ¿algo como qué?

—Lenard, vuelvo en un momento.

Subió los escalones de dos en dos y cuando llegó a su apartamento observó, atónito, que allí no había nadie. Empezó a ponerse un poco sulfurado, pero les concedió, a las dos, el beneficio de la duda. Diez minutos después mandó el beneficio a la mismísima mierda y de sulfurado pasó a enfurecido y cuando se tropezó con Calogera, les preguntó por ellas y la mujer empezó a ponerse nerviosa y a tartamudear, soltó un berrido que

debería haber puesto en alerta a todos los sismógrafos del estado. ¡Estaban locas! De eso ya no le quedaba dudas, ¿Cómo se les ocurría salir de la casa? ¿Y qué narices era tan importante para hacerlo? Trató de serenarse, de respirar pausadamente.

—¿Qué ha sucedido?

Lenard y Bento aparecieron frente a él con las dagas en las manos y mirando alterados a todos lados.

—Que nuestra tía Aretha se ha llevado a mi compañera a vete tú a saber que sitio y estoy seguro de que no le habrá costado ningún trabajo convencerla. Las dos son iguales de inconscientes.

—¿No están en la casa? ¿Estás seguro?

—Tú compañera me lo acaba de confirmar.

Todos miraron fijamente a la mujer que estaba sentada en un sillón de la sala y bebiendo vino... directamente de la botella, tal vez había sido demasiado brusco con ella, pero tenía motivos, más que suficientes, para hablarle como lo había hecho.

Lenard alzó sus manos al cielo, soltó un juramento y luego se lo quedó mirando cabreado.

—¿Qué cojones les pasa a todas las mujeres del clan últimamente?

—¿Me lo preguntas a mí? ¡Joder! Es mi compañera la que anda por Chicago exponiéndose a ser cazada por segunda vez en menos de veinticuatro horas y después de todo lo ocurrido. ¡Yo que mierda sé lo que les pasa!. Pero te juro que Dairine no vuelve a desobedecerme en la vida, pienso darle una zurra, ponerle un localizador y veintisiete guardaespaldas, eso si no la encierro en el calabozo ¡y a tomar por culo! Se cabreará, pero por lo menos la mantendré segura.

Su pulso estaba alterado, le faltaba el aire porque había soltado el maldito discurso sin pararse a respirar y veía todo rojo.

Fioralba entró en ese momento en la sala y no se percató de la presencia de ninguno de ellos tres, fue directa hacia Calogera.

—Acaba de avisarme Aretha, están al llegar, ¿Donnan sigue en la sala velando a Aryana?

—No, Donnan está detrás de ti y pensando, muy seriamente, en meteros a

todas en un puto barco y dejaros en medio del océano.

Se dirigió hacia la puerta para esperar «pacientemente» a su mujer. Cuando las vio bajar del coche, sanas y salvas, respiró aliviado y pudo preguntarle con calma, algo que ella, a pesar de que lo intentó, no parecía tener.

Se acercó hasta ella andando con serenidad, sin dejar evidenciar todo el miedo que le había hecho pasar.

—Vamos a seguir con esta «agradable y tranquila» conversación en nuestro apartamento.

—Donnan...

—No, no, *micina*, no digas una palabra porque te juro que ahora mismo mantengo una batalla interna y no sé si zurrarte hasta que se me caigan las manos o follarte hasta que, entre jadeos y gemidos, supliques que pare. ¿Entendido?

Ella solo asintió y lo miró ¿excitada? Sí, su compañera era toda una bola de fuego. Pero no iba a hacer ninguna de las dos cosas con las que la había «amenazado». Lo primero porque no iba, jamás, a lastimarla y lo segundo... porque no era el momento, solo quería saber que narices la había impulsado a salir de la casa sabiendo que Keegan andaba por ahí y más cabreado que nunca.

Cuando llegaron arriba cerró la puerta con suavidad, se giró y sin soltar su brazo la llevó hasta el sillón, se sentó y la colocó en su regazo.

—Y ahora, Dairine, ¿dónde habéis estado?

—Sé que estás molesto...

—¿Molesto? No, no simplifiques así las cosas, no les quites la importancia que de verdad tienen. Estaba aterrado porque no podía quitarme de la cabeza que te pudieran secuestrar de nuevo.

—Llevábamos guardaespaldas.

—Igual que cuando te raptaron, ¿verdad?

Ella afirmó con la cabeza.

—Estoy cabreado, muy cabreado, porque no entiendo cómo puedes ponerte en peligro, máxime cuando conoces, de primera mano, lo que puede pasar si caes en las garras de Keegan y porque no hay nada, ¿me oyes? Nada que justifique salir de casa justo ahora.

—Es por Lynae.

La miró extrañado.

—¿Lynae?

—Sí, teníamos que ir a verla, Donnan, ella está en peligro, por eso fuimos a avisarla y convencerla de que tiene que venir aquí. Pero nos tiene miedo y es comprensible, ¿sabes? Perdió a su madre a manos... mejor dicho, a causa de los colmillos de los Alvise y, aunque la salvó uno de los nuestros, sigue estando aterrada. Yo, como futura cuñada suya y encima siendo humana... hasta hace muy poco, soy la más indicada...

—¡Abre la boca!

—¡Donnan!

La besó con fiereza, chupando su lengua y absorbiéndola, obligándola a que lo explorara como él lo hacía, jugueteó con ella y la enlazó con la suya. Soltó un gemido, Dairine se había acurrucado en su pecho y se ofrecía a él, lo volvía loco aquella confiada entrega de su compañera, lo enardecía y excitaba como nadie lo había hecho en la vida. Muy despacio se separó de ella.

—Bien, ahora que estás más calmada, ¿quién mierda dices que es esa tal Lynae?

Unos minutos después todavía seguía alucinado, ¿la compañera de Lenard? ¿Y les tiene miedo a los vampiros? Aquello sonaba interesante, muy interesante, estaba deseando ver como se desenvolvía su hermano con la situación que se le venía encima.

Esa misma tarde, una hora antes de la incineración de Aryana, Aretha se encargó de la ceremonia de despedida de su hermana.

Ataviada con una túnica en color blanco y descalza se acercó hasta el ataúd donde reposaba Aryana. Se inclinó hacia ella, le dio un beso en la frente y luego le colocó una corona de flores.

Ella miró extrañada aquel ritual, Donnan estaba a su lado, erguido y tenso, pero al ver su mirada ante lo que hacía Aretha, se inclinó hacia ella para susurrarle en el oído.

—Son hojas de laurel, signo de purificación. Narcisos, para una vida eterna y gardenias para la energía pura y limpia. Ahora, entre sus manos, pondrá tres bellotas que son el símbolo de la inmortalidad.

—¿Por qué tres?

—Normalmente solo se pone una, pero Aryana vino al mundo acompañada de dos hermanas, es una manera de seguir, eternamente, juntas.

Por el rabillo del ojo vio a Calogera haciéndole gestos, se lo comentó a Donnan y se acercó hasta la mujer.

—¿Qué pasa?

—Lynae está aquí.

¡Oh, Dios! Lo habían conseguido, salió al pasillo y se encontró a la mujer mirando atemorizada hacia todos los lados. Se acercó hasta ella con una sonrisa, le dio un abrazo y la sintió temblar.

—No muerdo... salvo a mi compañero, a ese lo tengo cosido a «colmillazos». En serio, Lynae, relájate, no va a pasar nada.

—¡Gracias, Dairine! Yo solo... yo he venido a despedirme de Aryana.

La tomó de la mano y tiró de ella.

—Ven, está en la sala.

—¿Está... él?

Se volvió y la miró con mucha seriedad.

—Escúchame, Lynae, él, ahora mismo, no está, pero aunque estuviera no va a lanzarse sobre ti, es una persona no una bestia... pero no respondo de sus actos cuando sepa quién eres en realidad y aun así vuelvo a decirte lo de antes, no encontrarás a nadie como él, «ellos», como tú los llamas, son increíbles, maravillosos y son capaces de dar todo por su pareja, la adoran, la apoyan y la protegen y no pienso decir una maldita palabra más en nuestra defensa, tendrás que verlo y vivirlo, ¿entendido?

La acompañó hasta la sala y los últimos pasos, antes de llegar ante el féretro, prácticamente fueron tirando de ella.

Lynae no miró alrededor, se centró en el ataúd y la mujer dentro de él, cuando llegó extendió la mano y le acarició la cara mientras que las lágrimas mojaban sus mejillas.

—Parece dormida. Era... era tan dulce. Nunca olvidaré las tardes de café, sus charlas, sus ganas de vivir, sus sonrisas y lo tierna y paciente que era conmigo.

Le acarició la espalda con suavidad y se conmovió al verla tan compungida.

—Era una mujer muy especial, Lynae, mucho.

—*¡Aryana, rrr, bastardo de Keegan, Aryana, tía Aryana, rrr!*

Nico llegó hasta ellas y voló alrededor un par de veces antes de posarse sobre las manos unidas de Aryana, dónde pasó, varias veces, la cabeza como si necesitara la caricia de la mujer, luego volvió a volar y se subió sobre su hombro.

—Nico, chiquitín, ¿echas de menos a la tía?

—*¡Tetas ricas, mmm, Nico triste, Keegan malo!*

Algunas veces le retorcería el cuello al puñetero loro, pero se enterneció al verlo tan acongojado, Lynae la miraba asombrada y ella cogió a Nico entre las manos y lo acarició acercándolo a su pecho, momento que el jodido loro de las narices aprovechó para enterrar la cabeza entre sus tetas.

—*¡Mmm, tetas ricas, muy ricas, dame más, tetas ricas, pum, pum, dame más!*

Lo separó de ella y se volvió hasta quedar frente a su compañero que la miraba con una sonrisa en los labios.

—¿Se puede saber de dónde cojones sacaste al bicho este? ¿De un club de alterne o qué? ¡Maldito loro salido!

—*¡Dame más, tetas ricas... ¡oh, oh, culo rico, malditos problemas, culo rico, Lenard peligro, peligro!*

Echó un vistazo y vio a Lynae a su lado y a Nico mirando fijamente a la mujer... corrección, al culo de la mujer.

—¿Qué... qué le pasa al loro?

—¿Al pajarraco este? Pues que es un maldito loro cachondo que, para más inri, «vaticina» catástrofes y es un toca pelotas y oposita, muy seriamente, a

convertirse en un rico estofado.

En ese momento entró corriendo Cinnia, la hija de Umeko y Fioralba y se quedó parada a dos pasos de ellos, Donnan se agachó hasta la altura de la pequeña y le puso una mano en el hombro.

—Cinnia, ¿no eras tú la encargada de vigilar a Nico?

La niña asintió agitando, al mismo tiempo, su cabecita y su larga y rizada melena rubia, sus ojitos verdes se abrieron asustados.

—¡Te juro, Donnan, que se escapó! Yo no le abrí la puerta de la jaula, no sé cómo lo hizo, yo solo lo consolaba porque estaba muy triste, te lo prometo.

Miró a su compañero que apretaba los labios intentando no sonreír, Cinnia tenía los deditos cruzados a su espalda y ella sí que no pudo controlar una sonrisa. Iba a entregarle el loro a la niña cuando entró al salón Lenard.

—Nenita, ¿qué te había dicho de soltar a Nico? No puedes...

Su cuñado se quedó parado en medio de la sala y miró fijamente a Lynae.

—¿Quién eres tú?

La mujer empezó a temblar y abrió los ojos desorbitadamente. La verdad es que lo entendía, con el miedo que tenía la pobre a los vampiros, encontrarse cara a cara con uno que encima era su futuro compañero y el susodicho, con ese físico imponente, alto, su melena rubia suelta, vestido todo de negro y con los jodidos colgantes, estaba más que segura que la pobre se iba a hacer expendedora de residuos de un momento a otro y no lograría pestañear en un siglo.

Le dio el loro a Cinnia y tomó de la mano a Lynae sacándola de la sala ante la mirada inquisitiva de su cuñado. Cuando llegaron al pasillo se paró, la tomó de los hombros y la miró con preocupación.

—¿Estás bien?

—¿Lleva... ba una cruz enorme y un... diente de ajo de oro?

Lenard era así de toca pelotas.

—Sí, eso mismo y has tenido suerte, la verdad, otras veces lleva todo un conjunto de ellos, es muy capaz de reventar todos los detectores de metales con la de colgantes que lleva.

—¿Y es—la mujer tragó con fuerza—él?

¡Menuda impresión se había llevado!

—Ese es mi cuñado, el mismo, un tipo fuera de lo común como habrás visto.

—No, no puedo... tengo que irme, de verdad, Dairine, yo... necesito unos días. Ya te llamo.

Y salió con los talones dándose en las nalgas, acojonada era poco. Tenía que tener una charla con su cuñado, una charla muy seria y muy larga y, a poder ser, muy pronto.

—¿De dónde ha salido?

Alzó la mirada al cielo, había dicho pronto, ¡pero no tan pronto, coño!, tampoco era para tomarse las cosas al pie de la letra.

—Tú y yo, cuñadito, tenemos que hablar, pero no es el momento. —Echó a andar hacia la sala y al llegar a la puerta se volvió— Y deja de ponerte esos jodidos colgantes, Lenard.

—Te has vuelto igual que tu compañero, no sabéis captar la ironía del asunto.

—Pues como sigas haciendo ese tipo de bromitas vas a hacer a la empresa «pañales, compresas y empapadores varios» multimillonaria, no dirás que no te lo he advertido, guapetón.



Capítulo 36

Habían sido tres días tristes, evidentemente tardarían mucho tiempo en recuperarse de la pérdida de Aryana, pero poco a poco estaban volviendo a la rutina. Todos en la casa andaban como idos, sumidos en su propio dolor. Hasta su hermano, siempre alegre y optimista, andaba como abstraído y, al mismo tiempo, nervioso, no era de extrañar, a la muerte de la tía tenía que sumar la presencia de Lynae y eso lo había desestabilizado y andaba como un puto zombi por la casa, había multiplicado por cinco, al menos, los «malditos abalorios» que solía llevar al cuello, ¡menudo gilipollas! Podía colgarse una ristra de ajos o un crucifijo del tamaño de una secuoya y aun así estaba, irremediamente, perdido, quisiera o no, no había nada más que mirarlo a él mismo, siempre renegando y jurando y al final había caído ¡y de qué forma! eso es lo que le había sucedido a él y... le encantaba haber caído como lo había hecho y sobre todo y en especial con Dairine.

Su compañera había llorado esos días para llenar los lagos de medio país, estaba triste y deprimida. Ni Nico, con sus frases cargadas de ironía y sexo a partes iguales, la habían hecho sonreír. Pero esa noche era especial, había

preparado, con esmero e ilusión la cámara para ellos, necesitaba decirle todo lo que la amaba, lo que le hacía sentir, le diría y demostraría todas sus emociones... se lo diría, por supuesto, pero antes tenía que encontrarla, llevaba recorrida toda la casa de lado a lado y de arriba abajo y no había dado con ella.

—*¡Tetas ricas, culo rico, mmm, que buenas, Nico feliz, muy feliz, rrr!*

Ya estaba el loro con su cachondeo diario. Vio pasar a Calogera y la llamó, la mujer se acercó andando muy despacio, ¡joder! ¿Qué coño le pasaba? Él no se comía a nadie, normalmente solo actuaban así cuando querían esconderle algo... una idea se le metió en la cabeza casi a presión, ¡no!, ella no... seguro que no... miró a la mujer que le rehuía la mirada, pues sí, su compañera había vuelto a liarla, estaba más que seguro, vamos que si hacerle una colonoscopia dependiera de eso ya tendría metido por el culo el aparatito de las narices ¡la iba a matar!

—Calogera, ¿dónde está Dairine?

Ella no contestó, miró al fondo de la sala, luego al techo y al final se quedó mirando la puerta como si calculara los pasos y el tiempo que necesitaría para huir de allí.

—*¡Tetas ricas con culo rico, mmm, Lenard peligro, Donnan cabreado, rrr, tía Aretha mala influencia, rrr!*

Casi que no hacía falta que la mujer contestara, el maldito pájaro le había dado la respuesta a su pregunta, pero quería... no, necesitaba la confirmación, era así de masoquista, que se le iba a hacer.

—¿Calogera?

—Donnan, tú eres el líder, de verdad, y te respetamos mucho, es más, estamos orgullosos, honrados de tenerte como nuestro guía...

Cortó por lo sano semejante «peloteo».

—¿Dónde está mi mujer?

—Con... tu tía, eso, está con Aretha.

—¿Y dónde está mi tía?

—Con... ella está con tu...

Sus ojos se pusieron rojos, sus colmillos se alargaron y soltó un rugido.

—No me hagas perder el tiempo, ¡joder! esto no es un maldito juego, sé

que están juntas, hasta el maldito loro lo sabe, de hecho, estoy casi seguro, que todos los saben... menos yo, así que ahora desembucha y dime donde se han metido esas dos.

—Les dije que no era una buena idea, Donnan, de verdad. Les rogué que no lo hicieran, pero ¿me escuchan? ¡No! Tu tía es terca como una mula y tu mujer... bueno, ella es la digna compañera del gran líder de nuestro clan, es fuerte, decidida, valiente...

—¡Y erigiréis una estatua en nuestro honor que, más adelante, cagarán todas las putas palomas! ¿Quieres hablar de una maldita vez?

—¿Por qué estás gritando a Calogera?

Se volvió y vio, parada bajo el arco de la puerta, a Dairine que lo miraba enfurruñada, ¡eso encima, tócate los cojones! Él era el «descalabrado» y ella se ponía la venda, ¡con un par, sí señor! Pues no pensaba dejarse mangonear así, por algo era el amo y señor de la casa y de los Bellardi. Se acercó hasta ella en dos zancadas.

—¿Dónde estabas?

—Estaba con Aretha.

—¿Es el día de volver loco al imbécil de Donnan o qué? No juegues conmigo, Dairine, no lo voy a consentir y no volveré a preguntar, así que antes de que haga algo de lo que luego tengamos que arrepentirnos los dos dime donde mierda estabas.

Ella se acercó hasta él, le cogió la cara entre las manos, se empinó y acercó su boca a la de él.

—Nunca me harías nada de lo que luego tengas que arrepentirte, mi amor, eres incapaz de dañarme, así que deja de gruñir y amenazar. Y si no fueses tan testarudo e intransigente no tendría ningún reparo en comunicarte dónde voy.

—¡No me jodas, *micina*! ¿Has salido de la casa después de habértelo prohibido?

No le contestó, le deslizó la lengua por todo el contorno de la boca y luego le enganchó el labio inferior entre los dientes para hincar los dientes en él, chupárselo con fuerza y soltarlo con delicadeza.

—Yo estoy más que encantada de joderte, cielo—su voz salió ronca y no

pudo evitar estremecerse al escucharla, ¡maldita sea, menudo poder tenía sobre él— Y sí, he salido de la casa a pesar de tu prohibición, ¿y sabes por qué? Porque, primero, no me gusta que me impidas hacer las cosas y segundo, y mucho más importante, nuestro futuro, te guste o no, lo creas o no, depende de la profecía y haré todo lo posible para lograr que se cumpla.

Dairine siguió acariciándolo, llegó hasta su pecho y pasó las yemas de los dedos, repetidamente, por él.

—¿Crees que me tienes dominado, verdad? ¿Qué no voy a poner nunca una mano sobre ti, cierto?

Las manos de ella siguieron bajando, llegaron al cinturón de su pantalón y jugaron con la hebilla, su pene reaccionó a sus caricias.

—Sé, a pesar de tus amenazas, que jamás me dañarías, en especial físicamente y ¿dominarte? No, cariño, yo solo quiero poseerte, hacerte y sentirte mío. El único poder que quiero tener sobre ti es...

No la dejó terminar, no quería que todo lo que había preparado se echase a perder por una confesión apresurada en la sala comunal de la casa donde, en cualquier momento, podía aparecer alguien y «disfrutar de la actuación», no, necesitaban intimidad, quería hacer de aquella noche algo para recordar toda la eternidad con amor, cariño y emoción. Le puso un dedo en la boca.

—No, no digas nada más, *dolcezza*, pasaré por alto lo sucedido... de momento. Solo te pido un favor, ve a nuestro apartamento y ponte el vestido de nuestra unión, luego dirígete a la cámara, te espero allí dentro de una hora, Dairine.

Ella lo miró extrañada, pero después de un beso salió corriendo, emocionada y con una sonrisa pícara, hacia las escaleras.

Una hora después la esperaba ansioso, las luces estaban apagadas, solo un candelabro con cinco velas encendidas iluminaba la estancia. Se había vestido con un traje en color negro, camisa blanca y llevaba desabrochados tres botones... por ir «adelantando» tiempo.

Cuando escuchó los dos tímidos golpes que Dairine dio a la puerta conectó el reproductor de música y cuando ella entró empezó a sonar «I don't wanna believe» de Hinder.

Se acercó despacio, empapándose de la imagen de su mujer y cuando llegó a su lado cerró la puerta, la tomó entre sus brazos y empezó a bailar.

—Esto sí que es algo que no me esperaba, Donnan.

La abrazó con fuerza y empezó a cantar el estribillo en su oído, muy bajito y con voz ronca y emocionada:

«Y ya no quiero creer si no puedo creer en ti, pero estoy listo para enamorarme si va a ser de ti.

Dime que soy el único, porque no quiero desperdiciar otro día más.

No quiero creer si no puedo creer en ti»

Los ojos azules de ella se clavaron en los suyos.

—¿Do... Donnan, qué estás intentando decirme?

La soltó con suavidad y la llevó hasta la cama dónde, con mucha ternura, le pidió que se sentara. Encendió las velas que había sobre la mesita y se plantó ante ella mientras, despacio, empezaba a quitarse la chaqueta.

—Soy un vampiro, Dairine, pero también soy un hombre.

Tiró la chaqueta detrás de él sin preocuparse en donde caía y empezó a soltar el cinturón.

—¿¡Pero que me estás contando!?! Cariño, te recuerdo que esa fase ya la pasamos, ¿te acuerdas? Fue justo cuando, cual revisor de tren, «picaste el billete» o lo que es lo mismo, me mordiste, ¿lo vas recordando ya?.

No estaba tan tranquila como intentaba aparentar, era más que evidente, ¿no le había dicho ella misma que no podía «cerrar el pico» cuando se ponía nerviosa?

—Tengo muchos años, he vivido mil experiencias, he visto nacer y morir a muchos humanos y a muchos de mi clan.

El cinturón cayó al suelo y empezó a quitarse la camisa bajo la atenta mirada de su compañera.

—¡Joder! Esto empieza a ponerse interesante.

No iba a distraerse, tenía muy claro todo lo que quería decir antes de hacerle el amor... toda la noche.

—Odié a mi padre por rendirse cuando mataron a mi madre y aquel día me juré que nunca amaría a ninguna mujer. Si encontraba a mi compañera la adoraría, la respetaría y le sería fiel, pero jamás le entregaría mi corazón.

La camisa flotó tras él cuando la lanzó descuidadamente y siguió

desnudándose.

—¡Ostra puta, mi vida, esto se avisa! Un striptease en vivo en directo y yo sin un triste dólar que meter en tu bóxer.

Podía intentar bromear pero su tono de voz y el temblor de su cuerpo la delataban, estaba excitada, expectante y ansiosa a partes iguales.

Los pantalones cayeron a sus pies y se los sacó junto a los zapatos y los calcetines.

—No sabes la de pensamientos e ideas que tenía para hacer esto, *micina*, pero ninguna parecía ser ni la adecuada, ni la perfecta.

Se inclinó y sacó la cajita que guardaba en un bolsillo del pantalón, cuando se alzó colocó las pulgares en la cinturilla de sus calzoncillos, los arrastró por sus piernas y, dando una patada, los lanzó lejos, desnudo y con una erección que apuntaba a su cabeza, la que tenía sobre los hombros, se acercó a ella despacio y se quedó a menos de un metro.

—Esto es lo que soy, Dairine, un hombre y un vampiro. Tengo piel y huesos. La sangre fluye por mis venas y mi corazón late.

Se arrodilló a sus pies.

—Pero te juro que todo te pertenece. Mi cuerpo y mi alma son tuyos. Solo me faltaba abrir la mente y reconocer la verdad, *micina*. Eres la dueña de mi vida y de mi corazón. Mi boca solo desea tus besos. Mi piel solo quiere la caricia de la tuya. Mi amor, no tengo palabras para expresar lo que siento por ti, es tan grande, tan intenso e inmenso, que me es imposible encontrarlas.

Las lágrimas bañaban las mejillas de su compañera y se inclinó para bebérselas con sus labios.

—No llores, cariño mío.

—Es que... Donnan, yo te amo. Cuando puse mis ojos en ti la primera vez me deslumbraste, me sentía excitada, atraída y, al mismo tiempo, descubrí que había encontrado lo que, sin saber, estaba buscando. Presentí que eras mío y yo tuya, era como si hubiese nacido para ti, mi dulce *colmilludo*, solo para ti.

La besó en los labios, lamiéndolos y chupándolos, su boca era dulce, fresca y tan adictiva.

—Has llenado mi vida de luz, hasta aquellos lugares que yo ni sabía, ni

imaginaba que vivían en tinieblas. Eres mi paz, mi pasión y deseo, mi esperanza y sueños. Eres lo más grande para mí, mi fe, eres el motivo por el que creo y lucho.

Deslizó la lengua por su cuello y bajó hasta el centro de su pecho.

—Eres mi futuro y esperanza, los míos y de mi clan, Dairine.

Abrió el vestido, descubrió uno de sus pechos, pegó la boca sobre el pezón y lo succionó con fuerza, chupándolo e impregnándolo con su saliva.

—Mi compañera, la única, solo mía.

Ella enlazó las manos detrás de su nuca y le enredó los dedos en el pelo, empujándolo y azuzándolo para que no apartara la boca de su seno.

—No eres mi mitad, *micina*, eres todo lo que me faltaba para estar completo y mucho más.

Deslizó la lengua por su esternón y bajó hasta su ombligo, ella soltó un gemido cuando llegó a los labios empapados de su vulva y los lamió por encima del vestido.

—Te amo, Dairine, y me entrego a ti por toda la eternidad. Y si tengo que morir solo quiero hacerlo entre tus brazos y llevándome el recuerdo de tu mirada.

—Se te ocurre morirte, Donnan, y te juró que iré a por ti, no te librarás de mi ni en la muerte, soy tuya, eternamente tuya.

Se separó de ella y abrió una pequeña caja, su mujer soltó un grito y empezó a llorar emocionada.

—¡Por San Kilian, Donnan!

Sobre el terciopelo rojo del interior brillaba un anillo de oro, un anillo de Claddagh, las manos sostenían un corazón de ágata azul y, sobre él, una corona.

—Sé lo que significa este anillo para ti, mi amor, por eso me entrego con él, como símbolo de un amor eterno y de nuestros corazones unidos más allá del tiempo.

—¿Por qué una ágata?

—Es la piedra de los dones, *dolcezza* y tú eres mi don más grande.

Ella se dejó caer frente a él y extendió su mano.

—Te amo, Donnan, te amo como hombre y como vampiro.

—Bésame, Dairine, déjame creer *micina*, y poséeme como tan solo tú sabes hacerlo, con todo tu amor.

Sus bocas se juntaron, las lenguas bailaron enlazadas, los gemidos se mezclaron y sus cuerpos se fundieron. Una ráfaga de viento abrió una ventana y una voz femenina, dulce, clara y que hacía tres días que no escuchaban susurró:

« *Cuando el ocaso bese a la llama...* »

Fin

La historia continua con Lenard y Lynae, descubre el final de la profecía de los Bellardi.

[1] Frase en latín que significa: Un solo corazón y una sola alma.

[2] Uno de los platos más famosos de la cocina irlandesa, es un guiso de cordero con verduras.

[3] tarta de manzana